



RADICALITZEM

la vida

La majoria de llibres de Virus editorial es troben sota llicències lliures i per la seva lliure descàrrega. Però els projectes autogestionaris i alternatius, com Virus editorial, necessiten un important suport econòmic. En la mesura que oferim bona part del nostre treball pel comú, creiem important crear també formes de col·laboració en la sostenibilitat del projecte. **Subscriu-t'hi!!**

La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, necesitan de un importante apoyo económico. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto. **¡Subscríbete!**



Satèl·lit
sense quota



Càpsida



Replicant



-5%



5 compres
mínimo anual
a les llibreries
més properes



Pack bienvenida
Punto de lectura
+ postal



-5%
En toda la
librería online



4 libros
Virus editorial
sin límite de precio



Pack bienvenida
Punto de lectura
+ postal



Descuentos
En grupos de lectura
y otras actividades



60€



8 novedades
Virus editorial
durante un año



Pack bienvenida
Punto de lectura
+ postal



-5%
En toda la
librería online



Descuentos
En grupos de lectura
y otras actividades



100€

<https://viruseditorial.net/hazte-virica/>

COLECCIÓN | MEMORIA

UN VERANO CON MIL JULIOS Y OTRAS ESTACIONES

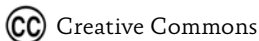
BARCELONA, ENTRE EL URBANISMO
DE LA CALLE Y LA METRÓPOLI
DEL CAPITAL

Pere López Sánchez

Prólogo de Manuel Vázquez Montalbán

Introducción de Marc Dalmau i Torvà





LICENCIA CREATIVE COMMONS

autoría - no derivados - no comercial 1.0

Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Autoría-atribución: deberá respetarse la autoría del texto y de su traducción.

Siempre habrán de constar la autoría de la obra y la traducción.

No comercial: no puede utilizarse este trabajo con fines comerciales.

No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones solo podrán alterarse con el permiso expreso del autor o autora.

Para consultar las condiciones de esta licencia puede visitarse: <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/> o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EEUU.

© 1993 del texto, Pere López Sánchez

© 2025 de la presente edición, Virus Editorial

Título: Un verano con mil julios y otras estaciones. Barcelona, entre el urbanismo de la calle y la metrópoli del capital

Diseño de colección: Pilar Sánchez Molina y Silvio García-Aguirre

Diseño de cubierta: Virus Editorial

Imagen de cubierta: Ciudadanos sobre un tranvía volcado, utilizado como barricada durante los hechos conocidos como Semana Trágica. Calle Torrent de l'Olla (Arxiu Nacional de Catalunya)

Edición y maquetación: Virus Editorial

Corrección ortotipográfica y de estilo: Rita Soler Colin

Corrección de galeras: Carlos Marín Hernández (L'Entrellat)

Primera edición en Virus Editorial: marzo de 2025

ISBN: 978-84-17870-45-4

Depósito legal: B-4290-2025



Virus Editorial i Distribuïdora, SCCL

C/ Junta de Comerç, 18 baixos

08001 Barcelona

Tel. / Fax: 934 413 814

editorial@viruseditorial.net

www.viruseditorial.net

ÍNDICE

PRÓLOGO. SIEMPRE SE ESPERA UN VERANO, Manuel Vázquez Montalbán	9
INTRODUCCIÓN. UNA CIUDAD CON MIL JULIOS, Marc Dalmau i Torvà	13
A modo de presentación	27
Introducción. Voces y pasos en la ciudad	43
Itinerarios urbanos	44
Barcelona, Barcelonas	45
Apuntes para una geografía política de los usos sociales del territorio	51
Las deserciones proletarias: problema y relato	59
Primera parte. Barcelona, dos ciudades en una	74
Barcelona, colisión de fragmentos	77
La metrópoli, esfera de acciones y agonismo social	82
El urbanismo: la requisa de la metrópoli	87
La remodelación de Barcelona: la metrópoli del capital	91
La reforma interior	102
Sueños y pesadillas en la ciudad	109
La normalidad material y moral en Barcelona: un sueño	115
La ciudad cobijo de la revuelta: una pesadilla	122
El antagonismo: una realidad urbana	130

Segunda parte. Hablas y ecos de la autonomía obrera	142
Politicidad proletaria e historias obreras	145
Una aproximación a la agitación de lo social	147
Historias obreras y proletariado. Del tener al ser	157
Movimiento real y proceso constitutivo del proletariado	161
La clase, una constelación de singularidades	168
La invención de lo obrero. Dominio y tutela del hombre de trabajo	177
Capital y Estado en el gobierno de lo social	180
Alistar unos cuerpos dóciles y útiles	191
La doma de las iniciativas proletarias	200
 Tercera parte. Una crónica de la metrópoli proletaria	 210
1871. El proletariado, pasión y alto riesgo	213
Cuestión social, cuestión obrera. La irrupción del proletariado	217
A un lado, la defensa del orden social	229
Al otro lado, unas alianzas eversivas	239
1902. Un mar de fuego subterráneo	251
La ciudad, sus gentes y sus fábricas	252
La visibilidad de la metrópoli proletaria	261
La Barcelona obrera contra la Barcelona burguesa	273
1909. La traca de la insurrección	287
El eclipse. Repliegue de la metrópoli proletaria	290
1909. Barcelona: insumisión y fiesta proletaria	301
Urbanismo de la calle, en la calle	311
 Epílogo. El pozo del presente	 322
 BIBLIOGRAFÍA	 335



PRÓLOGO

SIEMPRE SE ESPERA UN VERANO

Viene de lejos mi conocimiento de la obra del autor de este libro, forzado en el momento de escribir *Barcelonas* a consultar sus trabajos sobre el centro histórico barcelonés. Me di cuenta de que estaba en presencia de un urbanista riguroso que concebía la ciudad como el resultado histórico de la dialéctica entre relaciones de propiedad, poder y supervivencia, muy marcada a partir de la Revolución Industrial por la lucha de clases proyectada sobre el tejido urbano. No creo que esa dialéctica haya cambiado en lo fundamental, por más que algún filósofo pretenda que esta ciudad es fruto de la buena química entre el príncipe y el arquitecto. Tal vez hayan de pasar unas cuantas décadas para que podamos leer la nueva Barcelona olímpica al margen del voluntarismo sublimado de un alcalde o de su *brain trust*, como consecuencia de la victoria de una concepción neocapitalista y posmoderna de la ciudad, emparentada, bastante emparentada, con la concepción novecentista.

Pere López Sánchez se centra en el periodo de vida urbana que va de la reforma interior del siglo XIX a la revuelta de 1909,

la Semana Trágica, y establece una geografía política de los usos sociales de la ciudad. No hay una Barcelona, sino varias Barcelonas según el sujeto social que las usa. Una Barcelona que ha despertado de un largo sueño para asumir su condición de capital de la revolución industrial y del mercado de trabajo y de vivienda, ciudad-mercado mal preparada para hacer frente a sus nuevos usos. Un nuevo tejido social va ocupando la Barcelona degradada mientras las clases patricias, viejas y nuevas, aprovechan el derrumbamiento de las murallas para irse hacia el norte, lejos de las aglomeraciones y de la insalubridad de las callejuelas. Será una constante. Los ricos suelen huir hacia el norte, por más que los poetas, a quienes alguno de ellos lee, les recomienden leer hasta entrada la noche y viajar hacia el sur en invierno.

La ciudad como marco del antagonismo social se convierte en este libro en una sólida argumentación, sin fisuras, ni siquiera apriorísticamente escorada hacia la ideologización. El autor describe una situación, un proceso de intolerancias e insumisiones objetivas y la ciudad como marco y materia prima de la complejidad de relaciones de protesta y violencia. Por más que el poder establecido, siempre, haya tratado de vender el imaginario de una ciudad consensuada, de todos y para todos, ha sido y es evidente que no es así y la ciudad materializa irrefutablemente el código de la desigualdad. Con los años, el orden establecido ha creado puntos de encuentro, de mercado, de ciudad escaparate, que pueden crear la ilusión pasajera de la ciudad pactada y es posible que, en situaciones de fiscalización democrática, se pueda llegar a pactar parcialmente la ciudad. Pero en su conjunto cualquier ciudad es la resultante de la dialéctica entre sus desigualdades, corregida *a posteriori* por la presión social. Ni siquiera puede ofrecerse el referente real de la ciudad socialista, lo que pudo haber sido y no fue, porque finalmente también se vio condicionada por ideologizaciones de la élite, por la desigualdad de uso al servicio de la élite y por la estética de la élite del poder.

El periodo elegido por López Sánchez es de los más interesantes de la historia de Barcelona y tiene su metáfora de cuando la ciudad mereció el sobrenombre de la Rosa de Fuego por las muchas fogatas causadas por las revueltas. El autor es sensible a las metáforas (a veces vale más una metáfora que mil razonamientos) y titula su sólido trabajo *Un verano con mil juicios y otras estaciones*, que más parece título de poemario de artista adolescente. Detrás de aquella rosa de fuego estaba la adquisición de una conciencia de clase, auxiliada por el despertar general del mundo industrial, de cuya noticia era Barcelona primera parada y fonda obligada antes de entrar en España. Aquella ciudad de los prodigios de una oligarquía contó con el prodigio no menor de construir una vanguardia de la clase obrera en las duras condiciones en que suelen gestarse estas vanguardias: iluminadas con lámparas de aceite o carburo, en los barrios que les sobraban a las clases instaladas. Cada prodigio tiene su finalidad y más prodigioso me parece que una clase condenada al analfabetismo y al silencio hiciera de la ciudad el espacio fundamental para su necesario saber social y el lenguaje que lo expresaba, legitimaba y expandía. Las barricadas de 1909 terminan y comienzan la historia de la relación entre la ciudad y su nuevo sujeto social ascendente. Los planes de crecimiento integrador posteriores, que fraguan en torno a la Exposición de 1929, representan un esfuerzo de modernidad conducido por las oligarquías que da paso a la intentona de cambio radical representada por la Segunda República. La derrota de 1939 daría paso al urbanismo de la desidentificación y la represión, y, tras un breve periodo de insumisión crítica coincidente con la reconstrucción de una vanguardia social democrática, la ciudad entró en la nueva etapa de los prodigios olímpicos, cuya interpretación distante y necesaria aún resulta difícil de establecer, aunque de buenas a primeras podamos detectar una cierta voluntad de posmoderna deshistorificación.

Contra la deshistorificación va este libro. La ciudad es su gente, dijeron los clásicos, pero no encerrada en la muerte

plana bidimensional de una instantánea. Es su gente en movimiento, hacia finalidades antagónicas, que se plasman en la estructura física de la ciudad, aunque ahora, en plena posmodernidad, sea estrategia dominante el convertir esos antagonismos en un nuevo orden urbano en el que centro y periferia marcarán la distancia esencial entre la ciudad de los vencedores y la ciudad de los perdedores.

Manuel Vázquez Montalbán
Diciembre de 1992

INTRODUCCIÓN

UNA CIUDAD CON MIL JULIOS

... nuestros sueños, sus pesadillas...

Para quienes cruzamos el entonces aparente desierto de la protesta social de la década de 1990 en la ciudad de Barcelona, *Un verano con mil julios* fue un libro importante. Los procesos y las experiencias que en él se recogen desenterraron una veta de clarividencia para poder empezar a resquebrajar el espejismo del consenso social omnipresente en torno a la Barcelona olímpica. En aquel momento, cuando un silencio ensordecedor parecía llenarlo todo, lecturas como esta nos dieron herramientas para martillar la unívoca realidad, abrir grietas y entrever las costuras de un modelo de ciudad que se nos imponía monolítica y acríticamente como deseable. «Objetivo y triunfo de todos»,¹ decían; «la ciudad de los mejores Juegos de la historia», ¿recordáis?; «hemos dejado de dar la espalda al mar»; «hemos puesto Barcelona en el mapa del mundo»..., pronunciaban como mantras los voceros del marketing urbano neoliberal, con Pasqual Maragall y sus acólitos a la cabeza.

¹. Pere López Sánchez, «1992, objectiu de tots? Ciutat-empresa i dualitat social a la Barcelona olímpica», *Revista Catalana de Geografia*, vol. 6, n.º 15, junio de 1991, pp. 90-99, lc.cx/FTLGEV.

Este libro que oportunamente se reedita, plenamente vigente, fue sin duda una suerte de antídoto y acicate contra el conformismo entusiasta que imperaba en aquella época y acaso podría volver a serlo en este presente de ruido blanco sedativo y reaccionario. En su estudio de la transformación urbana de la Barcelona de principios de siglo xx, Pere López propone una aproximación centrada en las expresiones del combate social. Una forma al mismo tiempo genealógica y dialéctica de elucidar los mecanismos esenciales de funcionamiento de la economía política del poder —y de la resistencia— de la ciudad. En el centro del análisis, siempre, el retronar relampagueante del conflicto social antagonista, con toda su complejidad y sus contradicciones. A un lado, el urbanismo higienista, redentor y disciplinante de la reforma interior para la consolidación de la ciudad-fábrica² de la burguesía, la *ciudad de los prodigios*.³ Al otro, la ciudad de los barrios y la deserción proletaria, con el despliegue de sus formas de vida singulares, líneas de fuga trazadas en espacios cualesquiera.⁴ Como fondo atmosférico, el latido acompasado del crepitar de las hogueras y la prolongación de las llamaradas de una ciudad que recibió el sobrenombre de Rosa de Foc⁵ luego del proceso de Montjuïc (1896), con sus expresiones de organización y lucha, y con sus hitos, de la huelga general de 1902 a la Revolución de Julio de 1909.

² Alberto Magnaghi, Augusto Perelli, Riccardo Sarfatti y Cesare Stevan, *La città fabbrica. Contributi per un'analisi di classe del territorio*, Cooperativa Libreria Universitaria del Politecnico, Milán, 1969.

³ Eduardo Mendoza, *La ciudad de los prodigios*, Seix Barral, Barcelona, 1986.

⁴ Gilles Deleuze, *La imagen-movimiento. Estudios sobre cine 1*, Paidós, Barcelona, 1983.

⁵ Para una contextualización histórica de este periodo, véase, por ejemplo, Chris Ealham, *La lluita per Barcelona. Classe, cultura i conflicte (189-1937)*, Virus, Barcelona, 2022, lc.cx/jJFmu_.

La requisa de la metrópolis: de la ciudad-fábrica a la metrópolis-plataforma

Sirviéndose de la interpretación histórica de un proceso socio-territorial concreto, y mediante un robusto andamiaje conceptual, Pere López nos ofrece pistas para vincular el análisis con el engranaje fundamental de producción-apropiación social de la ciudad como *un lugar para el conflicto*. Porque, y eso lo aprendimos principalmente con este estudio, bajo la contingencia de las Olimpiadas, se escondía un mecanismo histórico, acaso cíclico, que ni tan siquiera era nuevo en nuestra ciudad. Al contrario, forma parte, con los matices de cada época, de las entrañas del *comando social* desde tiempos atávicos. La movilización general —de capital, de energía y de fuerza de trabajo— en torno a un acontecimiento o gran proyecto, usado como cebo para propiciar oportunidades de acumulación, era parte integral de una estrategia para imponer la visión de la ciudad como máquina de crecimiento.⁶ Para generar, en definitiva, un ambiente propicio, formando una comunidad purificada,⁷ movilizaba material y emocionalmente para asegurar su realización, que facilitara la extracción de lucro y la requisa de la metrópolis, bajo el pretexto del bien común fabricando un hipotético consenso.

Siguiendo esta lógica, se puede afirmar que la ciudad-empresa no fue más que la reconversión y actualización neoliberal de la pretérita ciudad-fábrica taylorista, al igual que la metrópolis-plataforma no es más que la intensificación y

⁶ John R. Logan y Harvey Molotch, «La ciudad como máquina de crecimiento», en Observatorio Metropolitano de Madrid (eds.), *El mercado contra la ciudad. Globalización, gentrificación y políticas urbanas*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2015, pp. 157-210.

⁷ Richard Sennett, *Vida urbana e identidad personal*, Península, Barcelona, 2002.

actualización contemporánea del mismo mecanismo.⁸ El capital como relación social debe siempre yuxtaponer al incremento de acumulación capitalista la contención de las luchas obreras, nos recuerda Pere López. También para superar y utilizar las crisis en beneficio propio. De ahí que la ciudad, sus modos de producción y ocupación del espacio no sean sino el producto resultante del combate antagonista. En efecto, la clave reside, en su anverso, en el dominio que las clases directoras sean capaces de imponer mediante sus dispositivos de poder y técnicas de movilización para garantizar la sumisión: lo que Foucault llamó «gubernamentalidad».⁹ Y, en su reverso, en la germinación de la capacidad de resistencia, negación o deserción que las clases proletarias sometidas articulen, de forma subversiva, como contramovilidad o, incluso, como amovilidad. Con otras palabras, estaríamos ante la presencia de las estrategias obreras de (auto)territorialización que, según De Gaudemar, niegan la lógica de movilización capitalista.¹⁰

El núcleo del análisis desplegado por Pere López se centra especialmente en el campo de batalla del antagonismo urbanístico. En un extremo, el urbanismo burgués, con sus instrumentos de producción, la Administración estatal y sus técnicas de movilidad forzada: derribos, *haussmanización*, *sventramentos*, expropiaciones, tematización. Frente a él, el urbanismo proletario, sostenido con el apoyo mutuo y la autoorganización entre iguales, la horizontalidad y la autonomía en el camino de la emancipación, con sus técnicas de deserción y contramovilidad: las

⁸. Unió Temporal d'Escribes (UTE), *Barcelona, marca registrada. Un model per desarmar*, Virus, Barcelona, 2004, [lc.cx/eFDXGj](#); Tinc Tant, *Barcelona metròpoli-empresa. Crítiques pràctiques per desarmar la marca*, Virus, Barcelona, 2023, [lc.cx/kiWnyX](#).

⁹. Michel Foucault, «La gubernamentalidad», en Michel Foucault, Jacques Donzelot, Claude Grignon, Jean-Paul de Gaudemar, Francine Muel y Robert Castel, *Espacios de poder*, La Piqueta, Madrid, 1978, pp. 9-26.

¹⁰. Jean-Paul de Gaudemar, *La movilización general*, La Piqueta, Madrid, 1981; Pere López Sánchez, en esta edición, p. 124, n. 19.

barricadas como expresión efímera del urbanismo popular y la contrageografía obrera. Un urbanismo del dominio enfrentado a un urbanismo de la insumisión, lo cual se materializó en el combate de la reforma interior, expresada de forma particular en la apertura de la Via Laietana que, según el autor, debe leerse como un ensayo de adecuación del centro histórico a las necesidades del capital, en medio de la guerra por la supremacía social en la ciudad antigua: «Los derribos contra las barricadas».

Por otro lado, parafraseando al recién desaparecido Alberto Magnaghi, la *città-fabbrica*¹¹ no consistía simplemente en asegurar la concentración material de industrias y de fuerza de trabajo sobre un asentamiento urbano concreto. Al contrario, se basaba más bien en cumplir el cometido de generar un excedente continuo de demanda de trabajo: reunir un ejército de reserva siempre disponible para rebajar su valor en el mercado laboral y reducir al mínimo los costes de reproducción. De hecho, como esclarece Pere López en su investigación, la Barcelona soñada y proyectada por la reforma interior y el Plan Jaussely consistía en organizar la ciudad como «un gigantesco organismo productivo». Y, para ello, había que atraer a una masa de cuerpos dóciles siempre disponibles para la explotación, pacificarlos, someterlos y domesticarlos. Algo que, cabe resaltar, fracasó relativamente en aquella Barcelona.

De la misma manera, intentan hoy imponernos la metrópolis entera como un gigantesco organismo de generación de plusvalor. Un nodo subalterno y provinciano de una red mundial competitiva, especializado en las «oportunidades» financieras de inversión inmobiliaria y en el consumo barato de lugares y de experiencias por medio del turismo de masas. Este proceso de financierización y turistificación del territorio se sustenta en un mecanismo aupado tecnológicamente por plataformas y

¹¹ Magnaghi, Perelli, Sarfatti y Stevan, *La città fabbrica...*, op. cit.

se refuerza gracias a él con el fin de sincronizar mejor, sectorial y territorialmente, oferta y demanda para incrementar la captura de valor y acelerar la circulación del capital y la rentabilidad financiera. Al margen del solucionismo digital, este sistema reposa en la necesidad de una gran demanda de trabajo precarizado, un ejército internacional de reserva, formado en su mayoría por migrantes, sobre todo mujeres atrapadas en las cadenas globales de extracción de valor y explotación.

También podemos, debemos, hacerlo fracasar.

Voces y miradas, desde abajo, sobre la ciudad

Igual que hoy, en aquel lejano 1993, las voces críticas eran apenas audibles. Aunque estaban ahí para quien quisiera escucharlas, nos llegaban como murmullos de voz queda. No obstante, enseguida aprendimos que sus resonancias venían de muy lejos, casi como psicofonías, recogiendo y proyectando el *eco de los pasos*¹² de todas las personas vencidas y sometidas en el *continuum* de las luchas de y por la ciudad.¹³ Tirando de ironía, humo(r) y algo de mala leche, y rellenando los agujeros de la memoria familiar, sumado a la experiencia biográfica de compromiso y tozuda lucha colectiva, la voz y la mirada de Pere López nos inducen a buscar las otras Barcelonas que subyacen tras la cara oculta, tras la Gran Barcelona de la burguesía y del poder. En esa dirección, nunca podríamos mejorar la expresión de Manuel Vázquez Montalbán en el irrepetible prólogo original de este libro, quien, resumiendo su perspectiva, sentenciaba: «No hay una Barcelona, sino varias Barcelonas según el sujeto social que las usa».

¹² Juan García Oliver, *El eco de los pasos*, Virus, Barcelona, 2021, lc.cx/ZoyEzq.

¹³ Walter Benjamin, *Sobre el concepto d'història*, Flâneur, Barcelona, 2019.

Tampoco hay una historia, sino varias según la interpretación de quien narra desde el presente. Según la importancia de lo que se dice y lo que se calla, lo que se resalta y lo que se oblitera. La investigación que tenemos entre manos se proponía «rebuscar en la historia de la ciudad que fue y pudo ser para pensar en la metrópolis que es y podría ser», esto es, transitar del poder a la potencia, abriendo el campo de posibilidades y determinaciones. En este sentido, la tesis que se desarrolla a lo largo de esta obra no solo nos ayuda a entender que la ciudad que tenemos es fruto de los combates que nos precedieron, sino que se articula como una aportación imprescindible para una genérica pero mayor comprensión del funcionamiento del conflicto social. En efecto, el texto ofrece herramientas interpretativas clave para leer la conflagración social de una manera situada e inscrita en el territorio.

No es casual que el mismo Pere López Sánchez fuera —aunque quizá su fobia al protagonismo le impida reconocerlo— uno de los primeros geógrafos catalanes en identificar los procesos de gentrificación —aunque sin llamarlos así— en su estudio de 1986 sobre la destrucción del barrio barcelonés de Portal Nou y Santa Caterina, lugar, por cierto, donde se crio.¹⁴

Pero si algún elemento destaca en la perspectiva del autor a lo largo de toda su trayectoria es que sus investigaciones y aportaciones —sean en forma de artículo, libro o incluso clases de geografía social en la Universidad de Barcelona— siempre han sido un envite para ensayar una visión de la *ciudad desde abajo*. Con pasión, la suya es una mirada más atenta a los procesos autónomos de autoorganización de las voces

¹⁴ Pere López Sánchez, *El centro histórico: un lugar para el conflicto. Estrategias del capital para la expulsión del proletario del centro de Barcelona: el caso de Santa Caterina y el Portal Nou*, Universitat de Barcelona, 1986, lc.cx/6wuGoF.

subalternas —a las resistencias difusas, no oficiales, no registradas, denostadas por informales— que a la literatura de los planes urbanísticos e, incluso, a los manifiestos y programas de las propias organizaciones obreras. Una buena muestra de ello se encuentra en este libro y más allá, en sus aportaciones, muchas veces tras el seudónimo o el anonimato,¹⁵ en los proyectos colectivos impulsados por colectivos autónomos de la ciudad de Barcelona, con la inestimable compañía de Virus Editorial.

Mención especial merece la investigación en la barriada de Can Tunis, tras los pasos de su propio abuelo, que significó un antes y un después en la memoria secuestrada de muchas familias de la zona, al descubrir el alto nivel de implicación y compromiso político de sus familiares. Un auténtico ejercicio de *desfolklorización* y repolitización, de justicia y de restauración de la identidad y la dignidad de sus antepasados, ahora que ya no quedan *ni rastros ni rostros*¹⁶ de aquellas vivencias, pero sí sus voces y recuerdos.

Preocupado siempre por indagar en la realidad subalterna bajo la supuesta verdad oficial, en estos últimos tiempos, recogiendo hilos antiguos, Pere anda enfrascado, desmenuzando y desgranando la trayectoria de la Administración Popular Urbana (APU), el ensayo de colectivización de la vivienda puesto en funcionamiento durante la Revolución de 1936. Una experiencia más, inexplicablemente desconocida y que casi no se ha estudiado hasta el presente.

¹⁵. Según él mismo, «una manera de zafarse de la alienación política» (p. 114, n. 4 de este volumen).

¹⁶. Pere López Sánchez, *Rastros de rostros en un prado rojo (y negro)*. *Las Casas Baratas de Can Tunis en la revolución social de los años treinta*, Virus, Barcelona, 2013, lc.cx/_bNuf5. Se ha ido incluyendo y renovando información relacionada con este libro en el blog rastrosderostros.wordpress.com.

Por último, pero no por ello menos importante, conviene resaltar el espíritu colectivo que subyace tras todas sus investigaciones, la presencia de una atmósfera envolvente entre lo íntimo y lo afín: el apoyo incondicional de Neus y de Laura, a quien va dedicado este libro, y sin las cuales ni tan siquiera podríamos leer estas páginas; y de toda la colla de compañeros y compañeras, amistades de debates y de luchas, que han (hemos) compartido momentos y sueños¹⁷ con el autor de esta obra que ahora, felizmente, vuelve a salir a la luz.

Nuestros sueños, sus pesadillas...

Ha pasado mucho tiempo, treinta años, desde el olímpico espejismo y la primera edición de este libro, y más de cien desde la Semana Gloriosa de 1909. Creo que ni aun hoy, en plena consumación de la Copa América, somos conscientes de todo lo que hemos perdido y nos han arrebatado. Nos robaron nuestra ciudad y nuestros barrios, nuestras formas de vida y de autoorganización; expropiaron nuestros sueños y nuestra experiencia para ponerlos en venta al servicio del capital global. La vida en Barcelona se vuelve cada vez más cara e insoportable bajo una presión inmobiliaria sin precedentes, con desahucios a diario y grupos inversores a los que se les extiende la alfombra roja para asaltar la ciudad. Mientras, el entorno urbano tematizado funcionalmente se polariza entre inmigrantes *expats* y personas *explotables* sin papeles, y el presente duerme envuelto en pesadillas.

Por suerte, nunca está todo perdido. Nos queda la memoria, la protesta y la denuncia, el aprendizaje y el legado de libros como este. Nos queda la lucha por la vivienda y por nuestros barrios, la autoorganización y los Soulèvements de la Terre.

¹⁷. Y que, afortunadamente, también han aportado sus observaciones y comentarios a esta introducción.

Nos queda el futuro y la fuerza para imaginar y construir nuevos sujetos colectivos capaces de impugnar, desde el campo y la ciudad, el desastre del presente.

Nos quedan *la rabia y los sueños* de aquella ciudad batallada en mil julios, siempre dispuesta a rebelarse.¹⁸

Marc Dalmau i Torvà
La Bordeta-Sans, septiembre de 2024

¹⁸. Habeas Corpus, «La rabia y los sueños», *Otra vuelta de tuerca*, 2002, lc.cx/i5iBba.

**Un verano
con mil julios
y otras estaciones**

A la Neus y la Laura

A MODO DE PRESENTACIÓN

*En nuestras ciudades agobiantes adormecidas, todo se
acomoda a la siesta.*

Félix de Azúa

*Articular históricamente lo pasado no significa conocerlo
«tal y como verdaderamente ha sido». Significa adueñarse
de un recuerdo tal y como relumbra en el instante de un
peligro. [...] El don de encender en lo pasado la chispa de la
esperanza solo es inherente al historiador que está penetra-
do de lo siguiente: tampoco los muertos estarán seguros
ante el enemigo cuando este venza. Y este enemigo no ha
cesado de vencer.*

Walter Benjamin

La senda de la Reforma Interior a la Revolución de Julio de 1909 apunta a uno de los pasos dados en una travesía emprendida alrededor de la Barcelona de comienzos del siglo xx. Ese desplazamiento de un lado a otro de aquel escenario y calendario urbano expresa el acomodo de la incursión en una de las varias Barcelonas que depara la imagen de Barcelona. Pasar de una remodelación urbana a una revuelta callejera anuncia, en fin, que el caleidoscopio manejado para interpretar la cuestión urbana no es otro que las deserciones proletarias al orden urbano y su participación en la irrupción de la metrópoli proletaria.

El presente trabajo oscila en torno a unas coordenadas concretas: el antagonismo social como matriz de unas prácticas sociales que, mostrando también un cariz territorial, expresan, oponiéndose al orden social capitalista en la metrópoli, unos modos e instrumentos de transformación de la organización territorial y de sus usos sociales. Desde ese punto de vista, se considera, además, un aspecto esencial del análisis avanzar en el reconocimiento de los sujetos que desarrollan esas prácticas y cómo, a partir de ellas, se constituyen y se renuevan los nexos de socialidad que revierten en unos actos territorializantes que expresan, a su modo, unas maneras de apropiación de los espacios urbanos.

Hemos acudido, pues, al decorado urbano que fue Barcelona en los compases iniciales del siglo xx en la medida en que aquella ciudad se puede considerar un espacio-tiempo significado por las sacudidas de una crisis urbana que estuvo acompañada de un grado elevado de conflictividad social. Aquellos

espacios son tomados, por consiguiente, como el paraje, el lugar temporal, en el que es posible deslindar los usos diferenciados de la ciudad que sostienen las diversas fuerzas sociales que en ella concurren, y que, en consecuencia, son indicados para otorgar relevancia a las iniciativas proletarias en las dinámicas urbanas. Es, creemos, en las situaciones de enfrentamiento álgido, y durante los momentos de ruptura total que provocan una dislocación del orden urbano y propician una dualidad de poderes, cuando emerge la metrópoli proletaria como crítica práctica intensiva.

En el pasaje de la Reforma Interior a la Revolución de Julio de 1909, las maneras que aquí se ensayan de narrar la historia se compenetran, cuando no se subordinan, a un ejercicio de la geografía dispuesto a la reflexión sobre las formas territoriales de las acciones sociales.¹ En el fondo, la inmersión en el pasado de Barcelona, y las sendas que se transitan, están vinculadas al qué nos pasa hoy. Por eso la apuesta se mueve, aun aplicándose a la Barcelona que fue y pudo ser, en la perspectiva de aportar unos perfiles analíticos para pensar en la metrópoli que es y podría ser. Atender al protagonismo de las figuras proletarias en la metrópoli barcelonesa de antaño y operar alrededor de ese nudo problemático que es el uso del territorio por el proletariado significa, en última instancia, repensar la cuestión de los movimientos sociales urbanos.²

Exploramos, por ello, en los contornos de las memorias colectivas, por si fueran precisos esos referentes en el debate de la actualidad de lo social y lo territorial. No sabiendo, sin

¹. Angelo Turco, *Verso una teoria geografica della complessità*, Edizioni Unicopli, Milán, 1988.

². Compartimos, de esta manera, la necesidad actual señalada por Manuel Castells de emprender historias teorizadas de los fenómenos sociales referidos a los usos del espacio. Véase Manuel Castells, *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*, Alianza, Madrid, 1986, p. 23.

embargo, si en el recorrido, al final y tras haber ensayado la legibilidad de la metrópoli proletaria, seremos capaces de discernir entre el permanecer todavía a la búsqueda de unas señas de identidad enterradas en los signos de los tiempos, y la urgencia de desatar de las urdimbres de la historia el quiénes somos y el dónde y cómo estamos.

Esas lecturas del presente que realizamos en unos territorios del pasado comparten, por lo tanto, solo hasta cierto punto los encomios que alientan hoy a la exploración sin cortapisas en los posos de los espacios heredados. Preferimos, en todo caso, contemplar la apertura de miras hacia atrás como un acicate a la pluralidad de las reescrituras, ya que ello, en cierta manera, se brinda como una oportunidad para hacer reaparecer en el ahora la diferencia que acostumbra a escudarse en la crítica práctica del orden urbano capitalista.

Consideramos la posibilidad de instrumentalizar los acontecimientos del ayer como esos reflectores que han de permitir vislumbrar unas formas de saber vivir o estilos de vida en la órbita de unas relaciones sociales antagónicas a las normas prescritas por el orden urbano. Por eso, entre la opción por la preeminencia de los rasgos interpretativos y la narración de los hechos, nos hemos inclinado por una asimilación crítica de los acontecimientos. Hemos dado prioridad, pues, al criterio operativo que prefiere la interpretación sobre la descripción; de esta manera, la narración se incorpora y, en último extremo, se diluye en una interpretación que ha adoptado el carácter de crónica.³

Es sabido que en el transcurso de cualquier aproximación a una realidad se aprecia un pulso incesante entre interrogantes y respuestas. De esa confrontación, trastocada a veces en

³ Sobre esta cuestión, y especialmente en lo referido a los motivos de la elección que supone la alternativa de priorizar la interpretación a la narración en los análisis de la clase obrera, se puede consultar Mario Tronti, *Operai e capitale*, Giulio Einaudi, Turín, 1980 (reimp. 1971), p. 268.

confusión, se desprende una estela de textos fragmentarios y de fluidas sugerencias todavía sin asentamiento en la escritura. No obstante, las pausas en el recorrido tocan, por el apremio de la entrega, a un final no exento de cierta provisionalidad. Ese ahora también se puede entender como una parada transitoria en la que se sopesa la posibilidad de intentar una convergencia de propuestas en un plano de consistencia. En ese peldaño, sin embargo, la aventura investigadora acusa los roces con líneas de articulación o de segmentariedad.⁴ Por ello, precisamente, creemos que es pertinente señalar los progresivos desplazamientos y el punto en que cerramos un proceso investigador iniciado en torno a un tramo de la trayectoria histórica de Barcelona.

Con el propósito de rasgar el envés de las memorias urbanas para penetrar en los silencios, y atraídos por la trascendencia de la rehabilitación urbana —y más en concreto por el conjunto de operaciones urbanísticas generadas en torno a los enclaves históricos de la ciudad de Barcelona—, pensamos en recurrir a la apertura de la Via Laietana. La Rehabilitación y Reforma Interior aúnan, en diferentes momentos y circunstancias, los contrastados esfuerzos por transformar el espacio urbano heredado a partir de los presupuestos propios de la reestructuración capitalista de la metrópoli. Por similar transposición, creíamos que era posible profundizar en aquella operación resaltando en ella los conflictos, y antagonismos, que en la actualidad rodean a las intervenciones rehabilitadoras, aunque para ello fuera preciso, como hoy, maniobrar a contracorriente de las crónicas urbanas.

Avanzando en el estudio de la Reforma Interior, y dada la documentación a la que íbamos accediendo, percibíamos, sin embargo, que el escrutinio de la apertura de la Gran Vía A daba cuenta de los pensamientos y de los actos de una vertiente de la

⁴ Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Rizoma. Introducción*, trad. José Vázquez Pérez, Pre-Textos, Valencia, 1977, pp. 8-9 y 59-60.

sociedad urbana barcelonesa. Esencialmente, el examen de las actividades propias a la marcha de la Via Laietana y de todas aquellas consideradas sus antecedentes o adyacentes se mostraba, en todo caso, como un procedimiento válido para aproximarnos a la traducción de la política urbana de quienes componían el bloque dominante.⁵ En su seguimiento, en cambio, el otro lado del abanico social parecía descuidado, ya que nuestro objetivo no se reducía simplemente a descifrar los impactos derivados de aquella operación en los grupos sociales subalternos.

Contrastando las informaciones disponibles, y dispuestos a pasar de la descripción de los impactos a la narración de los actos que concernían a esos grupos sociales, diversas preguntas fueron torneando el estudio. Se podrían resumir de la siguiente manera: si los sectores sociales que no compartían el proyecto capitalista de remodelar Barcelona no se expresaban abierta y contundentemente en los temas relacionados con la apertura de la Via Laietana, ¿vendría eso a significar una carencia de perspectiva territorial en los ambientes populares?

La abrumadora desatención hacia el proyecto que parecían manifestar las capas urbanas populares, además de explicarse en parte, probablemente, por el sesgo que caracteriza a las fuentes primarias y secundarias que se manejan al bucear en la realidad histórica, no parecía un indicio suficiente que permitiera proclamar el tipo de aprobación escéptica que a veces se esconde en la pasividad. En el otro extremo de la interpretación, por sí solo, el argumento de la inmovilidad como

⁵ Una política urbana que, ajustándonos a los requisitos de la presente investigación, percibimos como «producto de contradicciones urbanas, de relaciones entre diversas fuerzas sociales opuestas en cuanto al modo de ocupación o de producción del espacio urbano». Véase Jean Lojkin, *El marxismo, el Estado y la cuestión urbana*, trad. Félix Blanco, Siglo XXI, Ciudad de México, 1979, p. 174.

contraestrategia proletaria⁶ parecía igualmente renqueante, demasiado débil.

Desde el conocimiento del presente, sin embargo, no parecía muy acertado excluir del campo de las experiencias y las luchas de los sectores disidentes del orden urbano unas miras territoriales. Ello planteaba la necesidad de recorrer otras pistas, aunque estas abarcaran unos incidentes no catalogados, en relación con la cuestión urbana, de primordiales en otros planos sociales. Se reforzaba así la necesidad de emprender una interpretación del fenómeno urbano que superase la pasivización de los sujetos sociales y, en especial, que asegurase el reconocimiento de la presencia activa de esa parte de lo social que se identifica en la negación del orden urbano establecido. La manifestación del escenario urbano barcelonés como coagulador y conductor de situaciones y acciones sociales que a pesar de todo huyen de la uniformización de los lenguajes y tiempos universales de la urbe reclamaba otro circuito, un desplazamiento de la mirada.⁷

⁶. Refiriéndose a las contrastadas estrategias de movilidad de las poblaciones, Jean-Paul de Gaudemar indica que la inmovilidad sería una de las modalidades de contramovilidad que se conforman como alternativa a las formas de movilidad forzada que la lógica del capital quiere imponer, persiguiendo la docilidad del cuerpo de los trabajadores. En concreto, según este autor, la inmovilidad colectiva exhibe la autodeterminación de los movimientos de unas poblaciones que, amparándose en la permanencia en un marco de vida, proclaman el rechazo de un éxodo con promesas ilusorias. Al ponerse en juego en las formas de movilidad el modo de ocupación y de uso social del espacio, la estrategia de la inmovilidad canalizaría una lucha por la apropiación del espacio y del tiempo favorable a quienes resisten contra la expulsión. Véase Jean-Paul de Gaudemar, *Movilidad del trabajo y acumulación del capital*, trad. Óscar Barahona y Uxo Doyhamboure, Era, Ciudad de México, 1979, pp. 11-43.

⁷. Pensar la singularidad de las épocas reclama del investigador una apertura de criterios cuando, según Topalov, «las temporalidades de los diversos órdenes de fenómenos sociales son plurales y frustran firmemente las tentativas de periodización del movimiento de las sociedades». Es

Las concepciones de la ciudad y de los usos sociales de los espacios urbanos son diversas según las distintas perspectivas que están en condiciones de ensayar los diferentes actores y grupos sociales que se condensan en la ciudad. Los manejos del espacio urbano, y hasta las ideas sobre su conformación, no pueden, por consiguiente, ser reducidos al iceberg computado desde los ámbitos corporativo y político como actuaciones y pensamientos propiamente urbanísticos. Así pues, el viraje hacia los sujetos sociales relacionados con el conjunto de las prácticas urbanas antagónicas no tiene por qué estar pendiente de unas actuaciones y pensamientos territoriales ligados única o principalmente a la esfera denominada, de manera restringida, «urbanística». La versatilidad de lo urbanístico y la asimetría de los ritmos y las apreciaciones en los componentes sociales en torno al fenómeno urbano animan, por el contrario, a una variación de los puntos y de los trayectos del análisis.

La aparente renuncia de las capas populares a detener la agresión que la apertura de la Via Laietana representaba hacia sus modos de vida, tal como se deducía en el recuento de los impactos, no significaría, pues, una despreocupación por los acontecimientos urbanos y por la construcción y apropiación de la ciudad. Aquella pasividad en torno a la operación podría, en cambio, ser un índice revelador de la decantación de las prácticas urbanas de los grupos afectados —que no eran solo los residentes en el sector— hacia unos usos del espacio que, en aquellos momentos, preferían parapetarse en apropiaciones difusas y cotidianas de los espacios construidos. Una opción que, en último extremo, apunta que en la contienda por el control de la ciudad cada bando contemplaba también

decir, se precisan unos instrumentos conceptuales que deben ser múltiples y permitir el entrecruzamiento. Véase Christian Topalov, «La politique de l'habitat dans les politiques sociales: 1900-1940. Notes pour un débat», *Cahiers de la Recherche architecturale*, n.º 15-17, 1985, pp. 10-17.

la elección favorable del marco de las batallas que por él se deben y se pueden librar.

Aquella vuelta de espaldas —y hasta la inexistencia de oposición abierta y frontal— de los sectores populares a los significados y a los impactos que se palpaban en los derribos de la Reforma Interior podría ser, en fin, un aviso de que en aquellas filas se encaraban otras perspectivas respecto a la ciudad y a su sector antiguo. El terreno de esas perspectivas consistiría más bien en reforzar el antagonismo en la ciudad: apropiarse del espacio urbano en su calidad todavía de territorio amigo, en cuanto que dominado por las prácticas difusas, y manipularlo en el sentido de resguardar las singularidades y propiciar la cohesión de la comunidad obrera.⁸ Y esa estrategia esperaba otros lances para relucir en la ciudad y convertirla en metrópoli proletaria.

Para esa orientación, era necesario reconvertir el tratamiento del conflicto en la historia urbana. Sobre todo una vez apreciado que, durante el periodo estudiado, este no se expresaba en la ciudad de Barcelona como respuesta directa a las

⁸. En el proceso de urbanización, en el que las iniciativas capitalistas se proponen romper la unidad entre clase obrera y su propio territorio —lo cual significaría la conversión de los espacios de vida del proletariado de territorio amigo a territorio extraño—, es posible observar la tendencia obrera a defender y reconstituir unas relaciones de carácter comunitario con una fuerte base espacial. El periodo que analizamos se corresponde, precisamente, con una de las fases en que las prácticas del movimiento obrero y las formas de lucha conciben la sociedad, la red de relaciones que los obreros mantienen fuera de los espacios productivos, como la «retaguardia natural» del antagonismo obrero tanto en un sentido defensivo —por ejemplo, solidaridades para sostener una huelga— como en un sentido ofensivo —en este caso, el lazo que se establece entre «clases laboriosas» y «clases peligrosas» durante las insurrecciones populares urbanas—. Véase Maurizio Vogliazzo y Alberico Zeppetella, «Clase operaia e territorio. Dalle valli tessili alla città metalmeccanica», *Classe. Quaderni sulla condizione e sulla lotta operaia*, año IX, n.º 14, 1977, pp. 17-57.

agresiones capitalistas en materia de urbanismo, ni mediante programas alternativos. Se trataba, pues, de efectuar ese último giro que incorporara, sin mediaciones, la presencia del proletariado urbano como actor social urbano.

Un primer eslabón reside en plantear una lectura incisiva de la metrópoli como sede de multiplicidades humanas y, por tanto, como lugar de procesos de subjetivización diversos. Considerando el territorio urbano como esfera de acciones imprevisibles y, en consonancia, la ciudad como un conjunto dispersivo abierto, la lógica de su producción no es disociable de las colisiones sociales.⁹ El urbanismo, de esta manera, pasa a ser tratado como dispositivo de poder en tanto que se observa su entrega, ya sea en sus discursos o en sus prácticas, a la consecución de la ciudad disciplinaria. La paz social que persigue, basándose en la consolidación del consenso como reglamentación de los contrastes, no es más que la consagración del arrinconamiento, o la desaparición, de las muestras de disenso. Esta óptica, pues, remite las lógicas de producción de los espacios a unas de apropiación en las que se constata el agonismo social como la matriz del proceso de urbanización capitalista.

Así, se aleja el análisis de las precipitadas homologaciones que, por diferentes motivos, acaban proponiendo que la ciudad solo consiente la emergencia de una figura social denominada «ciudadano». En cambio, al recalarse en la ciudad del capital y prestar atención al régimen dominante de prácticas urbanas como artefacto del poder, se evidencia, paradójicamente,

⁹ Al señalarse en esta visión del espacio la indisociabilidad de las dinámicas de lo social y de la configuración espacial, lo cual significa contemplar, en todo momento, la interacción entre la forma y el contenido del espacio geográfico (véase Milton Santos, «Espacio y método», *Geocrítica*, año XII, n.º 65, 1986, pp. 5-23). Asimismo, el espacio social —producto, representación y símbolo por medio del cual se manifiesta la dialéctica de lo social y de lo espacial— es, según Robert Hérim, un espacio de enfrentamiento y conflictos (véase Robert Hérim, «Herencias y perspectivas en la geografía social francesa», *Geocrítica*, año VI, n.º 41, 1982).

como característica fundamental del orden urbano la incapacidad de evitar las colisiones, de anular las fugas. Por este motivo, el propio lenguaje del orden urbano se convierte en uno de los altavoces que permite dar entrada a las deserciones proletarias; no obstante, se debe tener en cuenta que, desde la codificación del idioma del poder, las referencias a las fugas solo se sobreobjetivan negativamente. El reclamo de la normalidad material y moral en la ciudad —que es el envoltorio en el que se desenvuelven el Plan Jaussely y la Reforma Interior— invoca precisamente el desorden urbano como el terreno en el que atisbar los estilos de vida antagónicos a los sueños y las realidades de la Gran Barcelona.

Se apunta entonces que las fugas —esos modos de expresión diversos de un conglomerado de deserciones desde las que a veces asoma la insumisión— afirman su presencia persistente socavando y disolviendo el orden urbano. En nuestra opinión, este enfoque permite restituir la presencia de esas otras prácticas y discursos que puján por hacerse un lugar específico en el camino hacia la transformación de la realidad social y en las que están implicados algunos individuos y colectivos. Ahonda, en ese sentido, en sus actos territorializantes, ya que el escenario barcelonés, como marco de sus experiencias, no aparece como materia neutra o simple reflejo del orden urbano.

En la necesidad de caracterizar esas prácticas y discursos que se amparan en el anonimato de las fugas colectivas y se identifican por la pluralidad, hemos preferido denominarlas «deserciones proletarias». Con ello queremos aludir a unas luchas sociales, pero también a unos comportamientos colectivos que muestran en común la negación del orden urbano capitalista puesto que, para los sujetos que se oponen a la sociedad capitalista, ese orden urbano es sinónimo de requisa, de obstáculo a la autonomía de movimientos. Además, de esta manera, en la reescritura de un fragmento de la historia de esa ciudad en dos que fue Barcelona, el proletariado —sujeto

político que dio sentido al contrapoder en la metrópoli— acaba imponiéndose como referente imprescindible. Así, hablar de las deserciones proletarias representa referirse a las acciones del proletariado en los territorios urbanos.

Para plasmar las deserciones proletarias, es importante efectuar una lectura de esa subjetividad antagónica que remite al proletariado. No parece, en este sentido, satisfactoria una aproximación que solo se quede en la constatación de una ingobernabilidad estructural que demuestra unas resonancias territoriales. Más bien parece indicado extraer de esa ingobernabilidad las señas de otro orden social —y, por tanto, urbano—, aunque este solo pueda expresarse a partir de la negación del orden social y urbano capitalista. En esta dirección se ensaya una lectura del proletariado como esa politicidad antagónica que, después, en un plano territorial, y desde unas prácticas críticas, converge en la emergencia de la metrópoli proletaria. Una perspectiva que, en último extremo, sugiere una lectura de la comunidad proletaria como sujeto histórico que también se desarrolla a partir de unos criterios autónomos de territorialización. Al menos en el periodo analizado, el proletariado se constituye también en politicidad antagónica instrumentalizando el espacio urbano como base importante de agregación y territorio desde el que ejercer el contrapoder.

En nuestro caso, si las fugas se han equiparado a unas deserciones proletarias y han dado pie a hablar de «proletariado» y de «metrópoli proletaria» es porque en torno a esas nociones se puede barajar, con precauciones, que la afirmación de la diferencia se corresponde siempre a la negación y al rechazo del orden capitalista desde frentes activos de resistencia. Es, quizá, una forma que solo puede resultar operativa para escapar a las formulaciones que insisten en la sinrazón de la diferencia.¹⁰

¹⁰. «Una diferencia es un caso de conflicto entre (por lo menos) dos partes, conflicto que no puede zanjarse equitativamente por faltar una regla de juicio aplicable a las dos argumentaciones. Que una de las

Si se quiere, la lectura del proletariado urbano como sujeto social actuante —y que expresa unos actos territorializantes— es una vía que permite hablar de aquellas socialidades y formas de subjetividad que, en los contextos estudiados, no se pueden reducir al lenguaje del poder propuesto como el orden urbano.

En el recorrido para arribar a la plasmación de la metrópoli proletaria a través de la insurrección del proletariado urbano se ha tenido necesidad, además, de evitar algunos obstáculos que merecen ser mencionados. Se ha rehuido, en especial, el apremio de la alternativa (qué ciudad proponían los insurrectos). Por el contrario, se ha incidido en la ciudad que hacían los insurrectos a partir de una movilización que, básicamente, impugnaba la ciudad del capital. Prolongando la sinrazón de la diferencia, irrumpe, creemos, la premonición de las alternativas. En la proposición de la alternativa, o en su búsqueda como garantía de madurez de los movimientos sociales, se gira en el callejón sin salida del idioma del poder. En efecto, ceñirse a la reglas prescritas de quién pregunta y quién responde reservando a los movimientos sociales el lugar del interrogado es reforzar la condición previa e ineludible de una negociación —que no ruptura— que conduce a la regulación del orden urbano.

Si, en último extremo, la aportación que representa el paso de la Reforma Interior a la Revolución de Julio de 1909 pretende incidir en el estudio de la dinámica de los movimientos sociales urbanos, parece oportuno abandonar el rastreo de la alternativa como el criterio de evaluación que ha de conceder

argumentaciones sea legítima no implica que la otra no lo sea. Sin embargo, si se aplica la misma regla de juicio a ambas para allanar la diferencia como si esta fuera un litigio, se infiere una sinrazón a una de ellas por lo menos y a las dos si ninguna de ellas admite esa regla». Véase Jean-François Lyotard, *La diferencia*, trad. Alberto Bixio, Gedisa, Barcelona, 1988, p. 9.

la revalidación o la exclusión de los movimientos sociales del panorama urbano. En cambio, desprendiéndose de la alternativa como fin obligado de las resistencias al orden urbano, es posible involucrar los análisis en aquellos ejercicios de apropiación insólita de la ciudad que se expresan mediante la desafección puntual y radical de la ciudad existente.

Pendientes, entonces, más de los medios que de los fines, o quizá haciendo de los medios los únicos fines que pueden manejar las deserciones a la ciudad del capital, se llega, pues, a la lectura de los momentos en los que sobresale la irrupción abierta del proletariado urbano como contrapoder efectivo en la metrópoli. Barcelona se transforma, desde esta óptica, en una metrópoli proletaria mientras transcurren las jornadas de febrero de 1902 y de julio de 1909. Durante aquellos días, aunque efímeramente, no solo se manifiesta en el lado proletario la capacidad de tomar la calle y apropiarse insólitamente de la ciudad, sino que despunta una visión propia del urbanismo que, ante todo, supone una metamorfosis de la forma urbana y de la lógica de producción, al igual que de destrucción, abiertamente confrontada a la ensayada por el sistema de gobierno de la ciudad.

En este tiempo de conmemoraciones, quizá la celebración oportuna de una efeméride solo requiera retrotraerse a aquellas imágenes de los archivos dispuestas a la exposición espectacular de algunos prodigios de los antepasados. Quizá, también, en esa situación no es aconsejable conceder márgenes a las miradas que se dirigen hacia ciertas escenas y actores urbanos que compartieron el lado amargo de los prodigios. Las maniobras en la historia son una señal más de los cambios de perspectiva que acompañan a los balances y a las sugerencias actuales sobre las dinámicas urbanas.

Es probable que la travesía de la Reforma Interior a la Revolución de Julio de 1909 solo pretenda ser un recuerdo que rememora que, tras unas celebraciones, a veces sobrevienen

inesperadamente otras. Al menos, por un momento, hemos pensado que no han sido en balde las dedicaciones a un verano con mil julios.¹¹

¹¹. «Un verano con mil julios y otras estaciones» fue un escrito sobre las insurrecciones urbanas de Gran Bretaña en el estío de 1981 que circuló por unos espacios cualesquiera de Barcelona. Al coincidir mi lectura con el verano, y otras estaciones, que pasé entregado a mi tesis, pensé que podía ser un título certero para la presente investigación. Al fin y al cabo, también fue un verano con mil julios aquel de 1909 en Barcelona. Y, en última instancia, aquellos papeles mal impresos y peor distribuidos me recordaban a aquellos con quienes los discutía mientras pensábamos en las maneras de vivir en Barcelona. El recorrido que hacemos desde la Reforma Interior a la Revolución de Julio seguramente no habría sido posible sin esas lecturas, esas discusiones y, en el fondo, esos tiempos de vida compartidos. Y eso que han sido demasiados julios los que han transcurrido en estos años de invierno.

INTRODUCCIÓN

VOCES Y PASOS EN LA CIUDAD

Ese mecanismo de fuga, esa tierra de exilio, ese puerto de refugio y asilo que se ha llamado la imaginación, está tanto en el origen de los saberes y las ciencias como también en el de los embustes y los engaños.

Ignacio Gómez de Liaño

Para soñar, no es preciso cerrar los ojos, basta con leer. La verdadera imagen es conocimiento. Son palabras ya dichas, recensiones exactas, masas de minúsculas informaciones, de ínfimas parcelas de monumentos de reproducciones de reproducciones las que portan en tal experiencia los poderes de lo imposible. Ya solo el rumor asiduo de la repetición puede transmitirnos lo que no tiene lugar más que una vez. Lo imaginario no se constituye contra lo real para negarlo o compensarlo; se extiende entre los signos, de libro en libro, en el intersticio de las citas y los comentarios; nace y se forma en el intermedio de los textos. Es un fenómeno de biblioteca.

Michel Foucault

Itinerarios urbanos

El pasado de la ciudad de Barcelona puede ser útil para certificar que el protagonismo en el hacerse de la ciudad recae siempre en lo social. Esta centralidad de los actores sociales en el fenómeno urbano se corresponde y está marcada por una serie de colisiones que surgen y se nutren de las tensiones que proliferan a raíz de las posiciones sociales desiguales imperativas en los ámbitos urbanos. Las prácticas sociales y su territorialización son un testimonio más del pulso o duelo que dirimen quienes ocupan en unas determinadas circunstancias la metrópoli barcelonesa.

Se esboza, así, una manera de entender la ciudad como espacio social a partir, precisamente, de la presencia del conflicto social. De ahí el interés en desentrañar los movimientos de un espacio convulsivo —Barcelona— durante un tiempo de profundas mutaciones en las relaciones sociales —aquel decenio que, remontando el Desastre de 1898, se agota al calor de los sucesos de la Semana Trágica de 1909—.

Aquel periodo que despedía el agotado siglo xix y recibía los balbucesos del siglo xx en Barcelona puede considerarse un tiempo que cabalga atravesado por las causas y los efectos de una crisis urbana. Esta sitúa el manejo del espacio urbano en relación directa con lo social. Planteado a la inversa: las fases de la crisis en lo social también evidencian una crisis territorial, es decir, la resolución, en un sentido u otro, de la crisis social

suscita operaciones de reordenación de los espacios, en las cuales, además, las áreas urbanizadas, en cuanto que puntos intensivos de la malla territorial, son las zonas más afectadas.

Referirse a la crisis de la ciudad, desde esta óptica, representa resaltar que se produce una crisis urbana, en la medida en que un complejo dominante de intereses sociales no puede cumplir los objetivos básicos esperados de un sistema urbano.¹ Y, ahondando en sus aspectos sociales, se puede añadir que «la crisis urbana es la expresión de una falta de *integración* social y política de las clases subalternas». Esa circunstancia viene a reflejar que la crisis «no expresa únicamente un conflicto que se desarrolla *en la ciudad*, sino un conflicto que *invierte la ciudad* (su producción, organización, funcionamiento, uso, etcétera)».²

La crisis de la ciudad puede, entonces, plantearse como crisis social en la ciudad. Y viceversa. En ese sentido, el momento histórico que estudiamos de la metrópoli barcelonesa es propicio a la observación de las conexiones entre lo social y lo territorial. En la Barcelona de comienzos de siglo xx sobresalen en primer lugar las bifurcaciones sociales, ya que la falta de integración social y política de las clases subalternas manifiesta implícitamente, además de la agudización de la conflictividad social, la presencia de otros proyectos sociales en lo que concierne a la organización y usos de la ciudad.

Barcelona, Barcelonas

A principios del siglo xx las acciones de unos en la metrópoli barcelonesa no pueden interpretarse solo como negocio o especulación; tampoco únicamente como la búsqueda de un patrimonio,

¹. Castells, *La ciudad y las masas...*, op. cit., p. 303.

². Francesco Indovina, «Elogio della crisi urbana», en Paolo Ceccarelli (comp.), *La crisi del governo urbano. Istituzioni, strutture economiche e processi politici nelle città del capitalismo maturo*, Marsilio, Venecia, 1978, p. 270.

emblema y símbolo de riqueza y reconocimiento de unos agentes sociales particulares e individualizados, ni como el campo de experimentación de las técnicas refinadas de los ingenieros sociales.³ Por el mismo criterio, para otros la metrópoli no es un simple cobijo ni el territorio posible del trabajo necesario: sus correrías no se reducen a una inevitable lucha por la vida en un entorno repleto de penalidades.

Si bien Barcelona ha promovido aspiraciones y éxitos individuales, también es cierto que ha sido matriz de acciones colectivas, algunas claramente divergentes. Ofreciéndose la ciudad como una realidad plural, cruzada de contradicciones y conflictos, los pros y los contras a una idea de la ciudad —y más todavía a su configuración concreta y puntual— vendrían a resumir la existencia en la Barcelona de aquella década de unos trayectos y caminos sociales paralelos, donde los respectivos componentes sociales se comportan y recrean como vectores de orientación diferente en lo social y, por tanto, en lo territorial.

³ La denominación «ingenieros sociales» hace referencia al grupo de ingenieros científicos que irrumpe, como ha señalado Carmen Gavira, en la desprestigiada máquina administrativa española a finales del siglo XIX y comienzos del XX con el ánimo de resolver o paliar, a través de la aplicación de sus conocimientos, la denominada y preocupante «cuestión social» (véase Carmen Gavira, ««P. Núñez Granés. Ingeniería y urbanismo en España (1900-1924)», *Ciudad y Territorio. Revista de ciencia urbana*, n.º 66, 1985). En ese proceso de renovación de la máquina estatal se halla inmersa la Administración local barcelonesa ya desde los años centrales del siglo XIX. De hecho, desde los últimos decenios de ese siglo XIX el Ayuntamiento será la mayor empresa de la ciudad en lo que se refiere al número de trabajadores. En ese crecimiento de personal, también se incluye la progresiva contratación fija de técnicos, los cuales, al margen de su número, adquirirán un creciente protagonismo en la resolución de los asuntos municipales dado que disponen de mayores competencias y duran más en el cargo que los ediles. Véase Manuel Arranz, «Els serveis municipals», en Ramón Grau (dir.), *Exposició Universal de Barcelona. Llibre del centenari 1888-1988*, L'Avenç, Barcelona, 1988, pp. 544-559.

Desde esta perspectiva, las intervenciones decantadas por la reconversión o remodelación de las formas urbanas se manifestarían en aquella Barcelona como algo más que el simple rastro pasivo de voluntades apasionadas decididas a la modernización y el embellecimiento de la ciudad. Asimismo, el inmovilismo pasivo o activo de los detractores de semejantes medidas se mostraría también como algo más que un efecto condicionado y subordinado de los agoreros del progreso. Las gentes que afirmaban andar reñidas con la intencionalidad que escondían los usuarios y detentadores de palabras como «progreso» y «modernización» aplicadas a la metrópoli, y se oponían a las jugadas urbanísticas que encubrían, no actuaban por simple analfabetismo o anclaje nostálgico a unos tiempos pasados nada gratos; aquellas gentes también demostraban tener, a su manera, una visión del espacio y sabían, en consecuencia, cuáles eran las formas de ciudad que más les convenían o que mejor se adaptaban a sus aspiraciones en aquellas circunstancias. Las manipulaciones multiformes de los espacios son, en fin, una baza crucial en la contienda social entablada entre quienes ocupan la ciudad.

El análisis del espacio urbano, entonces, no solo debe incidir en la relevancia de los sujetos sociales en los procesos de urbanización. Reclama también una lectura de estos sujetos a través del conflicto y más cuando se constata que la producción de la ciudad depende de la confrontación de unos estilos de vida irreconciliables y que demuestran estar dispuestos a no ceder en sus apuestas. En la Barcelona de comienzos del siglo xx, precisamente, son dos bandos, poder y potencia, burguesía y proletariado, quienes compiten por el control efectivo del territorio urbano.⁴

⁴. La distinción entre los términos «poder» y «potencia» permite aclarar —como apunta Maite Larrauri en una interpretación del libro de Antonio Negri, *La anomalía salvaje. Ensayo sobre poder y potencia en Baruch*

La fractura en dos de la ciudad, que es fruto del antagonismo que enfrenta a capitalistas y proletarios, se presentaba en aquella Barcelona como un rasgo que parece definir cualquiera de los acontecimientos urbanos. Así, la multiplicidad de trayectorias sociales que caracteriza al fenómeno urbano se puede interpretar, en la coyuntura que atravesaba Barcelona, a partir de la bipolaridad social. Esa dualidad respondería a un enfrentamiento, con diversos episodios e intensidades, entre las distintas y antagónicas maneras de pensar y usar los mismos espacios urbanos.

Ciertamente, la barricada era un símbolo social en Barcelona. Por ello, en sus apologías de la metrópoli, Pere Coromines postula que la paz social solo es posible a partir de la supresión de las barricadas del paisaje urbano y del pensamiento y los actos de sus habitantes.⁵ La ciudad se escinde por las barricadas, ya que estas se encargan de delimitar un lado y

Spinoza, trad. Gerardo de Pablo, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana, Barcelona/Iztapalapa, 1993— algunas concepciones filosóficas de la política y de la sociedad que a menudo se confunden. Entendidos por el autor como términos opuestos, la *potencia* es la fuerza dinámica de un individuo o de una sociedad. Su avance es siempre afirmativo y solo se ve limitado desde dentro, desde sí mismo. Su territorio no tiene un contorno preciso. La potencia, como el deseo, es siempre deseo de vida y de creación. En cambio, el *poder* es la fuerza de mediación por la que los hombres y las sociedades renuncian al desarrollo de su propia potencia en favor de un individuo superior. El poder impone desde fuera límites al desarrollo de las potencias. Su límite es preciso, su contorno está claramente dibujado: un poder limita con otro; si uno mengua, el otro crece. Véase Maite Larrauri, «Potencia/poder», en Román Reyes (dir.), *Terminología científico-social. Aproximación crítica*, Anthropos, Barcelona, 1988, pp. 756-758.

⁵ Esta es una constante en los artículos y reflexiones de este autor que giran en torno a la ciudad de Barcelona. Para él, a fin de potenciar lo que sería el centro de una nueva civilización mediterránea, no deberían existir en Barcelona dos unidades enemigas: no tiene que haber dos Barcelonas. Véase Pere Coromines y Max Cahner (eds.), *Diaris i records. De la Solidaritat al catorze d'abril*, Curial, Barcelona, 1974.

otro del espectro social. Quienes restan al margen de su alza o derribo se neutralizan como actores de la vida urbana, pasando a ser considerados, precisamente, masa neutra.

Las barricadas remiten, en consecuencia, a un estado de agnismo social del que Barcelona no se puede sustraer en ese tiempo. Son el mito y la realidad de una metrópoli desgarrada, escindida en dos. Incrustadas fugazmente en el calendario urbano de la década que inauguraba el siglo xx en Barcelona, sus dilatadas sombras rebasan, no obstante, su estado efímero y logran asentarse en el mapa social, en el imaginario colectivo. A título de ejemplo, el desastre de las colonias retorna a la metrópoli derrotada indianos enriquecidos y proletarios lastrados. El pulso de las alianzas a uno y otro lado tiene también fechas diferentes: 1906 para Solidaritat Catalana y 1907 para Solidaridad Obrera.

A través de las barricadas Barcelona aparece, precisamente, como espacio construido y que se (re)construye. Esos ejercicios de arquitectura de la insurrección son exponentes de la lucha por la apropiación del territorio urbano, al igual que lo son, desde otra perspectiva, otros desenlaces como la Reforma Interior y el Plan Jaussely. Según Alain Lipietz, el espacio materializado aparece tanto como un efecto de las relaciones sociales como en forma de determinante de esas mismas relaciones.⁶

La arquitectura de la metrópoli no permanece extraña al desarrollo y a las consecuencias de las acciones sociales. Por un lado,

⁶. En uno de sus artículos, Lipietz contrastó la ortodoxia o «vulgata» que se ha ido dibujando en los análisis espaciales. Al respecto, señalaba que no hay que aprehender el espacio como «reflejo» (¿o soporte del reflejo?) de las relaciones sociales que existirían «más allá» ni como lugar de inscripción de las prácticas regulares que constituyen esas relaciones. Por el contrario, en la reproducción social, el espacio material aparece ora como un efecto de esas relaciones, ora como un determinante de ellas. Véase Alain Lipietz, «Lo nacional y lo regional. ¿Qué autonomía frente a la crisis capitalista mundial?», *Alfuz. Madrid, territorio, economía y sociedad*, n.ºs 54-55, 1988, p. 37.

Barcelona aparece reflejada y reflejando las condiciones en que se fraguan y desenvuelven las respectivas movilizaciones sociales. Los destellos del territorio urbano sirven en cada ocasión a las comunidades concurrentes para decidir el rumbo de sus andanzas. Por otro lado, como vehiculadora de aquellos actos, será al mismo tiempo una urbe retocada, puesto que sobre ella se revuelven las intrigas y los rencores de los habitantes. Al realizar el balance de los fenómenos sociales urbanos, uno de los efectos importantes que se deduce es la alteración de la ciudad, tanto en los aspectos morfológicos como en las relaciones sociales.

Barcelona cobija, de hecho, varias Barcelonas. Aun singularizadas, la Reforma Interior y la Revolución de Julio de 1909 son testimonios de un pulso urbano dilatado en el espacio y en el tiempo, son indicadores de los choques entre un urbanismo del dominio y un urbanismo de la insumisión. En las razones de cada singladura, y atendiendo a los bandos de adeptos y enemigos que en ellas se constituyen, se puede, en fin, exponer la división social que escinde Barcelona en Barcelonas. En aquella ciudad en dos se recrean, durante aquellos acontecimientos, unos sueños y unas pesadillas significados por la intercambiabilidad de los portadores. Los partidarios de la Reforma Interior se escandalizan y oponen a los desmanes de una semana trágica para ellos; los enfervorizados partícipes en la revuelta de unos días de julio de 1909 dan la espalda a una operación urbanística depredadora.

Las travesías sociales de los diversos colectivos en el espacio urbano barcelonés muestran, en fin, un desenvolvimiento confrontado. Cada segmento social parece regirse por unos tiempos propios. Así pues, en las posturas sociales, la discordancia de rutas y tiempos indica la irreconducibilidad de lo social a una misma trayectoria espacial y temporal. La simultaneidad solo puede preservarse al abrigo del transcurso de esa primera década que cubre Barcelona como corte espacial-temporal.

Acercarse a aquella ciudad comporta, en definitiva, decantarse por una de las constelaciones sociales que rivalizan por apropiarse políticamente de la urbe. Las Barcelonas en Barcelona representan, pues, una oportunidad para reintroducir la diferencia: la metrópoli proletaria. Esa es la apuesta del tránsito de la Reforma Interior a la Revolución de Julio de 1909.

Apuntes para una geografía política de los usos sociales del territorio

Al señalar que las voces y los pasos de los residentes de la metrópoli manifiestan una notoria tendencia a circular por carriles separados, y al apuntarse que estos inevitablemente se cruzan de vez en cuando y producen una serie de choques, se vislumbra la necesidad de anotar el empuje de las fuerzas procedentes de cada lado. La problemática de los conflictos sociales en la ciudad se constituye, así, en una de las referencias básicas de nuestra travesía por algunos episodios de la historia urbana de Barcelona.

A partir de la conflictividad social es posible adentrarse en las actitudes y las estrategias socioterritoriales de unos sujetos sociales, precipitados a la bifurcación producto del clima de antagonismo social apegado a la ciudad. El conflicto es, además, un componente básico del análisis territorial de los grupos sociales subalternos, ya que su protagonismo activo solo adquiere una resonancia clara al enmarcarlo en las escenas de la lucha social. El proletariado urbano —y, por lo tanto, la metrópoli proletaria— atestigua su propia existencia desarrollando una experiencia acumulativa que recoge la participación en una forma de vida y acción antagonista a una sociedad urbana empeñada en excluirlo, en hacerlo extraño.

Los conflictos sociales son, sin embargo, un campo abierto a interpretaciones y, por lo tanto, a representaciones. Por ello, cabe precisar el punto de vista que se les depara si la intención

reside en persistir en su lectura para desembocar en las prácticas territoriales del proletariado como sujeto social. Así pues, se requiere, por un lado, la cautela de dotarse de una serie de premisas que, como mínimo, intenten sortear aquellas catalogaciones que presuponen un desfundamiento de las resistencias al orden urbano. Por otro lado, y a otro nivel, estas premisas han de poder realzar las prácticas antagónicas como la veta para conocer las dinámicas, visiones y empleos del espacio urbano de quienes no renuncian a transformar la ciudad.

Descifrar las prácticas antagónicas y los circuitos de agregación que en torno suyo se conforman implica, entre otras consideraciones, descartar el diagnóstico de lo demás como silencio. La inclinación a evacuar del panorama urbano aquello que no se puede o no se quiere escuchar es un procedimiento, si bien plural, que desdibuja bajo criterios implícitos el carácter de actor en los acontecimientos sociales. Semejantes operaciones arrastran un corolario: conceden a los grandes personajes y sus coaliciones, imbricadas de una manera u otra en el sistema de gobierno de los territorios y las poblaciones urbanizadas,⁷ la categoría de protagonistas privilegiados de los ritmos metropolitanos. Esa incautación no solo reproduce la brecha que distancia a dominantes y dominados en la sociedad urbana, sino que pretende condenar a la impotencia a quienes han pasado a ser meros espectadores.

Aludir al ruido estructural para referirse al magma de flujos desconectados, y a veces antagónicos, de las dinámicas que

⁷ La problemática del gobierno de la metrópoli en la interpretación que efectuamos no se circunscribe únicamente a la planificación territorial o, en un sentido más concreto, a la planificación urbana. La asociamos, tal como se desarrolla en el próximo capítulo, al régimen de prácticas que se despliegan a fin de conseguir la requisa de la metrópoli y, por lo tanto, como instrumento que participa en el ejercicio de gobierno de lo social en general. Al respecto, puede consultarse la obra de Alberto Magnaghi, *Il sistema di governo delle regioni metropolitane*, Franco Angeli, Milán, 1981.

imprime el sistema urbano en un contexto determinado se aviene como una modalidad que tiene cierto parangón con las técnicas de silenciamiento. Afanándose en la comparación del malestar difuso con la necesaria respiración de lo social, cuando este soporta los apretones de los nudos de la telaraña que es la ciudad del capital, estas posturas propugnan dejar el orden en su sitio. En todo caso, proponen una disección meticulosa de las razones del descontento y auspician, *a posteriori*, la atención de las reclamaciones que pueden conducir a una mejora de la maquinaria urbana antes de que salte la espita del control social. En suma, por extensión, dichas lecturas anudan los movimientos sociales urbanos a la topología del laberinto, ya que los reduce a mero apéndice del orden urbano, por cuanto sus movilizaciones contribuyen a la renovación y al reequilibrio de la estructura urbana. Con una perplejidad a menudo disfrazada de lucidez, se apunta a la imposibilidad de desbordar los cauces del orden urbano establecido, toda vez que los análisis en torno a la historia de los movimientos de masa en la ciudad vienen a constatar la desorbitada y probada capacidad fagocitadora del sistema urbano. Por ese motivo, se reserva la madurez misma de los movimientos sociales urbanos a quienes saben expresar, y conseguir, los márgenes negociables.

Surgen, asimismo, formulaciones que recubren las fugas con el manto del sinsentido. Este recurso se emplea preferentemente cuando la ebullición de lo social pasa de los pormenores difusos —tratados como ruido— a situaciones en las que la aparatosidad de una repentina y efímera efervescencia alcanza cotas insoportables para el orden social. En estas ocasiones, en que los protagonistas de la acción han tomado la palabra desbaratando las retenciones previstas, fracasa por inoperante la subexposición del conflicto que conlleva su tratamiento como ruido. En consonancia, las acciones intempestivas se calibran como las sinrazones del desorden urbano, un razonamiento que da pie a la sofocación, por vía represiva, o a la reconducción, por vía persuasiva, del movimiento desatado. Se insta, además, a los órganos del sistema de

gobierno de la metrópoli a agudizar la gestión de los riesgos para imposibilitar la reproducción de semejantes estallidos.

A través de las representaciones reseñadas, y en relación con las fugas del orden urbano, se consume su legitimación e inquebrantabilidad. Sin embargo, y a contraluz, dichas interpretaciones manifiestan la intraducibilidad de los lenguajes que proliferan en las deserciones al idioma del saber. Es posible sugerir que, a pesar de todo, la máquina urbana diseñada por el capital es imperfecta, ya que las fugas son el recuerdo de la presencia de una incesante recreación de modos de existencia, tan capaces de resistir al poder como de sustraerse al saber, cuando el saber intenta penetrarlos y el poder apoderarse de ellos.⁸

Por lo tanto, franquear el desorden urbano sin balizarse por las sendas de las aritméticas políticas supone el esfuerzo suplementario de improvisar un diccionario o acudir a unas voces gastadas, dotándolas, por lo menos provisionalmente, de acentos interesados. Desde esa posición es posible insistir en las fugas como el caparazón de unos medios de acción y pensamiento que restituyen unas maneras de vivir y, en consonancia, de apropiarse de los territorios. Y se puede profundizar, al menos durante la secuencia histórica que se aborda en el presente estudio, en el análisis de las luchas territoriales y de los movimientos sociales y saberes espaciales que se generan en torno al territorio en el lado proletario.

El recuento del antagonismo se desvela, entonces, como el resorte para incidir en las relaciones que los agregados proletarios —y el magma de los sujetos asociados a ellos— mantienen con la ciudad. También se aviene a despejar los pensamientos que los círculos obreros insinúan en ese contacto. Es decir, se estima el desorden urbano como un espesor en el que se abre una vía para descubrir y sopesar la existencia de estrategias y tácticas territoriales en el campo de la lucha obrera.

⁸ Entrevista a Gilles Deleuze, «Romper las cosas, romper las palabras», *La Vanguardia*, 16 de noviembre de 1986.

Las disidencias en el espacio urbano pasan a ser interpretadas, entonces, desde su relación con el antagonismo que el proletariado refrenda en su acción. En consecuencia, se abordan a partir de su caracterización como una pieza más de una caja de herramientas inscrita, de forma directa o indirecta, en el amplio y complejo campo de la confrontación social. Las distintas expresiones de la conflictividad en la ciudad se sitúan, de esta manera, dentro de un enfrentamiento más genérico, el cual está regido esencialmente por la polarización y las divergencias de las situaciones sociales que se derivan de la brecha que implica la relación social dominante. En y por los territorios urbanos pugnan entonces las fuerzas del capital y del trabajo.

Así pues, el enfoque dirigido a descifrar las formas de subjetividad a partir de las dinámicas sociales de agregación y disgregación que se traban a los procesos de territorialización converge con la propuesta de una geografía política del uso de clase del territorio formulada por Alberto Magnaghi.⁹ En ella, se opera precisamente subrayando la centralidad del antagonismo y de los movimientos y luchas sociales a él asociadas y, en consonancia, se postulan unas cuestiones preliminares de método a propósito de la lectura de las luchas urbanas.

Un primer paso en esa dirección consiste en borrar la artificiosa barrera que a menudo se erige entre las luchas de fábrica —momento productivo— y las luchas urbanas o territoriales —momento reproductivo— esgrimiendo que, de esa apreciación, se deriva una definición «residual» de las luchas urbanas, ya que las circunscribe y aísla en las funciones reproductivas. Se sostiene, pues, la necesidad de eludir la simplificación del problema que representa reducir las luchas sociales y los comportamientos colectivos en la ciudad, y por extensión en el territorio, a las reivindicaciones relacionadas con los factores reproductivos de los recursos humanos.

⁹. Alberto Magnaghi, «Per una geografia politica dell'uso di classe del territorio», *Hérodote/Italia*, n.º 2-3, 1980, pp. 2-34.

Rebasando, por contra, esa separación conceptual entre momento reproductivo y productivo, el análisis puede enriquecerse si consideramos que las luchas urbanas hacen referencia a los modos, a los instrumentos y a las finalidades del uso del territorio por parte del proletariado en las diversas fases del enfrentamiento de clases. Desde esta óptica, el territorio es *también* sede de procesos reproductivos, pero *ante todo* sede e instrumento de organización de la producción social y de la valorización del capital; se aprecia, entonces, que es respecto a ambas funciones entrelazadas donde cabe examinar los procesos de reapropiación proletaria del territorio.

Se destaca, de esta manera, la trascendencia del enfrentamiento social en la comprensión de los usos proletarios de los territorios urbanos. Un enfoque, por otro lado, que se corresponde con la concepción del proletariado como efecto y agente de la lucha de clases. Por lo tanto, pensamos que es en los usos críticos del territorio —los cuales, a su vez, se enmarcan en el enfrentamiento capital-trabajo— donde se pueden apreciar los actos y pensamientos antagónicos, y donde, por tanto, es posible leer los procesos de (re)apropiación proletaria de la ciudad. Proponiendo unos usos autónomos en relación con los espacios urbanos, la metrópoli proletaria surge y es indisociable del movimiento real del proletariado, y se afirma precisamente a partir de la contestación radical de la ciudad del capital. Así pues, la impronta proletaria en los acontecimientos urbanos remite a la crítica práctica de la organización capitalista de la metrópoli.

Lógicamente la consideración del enfrentamiento de clases como matriz de la metrópoli proletaria emplaza a estar pendientes de los procesos en los que se dinamiza el antagonismo. La ciudad se transforma a raíz del antagonismo, pero esa metamorfosis de lo urbano también redundará en la correlación de las fuerzas sociales enfrentadas, ya que incide en los modos de uso social del espacio urbano y, por consiguiente, interfiere en las territorializaciones.

Esta perspectiva, que retiene la importancia y movilidad del enfrentamiento social, plantea la necesidad de contextualizar los usos proletarios de la ciudad. Ello demanda, primero, estar al socaire del enfrentamiento de los sujetos implicados y sus composiciones sociales fluctuantes, y, segundo, atender a cómo el lado proletario conjuga en los territorios urbanos unas acciones y pensamientos que conciernen indistintamente a las esferas de la producción y de la reproducción. La apertura de miras, en consecuencia, permite seguir las pistas del antagonismo en los usos del territorio cuando sus señas pueden parecer desfiguradas o simplemente extinguidas.

En último extremo, el estudio de esa vertiente territorializada del antagonismo se esboza como una tentativa destinada a abrir el prisma analítico de las luchas urbanas. Precisamente en ellas se establece una lectura territorial de la movilización proletaria que corre engarzada a un repertorio de acciones que se presentarían, o se han presentado, como extraterritoriales o no codificables propiamente como movimientos sociales en la ciudad, en el territorio.

Esa relectura es la que anteriormente nos atrevíamos a anunciar como propuesta para repensar los movimientos sociales urbanos. Y sugiere que es en las prácticas críticas del proletariado con la metrópoli capitalista donde emergen las posibilidades emancipatorias y, por tanto, donde se construye una ciudad diferente. Los movimientos sociales, como apunta Jean Cohen, son el proceso por medio del cual se constituyen las identidades y se desafían las normas institucionales y el sistema de estratificación jerárquica de un orden social dado.¹⁰ El desafío, o la negación, de lo existente es entonces la premisa de la apertura a la transformación de la ciudad. Un objeto —la ciudad— nunca es exterior a las prácticas que lo construyen, a las estrategias que lo conforman. Es por ello por lo que la

¹⁰ Jean-Louis Cohen, «Between crisis management and social movements. The place of institutional reform», *Telos*, n.º 52, 1982, p. 31.

legibilidad de la metrópoli proletaria exige recurrir al movimiento real del proletariado urbano.

Cualquier acción individual y colectiva, además de surgir del contacto con unos espacios específicos, incide y se consume en el territorio; ese juego de correspondencias e implicaciones entre espacio y sociedad afecta y envuelve al conjunto social, al igual que a los segmentos en que esta pueda descomponerse. La interpretación de las expresiones territoriales del proletariado no puede escaparse de ese criterio. Será, en fin, a raíz de esa impronta proletaria en la historia urbana de Barcelona como se podrá esbozar el espacio para sí¹¹ que conformó el proletariado urbano mediante sus discursos y prácticas.

Aquella Barcelona, pues, concurre en este texto en calidad de sede de unas relaciones sociales marcadas por el sello de la conflictividad. La metrópoli barcelonesa significada en la secuencia histórica analizada por un estado de fractura en el plano social y territorial propició, además, situaciones de dualidad de poder, de abierto y frontal enfrentamiento de clases, en las que los usos del territorio actuaron como un recurso importante para el proletariado urbano. En Barcelona, la fractura social activada, especialmente en febrero de 1902 y en julio de 1909, convirtió el espacio urbano en una escena en la cual se hacía posible en concreto la interpretación de la irrupción de la metrópoli proletaria.

¹¹. Alain Lipietz ha propuesto que, del mismo modo que a veces se distingue «clase en sí» de «clase para sí» y «seres y grupos», existe, junto a lo práctico-inerte del espacio en sí, un «espacio para sí». Este espacio para sí es la dimensión espacial de un bloque social, o de la hegemonía de un bloque social, o de la lucha abierta entre *bloques*. Las fronteras de un espacio para sí no coinciden forzosamente con la espacialidad, propia de una relación social particular. Véase Lipietz, «Lo nacional y lo regional...», *op. cit.*, p. 37.

Las deserciones proletarias: problema y relato

El antagonismo rige, entonces, nuestra tentativa de ficcionar con la historia. La historia-ficción, las propuestas históricas ficcionistas, consisten —como ha señalado Miguel Morey basándose en las aportaciones de Michel Foucault— en la apuesta por otro tipo de reconocimiento mediante la transformación de las maneras como nos narramos nuestro pasado.¹² Amoldar la marcha de la ciudad a ese requisito es probar si, como expresa Georges Haupt, el redescubrimiento o el empleo de la experiencia histórica pasa por la mediación de los problemas del presente.¹³

La inclinaciones del análisis hacia la teoría social serán, pues, en cierta medida una constante, ya que renunciar a la teoría explícita es renunciar al desafío de efectuar intervenciones conscientes y creativas en la construcción de geografías futuras. La conexión entre la geografía y la teoría social es, por lo tanto, uno de los puntos cruciales para la cristalización de nuevas concepciones del mundo y de nuevas posibilidades de intervención activa.¹⁴

¹² Basta recordar, sugiere este autor, lo que el propio Foucault afirmó al respecto: «En cuanto al problema de la ficción, es para mí un problema muy importante, me doy cuenta de que no he escrito más que ficciones. No quiero decir, sin embargo, que esté fuera de la verdad. Me parece que existe la posibilidad de hacer funcionar la ficción en la verdad; de inducir efectos de verdad con un discurso de ficción, y hacer de tal suerte que el discurso de verdad suscite, “fabrique”, algo que no existe todavía; es decir “ficcione”. Se “ficcione” historia a partir de una realidad política que la hace verdadera, se “ficcione” una política que no existe todavía a partir de una realidad histórica». Véase Miguel Morey, «“Érase una vez...”: Michel Foucault y el problema del sentido de la historia», en Ramón Máiz (comp.), *Discurso, poder, sujeto. Lecturas sobre Michel Foucault*, Universidad de Santiago de Compostela, 1987, pp. 52-53.

¹³ Georges Haupt, *El historiador y el movimiento social*, trad. Flora Guzmán, Siglo XXI, Madrid, 1986, p. 30.

¹⁴ David Harvey, «Acerca de la historia y la actual situación de la geografía: un manifiesto materialista histórico», en María Dolores García Ramón (ed.),

En la presentación de esos elementos teóricos se basa, de hecho, la tentativa de fundamentar una manera de pensar o leer la ciudad. Con el objetivo de llegar a una conjunción más fructífera con las aportaciones críticas del pensamiento social, no se puede emprender una tentativa investigadora, sea cual sea su disciplina, reiterando defensivamente, en palabras de Gareth Stedman Jones, fórmulas trilladas y trasnochadas; solo se puede hacer comprometiéndose en el terreno intelectual contemporáneo.¹⁵

Nuestra propuesta analítica se consagra a resaltar la relevancia de la conflictividad social y, en especial, aquella gradación cualitativa que en los márgenes del conflicto le corresponde al antagonismo. Es un ejercicio destinado a la superación del papel subsidiario que ocupan los proletarios, y, por extensión, las clases subalternas, en las interpretaciones del conflicto capital-trabajo. Para remediar ese «punto ciego» que son los trabajadores en la confrontación capital-trabajo, según Christian Topalov las tentativas analíticas deben encaminarse a la resolución de los obstáculos principales: la fascinación por el Estado, el uso reducido del concepto de reproducción de la fuerza de trabajo y las limitaciones del análisis tradicional de los conflictos de clase.¹⁶ Los esfuerzos, en definitiva, deben dedicarse a impulsar una historia «desde abajo» del proletariado como sujeto histórico, también en lo concerniente a los usos del territorio.

En esta relectura «desde abajo» del conflicto social en la metrópoli, nos apoyamos en aquellas aportaciones de la teoría social que creemos ajustadas o válidas para desarrollar la perspectiva ensayada y que sugieren un marco interpretativo

Teoría y método en la geografía humana anglosajona, Ariel, Barcelona, 1985, pp. 149-163, esp. p. 159.

¹⁵. Gareth Stedman Jones, *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, trad. Blanca Tera, Siglo XXI, Madrid, 1989, pp. 7 y 23.

¹⁶. Christian Topalov, «Para una historia “desde abajo” de las políticas sociales. Invitación a la investigación comparativa internacional», *Ciudad y territorio: revista de ciencia urbana*, n.º 61, 1984, pp. 41-52.

apropiado a las materias sobre las que abunda nuestro análisis. De esta manera, cabe precisar que en la realización del presente estudio apenas hemos dado importancia a los campos de competencia disciplinares. Más bien, casi deliberadamente, y aceptando las inclinaciones a las que nos conducía el proceso investigador, hemos preferido ensayar una aproximación que podría ser de estilo transdisciplinar.

Hemos recurrido, pues, a distintos campos del saber y el requisito básico ha sido sopesar sus contribuciones, en distintos aspectos, a la problematización de las relaciones entre espacios y sociedades. Hemos priorizado, entonces, aquellas posturas que se han significado, en nuestro caso, como un acicate, en el sentido de incitar a la apertura de nuevos focos analíticos, y que han destacado, asimismo, por ir acompañadas de sugerentes propuestas que insisten en la reformulación de los presupuestos interpretativos. En este sentido, lejos queda de nuestro ánimo y posibilidades la pretensión de elaborar un estado de la cuestión de las temáticas que al respecto se vayan aludiendo.

Sin embargo, el cariz del estudio ha requerido acudir con mayor frecuencia a unos campos específicos de reflexión. Dado el interés primordial por establecer una lectura de los procesos sociales —y, por tanto, de la conflictividad que los atraviesa— de cara al posterior reconocimiento de las prácticas sociales en el territorio, la geografía social, en un sentido amplio, ha sido uno de los soportes básicos que nos han instalado en cierta medida, y como ha sugerido Robert Hérin, en ese terreno en el que se intenta conjugar una geografía de los hechos sociales y una sociología de los hechos geográficos.¹⁷

No obstante, en la medida en que nuestro manejo de la geografía social es esencialmente retrospectivo,¹⁸ otros campos,

¹⁷ Hérin, «Herencias y perspectivas...», *op. cit.*, p. 21.

¹⁸ La geografía social retrospectiva es aquella que, mirando la construcción histórica del territorio, insiste en la descripción de las prácticas del espacio. Véase Patrice Bourdelais y Bernard Lepetit, «Histoire et espace», en

como la historia urbana y la geografía histórica, han sido también motivo de tratamiento preferente.¹⁹

Apreciándose en esos campos del saber una incisiva labor investigadora que alienta una relectura de las dinámicas sociales en los escenarios urbanos,²⁰ se está procediendo a la interpretación de una serie de problemáticas que hasta hace poco pasaban, por lo general, desapercibidas y, al mismo tiempo, se están reevaluando oportunamente ciertas temáticas que parecían agotadas. El rastreo sistemático y crítico de lo que se denominan, en un sentido amplio, «modos de vida populares» es precisamente uno de los focos analíticos que acumula más atención. Esa renovación se constata también en el campo más

Franck Auriac y Roger Brunet (coords.), *Espaces, jeux et enjeux*, Fayard, París, 1986, p. 22.

¹⁹. Para leer sobre el estado de la cuestión en lo que respecta a los análisis en torno al espacio histórico, véase Francisco Javier Monclús Fraga y José Luis Oyón Bañales, «Espacio urbano y sociedad. Algunas cuestiones de método en la actual historia urbana», en Antonio Bonet Correa (coord.), *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano. Segundo simposio (1982)*, vol. 1, Universidad Complutense de Madrid, 1985, pp. 426-443.

²⁰. En este sentido, los geógrafos Carles Carreras y Joan Vilagrà han efectuado una aproximación al estado de la geografía histórica, cuyas conclusiones se pueden suscribir, toda vez que proponen la eliminación de algunas barreras ficticias: «Una definición plenamente significativa y aceptable de la Geografía histórica no es ni posible ni deseable; la Geografía histórica es una serie de aproximaciones. [Sin embargo] pueden deducirse dos grandes conjuntos de conclusiones. En primer lugar, es necesario ir pasando de una Geografía histórica eminentemente estática a otra en que los conceptos de “cambio” y de “proceso” constituyan el objeto fundamental de estudio. [...] En segundo lugar, y de forma coherente con aquella primera conclusión, hay que incorporar una visión abierta y amplia, anticorporativista. Esta visión se especifica fundamentalmente en la aceptación de la esterilidad de las diferenciaciones artificiales entre Geografía e Historia, sobre todo cuando se trata del estudio de procesos» (Carles Carreras y Joan Vilagrà, «La geografía histórica», en Josefina Gómez Mendoza y Aurora García Ballesteros (coords.), *Teoría y práctica de la geografía*, Alhambra, Madrid, 1986, p. 372).

genérico de la historia social,²¹ ya que, en los debates que se suceden en relación con la orientación de la disciplina, sobresale la problemática del papel que hay que otorgarle al proletariado en el decurso de la historia y, más en general, el cuestionamiento del protagonismo que les corresponde a los sujetos sociales inmersos en una sociedad capitalista.

La enriquecedora pluralidad resultante de las dinámicas de las diferentes disciplinas que inciden en el estudio de los procesos sociales en los ámbitos urbanos es terreno abonado para esa incorporación del antagonismo como vector explicativo de las tramas sociales urbanas en un periodo concreto de la historia de Barcelona. Por ese motivo, acudimos, entonces, tanto a los postulados teóricos que se van consolidando como a las investigaciones consumadas que se han realizado siguiendo dichos criterios de renovación.

En los resultados de un campo y de otro se puede contemplar que los procesos de territorialización están asociados a las expectativas contradictorias de los grupos sociales y que el espacio no ha sido vaciado de sentido ni se muestra indiferente a las acciones sociales.

21. Una muestra representativa de la reorientación de la reflexión teórica y del propio talante de las investigaciones en historia social es la mesa redonda «Movimientos sociales», que reunió en Valencia a once destacados historiadores españoles de los movimientos sociales. El debate giró alrededor de los resultados de los estudios realizados hasta la fecha en España sobre esta materia y, ante las lagunas observadas, concluyó con una defensa general de la necesidad de un profundo replanteamiento de todas las facetas inmiscuidas en la tarea del historiador. Véase Juan José Castillo Alonso, Josep Termes Ardevol, Pere Gabriel Sirvent, José Álvarez Junco, Santiago Castillo, Santos Juliá Díaz, Carlos Forcadell Álvarez, José Antonio Piqueras Arenas, Aurora Bosch Sánchez, Francisco Javier Paniagua Fuentes, Manuel Cerdà y Salvador Forner Muñoz, «Movimientos sociales. La Comuna, la Revolución rusa, el pueblo en el trabajo y las marginaciones», *Debats. Revista de cultura, poder i societat*, n.º 2-3, 1982, pp. 89-136.

No obstante, la pluralidad se acompaña de dispersión o cuando menos de heterogeneidad. Para ubicarnos en ese terreno, recurriremos previamente al balance que Francisco Javier Monclús y José Luis Oyón han efectuado en torno a la evolución más reciente de los estudios que inciden en el análisis histórico del fenómeno urbano.²² De dichos autores se desprende lo que sería la progresiva constatación de una tendencia a la bifurcación, ya que en las investigaciones sobre la materia se insinúan dos «líneas de diferente pendiente». Una aboga tanto por «una ambiciosa síntesis histórica que trata de construir una historia específica de las ciudades en la historia de la sociedad como [por] una no menos ambiciosa estrategia de reunir las distintas disciplinas sociales relacionadas con lo urbano». La segunda, en cambio, se plantea abordar «enfoques temáticos parciales tanto en el campo de lo histórico como en el de lo urbano». Ese desdoblamiento indica, únicamente y según su opinión, que en la actualidad se da la posibilidad de recorrer diversos itinerarios. La propia diversidad indica, entonces, la conveniencia de explicitar cuál es el enfoque adoptado en cada caso, ya que de la elección de una u otra manera de hacer se derivan métodos de trabajo específicos y, a la postre, resultados de distinto signo.

En el tratamiento de los aspectos sociales en la ciudad de Barcelona durante aquellos años, hemos optado por examinar los contornos sobresalientes de la cuestión del enfrentamiento social que han de permitir una lectura de los usos proletarios del espacio urbano. Esto significa que en la investigación no hemos pretendido, en ningún momento, intentar atribuirnos la singularidad de un objeto (ni encerrarnos en ella), sea este el desarrollo del fenómeno social en Barcelona o la impronta del movimiento obrero barcelonés.

Al adoptar dicho procedimiento, cabe advertir que a la vez estamos priorizando el problema y descartando las presiones

²² Monclús Fraga y Oyón Bañales, «Espacio urbano y sociedad...», *op. cit.*, p. 443.

del periodo.²³ Sin duda, ambos criterios reúnen ventajas y desventajas, pero hemos creído más oportuno elegir la vía señalada, entre otros motivos por considerar que lo social *y* el urbanismo ocupan en nuestra investigación el sentido no tanto de objetivo primordial como de hito referencial en lo que se refiere a la búsqueda y comprensión de la presencia de las relaciones tejidas entre comunidad y territorio. Porque creemos que, a partir de estas relaciones, es posible ahondar en el análisis entre proletariado y metrópoli proletaria, esto es, profundizar en la perspectiva de reconocer la apropiación del territorio por las politicidades antagónicas.

Así pues, distinguimos en la materia de estudio los sujetos antagónicos del modelo social y territorial imperativo en la metrópoli barcelonesa con el expreso objetivo de escarbar en los usos divergentes del espacio urbano. Al ceñirnos a las

²³ De los criterios escogidos se derivan unas consecuencias dignas de afrontar previamente. Por ello, nos parece indicado reflejar las observaciones que Foucault efectuó sobre esas cuestiones metódicas. En torno a las maneras de hacer, el autor afirmaba que una de las diferencias tangibles consiste en atribuirse un objeto e intentar resolver los problemas que puede plantear. La otra consiste en tratar un problema y determinar a partir de ahí el ámbito del objeto que hay que recorrer para resolverlo. Refiriéndose a la pertinencia de acogerse, en el reparto del pastel, al *problema* o al *periodo*, señaló que, en efecto, si se quiere estudiar un «periodo» —o al menos una institución durante un periodo determinado—, se imponen dos reglas por encima de las demás: el tratamiento exhaustivo de todo el material y la equitativa distribución cronológica del examen. Al contrario, si se quiere tratar un «problema» surgido en un momento determinado, se deben seguir otras reglas: la elección del material en función de los actos del problema; la focalización del análisis sobre los elementos susceptibles de resolverlo, y el establecimiento de las relaciones que permiten esta solución. Por lo tanto, muestra indiferencia a la obligación de decirlo todo, incluso para satisfacer al jurado de los especialistas congregados. Véase Michel Foucault, «El polvo y la nube», en Michel Foucault y Jacques Léonard, *La imposible prisión. Debate con Michel Foucault*, trad. Joaquín Jordá, Anagrama, Barcelona, 1982, p. 42.

prácticas antagónicas en los territorios urbanos, las otras facetas —como el sistema de gobierno de lo urbano como ejercicio de poder— que demuestren una relación con la temática abordada solo serán motivo de un seguimiento indirecto. De esta manera, creemos, la crónica que se dedica a la metrópoli proletaria queda en buena medida eximida de contar todos aquellos aspectos superficiales y conocidos que podrían oscurecer en lugar de clarificar el enfoque.

Por otro lado, yendo más allá del principio de coextensividad territorial de toda actividad humana, se trata de destacar que en torno a la aprehensión obrera de su realidad se genera un pensar y actuar en el espacio a partir del cual se modelan los comportamientos cotidianos, se barruntan los marcos de lucha y se ensayan las formas organizativas. El aprendizaje de las experiencias y las reflexiones suscitadas en los debates que se reproducen en los medios proletarios conduce a replanteamientos constantes en la acertada manipulación de los espacios que impone una perspectiva de clase construyéndose en la práctica. Ese transcurrir, del que los años que nos ocupan brindan pruebas relevantes, se manifiesta como el síntoma efectivo de que el territorio es una esfera que se debe considerar en la andadura de la clase obrera barcelonesa y que se refleja abiertamente en sus movimientos.

Los apuntes de una geografía política de los usos sociales del territorio sugieren precisamente que conviene incorporar en el apartado de la conflictividad obrera la proliferación de ciertas luchas desencadenadas fuera de los espacios productivos, pero íntimamente asociadas a las condiciones de proletarización. La razón es que, en ellas, como hemos intentado subrayar, el protagonismo del territorio es elevado. El dentro —los muros de los espacios productivos— y el fuera —los espacios de vida— no son unas realidades separadas e infranqueables en los vínculos obreros.

En el periodo que abarcamos, los modos de vida de las clases subalternas todavía no habían sido integrados intensivamente

en el orden capitalista.²⁴ En consonancia, el antagonismo no se expresaba desgarrado en diversos conflictos autonomizados. La existencia de una comunidad obrera afirmada como para-sociedad, y a veces como contrasociedad, posibilitaba la circulación y el cobijo a las luchas y resistencias que se fraguaban y que fluían desde su seno, lo cual redundaba en una confusión de los segmentos participantes en cada momento. Aquellas redes sociales no tenían una única base operatoria; al contrario, disfrutaban de una pluralidad de plataformas y, entre ellas, el territorio no era de las de menor importancia. Las aspiraciones y reivindicaciones de la clase trabajadora se desplegaban en

²⁴ La integración extensiva e intensiva de los proletarios en el capitalismo es una cuestión ya planteada. En síntesis, y para destacar las diferencias sustanciales entre ambas etapas, al principio se diría que el capital trata a los obreros como a los demás factores sociales de los que tiene necesidad: los utiliza sin penetrarlos totalmente. Después el mismo capital los reproduce, los organiza directamente. Así, el movimiento obrero, que tendría una existencia autónoma en la fase de desarrollo extensivo y de consolidación del capital, sería reducido a un apéndice del capital en el modelo intensivo. En otras palabras, en el proceso se distingue el paso de la subsunción formal del trabajo a su subsunción real en el capital. Refiriéndose a un pasaje de la crítica marxiana a la economía política, Antonio Negri insiste en lo certero y operativo de aquel planteamiento de Marx: «Por *subsunción formal* entiende aquel momento en el cual diversas formas productivas están sometidas a la relación de producción capitalista, no porque posean la organización del trabajo en la producción capitalista, sino porque la relación de producción capitalista ejerce una hegemonía efectiva sobre la sociedad. Formas antiguas de producción, de propiedad, de mercado, pueden convivir así de modo ordenado con la hegemonía capitalista. Pero el capital consume y conquista a la sociedad entera, y hay un momento en que las viejas formas de producción, de propiedad y de circulación pierden importancia: no solo el modo de producción capitalista es ahora hegemónico, sino que la forma de los procesos laborales capitalistas se convierte en exclusiva. Toda la sociedad es una fábrica; mejor dicho: la fábrica se diluye enteramente en la sociedad». Véase Antonio Negri, «Postmoderno», en Román Reyes (dir.), *Terminología científico-social. Aproximación crítica*, Anthropos, Barcelona, 1988, p. 641.

una ciudad concebida y apropiada como sede de comunidad de vida.

En el cambio de siglo, la cuestión central que se les plantea a los reformadores que intentan cambiar las prácticas populares en las grandes ciudades es, según Topalov, la extrema movilidad que se acusa en las ciudades por parte de los obreros en el empleo y más cuando esa inestabilidad en los puestos de trabajo va asociada a un gran «estancamiento» de la mano de obra en los barrios populares tradicionales. Precisamente, el «estancamiento» o (auto)territorialización —es decir, la estabilidad en el barrio o poca movilidad en el espacio— proporciona a los miembros de la comunidad obrera recursos que les permiten hacer frente a la precariedad de sus ingresos económicos. Ello es posible porque todo contribuye a hacer del barrio una comunidad obrera y popular sólida, porque hay unas fuertes normas de reciprocidad que tejen sólidas redes locales de recursos mutuos.²⁵

En el lado obrero, destaca precisamente esa atención espacial. Eric Hobsbawm aprecia en sus estudios de historia de la clase obrera que un rasgo distintivo del proletariado asentado en los países latinos —España, Italia, Francia— es la horizontalidad de las resistencias y de las formas organizativas, mientras que en otras áreas observa en cambio que la verticalidad prevalece en el andamiaje organizativo.²⁶

²⁵. Christian Topalov, «Espacios, poderes, ciencias. Reformas de las clases trabajadoras en el entorno del cambio de siglo», *Alfoz. Madrid, territorio, economía y sociedad*, n.^{os} 54-55, 1988, p. 33.

²⁶. Al establecer una lectura comparada por países del movimiento obrero, Eric Hobsbawm señala la división importante que hay entre los países que optaron firmemente por un sindicalismo esencialmente nacional, con cualesquiera concesiones que hubiera que hacer a la autonomía local, y los que optaron por el localismo o el federalismo, excepto en industrias como los ferrocarriles, en las que ello no tenía ningún sentido. Véase Eric Hobsbawm, *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, trad. Jordi Beltrán, Crítica, Barcelona, 1987, p. 202.

Ciertamente, la historia del proletariado urbano barcelonés es un mirador adecuado para anotar la trascendencia que adquieren las relaciones de base territorial en los medios obreros.

El control del espacio era, pues, un punto estratégico para los contendientes en la guerra total que concernía a la relación capital-trabajo. Esa dilatación del antagonismo en el territorio, y también el corolario más amplio de la ingobernabilidad, señalan al espacio urbano como base de agregación de colectividades y palanca bien conocida para satisfacer las demandas planteadas en cada conflicto o, simplemente, para consentir la pervivencia de unos modos de vida autónomos, desligados de la malla del poder capitalista.

De esa manera, actuando el espacio urbano como atractor, se producían impulsos esporádicos de generalización y unificación de unas luchas en principio parciales y heterogéneas. En la mayoría de los casos, el salto cualitativo era de carácter local, pero a veces incluso se llegaba a alcanzar una mayor ampliación, aunque las ondas expansivas fueran desiguales en intensidad y no guardaran criterios de difusión geográfica. El detonante en esas ocasiones podía ser tanto una huelga laboral como un rechazo del incremento de los impuestos de consumo o de las movilizaciones discriminatorias a filas.

Si se trata, pues, de abordar la irrupción del antagonismo en la metrópoli, es preferible recurrir a aquellos momentos y escenas en los que las deserciones proletarias imponen su presencia. La voluntad de reconocer las figuras del antagonismo en acción no solo contribuye a evitar el ensombrecimiento de las críticas prácticas al orden urbano, sino que también soslaya la tendencia a encumbrar a unos protagonistas siempre con nombre propio como artífices del devenir urbano. Sin embargo, para arribar a la territorialización de las prácticas antagonicas del proletariado, no creemos que la única vía al alcance del investigador sea realizar una reconstrucción exhaustiva de la historia de las clases trabajadoras asentadas en Barcelona. Para entender la incrustación de unas miras y prácticas territoriales

en las resistencias y luchas que sostiene el proletariado, puede resultar de suma utilidad atender al sinfín de iniciativas que, en buena medida, ya ha registrado la historiografía.

En las investigaciones que de una manera u otra abordan la ciudad de Barcelona durante los años de la Restauración, el bagaje acumulado se ofrece como utillaje válido para ofrecer una recomposición de los acontecimientos urbanos que permita resaltar las territorializaciones de la politicidad proletaria. En esos mismos estudios, y como suele ocurrir en los caminos demasiado trillados, las perspectivas, además de suministrar un interesante acopio documental, son diferentes y a menudo contrastadas. Se manifiesta, entonces, que la historia es también, al fin y al cabo, relato: una serie de acontecimientos y relato sobre una serie de acontecimientos.²⁷

Contando con la afluencia de ese caudal informativo —en el cual las obras consultadas tienen en común un cierto buceio extensivo en las fuentes primarias y secundarias de la época—, el criterio más adecuado a nuestros objetivos parece ser, como indica Lando Bortolotti, efectuar un reexamen.²⁸ Esa opción estriba en realizar una lectura de ese mismo material que otros han visto antes que nosotros extrayendo y subrayando las noticias esenciales para nuestra incursión.²⁹

²⁷. En este caso, la puntualización pretende hacer alusión a lo que Jorge Lozano denomina «estrategias discursivas y persuasivas» en el texto de historia: «Nuestra atención no se fija en un tipo de género (que siempre es una institución) de escritura de la historia, sino en la descripción del carácter narrativo de la historia, considerado como un elemento determinante en la construcción de un texto histórico. [...] En la narración es donde los acontecimientos se seleccionan y, por tanto, se incluyen, se excluyen, se silencian y donde adquieren su significación». Véase Jorge Lozano, *El discurso histórico*, Alianza, Madrid, 1987, p. 173.

²⁸. Lando Bortolotti, *Arquitectos, urbanistas e historia urbana. Lección inaugural del curso académico 1983-1984*, Escola Tècnica Superior d'Arquitectura del Vallès-UPC, Terrassa, 1984.

²⁹. Hemos considerado indicado proceder a un giro significativo en la

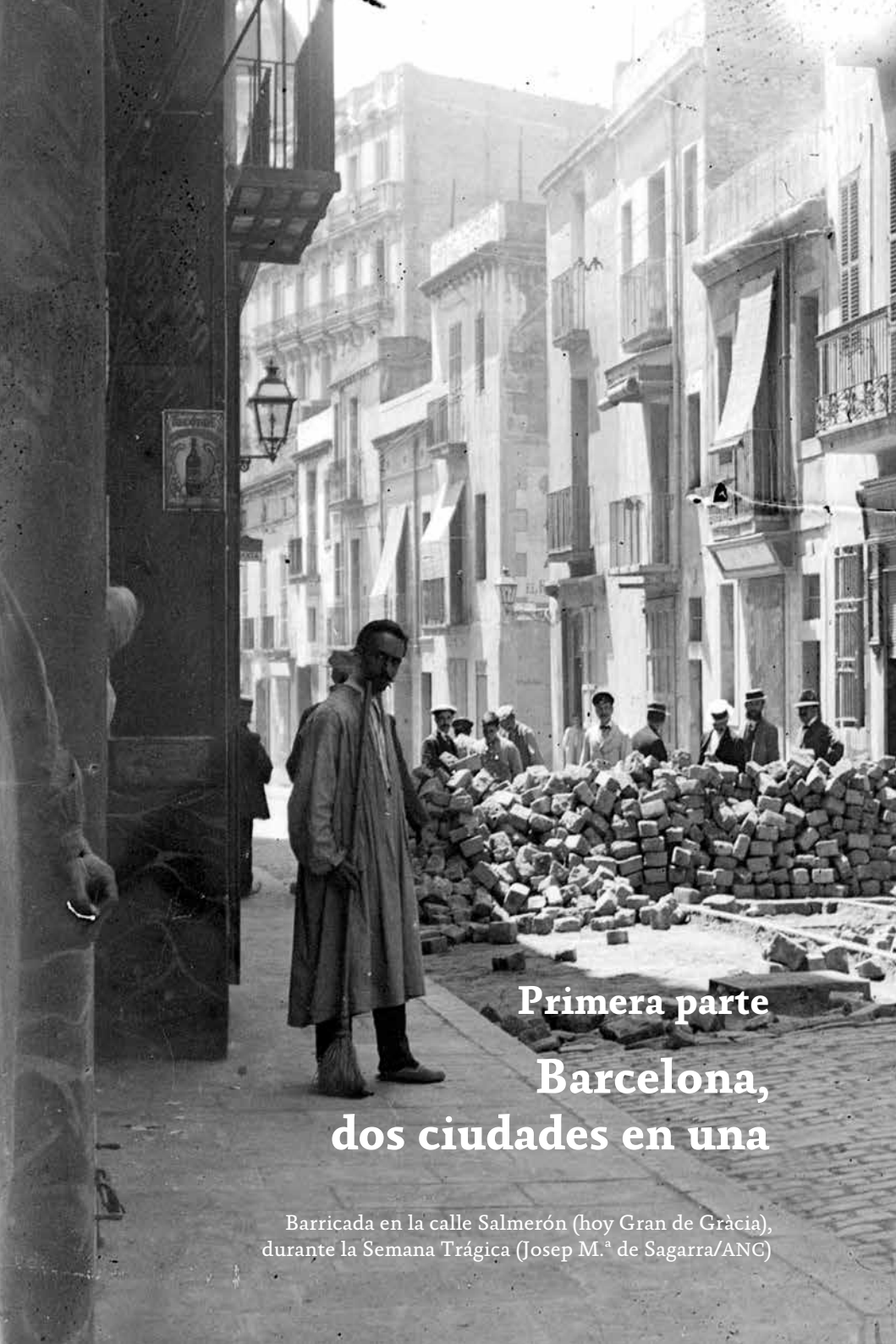
En suma, en este estudio nos hemos decantado por los antagonismos como cobertura de una dimensión de lo social capaz de desvelar el protagonismo de ciertos sujetos históricos durante un tiempo y en un espacio. El análisis, en cierta forma, da cuenta de un periodo de la historia urbana de Barcelona en el que el relato queda englobado y circunscrito. Sin embargo, acudimos a esa lectura de la ciudad priorizando los vectores interpretativos que se muestran propicios para despejar, a partir del examen de los ecos y de los pasos de los sujetos y sus agregados, los usos sociales divergentes del territorio urbano. Es una manera de dar entrada a las deserciones proletarias en

mirada que dispensaremos a los hechos registrados sin tener que recurrir de nuevo en este ensayo a los documentos originales, dadas las circunstancias específicas de nuestra incursión.

La técnica exploratoria aplicada como operación de recuento que ha de permitir establecer las constantes representativas de los procesos sociales, aunque no agotada, parece suficientemente cubierta en el periodo abordado y, en particular, para la indagación que hemos ido planteando en las líneas precedentes. Pudiendo entonces descartar un ejercicio que podría transformarse en una reproducción iterativa o reiterativa, hemos creído más conveniente aprovechar la oportunidad de operar con otros criterios y optar, en consecuencia, por una búsqueda itinerante. Una modalidad interpretativa que, pretendiendo constatar las variaciones continuas de las variables, se dispone a seguir y resaltar, sobre todo, las singularidades de los actores sociales concernidos en el tiempo estudiado. Esta inmersión también presenta a su favor el hecho de ofrecer la posibilidad de recurrir a otras fuentes. En paralelo, disponemos de margen suficiente para añadir hallazgos o voces silenciadas hasta el momento y requeridas en la argumentación.

En la adopción de este enfoque, tenemos en cuenta, en último extremo, esa dualidad de la mirada en la investigación social que remite a la circulación en el campo de la ciencia de lo que se ha dado en llamar «perspectivas sedentarias y nómadas»: modalidades que manejan unos criterios contrastados en los planos epistemológico, metodológico y tecnológico. Una interpretación de estos modelos y de la reproducción iterativa y de la persecución itinerante que encontramos, en concreto, en Jesús Ibáñez, *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*, Siglo XXI, Madrid, 1985, pp. 289-298.

la metrópoli. Una oportunidad analítica, en último término, para devolver la palabra a las voces apagadas de unos proletarios que se erigieron a contracorriente en protagonistas de excepción en el desarrollo de aquella Barcelona.



Primera parte
Barcelona,
dos ciudades en una

Barricada en la calle Salmerón (hoy Gran de Gràcia),
durante la Semana Trágica (Josep M.^a de Sagarra/ANC)



*No había habido tiempos mejores, no había habido tiempos
peores; fueron años de buen sentido, fueron años de locuras;
una época de fe, una época de incredulidad; lapso de luz,
lapso de tinieblas; primavera de esperanza, invierno de
desesperación; lo teníamos todo ante nosotros, no había
nada ante nosotros; todos íbamos derechos al cielo, todos
íbamos en sentido contrario. Aquel periodo fue, en una
palabra, tan semejante al actual...*

Charles Dickens

BARCELONA, COLISIÓN DE FRAGMENTOS

El vocablo «espacio» se presta, en palabras de Milton Santos, a una variedad de acepciones.¹ Por ello, el mismo autor no duda en incorporar otra y sugiere etiquetar el espacio de «instancia», valiéndose en esta ocasión de su consideración como factor y no solo condición de la evolución social. La conceptualización del espacio como instancia implica, para el geógrafo brasileño, reconocer, al mismo tiempo, que el espacio contiene y está contenido por las demás instancias. Se refiere el autor a los procesos sociales representativos de una sociedad en un momento dado como principios activos que terminan por adquirir una expresión territorial, y alude a lo económico, lo político-institucional y lo cultural-ideológico —y sus respectivos procesos— como las otras instancias designables junto con el espacio.

¹. «Como las formas geográficas contienen fracciones de lo social, no son solamente formas, sino *formas-contenido*. Por eso, están siempre cambiando de significado, en la medida en que el movimiento social les atribuye, en cada momento, fracciones diferentes del todo social. Puede decirse que la forma, en su cualidad de forma-contenido, está siendo permanentemente alterada y que el contenido adquiere una nueva dimensión al encajarse en la forma» (Santos, «Espacio y método», *op. cit.*, p. 6).

Para apreciar los actos territorializantes de los sujetos sociales y la incidencia tanto de una forma urbana materializada en un momento dado como de los proyectos que esbozan su modificación sobre los comportamientos sociales que colman un espacio social, elegimos como punto de partida inicial la vía interpretativa del espacio como forma-contenido según la formulación de Milton Santos. Esta perspectiva permite destacar, precisamente, la indisociabilidad del contenido (sociedad) respecto a la forma (el objeto geográfico), a la vez que somete ese conjunto a los vaivenes de una sociedad en movimiento. Desde dichos presupuestos es posible contemplar, asimismo, como cada forma se singulariza encerrando una fracción del contenido. De esta manera, se pueden identificar las funciones que cumplen las propias formas en la realización social específica de los individuos y de las colectividades, pero también cómo lo social usa y transforma las formas.²

La interpretación del espacio como forma-contenido, y la incorporación en ella del parámetro del tiempo social como una de las claves analíticas, por lo tanto, propicia una lectura de la cuestión urbana anclada en lo social. Apunta, en primer lugar, que las acciones sociales, sean cuales sean sus esferas de movimiento, implican una territorialidad. Sugiere, al mismo tiempo, que la configuración de una forma urbana está expuesta a la variabilidad de las relaciones de fuerza en un campo social, como la ciudad, siempre móvil. Ello nos induce a destacar, por otro lado, que toda forma urbana presenta un estado de precariedad, más o menos estacionario, pero siempre de durabilidad indefinida. La provisionalidad como característica intrínseca de la morfología urbana expone, además, y en último extremo, la carencia de unanimidad entre los componentes sociales en su fluir por la ciudad. Así, el disenso

² Milton Santos, «La geografía a fines del siglo xx: nuevas funciones de una disciplina amenazada», *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, vol. XXXV, n.º 4, 1984, p. 701.

—antes que el consenso— se propone como el vector fundamental del fenómeno urbano también en las facetas que conciernen a las concreciones de las morfologías.

Si aplicamos el enfoque anterior, pues, es procedente observar cómo cualquier alteración sucedida en aquellos años en la morfología urbana barcelonesa redundó, prescindiendo de su dimensión, en un grado u otro y con mayor o menor celeridad, en la población de la ciudad y en las propias relaciones sociales. Y, en esa orientación, parece indicado contemplar cómo las relaciones sociales que se dan en aquel ámbito urbano dictan la metamorfosis de la morfología de la ciudad en cualquiera de sus facetas.

La atención que dispensamos a las formas urbanas que adoptó la metrópoli barcelonesa, o más en concreto a sus procesos de remodelación y rearticulación, viene marcada por la necesidad de reconocer las funciones que desempeña una determinada estructura urbana, vigente o proyectada, en la realización social específica de los individuos y colectividades que habitan la ciudad. Se trata de percibir cuáles son las lógicas de producción de la metrópoli barcelonesa, los postulados de una emergente planificación capitalista de los espacios urbanos para, en su misma interpretación, entrever los contenidos sociales.

A principios del siglo xx, Barcelona es una metrópoli donde impera la heterogeneidad de los contenidos sociales y en la que cada uno de ellos se constituye y despliega, en consonancia, en unas fracciones del espacio y, por tanto, en lugares concretos de la ciudad. En aquella época, los transeúntes de las diferentes sendas subsumidas en la misma ciudad conferían al espacio barcelonés una homogeneidad —de la gran forma urbana— que solo se alcanzaba paulatinamente mediante la conexión y empalme de la heterogeneidad —mediante las pequeñas formas urbanas—. La ciudad de Barcelona así constituida y formalizada carecía de otra unidad de dirección que la resultante de los procesos relacionales entre unas formas y

unos contenidos diversos, los cuales, en última instancia, dependían de la colisión de estilos de vida divergentes.

Se puede, entonces, indagar en aquella ciudad y durante aquel tiempo en las varias Barcelonas replegadas en una misma Barcelona arrancando también desde el análisis de las reestructuraciones de la forma urbana para apuntar, precisamente, que los sucesivos ajustes y articulaciones de Barcelona durante aquellos años remitían al mantenimiento de una heterogeneidad, ya que cada vector social conformado en la ciudad, apegado de una manera singular a esta y a sus partes, marcaba unas áreas mientras se desmarcaba de otras. El territorio urbano barcelonés se configuraba, entonces, como totalidad abierta. Y quienes pretendían requisarla lo hacían soñando con la ciudad ideal del capital o aplicándose a la piqueta.

Cubrimos el primer tramo del estudio atendiendo preferentemente a los cambios en la gestión y el control de las poblaciones urbanas introducidos por los sistemas decisionales hegemónicos en la metrópoli barcelonesa. Estas anotaciones respecto a las tendencias sobresalientes del sistema de gobierno en Barcelona se han concebido, sin embargo, como la necesaria comparecencia de lo que se considera una faceta importante para abordar después la vertiente práctica de las formulaciones urbanas proletarias que se dieron en aquel periodo en la ciudad.

La lectura de las prácticas antagónicas, que nos han de conducir posteriormente a la metrópoli proletaria, se efectúa entonces inicialmente analizando el urbanismo que remodela la ciudad. Con esa orientación, abordamos de entrada el fenómeno urbano como esfera de unas acciones sociales marcadas por el agonismo. En ese sentido, destaca precisamente la disposición del espacio urbano como campo abierto a múltiples maneras de vivir. Sin embargo, en la medida en que las lógicas predominantes en la producción de los espacios urbanos incumben a la regulación, ordenación y normalización de los comportamientos sociales en la ciudad, el urbanismo es interpretado,

a continuación, como dispositivo del poder. Proponemos, desde esta óptica, una lectura del urbanismo como requisa de la metrópoli, ya que este, proyectándose como una domesticación de las poblaciones urbanizadas, pretende confinar las posibilidades de acción social en el espacio. Incidiendo en las lógicas de producción de la ciudad se arriba, en definitiva, a las lógicas de apropiación política de los territorios urbanos.

Tras esta aproximación al fenómeno urbano, procedemos a un análisis crítico del urbanismo y de sus repercusiones en la articulación de las formas urbanas en Barcelona a comienzos del siglo xx. El reconocimiento de sus expresiones se efectúa, en concreto, a través de dos acontecimientos que consideramos relevantes y que se sitúan, además, en planos distintos pero imbricados: uno referido a la idea de ciudad —el Plan Jaussely— y el otro, a las prácticas sobre la ciudad —la Reforma Interior. En este recorrido, creemos, se puede percibir la centralidad del antagonismo en la ciudad o, cuando menos, la imagen de una metrópoli como conjunto dispersivo.³

³. A la concepción «global» del espacio que parte de un conjunto cuya estructura está dada para determinar un lugar y una función unívocos de los elementos que pertenecen a este conjunto, se puede añadir una concepción «local». Esta, por el contrario, parte de un elemento infinitesimal que forma con su vecindad inmediata un pedazo de espacio; pero esos elementos o esos pedazos no llegan a concordar unos con otros mientras no se determine una línea de conexión por vectores tangentes. Se trata, pues, de dos concepciones que no se oponen como el todo y la parte, sino que más bien son dos maneras de constituir la relación entre estos. En el caso del espacio «local», cuyo límite es el espacio desconectado, se reconoce que sus partes pueden empalmarse de una infinidad de maneras, con lo que se apunta el trazo rugoso de los acontecimientos, en el que, más que la reunión en un todo, cuenta la separación en acontecimientos autónomos, todos ellos decisivos. Referirse a un conjunto dispersivo, en definitiva, es plantear una realidad dispersiva, una totalidad abierta. Véase Gilles Deleuze, *La imagen-movimiento. Estudios sobre cine 1*, trad. Irene Agoff, Paidós, Barcelona, 1984, pp. 262-263 y 286-293.

La metrópoli, esfera de acciones y agonismo social

Para proceder al análisis de la metrópoli, partimos al principio de la consideración del espacio urbano como catalizador o campo de posibles de lo social, por cuanto uno de sus rasgos constitutivos es su disponibilidad para favorecer la multiplicidad de contactos y alentar la complejidad de usos. La ciudad es tratada, entonces, preferentemente, tal como sugiere Henri Lefebvre, como un lugar de «confrontaciones de diferencias, de conocimiento y reconocimiento recíproco, de maneras de vivir».⁴

Ahondando en esa misma perspectiva que la considera línea de comunicación de mundos y vidas alternas, la ciudad se presenta, entonces, además de como producto social, sobre todo como escenario de la confrontación social. Podemos sostener, pues, que una de las propiedades esenciales del fenómeno urbano, siguiendo el razonamiento de Lefebvre, es su presentación como lugar y terreno donde se enfrentan las estrategias sociales. El espacio urbano, desbordando su consideración de proyección o reflejo de las relaciones sociales, debe ser, entonces, contemplado —dice el mismo autor— básicamente como medio e instrumento de acción social.⁵ La ciudad concebida en su faceta de instrumento político pasa a ser empleada como soporte y plataforma de unos modos de vida, y también instrumentalizada para la realización de unos proyectos sociales.

Una de las características fundamentales de la ciudad capitalista es que, siendo el resultado de una producción social, que progresivamente se realiza y funciona como totalidad o máquina, queda construida o reconstruida (en el sentido de reutilización de los espacios heredados) como mercancía.⁶ Pero, al mismo tiempo,

⁴ Henri Lefebvre, *El derecho a la ciudad*, Península, Barcelona, 1969, p. 31.

⁵ Henri Lefebvre, *La revolución urbana*, trad. Mario Nolla, Alianza, Madrid, 1970, p. 93.

⁶ Marino Folin, *La ciudad del capital y otros escritos*, trad. Juan Díaz de Azañi, Gustavo Gili, Barcelona, 1977, pp. 46-47.

junto con esa condición de ciudad-mercancía, producida y ofertada como tal, se añade la calidad de ser una ciudad-poder, donde imperan unos tipos de relaciones de poder.⁷

Ambas características de la urbanización capitalista, al generar unos usos sociales individuales discriminados por el mercado y sujetos por la norma, promueven, en consecuencia, una serie de tensiones y conflictos sociales. Desde este ángulo, nos acercamos al agonismo como relación social siempre presente, de una manera u otra, en los escenarios urbanos.

El agonismo refleja el doble rostro de lo social en lo urbano: las relaciones de poder y las rebeldías de la libertad. Ese término quiere señalar, según Foucault, la inseparabilidad entre los campos opuestos: poder y libertad. Incidiendo en el carácter relacional de las acciones sociales, Foucault sugiere que es preferible referirse no tanto a una relación de oposición frente a frente que paraliza a ambos lados como a provocación permanente. Así, si trasladáramos dicha interpretación a la ciudad, el ejercicio de poder en los territorios urbanos consistiría en «conducir las conductas» y en mejorar las probabilidades mediante un conjunto de medidas sobre posibles acciones —presentes o futuras—. En el fondo, apunta el autor, el poder es una cuestión de gobierno, en el sentido de estructurar el campo de acción de los otros. De esta manera, el ejercicio de poder en lo urbano tiende a la requisa de acciones, es decir, se despliega recortando la esfera de acciones que es la metrópoli.

⁷. Francesco Indovina plantea que, en la reflexión en torno a la ciudad como nudo teórico de lo social, la concepción de la ciudad-mercancía no resuelve todas las implicaciones de la realidad urbana. En ese sentido, la ciudad también puede ser interpretada como un elemento, y no de los más marginales, de gestión del poder e instrumento para la adquisición de comportamientos destinados a contribuir a la reproducción de la formación social. Véase Francesco Indovina, «Città-merce e città-potere», en Maurizio Bolognini, *Spazio urbano e potere. Politica e ideologia della città: crisi urbana e decentramento infracomunale*, Franco Angeli, Milán, 1981, p. 7.

Sin embargo, «el agonismo» entre las relaciones de poder y la intransitividad de la libertad es una tarea política incesante, inherente a toda existencia social.⁸

El espacio urbano, pues, se ofrece como lugar que tanto puede favorecer el orden como el desorden. En ese sentido, la ciudad capitalista debe entenderse también como campo de experimentación y consolidación de unas técnicas disciplinarias que persiguen la normalización de los comportamientos sociales. El ejercicio del poder a nivel urbano trata de «imponer por medio de múltiples procedimientos un cierto modo de comportamiento popular que haga de la ciudad un espacio de convergencia normalizado y racionalizado».⁹ Entre esos procedimientos están precisamente las intervenciones urbanísticas.

De la misma manera que, desde esta perspectiva, cualquier modificación en la morfología urbana se debe interpretar, en un primer momento, como resultado de las acciones sociales, después también es preciso proseguir la lectura observando cómo las metamorfosis del espacio urbano revisten lo social. En concreto, en una primera lectura, cabe interpretar las transformaciones en la organización de los elementos metropolitanos a partir de los campos de fuerza que las determinan: en nuestro caso, como causa y efecto de las acciones de las dos polaridades contrapuestas —capital y proletariado— que definen en cada momento el nivel del enfrentamiento de clases. A continuación, conviene identificar las sucesivas sedimentaciones morfológicas por un lado, como efecto de una respuesta capitalista a un precedente ciclo de luchas, y, por el otro, como causa de modificaciones en el sucesivo

⁸ Michel Foucault, «El sujeto y el poder», en Hubert L. Dreyfus y Paul Rabinow, *Michel Foucault. Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, trad. Corina de Iturbe, UNAM Instituto de Investigaciones Sociales, Ciudad de México, 1988, pp. 238-241.

⁹ Jean-Paul de Gaudemar, *La movilización general*, trad. José Saavedra, La Piqueta, Madrid, 1981, p. 239.

enfrentamiento de clases, ya que estas condicionan los comportamientos sociales.¹⁰

Es importante, al mismo tiempo, rebasar este punto del análisis y avanzar en la línea de conceder a lo social una autonomía si se quiere relativa respecto a los impactos del espacio. Para ello, inicialmente se puede reseñar como cualquier acto social posee una capacidad de incidir en la forma de la ciudad. La elasticidad del territorio, a pesar de las rigideces que se tratan de imponer en los usos sociales territoriales, es uno de los rasgos que definen la espacialización de lo social. Por ello, si los proyectos sobre las formas espaciales, entendidas como los asentamientos de las relaciones sociales, se deben concebir como proyectos en lo social,¹¹ también es preciso indicar la ausencia de la univocidad de los efectos territoriales. No hay, pues, una deducibilidad entre la lógica de producción de los espacios urbanos y las lógicas de apropiación; aunque se aprecien interferencias, en ese proceso relacional caben posibilidades de incoherencia e incluso de contradicción.¹² Así, la lógica de apropiación —material o ideal— de los espacios urbanos es más o menos independiente de la lógica de producción.

La existencia de unas apropiaciones diferenciales de los espacios construidos¹³ remite, pues, a unas operaciones prácticas anamórficas y apunta a la ciudad como fenómeno, al menos parcialmente, aleatorio.¹⁴ Lo social, en el fondo, sea cual sea su modalidad de expresión, goza de relativos márgenes de maniobra

¹⁰ Alberto Magnaghi, Augusto Perelli, Riccardo Sarfatti y Cesare Stevan, *La città fabbrica. Contributi per un'analisi di classe del territorio*, Cooperativa Libreria Universitaria del Politecnico, Milán, 1970, p. 82.

¹¹ Sandra Bonfiglioli, «Spazio e tempo, un punto di osservazione», en Sandra Bonfiglioli (ed.), *Il tempo nello spazio. Linee di villaggio, linee di città*, 3.ª ed., Franco Angeli, Milán, 1988, p. 11.

¹² Jean Remy y Liliane Voyé, *Ville, ordre et violence. Formes spatiales et transaction sociale*, PUF, París, 1981, p. 218.

¹³ Lefebvre, *La revolución urbana*, op. cit., p. 131.

¹⁴ Anne Cauquelin, *Essai de philosophie urbaine*, PUF, París, 1982.

imprevisibles en relación con la materialidad del espacio urbano. La ciudad construida se presenta como recurso ante lo social.¹⁵

En esta línea interpretativa, nos interesa destacar entonces que los sujetos sociales disponen, en esa relación forma-contenido cambiante que es la ciudad, de la capacidad de realizarse en espacios cualesquiera.¹⁶ Estos, singularizados precisamente por las acciones específicas que se mantienen en cada territorio, quiebran la homogeneidad de un espacio universal abstracto. La incorporación de este enfoque permite, y creemos que ello es importante, romper con las rigideces de la forma una vez que esta se materializa. Y, asimismo, consiente prestar una mayor atención a las prácticas apropiativas, aunque para ello se deban colocar en este tipo de análisis, en un segundo plano, las consideraciones relativas a la lógica productiva del espacio urbano. Este apunte reconoce que cualquier espacio, recreado por lo social, es captado por los componentes sociales implicados en cada caso y en cada momento, como lugar de lo posible y no como simple aceptación o reproducción de la codificación de los actos que, en principio, cada espacio construido impone.

A partir de la concepción de la ciudad como esfera de acciones se apunta, en fin, que el espacio urbano es un campo de posibles, en el que son probables una multiplicidad de relaciones imprevisibles. La ciudad, los espacios urbanos, son ricos en incitaciones a acciones capaces de modificar un itinerario. En este caso, capaces de alterar las directrices de unas lógicas de producción. Anotadas, pues, las presencias de los espacios cualesquiera podemos volver al análisis de las relaciones de poder

¹⁵. A partir de la comprensión del espacio como medio de encuentros, este no aparece únicamente como un continente en el que el contenido se asienta, más bien es un recurso a partir del cual se pueden recomponer las relaciones entre lo psíquico y lo social. Las modalidades de apropiación de este recurso pueden devenir un reto colectivo importante. Véase Remy y Voyé, *Ville, ordre et violence...*, op. cit., p. 122.

¹⁶. Deleuze, *La imagen-movimiento...*, op. cit., pp. 160-161.

en lo urbano a partir, precisamente, del urbanismo ya interpretado como requisa de la metrópoli.

Ya hemos indicado, de todas maneras, que las catas en el urbanismo son un preámbulo para llegar a las prácticas apropiativas del espacio por el proletariado urbano. Nos interesa, pues, destacar en este paso las relaciones existentes entre las lógicas de producción y apropiación de los espacios. El geógrafo Sergio Conti, en un trabajo sobre la ciudad de Detroit, ha señalado precisamente que, para llegar a las raíces de las causas profundas de la crisis de la ciudad, es necesario no limitarse al estudio de los factores económico-industriales o de los institucionales, ya que la ciudad concentra y contiene relaciones de producción y relaciones sociales, y ninguna de ellas se desarrolla según una lógica propia, sino que es de la interacción de ambas lógicas que emerge una determinada organización urbana.¹⁷

El urbanismo: la requisa de la metrópoli

Según la perspectiva analítica ensayada, el proceso de urbanización capitalista se puede caracterizar como un acondicionamiento de los espacios que persigue la normalización de la sociedad urbana, lo que implica una progresiva reducción de las posibilidades que la ciudad presta como territorio de concurrencia de encuentros.¹⁸ En último extremo, la distopía capitalista manifiesta en relación con la organización del espacio urbano una tendencia al agotamiento de lo posible, ya que el desarrollo del capital requiere una formalización de los espacios y normalización de las poblaciones urbanizadas.¹⁹

¹⁷ Sergio Conti, *Dopo la città industriale. Detroit tra crisi urbana e crisi dell'automobile*, Franco Angeli, Milán, 1983, p. 17.

¹⁸ Gaudemar, *La movilización general*, op. cit., p. 236.

¹⁹ Remy y Voyé, *Ville, ordre et violence...*, op. cit., p. 218.

El urbanismo, o el régimen de prácticas urbanas capitalistas, aparece así como dispositivo de poder, como un mecanismo de la biopolítica de las poblaciones. La política urbana, pues, y siguiendo las formulaciones de Alain Cottereau, se interpreta como un dispositivo de paz social.²⁰ Es decir, pretendiendo ahogar el antagonismo, se presenta como una técnica de gobierno de lo social. De este modo, el urbanismo, las técnicas y las doctrinas de intervención urbana y de gestión de los espacios pasan a ser entendidas como la aplicación de una cierta biopolítica sobre las poblaciones urbanas. A través de ellas, el refinamiento de las redes de control de los territorios como modo de apropiación apunta hacia la utopía de orden y seguridad.

El orden urbano, o la ciudad disciplinaria, que propone el capital es, en definitiva, una gestión de los riesgos que se realiza a partir de la metamorfosis del fenómeno urbano. La ciudad capitalista pretende conseguir una suma de individuos aislados, pero al mismo tiempo juntos, en el sentido de que la reunificación se hace dentro de las pautas del sistema capitalista.²¹ En este sentido, es significativo que la idea de ciudad que se maneja a principios del siglo xx en Barcelona se corresponda con el Plan de Enlaces, y que este pretenda conducir ordenadamente la colisión de fragmentos que es la ciudad en una misma dirección o sentido al mismo tiempo que preserva el aislamiento proponiendo la zonificación de actividades y poblaciones.

De esta manera, la lógica de la producción capitalista de la ciudad muestra su ligazón a una economía del poder. Y manifiesta, en este caso, la apropiación de los espacios urbanos por el capital. En esta apropiación concurren operaciones y agentes caracterizados por su capacidad de modelar la morfología urbana. Nos acerca, pues, a unos sujetos que están en condiciones

²⁰. Topalov, «Espacios, poderes, ciencias...», *op. cit.*, pp. 21-33.

²¹. Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*, Castellote, Madrid, 1976, p. 120.

de proponer o de imponer. Con todo, dado el carácter de nuestra aproximación, la diversidad de los agentes —y, por tanto, sus roces— no debe ser un impedimento para observar la convergencia de objetivos.

Se trata, si acaso, de señalar cómo las dinámicas sociales en la ciudad dan lugar a una serie de alianzas, o coagulaciones de tácticas, en las que participan un abanico amplio de actores e instituciones ciudadanas y en las que se dirimen las formas de gobierno del territorio urbano. Surge, así, la cuestión del gobierno del territorio. Este no se circunscribe, a pesar de ciertos postulados a su favor, únicamente a la planificación territorial o, en un sentido más concreto, a la planificación urbana. Antes al contrario, variando el enfoque, por «gobierno del territorio» se puede entender «el conjunto de acciones llevadas a cabo por las fuerzas sociales, institucionales o no, que, interrelacionadas, determinan una particular gestión de los problemas inherentes al uso y a la organización del territorio».²²

En esta órbita de acciones sobre acciones que es el sistema de gobierno de lo urbano se inscribe la visión de modelar la ciudad como arma de dominio o dispositivo del poder comentado con anterioridad. La dirección de la ciudad que se corresponde con el sistema de gobierno, abocada a un juego de tensiones sociales que manifiesta la existencia de fugas o impugnaciones al orden urbano, se dispone a asegurar la gobernabilidad de las metrópolis. Esta gobernabilidad, convertida en una de las tareas primordiales de los sistemas de decisión que operan en los ámbitos urbanos, significa intentar consumir el consenso social en la ciudad o, cuando menos, minimizar la politicidad de las fugas al orden urbano.

En esa regulación de los flujos sociales en la ciudad, y sobre todo en la gestión de los riesgos de subversión del orden urbano, las intervenciones propiamente urbanísticas son un

²² Magnaghi, *Il sistema di governo...*, op. cit., p. 21.

espolón que va ganando terreno. Pero el control social desplegado mediante los objetos que son los elementos urbanos siempre se confronta a otra serie de medidas que también persiguen el control capitalista de la ciudad.

Si se trata, pues, de analizar el problema del impacto del espacio construido sobre lo social parece indicado señalar que «el espacio —en sus lógicas de producción y de apropiación— no es más que una dimensión de lo social».²³ Es preciso, entonces, destacar la influencia de los espacios en las sociedades, pero sin incurrir en una visión que insista en la univocidad de los efectos territoriales en lo social. Es decir, sin sobrevalorar los impactos del espacio en lo social, tampoco cabe subestimar sus efectos. Y más cuando, como hemos indicado, el orden territorial es un dispositivo del orden social.

Asumida así la cuestión urbana es cuando, recorriendo la parcela capitalista, desembocamos al otro lado de la escena social, ya que el urbanismo, en función de la trascendencia que este concede al conflicto y al antagonismo social en la ciudad, no puede desligarse de las iniciativas proletarias.

El ejercicio del poder capitalista en la metrópoli se asocia, pues, a unas resistencias. Pero, para reconocer esas fugas, es preciso aludir a lo social, no ya como el conjunto de la sociedad urbana, sino como esa parte de lo social que se caracteriza precisamente por su irreductibilidad al poder.²⁴ En nuestro caso, las deserciones proletarias se erigen como la parte antagónica a la ciudad capitalista y sus andanzas también contemplan, a raíz de lo expuesto, las transgresiones de los significados de las formas urbanas, ya que se enfrentan a una determinada morfología que acota sus movimientos. Quizá en la irrupción de la metrópoli proletaria debamos estar atentos asimismo a la

²³. André Vant, «A propos de l'impact du spatial sur le social», en Auriac y Brunet, *Espaces, jeux et enjeux*, op. cit., pp. 110-111.

²⁴. Abordamos esta cuestión en mayor profundidad en el trabajo colectivo *Aproximación a lo social*, inédito, Barcelona, 1985.

subversión de la forma o al anuncio de otra forma de producir la ciudad.²⁵

La remodelación de Barcelona: la metrópoli del capital

Tras apuntar la relación existente en el campo del urbanismo entre las lógicas de producción y de apropiación, quizá sea preciso explicitar los objetivos perseguidos en este análisis de la reestructuración de Barcelona a principios del siglo xx. Para nosotros, en concreto, esa aproximación servirá para señalar que el proceso de la ciudad capitalista adviene, a pesar de todo, como una máquina imperfecta. La producción del espacio bajo una lógica capitalista tiende a «conducir las conductas» de las prácticas sociales, pero no lo consigue, al menos no del todo. En este sentido, a pesar de la distopía de la urbanización capitalista podemos seguir pensando en la persistencia de las fugas, de las deserciones.

Estas premisas de la lectura nos llevan a tratar las finalidades de las operaciones urbanísticas, en marcha o proclamadas, más allá del iceberg publicitado. Es interesante, por lo tanto, escrutar los presupuestos de fondo que brotarían tras el urbanismo que se deseaba aplicar en aquella época en Barcelona e incorporar, en esa perspectiva, las propuestas y aplicaciones de política social que mantenían una vinculación directa con el control capitalista de la ciudad.

Desde este ángulo, por ejemplo, la celebración del concurso abierto para consumir el Plan de Enlaces entre el núcleo barcelonés y los pueblos agregados del llano y el decidido apoyo concedido a la hasta entonces relegada apertura de la

²⁵. «El “desorden urbano” no es más que la otra cara de un orden: el orden capitalista». Véase Jean-Pierre Garnier, «Planificación urbana y neocapitalismo», *Geocrítica*, n.º 6, 1976, p. 6.

Gran Via A —que uniría el Eixample al todavía importante centro de negocios asentado en la franja del puerto— resultaron no solo del acuerdo sobre los objetivos definidos como urbanísticos —en el sentido restringido de impacto sobre las formas territoriales—, y como tales prioritarios, sino del consenso creciente en torno a la adopción de resoluciones relativas a la política social sobre los espacios urbanos. Es decir, en las finalidades implícitas se contemplaban las repercusiones sobre los contenidos sociales.

Esta otra vertiente de las actuaciones urbanísticas de Barcelona —complementada de manera evidente con las intenciones de remodelación de la morfología urbana— irá adquiriendo una importancia creciente. Los signos de esta tendencia se hacen manifiestos si procedemos a una lectura del urbanismo menos pendiente de los enunciados declarados y más de otros pormenores inscritos en sus prácticas y discursos.

Además, las incidencias notorias de esos planteamientos sociales del urbanismo no solo se pueden observar en las operaciones más deslumbrantes. Junto a ellas, aunque no sean motivo del estudio, también se colocarían otras obras y programas tildados de menores. En esta orientación se incluirían el interés y los primeros pasos en las construcciones escolares y viviendas populares. La cuestión escolar está bien presente, como ha señalado Francesc Roca, en los papeles de los intelectuales del partido industrial desde muy temprano. La enseñanza en todas sus vertientes y los «complementos de la enseñanza» —los edificios y las cantinas escolares—, las colonias de vacaciones y la asistencia médica infantil son, desde los primeros años del siglo xx, cuestiones debatidas, medidas, proyectadas.²⁶ La problemática de la vivienda obrera está recogida en las propuestas principales del Plan Jaussely: como ha indicado Manuel de Torres Capell, en dicho plan una de las zonas estaba

²⁶ Francesc Roca, *Política econòmica i territori a Catalunya. 1901-1939*, Ketres Editora, Barcelona, 1979, p. 36.

dedicada exclusivamente a vivienda obrera y esto no era un mero capricho del arquitecto francés. La cuestión de la vivienda obrera, o de *la vivienda social*, será precisamente el gran tema de la urbanística de comienzos del siglo xx.²⁷

No excesivamente alejados de esos objetivos se situarían, asimismo, cierto tipo de campañas destinadas entre otros a combatir la mendicidad infantil, la prostitución y a la erradicación de antros de malvivir. Pueden señalarse, por ejemplo, los esfuerzos del ministro de la Gobernación, Juan de la Cierva, por convertir Barcelona en un centro monacal desarrollando una política destinada a higienizar, moralizar y regular diversos aspectos de la vida popular. Según el ministro —en carta de octubre de 1907 al gobernador Ángel Ossorio—, el régimen de costumbres debía ser uno de los elementos para preservar del mal —del arraigo de la anarquía en Barcelona— y, para su implantación, debían combatirse el exceso de pasiones políticas y las tendencias malsanas de una parte de la población con toda suerte de medidas policiacas y de orden público. Estas campañas reavivadas poco antes del estallido de la Revolución de Julio por el propio Ossorio son consideradas por algunos historiadores como uno más de los detonantes que agudizaron el malestar en ciertos sectores de las poblaciones urbanas y, por lo tanto, como uno de los elementos que contribuyeron a la dimensión social que adquirió aquella insurrección urbana.²⁸

²⁷ Manuel de Torres Capell, *El planejament urbà i la crisi de 1917 a Barcelona*, Universitat Politècnica de Catalunya, Barcelona, 1987, p. 73 [orig. tesis doctoral, 1978]. Sobre la misma problemática de la vivienda, Carme Massana ha indicado: «La difusión de la preocupación hacia la urbanización de la ciudad y, en concreto, de las condiciones de las viviendas obreras en los últimos años del siglo xix, se refleja, asimismo, en unos papeles significativos de los estamentos políticos y culturales del país» (Carme Massana, *Indústria, ciutat i propietat. Política econòmica i propietat urbana a l'àrea de Barcelona (1901-1939)*, Curial, Barcelona, 1985, p. 369).

²⁸ Las referencias a la carta del ministro de la Gobernación al goberna-

El periodo analizado mostraría, en definitiva, los primeros tanteos decididos a la taylorización del espacio urbano barcelonés. No en vano, Jaussely, el arquitecto francés solicitado por la burguesía industrial catalana a comienzos del siglo xx para elaborar el Plan de Enlaces de Barcelona, ha sido considerado un preconizador de la «organización económica de las ciudades como una especie de “taylorización” en grande de un gran taller».²⁹

La taylorización, que pone la ciencia a la cabeza de la gestión del desarrollo urbano y mira la ciudad como un sistema productivo, se aplica a la tarea de construir la ciudad-fábrica. Un proyecto también destinado a «transformar las condiciones de la vida cotidiana de las masas populares para cambiar en profundidad las prácticas de estas y crear un nuevo orden social y productivo».³⁰

Jaussely incorporó en su profesión, junto con comparecencias al estilo del concurso barcelonés, la vertiente de la reflexión teórica, y es en esta donde dejó apuntadas las ideas que intentaba transmitir en su ejercicio de la urbanística:

dor civil de Barcelona pueden consultarse en Joaquín Romero Maura, *La Rosa de Fuego. Republicanos y anarquistas: la política de los obreros barceloneses entre el desastre colonial y la Semana Trágica (1899-1909)*, Grijalbo, Barcelona, 1975, p. 425.

²⁹. Topalov, «Espacios, poderes, ciencias...», *op. cit.*, p. 28. En la misma orientación de incidir en la taylorización urbana planteada por Jaussely se sitúan las obras mencionadas de Torres Capell y de Roca, si bien, en su caso, mostrándose más preocupados por evaluar las repercusiones de su pensamiento y proyecto en la articulación de la ciudad de Barcelona. El primero, además de destacar la impronta del Plan Jaussely, quiere señalar la continuidad de sus concepciones urbanísticas en personajes relevantes como Cebrià de Montoliu. El segundo recalca que aquel proyecto se erigió en plan-idea para hacer de Barcelona una ciudad del capital.

³⁰. Susanna Magri y Christian Topalov, «De la cité-jardin à la ville rationalisée. Un tournant du projet réformateur (1905-1925) dans quatre pays», *Revue Française de Sociologie*, n.º XXVIII, 1987, p. 445.

En este taller [refiriéndose a la ciudad], es preciso tanto más orden cuanto los engranajes son múltiples y complicados, es decir, en la gran ciudad, la organización debe ser más acabada, más estudiada que en la pequeña población. Se quiere evitar las pérdidas de tiempo y los pasos inútiles para los hombres y las cosas, ya que pesan gravemente sobre la vida colectiva y sobre la vida individual. [...] La ciudad, por su organización, debe dar el mejor rendimiento posible, es preciso producir mejor para vivir mejor, y es preciso vivir mejor para producir mejor; ese es el axioma actual cuya realización constituye el problema de la sociedad moderna.³¹

Sin embargo, la taylorización de la organización urbana sugerida por Jaussely para la aglomeración barcelonesa, que, según Torres Capell, vendría a significar la racionalización capitalista de la ciudad, «topa, en su materialización práctica, con las condiciones concretas de la producción del espacio urbano. La renta del suelo, los problemas de financiación y la contradicción entre diferentes sectores del capital son, también, hechos reales que tienen un papel importante en la actuación del planeamiento y en la difícil consecución de la racionalidad urbana que el planeamiento pretende alcanzar».³²

Los roces con la realidad concreta a los que se ve abocado cualquier programa o proyecto no invalidan en cambio su importancia; al contrario, son más bien un exponente de su impacto y notoriedad. Es inevitable que los proyectos se modelen en confrontación con el cuerpo social sobre el que van a

³¹ La cita en el texto procede de Torres Capell, *El planejament urbà...*, op. cit., p. 72, y está extraída del prólogo de Jaussely a la edición francesa de Raymond Unwin, *Étude pratique des plans de ville. Introduction à l'art de dessiner les plans d'aménagement et d'extension*, Parenthèses, Marseille, 2012 [1922].

³² Torres Capell, *El planejament urbà...*, op. cit., p. 73.

incidir y que este, en el que imperan intereses varios y opuestos, haga pasar cada propuesta a través de una complejidad de acciones, técnicas y políticas, que al final acabarán permitiendo o no la realización efectiva de cada propuesta.³³ En ese sentido, la resonancia del Plan Jaussely en las prácticas y discursos urbanísticos que durante aquellos años tienen por objetivo Barcelona es incuestionable, a pesar de que no llegará a aplicarse como tal.³⁴

Las propuestas encaminadas a la renovación de las prácticas y los discursos capitalistas sobre la ciudad encuentran en Barcelona un momento propicio en 1897, ya que «con el decreto de anexiones, la burguesía barcelonesa dispuso de un importante instrumento para construir su ciudad e imponer su modelo territorial».³⁵ No hay que olvidar, sin embargo, que la consecución de la agregación al municipio barcelonés de los pueblos del llano está precedida de una larga serie de reivindicaciones en esa orientación, ya desde la proposición del Eixample ilimitado a mediados del siglo XIX. Hay que tener en cuenta, igualmente, que estas reivindicaciones aludieron a distintas fórmulas, siempre guiadas por el mismo objetivo de la anexión,³⁶ y que aquel logro de someter el crecimiento de la Barcelona real a una misma instancia administrativa se

33. Georges Teyssot ha formulado, además de la necesidad del investigador de dar con la «estrategia» general del movimiento —que, en su caso, y el nuestro, se concreta en la transformación de la ciudad—, la procedencia de entregarse igualmente a identificar las técnicas que hacen *reales* las políticas. Es decir, incita a reconstruir la articulación de las actuaciones urbanísticas dentro de las relaciones sociales existentes. Véase Georges Teyssot, «Eterotopie e storia degli spazi», en VV. AA., *Il dispositivo Foucault*, Cluva, Venecia, 1977, p. 34.

34. Torres Capell, *El planejament urbà...*, *op. cit.*, p. 75.

35. Francesc Nadal, «Burgueses contra el municipalismo. La configuración de la Gran Barcelona y las anexiones de municipios (1874-1904)», *Geocrítica*, n.ºs 59-60, 1985, p. 88.

36. Sobre las fases, duración y características del largo proceso de agregación municipal que afectó a la ciudad de Barcelona y a los pueblos del contorno puede consultarse, además de la obra de Francesc Nadal, la

encadena a otras piezas legislativas igual de trascendentales en el objetivo de allanar el camino a la necesaria remodelación de la ciudad.³⁷

Los múltiples pasos y presiones de las instituciones barcelonesas —en las que se confunden la Administración local y las entidades privadas— indicaban, pues, el ánimo de los grupos dirigentes por reconducir la máquina urbana barcelonesa acondicionándola a los imperativos entonces existentes. El programa de la Lliga Regionalista para las elecciones municipales de 1901 fue precisamente uno de los medios en los que se expresarían y agruparían aquellos afanes. Los puntos de dicho programa electoral eran: a) la realización de un nuevo plan de enlaces, b) la reforma interior, c) la conversión de la deuda municipal, d) la reorganización interior del Ayuntamiento, e) obras públicas y servicios, y f) la política de enseñanza y museos.³⁸

Las intenciones de promover la reordenación de la ciudad, diversas en los modos y los ritmos, pero comunes en el objetivo, se formalizarían finalmente en el «Concurs internacional d'avant-projectes d'enllaç de la zona de l'Eixample de Barcelona i els pobles agregats» («Concurso internacional de anteproyectos de enlace de la zona del Ensanche de Barcelona y los pueblos agregados») convocado en 1903, «un acontecimiento clave en la concreción de la nueva concepción del planeamiento en Barcelona».³⁹

aportación de Margarida Nadal, «Les agregacions municipals», en Grau (dir.), *Exposició Universal de Barcelona...*, op. cit., pp. 560-569.

^{37.} Para más referencias a los cambios normativos y a los agentes sociales que intervinieron con la finalidad de retocar la gestión de los espacios urbanos, especialmente de las grandes ciudades, véase Martín Bassols, *Génesis y evolución del derecho urbanístico español*, Montecorvo, Madrid, 1973.

^{38.} Manuel de Torres Capell, Oriol Bohigas Guardiola, Manuel Solà Morales y Joan Busquets Grau, *Inicis de la urbanística municipal de Barcelona. Mostra dels fons municipals de plans i projectes d'urbanisme, 1750-1930*, Ayuntamiento de Barcelona/Corporación Metropolitana de Barcelona, Barcelona, 1985, p. 277.

^{39.} Torres Capell, *El planeament urbà...*, op. cit., p. 57.

El Plan Jaussely, proyecto ganador del concurso, que propone la organización del conjunto configurado en torno a Barcelona, queda «claramente definido no como simple matriz inductora del crecimiento urbano, sino como una herramienta concreta que ha de conducir, condicionar, racionalizar las tendencias generales de la aglomeración de Barcelona, y las individuales vocaciones de cada uno de sus núcleos o piezas».⁴⁰

El Plan Jaussely iba a incidir también, sin embargo, en las conciencias y en los comportamientos de la población de la urbe barcelonesa. Ya desde su incubación, en los momentos previos de la convocatoria, es instrumentalizado como plataforma para difundir esa utopía de orden y seguridad que en el plano urbano persiguen las capas dirigentes de la ciudad, y la contribución del plan como «riquísimo elemento de acción colectiva»⁴¹ es importante para el hilo de nuestra investigación. Josep Pijoan, entre otros autores de la época, traduce las capacidades que encierra la propuesta del arquitecto francés, a la que han brindado entrega entusiasta los prohombres de la ciudad:

*...haremos la gran ciudad ideal, la gran ciudad industrial de nuestros sueños. Haremos una ciudad donde pueda estallar la nueva civilización de las democracias. Haremos científicamente los barrios obreros, para que con comodidad puedan vivir las multitudes disciplinadas.*⁴²

Se expresan, pues, a través del urbanismo los sueños y las pesadillas de la burguesía. Y esta dimensión es importante en

⁴⁰. *Ibid.*, p. 69.

⁴¹. Carta del 12 de julio de 1907 de Joan Maragall a Pere Coromines respondiéndole a su propuesta de Exposición de la Raza Latina en Barcelona. Reproducida en Coromines, *Diaris i records...*, op. cit., p. 17.

⁴². Josep Pijoan, «La reforma de Jaussely: la ciutat ideal», *La Veu de Catalunya*, 11 de octubre de 1905 [reprod. en Josep Pijoan, *La lluita per la cultura*, Edicions 62, Barcelona, 1968].

lo real, ya que, como escribía Pere Coromines —intelectual que en aquellos años ejercía de técnico en el Ayuntamiento de Barcelona—, no hay que despreciar la concurrencia de las fuerzas materiales y espirituales para frenar la decadencia política de Barcelona e impedir la consolidación de dos Barcelonas. El civismo entendido como paz civil precisa, según Coromines, «de la efectividad de las fuerzas inmateriales»,⁴³ del vehículo de las ilusiones colectivas como mecanismo para socavar las diferencias y el clima de enfrentamiento social. El Plan Jaussely debe considerarse, entonces, como un «plan-idea para hacer de Barcelona una ciudad del capital».⁴⁴

Se intuye, pues, la trascendencia que va adquiriendo para la burguesía que opera en Barcelona el maniobrar en el espacio urbano. Esta actitud contempla no tanto la aparición de un campo de reflexión y operación para el capital —puesto que este ya existía—, sino más bien la necesidad de intensificar los ritmos de actuación y, con ello, de forma simultánea, conseguir la ampliación de las repercusiones. Así, quedan comprendidos en este apartado —además, como objetivo intencional— los aspectos propios de las políticas sociales destinadas a conformar las multitudes disciplinadas que Josep Pijoan deseaba en su elogio del Plan Jaussely, como declaración de la Barcelona ideal por construir. Es importante, por lo tanto, emprender un análisis de esos discursos y realizaciones que, asimismo, se van estableciendo sobre presupuestos colectivos y no desde una visión que responda a simples afanes particulares de los diferentes agentes que confluyen en la ciudad.

La racionalización del espacio urbano barcelonés que promueve Jaussely está completamente vinculada a los intereses capitalistas del momento. Su proyecto anuda, y en ello radica una de las principales innovaciones del urbanismo que se desea aplicar, la incidencia «en la concentración de los medios de

⁴³ Coromines, *Diaris i records...*, op. cit., pp. 13-19, 153-155 y 169-170.

⁴⁴ Roca, *Política econòmica i territori a Catalunya*, op. cit., p. 22.

producción en las grandes ciudades y el incremento de las relaciones entre las diferentes unidades productivas, en el contexto de una rotación cada vez más acentuada del capital, [con] la producción de la edificación y de los equipamientos necesarios para el bienestar social». ⁴⁵ Dos dimensiones que, desde entonces, se vuelven inseparables en la urbanística.

Así, en aquel contexto, al consignar las intervenciones urbanísticas planteadas o llevadas a cabo en Barcelona, cabe retener las propuestas dirigidas a mejorar la vitalidad o la aceleración de los movimientos de mercancías y recursos humanos, pero, al mismo tiempo, también cabe contemplar la trascendencia de otros contenidos que quizá resulten menos explícitos. En esa línea, debemos aclarar que una parte de los esfuerzos volcados en redefinir la ciudad se orienta hacia las condiciones del hábitat de las clases populares. ⁴⁶

Y, aunque se postule en ellos la promoción del bienestar social, es oportuno considerar que uno de los objetivos implícitos es conseguir un modelamiento y control incisivo de las poblaciones urbanas. Las políticas sobre el «hábitat», en el sentido que Lion Murard y Patrick Zylberman le dan a esa noción, aparecen como el resultado práctico de grandes campañas destinadas a *estabilizar y repartir* la población obrera en un espacio doméstico camino de devenir espacio familiar y, de otro lado, a estabilizar y repartir las diferentes categorías de poblaciones obreras en las mismas ciudades. ⁴⁷

⁴⁵. Torres Capell, *El planejament urbà...*, op. cit., p. 73.

⁴⁶. En el estudio de Torres Capell que venimos utilizando, en el cual se analiza en profundidad el Plan Jaussely y sus implicaciones en la urbanística barcelonesa, el autor destaca, como se apuntó anteriormente, la importancia de ese punto en las propuestas de racionalizar la metrópoli (*ibid.*). En este sentido, también cabe recordar la alusión de Josep Pijoan a la construcción científica de los barrios obreros cuando se refería al Plan Jaussely como «la ciudad ideal» donde las multitudes estarían y serían disciplinadas.

⁴⁷. Sostienen dichos autores que se pueden destacar, en estas estrategias

Se constata, pues, un planteamiento capitalista seriamente encaminado a la apropiación política de la ciudad, en el sentido de evitar el estado de indisciplina social que expresa, en primer término, la existencia de fugas peligrosas y, en segundo, el reconocimiento de un contrapoder proletario que también se apropia de la ciudad. Aquellos postulados precisan concretarse, y a ello responde el Plan Jaussely como programa de la ciudad del capital, pero también requieren de una imprecisa redefinición del sistema de gobierno urbano que haga posible poner en marcha los dispositivos específicos. Los pasos decididos en esas orientaciones fueron importantes —quizá, sobre todo, en el terreno de propiciar el consenso que permitiera materializarlas—, pero no del todo decisivos. El Plan Jaussely, ya en la mente de la burguesía, se institucionalizó de hecho, y según Torres Capell, en los inicios de la década posterior.⁴⁸

de control social ligadas a las políticas del hábitat, tres ejes: «a) se busca aislar, distribuir, a los miembros de una familia en el interior de una vivienda, como manera de evitar todos los cuerpo a cuerpo y de repartir los individuos en un espacio estable; b) se busca, a continuación, aislar las familias unas de otras en el interior de los inmuebles colectivos, como manera de evitar todos los encuentros o relaciones peligrosas o inútiles; y, c), se busca, en fin, aislar, separar, de manera clara, las diferentes poblaciones entre ellas». Así, si «la formación del hábitat se suscribe en la confluencia de las tácticas patronales, administrativas y clericales de moralización familiar, el resultado será que, tras la previa separación, distanciaci3n y estabilizaci3n de dos territorios extraños —la vivienda y el lugar de trabajo—, el hábitat incluye o es la intimidad —del hogar—, la serie transversal de los aparatos de supervivencia y control del poder (asilos, escuelas, dispensarios...)». Véase Lion Murrard y Patrick Zylberman, *Le petit travailleur infatigable. Villes-usines, habitat et intimités au XIX^e siècle*, Recherches, París, 1976, pp. 198 y 200.

⁴⁸ Torres Capell, *El planejament urbà...*, op. cit., p. 130.

La reforma interior

La apertura de la Via Laietana puede ser considerada como emblemática de las inquietudes y aspiraciones de los sectores acomodados respecto a la gobernabilidad de Barcelona. Por consiguiente, esta operación urbanística concreta nos servirá, como se había apuntado, para documentar los usos capitalistas del espacio urbano como gobernabilidad de lo social, no ya como programa, sino como práctica realizada.

La operación de la Via Laietana, que se hizo posible a principios del siglo xx, nos permite plantear que la superación definitiva de los inconvenientes que obstaculizaban el proyecto arrastrado desde mediados del siglo anterior estuvo unida de forma inextricable a la redefinición global de la metrópoli que en aquellos años sugerían los sectores hegemónicos del bloque dominante y que encuentra en el Plan Jaussely el adecuado pliego para sus aspiraciones. Entre otras consideraciones, dicha redefinición implicaba la operatividad del urbanismo como dispositivo incorporado a las estrategias de biopolítica desplegadas en el ejercicio del poder capitalista. A tenor de las condiciones sociales y relaciones de poder prevalecientes en Barcelona, el derribo de un sector de la ciudad antigua hará de altavoz en el estudio de los grupos sociales dominantes en Barcelona. Es decir, si desciframos los itinerarios que conducen a la operación de la Via Laietana —los cuales llevan a una lectura del curso de la reconstrucción de la ciudad—, podemos analizar el sistema de gobierno en la metrópoli y, en especial, las relaciones de este con las deserciones proletarias en la metrópoli.

La apertura de la Via Laietana puede ser considerada como una pieza clave del sistema de gobierno del territorio que se va fraguando en torno a Barcelona. En la reformulación de la ciudad de Barcelona a principios del siglo xx en la elaboración del programa capitalista, en el que destaca la contribución de Josep Puig Cadafalch, «dos ideas están como mínimo claras: la Gran Barcelona precisa anexionarse los pueblos del llano y

para ello el plan Cerdá debe ser cuestionado y *además la reforma de la ciudad antigua ha de ser tenida en cuenta*».⁴⁹ La intervención urbana que culmina parte del proyecto de Reforma Interior representa el urbanismo que se practica en la metrópoli y que se acompasa, entonces, a la propuesta del Plan de Enlaces como idea de metrópoli.

Una propuesta —y por los distintos motivos que inmediatamente señalaremos— en la que se hallan involucrados como protagonistas principales los estamentos sociales que bregan por la normalidad material y moral en la ciudad. Una divisa que se contrapone de manera frontal a los deseos y ejercicios de una clase obrera que ocupa el mismo espacio urbano. La clase obrera, como apuntó Henri Lefebvre, sufre las consecuencias del estallido de las antiguas morfologías.⁵⁰

La apertura de la Via Laietana constituye un hito destacable de aquel proyecto de reforma interior de Barcelona que durante tantas décadas estuvo en el candelero de las acciones urgentes. Es una intervención en la que se compaginan como propuesta los diversos usos y funciones del territorio urbano que considera propicios el bloque dominante en la ciudad y en la que la dinámica conflictiva de la sociedad urbana barcelonesa siempre queda patente de alguna forma. Desde esa condición, alcanza una dimensión que permite rasgear tanto los postulados y las intrigas que identificarán a los sectores sociales representativos de la marcha de la ciudad como la emergencia lenta pero constante de una dinámica que, respondiendo y asumiendo el interés general de esos mismos sectores sociales, desbordará y superará las visiones y aspiraciones particulares de cada grupo implicado en el hacer de la ciudad.

⁴⁹ Josep Maria Rovira Gimeno, *La arquitectura catalana de la modernidad*, Universitat Politècnica de Catalunya, Barcelona, 1987, p. 32. Énfasis del autor.

⁵⁰ Lefebvre, *El derecho a la ciudad*, op. cit., p. 166.

En consecuencia, la apertura de la Via Laietana puede considerarse una muestra del significado que irá adoptando el urbanismo en la reconducción de las relaciones sociales en el espacio urbano barcelonés. En este sentido, en una apretada síntesis de la aproximación crítica que hemos venido efectuando de aquella intervención urbana, nos interesa apuntar una serie de características importantes que asocian precisamente la apertura de la Gran Via A con la estrategia de remodelar la máquina urbana.

Una de las premisas que llevaron a las demoliciones realizadas con motivo de la Via Laietana⁵¹ era propiciar la aceleración de los movimientos, de mercancías y recursos humanos, en la metrópoli como motor de la acumulación capitalista. La ciudad, además de ser el lugar de ostentación de la riqueza, es, según los argumentos de Paul Virilio, el lugar de organización de la velocidad, entendida esta como la cara oculta de la riqueza. Por otro lado, los procesos que pretenden incrementar la velocidad de los movimientos de mercancías y recursos humanos implican unos efectos culturales de aceleración, ya que cada técnica de movilización organiza un régimen de temporalidad que le es propio.⁵² En aquel tiempo, la apertura de la Via Laietana significaría la imposición del tiempo del capital contra el tiempo proletario, por cuanto se pretendían eliminar los tiempos muertos o de amovilidad como resquicios que proponían otra relación con el espacio. Desde esta perspectiva, el *sventramento* que supuso la Via Laietana no solo tendría el efecto de agilizar la movilidad de las tropas —militares—, sino que

⁵¹. Son en este sentido de *sventramento* muy expresivas las palabras de Agustí Duran Sanpere: «La Via Laietana es una calle abierta en la carne viva de la vieja ciudad» (Agustí Duran Sanpere, *Barcelona i la seva història. La formació d'una gran ciutat*, 3.^a ed., Curial, Barcelona, 1975, p. 244).

⁵². Georges Benko, «Espace, temps, pouvoir. Rencontre avec Paul Virilio», *Espaces et Sociétés*, n.º 46, 1985, pp. 5-19.

también constituiría una cuña que contribuía a la acumulación capitalista.

La operación, en primer lugar, sentaba las bases para la vuelta a aquel sector revalorizado —a partir de la combinación de capital público y privado— de la ciudad vieja por parte de unos sectores que, en las décadas precedentes y una vez que los ritmos de la construcción del Eixample lo consintieron, habían consumado la estrategia del vacío, que adquiriría el valor de un repliegue.⁵³ El abandono eventual de los notables era un procedimiento que auguraba una devaluación transitoria de la ciudad interior que, propiciando la apertura de un proceso de marginación expectante, podía convertirse en el mejor argumento para su posterior recuperación.

⁵³. Apuntando esta estrategia del vacío, que supone dotar de contenido cualitativo al desplazamiento de las gentes notables desde la ciudad antigua hacia la ciudad nueva, queremos mostrar a la vez que la resolución, y hasta la propia génesis, del problema de la reforma interior en Barcelona es inextricable del planteamiento y la realización del proyecto del Eixample. De hecho, Cerdà ya postulaba esa indisociabilidad y, posiblemente, su mayor dedicación al Eixample también se puede interpretar como el reconocimiento de la necesidad de un intermedio que después permitiera afrontar con éxito la recuperación de la ciudad antigua. Un entretiempos, o fase preparatoria, que, además de la edificación en el Eixample, suponía poner a punto la practicabilidad de la operación y llegar a un consenso que, refundiendo los intereses de la vieja élite aristocrática y de los nuevos ricos capitalistas, permitiera superar los inconvenientes y contradicciones de la bicefalización de los sectores dominantes en la sociedad urbana. De ahí la trascendencia de las reformulaciones previas en las normativas urbanísticas y la importancia del hito de la expropiación forzosa elaborada por Baixeras en 1879 como el empeño en la viabilidad financiera que solo se encuentra cuando se inaugura en Barcelona un urbanismo que combina capital público y privado (el contrato de 1905 entre el Ayuntamiento y el Banco Hispano Colonial para abrir la Vía Laietana se hizo posible tras reestructurar la Administración local de cara a acondicionarla para el emergente sistema de gobierno de la metrópoli).

Por otro lado, lejos de atentar contra el patrimonio histórico, los derribos generaban el desplazamiento forzoso de las capas sociales subalternas, que habían pasado a ser hegemónicas en el área en la medida en que el exilio de los sectores notables de la sociedad barcelonesa hacia la ciudad nueva había disuelto la coalición socioterritorial preexistente en aquellos sectores urbanos intramuros.

La expulsión de aquellas poblaciones era, sin embargo, más importante por la premonición cualitativa de la intervención que por el número de afectados directos —bastantes de los cuales, es de suponer, se realojaron en otros ámbitos del centro, en lugar de marcharse a las periferias proletarias—. En este aspecto influyó tanto el funcionamiento del mercado de la vivienda obrera en la ciudad —caro, lejano y escaso— como la relación de los sectores populares con la vivienda. Estos la consideraban una prolongación de un modo de vida, que se desarrollaba primordialmente a escala de barrio, y también un enclave que permitía el acceso a los mercados de trabajo al reducir las distancias.

La visibilidad de una nueva ciudad en el centro viejo añadía a los impactos materiales y sociales una gran dosis de valor simbólico, ya que los derribos contribuyeron a construir un espacio de representación del poder. Por un lado, se perseguía la monumentalización —en el sentido de abrir perspectivas— para contemplar los monumentos hasta entonces ocultos. Por otro, la dignificación del sector, por su dedicación exclusiva como sede de los hombres y de las actividades emprendedoras y representativas de la ciudad cosmopolita que deseaban construir. A la ciudad-mercancía se añadía, entonces, la ciudad-exposición de los emblemas del capital.

Posiblemente, aquel giro hacia lo que actualmente se denominaría «rehabilitación culturalista» señaló el final de una etapa en la refundación capitalista de la ciudad antigua y abrió otra en la que la versión neoarqueológica apuntaba a la vez a la articulación de aquel pedazo de ciudad en torno a la dinámica

urbana y a la defenestración del dominio que provisionalmente habían ejercido *de facto* los estratos populares. El neoviejo centro de los hombres de orden arrinconaba la propuesta conservadora de un arqueoviejo centro que habían hecho realidad los flujos disidentes, al entender estos últimos que una ciudad vieja intocable y en declive era funcional a sus estrategias, ya que consentía las prácticas de materialización del dominio sobre el espacio urbano construido.⁵⁴

Las obras de apertura de la Via Laietana ejemplifican —en especial si se contemplan los prolegómenos a las bases del consenso para su realización y el contexto en que se desarrollan— cómo el urbanismo demoledor se consagra a un proceso de recuperación y dinamización de la ciudad antigua, el cual se acompasa a las exigencias de crear y articular una Barcelona como metrópoli capitalista a comienzos del siglo xx.

Se puede plantear, entonces, la reforma interior como una guerra por la supremacía social en la ciudad antigua. Y, dado que el vínculo entre la ciudad histórica —el intramuros de antes del *abajo las murallas*— y la ciudad nueva — el Eixample— se incluye en la idea de metrópoli que sería el caballo de batalla de la política urbana del partido industrial,⁵⁵ la conexión es parte de la apropiación capitalista de Barcelona. De esta manera, la operación de la Via Laietana supone una batalla entre la metrópoli del capital y la metrópoli proletaria.

Tras la gran hoguera que celebró la quema de los residuos que dejaron las obras de demolición en la apertura de la Via Laietana, y los anuncios de reubicaciones de personajes e instituciones célebres en la nueva vía, el discurso arqueológico

⁵⁴ Sobre las diferentes concepciones del casco antiguo de la ciudad y las respectivas estrategias antagónicas de los actores sociales desde una perspectiva histórica, puede consultarse Françoise Paul-Lévy, *La ville en croix. De la Revolution de 1848 a la rénovation haussmannienne: éléments pour une problématique générale*, Klincksieck, París, 1985.

⁵⁵ Rovira, *La arquitectura catalana de la modernidad*, op. cit., p. 33.

respecto a lo intocable del patrimonio se tornaría en hegemónico respecto al centro histórico.⁵⁶ Era el fuego, entonces, de los sueños y de las pesadillas del capital.

A esos entretiempos de las estrategias capitalistas respecto a la ciudad antigua se imbricarían, no obstante, los contratiempos de las estrategias proletarias. La defensa de un espacio apropiable en la práctica por las masas urbanas se planteó inmediatamente después de que se aireasen las cenizas de aquella magna hoguera de la verbena de San Pedro, que simbolizaba y conmemoraba el triunfo de la modernización, del nuevo orden urbano, contra los rescoldos del pasado teñidos en demasía por los colores de la cultura urbana proletaria. Las llamas de finales de julio de 1909 fueron la respuesta de la fiesta proletaria al banquete que los capitalistas quisieron celebrar por la demolición. La fractura social tiene un correlato en la bipartición del espacio y también en las técnicas urbanísticas: las barricadas contra los derribos.

⁵⁶. Es importante señalar el inicio de una nueva fase tras la rápida demolición, ya que algunas de las voces que encabezaron la valoración de la ciudad vieja como patrimonio cultural tras aquellos derribos no mostraron disconformidad, a pesar de su relevancia social, mientras la operación se ponía en marcha. A nuestro juicio, desde esa discontinuidad o ruptura, solo se pueden compartir las valoraciones que suscribe Xavier Peiró, en el sentido de que aquel *sventramento* es, por sus efectos negativos, el punto de arranque en Barcelona de un urbanismo rehabilitador del centro histórico —desde su génesis, por cierto, más pendiente del valor patrimonial de las piedras que de las poblaciones residentes—. Véase Xavier Peiró Grasa, *Agents materials, autors dels projectes i referències teòriques de la reforma urbana de Barcelona: 1879-1937. El cas de l'obertura de la «Gran Vía Layetana»*, tesis doctoral, ETSAB-UPC, 1989.

SUEÑOS Y PESADILLAS EN LA CIUDAD

Nuestra exposición de la metrópoli como esfera de acciones sociales plurales y divergentes ha pretendido mostrar la superficie de un itinerario cuyo interés es plasmar la metrópoli proletaria. En este sentido, el concurso evocado, en las esferas consideradas relevantes, de los programas y las intervenciones urbanísticas en que los sectores dominantes en la sociedad barcelonesa se veían involucrados tiene una inevitable prolongación: los acontecimientos enmarcados en el discurrir de aquella Barcelona se proponen como un punto de partida para comprender los diversos avatares sociales en la ciudad.

Los usos capitalistas del espacio urbano, al margen del grado de autonomía o anticipación que se les debe conferir en lo que respecta a la presencia del conflicto social, se moldean también, en las facetas del diseño y la intervención, a remolque de las posibles respuestas de las poblaciones dominadas. Es decir, el sistema de gobierno de la metrópoli se puede interpretar asimismo a partir de su condición de respuesta a las iniciativas de quienes se resisten y pretenden alterar el orden urbano.

Una de las condiciones esenciales en la configuración del urbanismo que despunta hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX es, como se ha tenido ocasión de señalar, su comportamiento como dispositivo de orden.¹ Ante el arraigo de la

¹. A propósito de esta solidificación del urbanismo no tanto ya como disciplina, sino como profesión reconocida e incardinada en los procesos

agitación social y de los conflictos en las relaciones sociales que se dan en los ámbitos ciudadanos, el urbanismo ofrece su capacidad para descomponer, debilitando o anulando, la propensión de las fuerzas sociales dominadas a manifestar su antagonismo. Así, los regímenes de prácticas urbanas, a la vez que deben insistir en la transmisión de unos contenidos sociales, reconocen su dependencia de las propias dinámicas sociales, una deuda que se traduce en prestarse a aplacar el enfrentamiento social.

Barcelona, como hemos dejado constancia en páginas anteriores, será testimonio de la consideración de esos dictados en la conducción de la maquinaria urbana. La insistencia creciente que algunos prohombres de la ciudad mostraron durante aquellos años en las problemáticas territoriales y urbanas se inspira en esa vertiente de biopolítica que se transmite en los discursos y en las prácticas urbanísticas. La aceleración de proyectos aparcados —como la operación de apertura de la Via Laietana— y el planteamiento de intervenciones de todo tipo sobre lo urbano en Barcelona responden, pues, a la emergencia y consolidación de un estado de opinión que se ha ido fraguando

sociales, pueden resultar aclaratorias las anotaciones de Jacques Dreyfus: partiendo de la idea del urbanismo como voluntad de racionalidad —entendida esa racionalidad como la imposición de un orden o sociedad normalizada y a la vez represiva—, el autor sitúa su aparición hacia finales del siglo XIX. Al concebir el urbanismo como respuesta al caos de las ciudades nacido del capitalismo industrial, afirma que, por más que los pensadores del siglo XIX hubieran tomado conciencia de esa problemática y hubieran sugerido actuaciones al respecto ya desde los inicios, sus soluciones no se pudieron llevar a término de inmediato. Ellos contribuyeron inicialmente a la generación de un movimiento de ideas, el cual, para devenir acción, precisaba que la toma de conciencia que partía de ellos ganara a la sociedad en su conjunto. De ahí se derivó, entonces, el desajuste temporal apreciable entre las proclamas y los programas de unos especialistas adelantados a su época y las intervenciones urbanísticas propiamente desarrolladas. Véase Jacques Dreyfus, *La ville disciplinaire. Essai sur l'urbanisme*, Galilée, París, 1976, pp. 9-28.

entre las capas dirigentes. Es nuestro criterio que ese consenso cada vez más amplio que se va alcanzando sobre la necesidad de intervenir en lo social a partir de lo urbano guarda relación con la coincidencia de unas circunstancias adversas, las de la ingobernabilidad, y esa redefinición del urbanismo como dispositivo disciplinario.

El desarrollo de la ciudad de Barcelona y la articulación de su territorio era imprevisible, por más que el urbanismo emergente pretendiera racionalizar la organización urbana partiendo de metodologías basadas en la unidad del espacio urbanizado. En efecto, el proceso sucesivo de constitución de Barcelona dependió y procedió de los diferentes trazos de varias líneas sociales —contenidos—, a medida que estas se asentaban y recreaban en varios trozos —formas— de la ciudad que, por otro lado, se caracterizaban por sus puestas en paralelo. En definitiva, las diversas fuerzas sociales, intentando reforzar su presencia intensiva en la ciudad por la vía de la autonomía, manifestaban la tendencia a la separación constante, aun encerradas en esa especie de homogeneidad débil y flotante que, en último extremo, resultaba ser el marco urbano.

Aquel abanico de acciones sociales sellado por el antagonismo viene a subrayar que la ciudad es un conjunto dispersivo repleto de espacios diferenciales, aunque estos parezcan sumidos en un curso común que engulle y transforma las corrientes dispersas. Y la ciudad, en apariencia invertebrada y lábil, no puede permanecer ajena a las relaciones bélicas que sostienen sus ocupantes. Al contrario, al formularse la colisión de unos bandos sociales, toda práctica y pensamiento sobre el espacio urbano, proceda del lado que proceda, se subsume en los territorios más amplios que recorre lo social y que, en última instancia, hacen patente la pugna entre dos modelos apropiativos de la metrópoli.

La interpretación del urbanismo que se promueve en la Barcelona de comienzos del siglo xx no puede entonces detenerse exclusivamente en lo que serían las propuestas y los ejercicios de la constelación de agentes partidarios de perpetuar y ampliar

el orden capitalista a partir de la idea de construir una Gran Barcelona. Dar entrada al antagonismo requiere escuchar las voces y el eco de los pasos de quienes fueron contrincantes activos de aquel modelo de ciudad; puesto que el proletariado, aunque fuera a contracorriente, se erigió en un factor básico de la reformulación del sistema de gobierno territorial que se ensayó durante aquellos años. La realización de un examen de los regímenes de prácticas urbanas que se desplegaron en la metrópoli de Barcelona a comienzos del siglo xx exige, en definitiva, resituarse el contexto y las repercusiones sociales del entramado de ideas y de operaciones urbanísticas que se elaboraron, y, en consecuencia, no podemos descuidar el urbanismo de las deserciones proletarias. Así, si hemos dedicado el primer tramo de la incursión en el urbanismo de la Barcelona de principios del novecientos a señalar las lógicas y agentes que intervienen en la producción de la ciudad —es decir, hemos evaluado el sistema de gobierno de la metrópoli como constatación de la apropiación capitalista de los territorios urbanos—, corresponde ahora dar un segundo paso atendiendo más a las reapropiaciones proletarias de la ciudad.

Nuestro procedimiento inicial para reflejar la irrupción en Barcelona de las politicidades proletarias y sus críticas prácticas a la apropiación capitalista de la metrópoli consiste en utilizar unas voces que, en aquella dinámica social, se encargaron de avisar de los riesgos del desorden urbano e intentaron, en concordancia con sus deseos, llevar a cabo un diagnóstico a la vez que proponían terapias prescriptivas.

En el trazo quebrado y rugoso que dibujaba el discurrir de esos años en Barcelona, parece oportuno indicar que las llamadas al orden, las propias declamaciones del desorden, no pueden tener ni idénticas motivaciones ni el mismo significado para cada uno de los colectivos contendientes.² En todo caso,

² Gareth Stedman Jones, tras incorporar la sociosemiótica en sus ensayos históricos, ha insistido precisamente en el interés que se merece el

las propias voces pronunciadas desde el otro lado social constituyen un preliminar válido para anticipar la potencia y la intensa incidencia de las resistencias al proyecto capitalista en lo social y, por ende, en lo territorial. Quejarse del desorden, como hacen de continuo los sectores capitalistas, es reconocer la ingobernabilidad.³ Una situación que, según los discursos procedentes de los mismos hombres de orden, está marcada por unos conflictos sociales determinados, tras los cuales se escudan unos sujetos, grupos o individuos. Aduciendo desorden, sus propios portavoces insinúan asimismo la carencia y

carácter problemático del propio lenguaje. Dado el papel de lo social en las relaciones discursivas, el autor no solo afirma la existencia de diferentes lenguajes de clase, sino que alerta también de la necesidad de analizarlos en su contexto lingüístico. Es importante, nos sugiere, observar que «hay una estrecha relación entre lo que se dice y a quien se dice. Sin embargo, tal relación no se puede concebir como un reconocimiento de la existencia previa de unas propiedades sociales comunes entre los destinatarios. Más bien se debería concebir como la construcción, satisfactoria o no, de una posible representación de lo que podrían ser tales propiedades comunes. Es evidente que el objetivo casi definitorio del discurso político es responder a una necesidad o demanda preexistente. Pero, de hecho, la motivación primaria es crear y después orquestar dicha demanda, cambiar la autoidentificación y el comportamiento de los destinatarios». Véase Stedman Jones, *Lenguajes de clase...*, op. cit., pp. 22-23.

- ³. Yves Michaud señala al respecto que, siendo el lenguaje el lugar de un conflicto, lo oportuno no es escoger entre un buen uso y un mal uso, sino señalar que hay divergencias fundamentales en las maneras de ver y en las normas que las estructuran. Así, la significación de una palabra, en este caso «ingobernabilidad», remite al lugar de los sujetos políticos en el campo social y cambia de sentido según el locutor. Por lo tanto, si se constata una disolución de las reglas que unifican la mirada social, la denuncia de algo, como la ingobernabilidad de la ciudad, significa en el fondo mucho más que una evaluación lógica del orden de las cosas. Esa denuncia, para quienes la propagan, está cargada de connotaciones éticas relativas a lo inadmisibile, a lo que no debería ser. Véase Yves Michaud, *Violencia y política*, trad. José Martín Arancibia, Ruedo Ibérico, Barcelona, 1980, pp. 73-96.

necesidad de interlocutores válidos, y con ello reconocen que, como corolario, se enfrentan a actitudes anónimas o a unos colectivos con bastante voz y resonancia pública, pero no plegables a las cláusulas de las ofertas procedentes del orden. Exclamándose el desorden se insinúa, en fin, una autonomía en el otro lado, ya que, con esa actitud irreconciliable, este se niega a aceptar hábitos y reglas de juego contrarios a sus pretensiones. Esa misma condición del conflicto urbano que recogen los discursos capitalistas sobre la metrópoli barcelonesa hace que sus rasgos solo se puedan identificar en el plano de las colectividades —conglomerados en los que las individualidades implicadas se entregan y diluyen— y del antagonismo. El anonimato se puede considerar un momento de ejercicio de la autonomía, ya que es una manifestación práctica de los sujetos que en él se resguardan contra toda clase de representaciones y desposesiones.⁴

Siguiendo esta vía, en este trabajo hemos decidido afrontar ante todo el esfuerzo de dotar de contenido propio a unos ejercicios que en el bando burgués solo merecen adscribirse a la nebulosa de la ingobernabilidad. Desde esa perspectiva, estos ejercicios son caracterizados de manera interesada, a la vez que preocupante, a partir de denotaciones peyorativas,⁵ las cuales

⁴ El anonimato podría interpretarse, en último extremo, como una manera de zafarse de la alienación política, ya que, al eliminarse al portavoz que representa —quien, *hablando por*, acaba por *hablar en lugar de*—, quienes se refugian en lo anónimo retienen para sí la fuerza de hacerse oír y de hablar y de ser escuchados. En este sentido, son sugerentes las aportaciones de Pierre Bourdieu en «Los usos del “pueblo”» y «La delegación y el fetichismo político» (Pierre Bourdieu, *Cosas dichas*, trad. Margarita Mizraji, Gedisa, Barcelona, 1988, pp. 152-172).

⁵ «Las costumbres obreras son pensadas desde el punto de vista de otra clase y, por consiguiente, de forma incompleta. Lo atestigua el uso sistemático de un criterio peyorativo para caracterizarlas: inmoralidad, intemperancia, imprevisión, irreligión. [...] Las prácticas obreras son observadas y tergiversadas en función de un desglose de la realidad social en objetos tratables por las políticas reformadoras. Los conceptos básicos son, por tanto, categorías prácticas que pueden expresarse por

afectan en particular a los exponentes antagónicos del proletariado, pero también, y más en general, a toda muestra de disidencia o agitación social.

La confusión de las masas se acompaña, creemos, de claros-curos. El proletariado urbano barcelonés se identificará y presentará como el bastión más firme contra la propuesta capitalista de reordenación del sistema y remodelación urbana. Sin embargo, en la ciudad deambulan también otras siluetas sociales que propondrán la fuga como herramienta para horadar un orden dispuesto a controlar eficazmente los movimientos en el territorio, y estas no siempre se integran en los proyectos del movimiento obrero organizado. En estas páginas, pues, dejaremos constancia de que las voces de orden, implorando desorden, evocan que perviven en la ciudad unos flujos que no se dejan capturar, domar o domesticar por una propuesta de ciudad requisada por el capital. Tras este preámbulo, insistiremos en la fluidez de unas resistencias proletarias en la metrópoli que recrean en cualesquiera espacios unos espacios de libertad.

La normalidad material y moral en Barcelona: un sueño

Barcelona era entonces, por múltiples motivos, una ciudad conmovida. Quizá de todas las circunstancias concurrentes en ese estado de la población, la guerra social que, a veces sorda y en ocasiones estruendosa, discurría en su seno era el mayor foco de atención. La situación envolvía todas las expresiones del acontecer ciudadano, los discursos y las prácticas de las figuras sociales se nutrían y se debían al antagonismo manifiesto.

Los apesadumbrados hombres de orden se entregaban a despejar la pesadilla del desorden; el hacer y decir de la masa

medio de verbos transitivos: clasificar, civilizar, sanear» (Topalov, «Para una historia “desde abajo” ...», *op. cit.*, p. 46).

proletaria se insinuaba como la posibilidad del sueño. La ciudad del sueño⁶ o ciudad ideal que algunos deseaban ver en el Plan Jaussely propiciado por la burguesía industrial se puede interpretar como un claro testimonio del ansia y la preocupación por doblegar el contrapoder proletario en Barcelona. El ideal de la ciudad burguesa se contrapone a la posibilidad de la metrópoli proletaria y, por tanto, es incompatible con el proletariado, si bien necesita a los proletarios como buenos trabajadores y pacíficos ciudadanos. La pesadilla del burgués es el proletariado; su sueño, la destrucción del antagonismo: la ciudad del capital. Al contrario, la pesadilla del proletariado es verse reducido a fuerza de trabajo, su subordinación al capital; su sueño, la emancipación: la metrópoli proletaria.

Para reflejar las posiciones confrontadas del abanico social de Barcelona durante el decenio que nos ocupa, pueden servir los testimonios de unos personajes que manifiestan la preocupación colectiva de las clases directoras locales y que con sus argumentos pretenden contribuir a la gobernabilidad de lo social.⁷ Abordaremos más adelante las pruebas del talante

⁶ Joan Maragall, «La ciutat del somni», en Joan-Lluís Marfany, *Articles polítics*, La Magrana, Barcelona, 1988.

⁷ Al introducir la gobernanza como uno de los ejes del análisis del antagonismo social, seguimos las indicaciones que plantea Foucault tras su constatación de que «vivimos en la era de la “gobernabilidad” descubierta en el siglo XVIII». Para estudiar el problema del arte de gobierno, este autor propone recurrir a una historia de dicho fenómeno, entendiendo por él, entre otras cosas, «el conjunto de instituciones, procedimientos, análisis y reflexiones, cálculos y tácticas que han permitido ejercer esta forma específica y muy compleja de poder que tiene por blanco la población, por forma principal de saber la economía política y por instrumentos técnicos esenciales los dispositivos de seguridad». Según estas observaciones, «lo importante para la modernidad, es decir, para nuestro presente, no es tanto la estatización de la sociedad cuanto la “gubernamentalización” del Estado»; por lo que, a su vez, es imprescindible reconocer que «esa gobernabilidad es a la vez interna y externa al Estado, ya que son las tácticas de gobierno las que permiten

del proletariado, tanto las derivadas de las luchas como las de las teorías que estas canalizaban, ya que reúnen las condiciones para ser la principal exposición de la ingobernabilidad y del antagonismo social que vamos a desarrollar en la investigación.

Los textos elegidos —uno de comienzos de la década y otro de finales— afrontan ampliamente la problemática concerniente a la cuestión social y, de manera concisa, el problema obrero. Es significativo que los autores expresen inquietudes similares y ofrezcan soluciones coincidentes, a pesar de que sus escritos corresponden a la fecha que abre y cierra respectivamente el periodo escrutado y de que en ellos se aborden campos distintos de las relaciones sociales.

«¿Qué no pudiera decir de esa espantosa indisciplina social que impera, del desorden y libertinaje de las costumbres llevado a las mismas calles?», le preguntaba Guillermo Graell, secretario de Fomento del Trabajo Nacional, en sus conferencias de principios de 1901, al distinguido público que seguía el desmenuzamiento de las líneas y argumentos de su plan económico, dirigido a solucionar la cuestión catalana. En aquel ciclo de conferencias, publicadas sin demora gracias a la suscripción de los asistentes, el portavoz de la patronal catalana se extendió, ciertamente, en lo que denominaba «el problema catalán» y en la proposición de «soluciones rigurosamente gubernamentales». La cuestión social no aparece mencionada de manera explícita hasta el momento de las conclusiones. Es entonces, al cerrar el discurso, cuando el conferenciante acudió a los

definir paso a paso qué es lo que compete al Estado y qué es lo que no le compete, qué es lo público y qué es lo privado, qué es lo estatal y qué lo no estatal, etcétera». Véase Michel Foucault, «La gubernamentalidad», en Robert Castel, Francine Muel, Jean-Paul de Gaudemar, Claude Grignon, Jacques Donzelot y Michel Foucault, *Espacios de poder*, trad. Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, La Piqueta, Madrid, 1981, pp. 25-26.

interrogantes sorteados adrede en la exposición para evitar debilidades en el esbozo programático. No obstante, para el secretario de la patronal catalana, la defensa sin ambages de la idoneidad del plan suponía asumir la inestabilidad del campo social; por ello, Graell planteó en aquellos instantes finales la necesidad de bajar «de la cúspide a la base». Sus palabras decididas, para ser escuchadas en la intensidad receptiva de los colofones, adquieren el rango de alusión estratégica: de ellas se desprende que, en última instancia, cualquier medida de gobierno destinada a garantizar la viabilidad del proyecto capitalista contemplaba para las clases dirigentes catalanas la disciplina social. Todo gira, al fin y al cabo, para el portavoz de la patronal catalana alrededor del acercamiento imposibilitado por los continuos ejercicios refractarios que animan a unas masas peligrosas y abocadas a la insurrección. Graell sugerirá la necesidad acuciante de imponer el orden, de disciplinar a quienes rechazan la razón y el dominio del capital; para él, esa tarea es «lo más elemental e ineludible en todo cuerpo político».⁸

Las opiniones de Graell no destacan ciertamente por ser demasiado novedosas. Pero, mientras que su incorporación escapa a esa categoría, sí evidencia, por el contrario, la calidad del orador —secretario de la institución patronal que se había erigido en la principal representación de los sectores dinámicos de la burguesía industrial catalana— y la cálida acogida de los oyentes —miembros de la misma asociación o bien próximos socialmente a ella—. También hemos de considerar el momento, ya que Graell se decide a subrayar la relevancia de la gobernabilidad social cuando se propone desbrozar las líneas estratégicas para salir del Desastre. Sus palabras manifestaban, implícitamente, que los esfuerzos orientados en el pasado a imponer la disciplina social habían sido vanos, o bien insuficientes para abordar la coyuntura abierta tras la crisis

⁸ Guillermo Graell, *La cuestión catalana*, A. López Robert, Barcelona, 1902.

colonial, que en los sectores dominantes se había interiorizado como situación de crisis generalizada en el Estado español, la cual obligaba a una reestructuración profunda del dominio capitalista. En ese sentido, y al mismo tiempo, apuntaba un esbozo de programa en el que incluía de manera prioritaria la necesidad de reordenar las dinámicas sociales a favor de los intereses capitalistas, para lo cual la disposición a la domesticación de las fugas era estratégica, pues el peligro del desorden y de la insurrección precisa de terapias apremiantes.

Los espacios productivos se erigían igualmente en materia de análisis específico. En esa línea podría incluirse la aportación de Édouard Escarra, cuyo trabajo versa sobre el desarrollo industrial de Cataluña entre 1900 y 1908.⁹ Dentro del conjunto de su obra, el autor presenta un cuadro de la situación reinante en talleres y fábricas. Entre otras observaciones, recoge las quejas de los jefes sobre los obreros empleados y, a partir de ellas, extrae las causas que cree que propician un ambiente laboral alejado de las necesidades capitalistas. Su anhelo es un incremento de la productividad y halla los mayores inconvenientes en los comportamientos de los proletarios: «Por lo común el obrero catalán es inteligente y no carece de gusto. Sin embargo, no es demasiado cuidadoso y necesita ser dirigido. Incapaz de una atención constante sobre el trabajo que realiza [...] posee suficientes dotes para que estas puedan mejorarse todavía más a través de una eficiente educación social y profesional». La reflexión de Escarra pretende, pues, destacar la incidencia de la indolencia obrera en la marcha de los procesos productivos y, con ello, señala la oportunidad de prestar la debida atención a la renovación de las disciplinas industriales.

El interés de las aportaciones de Escarra desborda en cierta manera las dimensiones del presente análisis. En sus puntualizaciones incorpora otro aspecto de suma relevancia: en su

⁹. Édouard Escarra, *El desarrollo industrial de Cataluña (1900-1908)*, trad. Enric Cubells, Grijalbo, Barcelona, 1970 [1908].

investigación, el autor dispuso de la colaboración y de la prestación de información directa de los sectores patronales.¹⁰ Adquieren así un mayor alcance sus conclusiones, que abundan en el criterio de que en los lugares de producción tampoco impera el orden, pero, sobre todo, su hincapié en el despliegue de formas de disciplina innovadoras, destinadas a lograr un obrero más útil y dócil. Asimismo, su propuesta, basada en el análisis del tiempo ocupado por el obrero en tareas productivas, incide tanto dentro como fuera de los recintos fabriles. Intentando demostrar que el dominio capitalista requiere del buen obrero y del incremento de la productividad, sugiere que se debe saltar de la fábrica a la sociedad. Es decir, es preciso también extender el dominio fuera de la fábrica, a los tiempos y espacios de la reproducción social —«a través de una eficiente educación social y profesional»—, para hacer girar lo social alrededor de las necesidades de la producción.¹¹ Interlocutor indirecto, Escarra desbroza con sus sugerencias los campos de intervención a los que están dispuestos a recurrir algunos elementos capitalistas significativos en Cataluña en aras de conseguir una más completa subordinación de los obreros a la maquinaria social.

Calles y talleres, ciudad y fábrica, son los territorios que Graell y Escarra proponen en sus aportaciones como materia de reflexión. El análisis que brindan a esos espesores de lo

¹⁰. En el transcurso de su investigación, Escarra, como oportunamente señala en la introducción, luego de verse desalentado por «las estadísticas españolas insuficientes, mal confeccionadas y difíciles de interpretar», acudió como fuente informadora a numerosos industriales y comerciantes catalanes, los cuales lo acogieron «siempre con extrema amabilidad» (Escarra, *El desarrollo industrial...*, op. cit., pp. 15-17). En este sentido, creemos que, por ese contacto estrecho mantenido con las capas patronales, su trabajo merece una atención especial sin que, por ello, olvidemos los comentarios críticos de algunos estudiosos nacionales respecto a la fiabilidad de los datos publicados.

¹¹. *Ibid.*, p. 90.

social parece contar con las preocupaciones e intereses de quienes son los presumibles destinatarios de aquel tipo de balances, aquellos personajes e instituciones enclavados en los sectores dominantes de la sociedad urbana barcelonesa. A pesar de que los puntos de partida son diferentes, sus posturas se encuentran en una misma línea: avisar del desorden imperativo y sus riesgos de cara a reformular el ejercicio del poder capitalista.

Para responder a la desestabilización social, a la indisciplina en las calles y las fábricas, se trataría de emprender un ambicioso programa social que, valiéndose de las experiencias pasadas, pero alejándose de los remedios insatisfactorios hasta entonces ensayados, supiera reponer y ampliar el orden capitalista debilitado o impugnado por las indisciplinas. Cláusula ineludible de semejante proyecto, en la que insisten ambos portavoces, serán las maneras de ensamblar los dispositivos de las tecnologías disciplinarias que reclaman las circunstancias.¹² Esa compenetración de los mecanismos de control social ha de cumplir asimismo el requisito de ser capaz de abordar urgentemente y de manera acompasada todos los resquicios en los que se manifiesta el antagonismo social. Lógicamente, en la órbita de las valoraciones y medidas encaminadas a la resolución del desorden social, las intervenciones urbanísticas, mencionadas en el capítulo anterior, también ocuparían un lugar importante.¹³

¹² Aunque las disciplinas son una de las temáticas que afrontaremos en capítulos posteriores, creemos conveniente señalar de antemano cuál es el tratamiento que se les dispensará. Al referimos a las «disciplinas», y con ellas a la serie de conceptos que giran a su alrededor, consideramos «los métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les imponen una relación de docilidad-utilidad», es decir, los que Foucault caracteriza como una anatomía política del detalle. Véase Michel Foucault, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, trad. Aurelio Garzón del Camino, Siglo XXI, Madrid, 1978, pp. 141 y 143.

¹³ Esta alusión a las intervenciones urbanísticas apunta que la reformu-

La ciudad cobijo de la revuelta: una pesadilla

En la imposición del plan del capital sobre aquella Barcelona se corría un riesgo: se precisaba la aquiescencia o la sumisión de los sectores sociales a los que de manera acusada afectaría la reestructuración del espacio. Y en ese punto los sectores burgueses temían presumibles resistencias. Un temor que nos sirve para introducir la proliferación de las deserciones proletarias y populares causantes de ese estado como un signo de la existencia, quizá demasiado borrosa, de otro modelo de ciudad para Barcelona.

En aquella coyuntura, la etiqueta de «clases pasivas» —no en referencia al lugar ocupado en la esfera productiva, sino a los comportamientos inscritos en la dinámica y la participación en los acontecimientos de la esfera pública— no recaía precisamente en la masa confusa del proletariado urbano. Como señalaría Joan Maragall con afán de atormentar las conciencias a raíz de los sucesos de la Semana Trágica,¹⁴ pasividad y temor eran características incrustadas ligadas a la indefinida clase media y aun a los estratos situados en el bloque directivo. El escritor catalán esbozaba dramáticamente la situación de aquellos estratos sociales en Barcelona durante aquel mes de julio de 1909:

lación de la visión y del ejercicio del urbanismo durante aquellos años en Barcelona sugiere precisamente tratar el conflicto social, en la medida en que este se comporta siempre como una de las variables determinantes de los procesos territoriales.

¹⁴. El historiador Josep Benet ha llegado a reflejar mediante una lectura detenida de la correspondencia y los artículos periodísticos de Joan Maragall el hondo impacto que aquellas jornadas de julio de 1909 causaron en el «poeta nacional». En esos documentos, Joan Maragall se expresa indistintamente como testimonio del sentimiento de las clases dirigentes con las que se sentía identificado y como voz crítica de la conciencia burguesa, sabedor precisamente de la repercusión de sus palabras, de ahí el interés de sus comentarios. Véase Josep Benet, *Joan Maragall i la Setmana Tràgica*, Edicions 62, Barcelona, 1964.

... todo el bien y todo el mal será debido a la debilidad; siendo la suprema, la de las clases medias, que ni juicio tienen para ayudar a hacer la revolución, ni para resistir la algarada.¹⁵ [...] Es triste lo que ha pasado en Barcelona porque demuestra que allí siempre estamos a discreción de una turba. El pueblo, propiamente, no pesa más que negativamente, esto es, por tolerar y fomentar con su indiferencia el espíritu de turba que lo domina. Nuestras clases directoras no están, no estamos a la altura. Barcelona es una ciudad por hacer; no hay más que la primera materia: gente.¹⁶

Por el contrario, el proletariado urbano demostraba ansias y energías para la acción. El propio Maragall, que, por la evidencia de dicho entusiasmo, tentado estuvo de dirigirse a las capas populares mediante *El Progreso*, reflejaba aquella capacidad de movilización: «Me parece que en el pueblo bajo hay al menos más viveza que en otras esferas».¹⁷ No obstante, en cuanto que hombre de orden, esa constatación lo llevó a considerar en carta dirigida a Cambó la necesidad de «depurar la masa, expulsar gente mala, inutilizarla para el mal, vigilarla, impedir también propagandas criminales».¹⁸

Ciertamente, en aquel periodo la clase obrera era proclive, bien abiertamente, bien de forma difusa, a tomar la calle, imprimiendo dicha ocupación de hábitos colectivos y activos. A su manera, los proletarios barceloneses tenían clara conciencia de la trascendencia de los diferentes usos sociales del territorio urbano y sabían dónde y cómo dar sus pasos. Las prácticas y las hablas de las clases populares se afirmaban y recreaban

¹⁵ Joan Maragall citado en Benet, *Joan Maragall i la Setmana Tràgica*, op. cit., p. 66.

¹⁶ *Ibid.*, p. 70.

¹⁷ *Ibid.*, p. 223.

¹⁸ *Ibid.*, p. 145.

también en los espacios de la propia cotidianidad —por cierto, todavía no desgajados brutalmente de los lugares de la producción— y, en momentos señalados, el radio de acción se amplificaba, si era preciso, a toda la ciudad. Este tipo de territorialización proletaria se configuraba como peligro y alternativa proclamando la amovilidad.¹⁹ Con el ejercicio de estas prácticas no se trataba tanto de diseñar una ciudad futura como de defender la autonomía de los usos dados a un espacio ya construido y de resistir en ella.²⁰

¹⁹. «Amovilidad», como «contramovilidad» e «inmovilidad», son los términos que sugiere Jean-Paul de Gaudemar para designar las estrategias obreras que niegan la lógica de la movilidad capitalista y que afirman, por lo tanto, el derecho a rechazar una movilidad impuesta y a escoger el derecho a la automovilidad, a una movilidad individual libremente asumida. En torno a esas resistencias, dice el autor, se proclama la negativa de los hombres y de los pueblos a dejarse reducir a objetos económicos, a máquinas productivas. Véase Gaudemar, *Movilidad del trabajo...*, *op. cit.*

²⁰. En este punto es inevitable manifestar, de entrada, la necesidad de superar ciertas interpretaciones usuales en la historiografía del movimiento obrero español, las cuales apuntan sin remedio al utopismo idealista como motor y freno de las luchas proletarias. Con todo, antes de adentrarnos en los aspectos territoriales y urbanos, conviene puntualizar las señas específicas de la composición del movimiento obrero español, al menos de la tendencia antiautoritaria, puesto que es a ella a la que se asocian los milenarismos. En dicha fracción organizada, casi la totalidad de los miembros más destacados formaban parte propiamente de la clase obrera, entendida en el sentido técnico o de clase en sí, y estos rasgos, además, eran resaltados paradójicamente por la mayoría de los autores. Esa inserción en la estructura social procuraba forzosamente una identificación, por correspondencia de situaciones, con las necesidades finales y también —o sobre todo— con las reivindicaciones *inmediatas* del proletariado.

Por otro lado, y en ese mismo plano general, han ido apareciendo serias reformulaciones de la historiografía del movimiento obrero. En el abanico de esas aportaciones, no todas pueden vincularse a aquel tipo de historia paralela, denominada «militante» —con cierta connotación descalificadora—, ya que en ella se inscriben autores como Michelle Perrot, E. P. Thompson, Cornelius Castoriadis o Sergio Bologna, quienes,

En definitiva, las voces a favor de la normalidad material y moral de Barcelona tenían eco entre unos hombres de orden deseosos de despejar sus pesadillas y realizar sus sueños: apaciguar el panorama urbano o desterrar de él la guerra social para construir la ciudad del capital, su gran metrópoli imperial y capital inmensa.²¹ El otro bando social, el proletariado, al que se refieren aquellas palabras siempre peyorativas, quizá replica trastocando su significado o, más probablemente, se inclina a pronunciar las suyas propias: la revolución social como forma de resarcirse de sus sueños y pesadillas.

La ciudad de Barcelona quebrada en dos. El paso de la década no hará más que agudizar esa bifurcación, si bien la

al margen de compromisos sociales, gozan de reconocido prestigio científico. En las relecturas que depara esa historia social de nuevo cuño se está abordando la historia del «otro movimiento obrero» —no oficializado—, con consecuencias cronológicas y terminológicas importantes. En dichas aportaciones, junto con los grandes acontecimientos —huelgas, congresos—, se presta suma atención a las resistencias difusas, a las actividades cotidianas; de la misma manera, ciertas voces, como «utopía», «economismo», «revolución» y «reformismo» adquieren otra dimensión.

Ya en el terreno espacial, y como prolongación lógica de las nuevas metodologías, no es posible relegar la presencia activa del proletariado a la ilusión de Icarias, a las barricadas de la Comuna o al experimento de las colectivizaciones rurales y urbanas. En la época, no abundaban las alternativas proletarias en la concepción territorial, pero ello no significaba despreocupación o incapacidad analítica, puesto que el proletariado, sin explicitarlo como programa, hacía implícitamente del territorio —vividlo como comunidad obrera— el lugar idóneo para las luchas y las resistencias. Iremos dando cabida y un tratamiento más pormenorizado a estos puntos en capítulos sucesivos.

²¹ El deseo de una «Barcelona imperial» es de Enric Prat de la Riba («Nosaltres», *La Veu de Catalunya*, 24 de abril de 1909 [reprod. en Roca, *Política económica...*, op. cit., p. 22]), y «los sueños de una capital inmensa» le corresponden a Josep Puig Cadafalch («Barcelona d'any a venir», *La Veu de Catalunya*, diciembre de 1900 y enero de 1901 [reprod. en Torres Capell et al., *Inicis de la urbanística municipal de Barcelona*, op. cit., pp. 87-89]).

presentación del antagonismo y los actores sociales que dan consistencia al enfrentamiento han cobrado nuevas características y, en consecuencia, han adaptado tácticas y estrategias a un decorado urbano diferente por el devenir de los acontecimientos.

El antagonismo se expresa en actos y pensamientos, y también en los usos del espacio urbano. No resulta paradójico, entonces, que durante aquellos años la alternativa al estado reinante en la urbe barcelonesa provenga de las fuerzas capitalistas. Tampoco resulta extraño que en sus proyectos y programas afronten la porosidad manifiesta de los espacios urbanos como desorden, ya que esta simboliza la posible movilización autónoma de las masas populares. La porosidad es una prueba de que la ciudad es empleada como sede compleja de las relaciones sociales y, al ser la ciudad un espacio concurrencial, el campo de posibles acciones es demasiado abierto, dado que la normalización de los comportamientos y pensamientos es todavía débil en Barcelona. Y es en esta situación, que permite que multiplicidades confusas se cobijen en los lugares urbanos, donde se fraguan, en consecuencia, los procesos diversos de subjetivación autónoma. Se manifiesta, pues, como un impedimento serio al desarrollo de la urbanización capitalista con la que están comprometidos los sectores dominantes de la sociedad barcelonesa.

Ampliar o reducir las capacidades de encuentro no regulado en los espacios urbanos es uno de los aspectos que dividen a los componentes sociales. El desorden denunciado por las capas dominantes viene a reflejar el empleo por las clases laboriosas y por las clases peligrosas del territorio urbano como palanca de liberación y escape al orden burgués. En el ejercicio del dominio capitalista, cualquier vestigio de descontrol en las situaciones y relaciones sociales parece un atentado a su hegemonía, por lo que esas circunstancias requieren un orden, nuevos canales de expresión de lo social dentro del orden urbano. A la expansión capitalista en la sociedad se oponen los bloqueos proletarios en las diversas manifestaciones

—ofensivas o defensivas— que las coyunturas alientan y que disponen las posibilidades de movilización y la propia evolución.

Es posible, sin embargo, que las masas urbanas fugitivas del control capitalista no se pronuncien favorables a explicar la idea de la ciudad por construir. La renuncia a diseñar una alternativa quizá anuncia su «alternativa». De hecho, demostrando despreocupación por la ciudad como objeto de conquista, indican la preferencia por rellenar ese objeto de relaciones, manejando los espacios urbanos como recurso para expresar sus modos de vida.²² Esas prácticas múltiples y difusas se conformarían, pues, como un proyecto que, en cuanto que realizable, no requería trasvasar los papeles doctrinales. Por el contrario, la aspiración burguesa consistía en anular el contrapoder proletario que elude la elaboración de programas sobre unos territorios adueñados en la práctica.

Apoderarse de la ciudad será, entonces, tarea de las clases directoras barcelonesas. En la tentativa de impedir la proliferación de sus espacios, movilizan todos los resortes a su alcance, incluyendo los engranajes estatales en sus diferentes niveles de territorialización. A ese propósito, el desmembramiento de la comunidad obrera aposentada en sus territorios aparece como la clave del triunfo, ya que uno de los objetivos principales de la conquista real de la ciudad por el capital consiste en perfeccionar e intensificar la requisa de los flujos que representan aquellas poblaciones que todavía deambulan por la metrópoli fuera de los mecanismos de encierro y domesticación que se les tienden.

En efecto, el encierro y la domesticación se deben efectuar, como expresaban Graell y Escarra, en la calle y en los talleres, pero evitando entre un espacio y otro los espacios-tiempos intersticiales. Formar ciudadanos pacíficos —conformes con las

²². Michelle Perrot, «Les ouvriers, l'habitat et la ville au XIX^e siècle», en Jean-Paul Flamand *et al.*, *La question du logement et le mouvement ouvrier français*, La Villette, París, 1981, pp. 19-39.

reglas de urbanidad basadas en los principios del civismo que se desentiende y, por lo tanto, oculta las desigualdades sociales en la ciudad— es una forma de contribuir a modelar buenos obreros, unos cuerpos que interioricen su reducción a simple fuerza de trabajo en la producción.

Los procedimientos también contemplarían la ruta inversa, a saber: un buen trabajador es un buen padre de familia y un ciudadano educado. Hacer de los territorios un envoltorio amigo o extraño es, en definitiva, lo que separa y enfrenta a burgueses y proletarios en la ciudad. La apropiación de la ciudad por el capital consiste en extrañar a los proletarios de los espacios urbanos, al igual que ha ocurrido en los espacios productivos. Es decir, la apuesta capitalista consiste en desterritorializar unas prácticas proletarias territorializadas, por entonces, en torno a un espacio amigo, es decir, apropiado *de facto* por las deserciones al orden urbano.

En aquellos años Barcelona había alcanzado resonancia mundial por el estruendo de las bombas. Aquellos artefactos habían ido estallando irregularmente desde 1883, pero en periodos concretos, como la primera década del presente siglo, lo hacían con una intensidad superior e incrementaban de manera considerable los daños causados —en 1904 el paréntesis de silencio de las bombas que se había iniciado en 1898 se cerró; desde ese año y hasta 1907-1908 la frecuencia de explosiones irá en ascenso—. ²³ No era conveniente prolongar aquella psicosis

²³. Han sido numerosos los estudios referidos a la ciudad de Barcelona durante aquella época que han señalado este punto. Entre ellos, merece atención el libro de Rafael Núñez Florencio, *El terrorismo anarquista (1888-1909)*, Siglo XXI, Madrid, 1983. Por otro lado, no es este el lugar para indagar en la trama confusa de los atentados —salpicada por casos oscuros, como el célebre Rull— y su génesis, sino que simplemente queríamos destacar la existencia y repercusión del fenómeno. En este sentido, podríamos mencionar también, por ejemplo, el explícito título del libro de Enric Jardí, *La ciutat de les bombes. El terrorisme anarquista a Barcelona*, Rafael Dalmau, Barcelona, 1964.

de pánico en la ciudad ni la notoriedad en el extranjero. Sobre todo, una vez que las miras de las clases directoras barcelonesas estaban depositadas en la modernidad europea que lamentaba, precisamente, aquellos inoportunos ruidos, y más todavía la incapacidad repetida de hallar una adecuada solución. Asimismo, las bombas erigidas en símbolo pernicioso de la ciudad no alcanzaban a ocultar otros actos igual o más peligrosos. La relevancia interesada de las explosiones de aquellos artefactos, contrastada con la oscuridad de quienes prendían la mecha —como el célebre caso Rull—, no ensordecía el eco de la serie de conflictos que protagonizaba el proletariado urbano.

Al mismo tiempo, y por circuitos paralelos, la capacidad de lucha de los obreros barceloneses despertaba admiración en el resto de España y allende sus fronteras, especialmente tras la amplia difusión entre las capas proletarias de los pormenores de la huelga general de 1902, que marcó un hito: «Se sitúa como desenlace de todo un periodo de entusiasmo y de ilusiones sobre la huelga general como instrumento definitivo de la liberación final».²⁴

Contra la inoperatividad demostrada en el pasado por los modos de erradicar el peligro proletario, se iba concibiendo la necesidad imperiosa de incorporar y desplegar también en la trama urbana los criterios que contribuyeran a apaciguar o eliminar las causas profundas de semejante intranquilidad interna y mala fama externa. En concreto, se persistía, por un lado, en el perfeccionamiento de la represión:

El intento más llamativo en la lucha contra el terrorismo en Barcelona fue la creación, con aportación del Ayuntamiento y la Diputación Provincial, de un cuerpo especial de policía, que comenzó a trabajar en

²⁴ Alfonso Colodrón, «Aproximación al estudio de la huelga general (la huelga general de Barcelona de 1902)», *Revista de Trabajo*, n.º 33, 1971, p. 69.

*1907, a cuyo frente se puso un detective traído especialmente de Scotland Yard: Charles Arrow.*²⁵

A la vez, como apuntamos anteriormente, se empezó a pensar y actuar en la dirección de reestructurar la ciudad a fin de modificar los ritmos sociales, además de su morfología. Dentro de aquel alud de sugerencias y proyectos, el urbanismo, que previamente exigía una reformulación, se convirtió en una de las piezas claves del entramado, de ahí el tratamiento dispensado.

El antagonismo: una realidad urbana

El transcurso de la década en Barcelona, por más que cargado de correcciones y ensayos en el amplio espectro de materias ligadas al campo social y urbano, acabaría mostrando que la redefinición de la ciudad que pretendía el lado capitalista quedó en un intento frustrado. Una apreciación que podemos mantener si consideramos que la finalidad de aquel vasto empeño era implantar las bases de un mínimo consenso ciudadano, capaz de garantizar el desarrollo de una forma de dominio capitalista sustentada en la legitimación de un proyecto colectivo con fuerza para integrar los inevitables y agudos contrastes sociales.

La primera prueba del fracaso de las vías de la reconciliación y homogeneización social y política de los habitantes de la ciudad son los argumentos manejados por Guillermo Graell y Édouard Escarra. Entre ambos autores se da una redundancia, dado que postulan una renovación profunda del ejercicio del poder capitalista en la ciudad y en la fábrica para alejar el peligro del desorden y la insurrección; no obstante,

²⁵. Núñez, *El terrorismo anarquista (1888-1909)*, op. cit., p. 101.

se constata una notable distancia temporal en sus propuestas. La repetición a comienzos y a finales del periodo analizado de unos propósitos similares como el reconocimiento de que la conflictividad social no menguó en aquellos años. Es decir, habrían cambiado las expresiones de los conflictos y las modalidades del antagonismo, y hasta probablemente los sujetos sociales enfrentados, pero la brecha seguía sin soldarse y esa persistencia de la ruptura social no hacía más que reafirmar la existencia de varias Barcelonas en Barcelona.

Es más, tras la Semana Trágica, se acusó entre los contendientes el ahondamiento del sentimiento de brecha que los distanciaba y enfrentaba.²⁶ A tenor de aquellos sucesos, se establecerían las pautas que, marchando y homogeneizándose por separado, regirían durante un largo periodo las conductas de los grupos sociales barceloneses. Jaume Vicens Vives fue uno de los historiadores que apuntaron precisamente la fractura social en Barcelona:

Desde aquellos días han quedado cuatro ciudades bien determinadas y no fusionadas: la vieja, dejada a los inmigrantes; la burguesa del Eixample; la menestralía de algunos pueblos del llano incorporados a la ciudad,

²⁶ Los regionalistas de la Lliga lanzaron la campaña de delación. El ministro de la Gobernación, De la Cierva, manifestó que «la represión de Barcelona será tal que habrá de quedar de ella larga memoria»; sin embargo, a pesar de la sangrienta coacción, aquellos sucesos se convirtieron en una victoria de los vencidos. Sobre el ajuste de cuentas de la burguesía, el cual incluía la incitación al *délateur*, puede consultarse la obra de Joan Connelly Ullman, *La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1898-1912)*, trad. Gonzalo Pontón, Ariel, Barcelona, 1972, pp. 506-546. Las referencias a las declaraciones del ministro y a la visión de la victoria de los vencidos se recogen en Diego Abad de Santillán, *Contribución a la historia del movimiento obrero español*, vol. II, *De 1905 a la proclamación de la Segunda República*, Cajica, Puebla, 1965, pp. 79 y 92.

*como Gràcia; y la proletaria. Esta falta de interacción explica el desarrollo de un sentido discriminatorio, sobre todo en los obreros: el odio a la ciudad de los ricos.*²⁷

La evidencia de la fragmentación social de la Barcelona de comienzos de siglo no podía ser entonces esgrimida por los sectores urbanos que aspiraban a canalizar los impulsos ciudadanos por la vía del orden capitalista como un factor que contribuyera a sus deseos. La idea de una ciudad sustentada en la lectura afirmativa de la superposición, la fragmentación y la discordia de las partes sociales chocaba con una realidad demasiado conflictiva como para que, bajo el significado de aquellas tensiones, se pudiera consumir una civilidad por encima del antagonismo. Las partes en concurso, por la imperiosa necesidad del encuentro común, estaban en Barcelona alegadas de un clima de tolerancia que permitiera ensalzar la ausencia del

²⁷. En un trabajo preparado por Vicens Vives para el seminario *Alguns aspectes de la vida obrera a Catalunya*, llevado a cabo en 1960, el autor pretendió resaltar el grado de fragmentación social que imperaba en la ciudad de Barcelona; precisamente aquella misma situación que lamentaba Joan Maragall. A nuestro juicio, es en la constatación del fenómeno donde existen puntos de coincidencia. Sin embargo, la tipología que establece nos parece demasiado amplia, quizá porque, según se desprende de una lectura atenta de la cita, concibe la composición de la clase obrera barcelonesa de manera interesada (por este motivo, se puede comprender la separación de los inmigrantes del centro histórico —que acuden a la ciudad para engrosar en su mayoría las filas de la clase obrera— y del artesanado de las poblaciones agregadas —que, debido a los cambios operados en las formas de producir y los procesos de producción, en buena parte devendrán, si no lo habían hecho ya, proletarios— de la ciudad proletaria). Sin reducir la complejidad social evidente, ni descartar las notables diferencias internas, consideramos más adecuada la observación final del autor, cuando se refiere a la ciudad de los obreros y a la ciudad de los ricos. Véase Jaume Vicens Vives, «El moviment obrerista català (1901-1939)», *Recerques: història, economia i cultura*, n.º 7, 1978.

pacto social, ya que ese encuentro estaba marcado por la profunda divergencia de los intereses en litigio.²⁸

Ocurría todo lo contrario. La raíz de la escisión se hallaba en una delicada situación de ingobernabilidad que, lejos de menguar, con el transcurso del tiempo se ampliaba peligrosamente. A lo largo del periodo analizado, se convertirían en discurso común de algunos sectores acomodados las denuncias de lo insoportable de ciertos procedimientos del movimiento obrero barcelonés, junto con el reclamo de la necesidad de un desarrollo pausado —no estridente— del sindicalismo y, en general, del asociacionismo de las clases populares. Una muestra significativa de esa corriente de opinión es la valoración del dimitido gobernador civil Ossorio en cuanto a los sucesos de finales de julio de 1909:

*Aquella enorme masa obrera, solicitada y agitada por tantas y tan exacerbadas pasiones, por tantos y tan impúdicos engaños, solo podrá enfrentarse a sí misma con la constitución de un gran partido socialista evolutivo, con egoísta tozudería [sic] en lo económico, con sistemática desconfianza en lo político.*²⁹

A pesar de la baza política de la integración, los mismos sectores sociales, alarmados por los síntomas palpables del antagonismo latente y por la desestabilización social resultante, proseguían en las descalificaciones de las acciones proletarias.

²⁸. Entre otros autores, el italiano Antonio Negri ha destacado que el capital se ha visto siempre obligado a cancelar el significado antagónico, pero no la realidad del movimiento obrero, en la medida en que el capital ha comprendido que el proletariado se comporta indistintamente como motor propiciador de la acumulación capitalista y como negador del sistema. Véase Antonio Negri, *Dominio y sabotaje*, trad. J. G. Grau, Viejo Topo, Barcelona, 1979, p. 25.

²⁹. Ángel Ossorio Gallardo, *Barcelona, julio de 1909. Declaración de un testigo*, Imprenta de Ricardo Rojas, Madrid, 1910, p. 48.

Los modos de vida de las clases populares serán caracterizados todavía a través de la manipulación de un lenguaje que cargaría las tintas en los efectos negativos que aquellas masas transmitían.

Así, clases disolventes e ideas disolventes forman parte del vocabulario de los hombres de orden cuando quieren referirse a las figuras sociales antagónicas que campan por la ciudad de Barcelona. Modesto H. Villaescusa, católico y periodista social, al describir los hechos de la Revolución de Julio, comentaría:

Alarmada la sociedad con motivo de los sucesos, aunque tarde, ha caído por fin en la cuenta de que los actos de barbarie cometidos recientemente tienen su origen en las enseñanzas que se han dado en las escuelas laicas de algunos centros políticos y en las ideas disolventes y antipatrióticas vertidas en algunos de los libros que se ponen en manos de los hijos del obrero.³⁰

En parecidos términos, sin contemplaciones, se expresaba el líder de la Lliga, Francesc Cambó, en una carta de 30 de agosto al ministro de la Gobernación De la Cierva:

Las atrocidades de julio no han de quedar impunes, se impone el castigo severísimo de los culpables y atacar enérgicamente los focos de infección social que existen en Barcelona.

Por eso celebra el cierre de los *centros disolventes*, ya que esas medidas merecen «todas las simpatías y todos los aplausos de las personas deseosas de que se restablezca para siempre la normalidad material y moral en Barcelona». Cambó, en definitiva, cree que de los efectos de una lección durísima se

³⁰. Modesto H. Villaescusa, *La revolución de julio en Barcelona. Hechos, causas y remedios*, Herederos de Juan Gili, Barcelona, 1909, p. 99.

podrían desprender resultados fecundos, que consistirían en «afrontar inmediatamente los más graves problemas, adoptar sin pérdida de tiempo trascendentales resoluciones, y cooperar a que se produzca una saludable reacción conservadora y gubernamental como enseñanza de la terrible lección que han sido para todos los sucesos de julio». No obstante, como sugiere a su distinguido amigo ministro, es partidario de hermanar la energía con la prudencia.³¹

En suma, la primera década del siglo xx se cierra en Barcelona no solo con la cesura social que tantas preocupaciones despertó, sino que sus surcos se ampliaron. A pesar de la multiplicidad de dispositivos puestos en funcionamiento para evitar aquellas fisuras, los propios alentadores de reconducir la máquina social urbana no pudieron más que reconocer la utopía del programa. La discriminación obrera, según apuntaba Vicens Vives,³² seguiría después de aquellas jornadas de julio y se tornaría en odio a los ricos. Las diferencias entre los bandos sociales eran flagrantes en cualquiera de los ámbitos en los que se manifestaban las relaciones sociales. La tensión había penetrado en los cuerpos y relucía de mil maneras bajo cualquier apariencia. Todos andaban hartos de atropellos, y cada gesto señalaba e inculpaba al rival. Imposible un pacto social consistente, cada clase perseguía el triunfo para sí. Las solidaridades necesarias para no ser derrotados se adjetivaban ya como titulares del antagonismo.

Son demasiado visibles los contrastes entre una Solidaritat Catalana y una Solidaridad Obrera, la primera anunciando el principio del interclasismo, mientras que la otra recalca el obrerismo. Ese principio y final de las acciones colectivas potenciaba la separación de los modos de vida y de las reivindicaciones y aspiraciones de los grupos sociales. La oposición, en

³¹ La carta de Cambó al ministro de la Gobernación De la Cierva se reproduce en Benet, *Joan Maragall i la Setmana Tràgica*, op. cit.

³² Vicens Vives, «El moviment obrerista català», op. cit.

buena medida, debía alcanzar a los propios usos asignados al territorio urbano. En Barcelona, la ciudad era un elemento más que participaba en la contienda social y, por ende, también era motivo de las apropiaciones políticas de los espacios y los tiempos propios de cada segmento social.

La regulación necesaria de aquella dinámica urbana representaría, dentro del grupo de hombres partidarios de dar una consistencia duradera al ejercicio del poder, la dedicación a la búsqueda de una alternativa. El abanico de versiones sobre el perfil material y moral deseado de la ciudad de Barcelona sería, si se atiende a las contradicciones intracapitalistas, amplio. Los contrastes, sin duda, retardarían algunas operaciones e incluso dejarían ancladas otras. No obstante, sobre la pluralidad de propuestas incidía con fuerza la marcha de los fenómenos sociales en la ciudad y estos lograban que el repertorio de soluciones se minimizara. En ese sentido, las palabras antes recogidas dan testimonio de cómo fue imponiéndose en las filas de los hombres de orden el criterio de considerar en la dirección de la ciudad las coincidencias antes que las fricciones. El estilo de las voces rubrica que además de necesarias deben hacerse posibles las bases de un gobierno de la metrópoli estable. En una ciudad todavía demasiado ingobernable, la viabilidad del plan lleva inevitablemente a limar diferencias y ensalzar avenencias entre quienes se muestran favorables a la consecución de un orden que no puede, para sus intereses, ser episódico.

Las aceleradas demandas del pacto, así como la diversidad política de los propagandistas, demuestran las razones de tantas prisas. La urgencia por dar con un sistema de gobierno del territorio ajustado a las circunstancias provenía del empuje de impulsos clandestinos. De hecho, los discursos acusaban incesantemente de la desestabilización de Barcelona a unas masas populares mal conocidas y peor controladas. Esa misma fijación pone de manifiesto el protagonismo decisivo en la ciudad de otras capas sociales.

Las masas populares igual que alentaban a la reordenación capitalista de la metrópoli podían frenar o invertir el proceso. Si aplicamos la unilateralidad de los enunciados del poder, los instigadores del desorden también se apresuraban a jalonar con éxitos sus campañas, que tendían a consolidar el contrapoder difuso. En la confusión de los elementos que componen esa masa, sobresale, sin embargo, el empuje del proletariado urbano. Un enjambre de impulsos quizá en proceso constituyente, pero no por su fragmentación menos dispuestos a batallar en sus espacios de vida.

Reconocer las iniciativas de las subjetividades proletarias revela lo inadecuado de reducir la clase obrera a materia inerte, reflejo o víctima del sistema capitalista, que a lo sumo contrapone una pura resistencia pasiva al dominio que sobre ella se ejerce. Pero, al mismo tiempo, pulsar las iniciativas obreras resitúa —y ese es el aspecto que nos interesa destacar ahora— la lógica de las dinámicas capitalistas en lo urbano. Las iniciativas del capital y, como veremos, también las del Estado, se despliegan en relación directa con el antagonismo proletario, un vector que «obliga al capital a modificar las formas de acumulación».³³ El capitalismo elabora y desarrolla unas políticas o técnicas de gobierno que, intentando cubrir a la sociedad en su conjunto, se destinan a fortalecer su hegemonía, es decir, a debilitar al adversario que niega de formas diversas y en múltiples lugares el orden social capitalista.

La confrontación del proletariado y del capital, marcada por las iniciativas asimétricas de los contendientes, atraviesa sin embargo unas situaciones histórico-sociales que, en último extremo, están «determinadas por unas relaciones de fuerza continuamente quebradas y por unas contradicciones continuamente resurgentes».³⁴ Precisamente en el periodo estudiado

³³. Giairo Daghini, «Movimento della “degradazione” e immobilità delle categorie», *Aut-Aut*, n.º 172, 1979, p. 34.

³⁴. Atendiendo, pues, al movimiento real de las relaciones de fuerza es

la imprevisibilidad y el desconcierto a causa de la magnitud de la huelga generalizada de 1902 en Barcelona ocasionaron que los sectores burgueses de la ciudad y del Estado español proclamaran al unísono un *nunca más*.³⁵ Apagados los fuegos de la llama proletaria en julio de 1909, Cambó insistía en restablecer *para siempre* la normalidad material y moral en Barcelona. Tiempo atrás, los ecos de la Comuna despertaron voces similares que reclamaban estabilizar el orden deteniendo los contratiempos de las oposiciones sociales.

Esos *nunca más* y *para siempre* indican que las fuerzas sociales en el poder se veían empujadas y dispuestas a consolidar en aquella Barcelona su dominio puesto en crisis. Para reponer las fisuras, el objetivo era destruir cualquier foco de resistencia y el camino, reformular los ejercicios del poder. El reto para el capital, pues, consistía en volcarse con energía y prudencia, mediante la represión y la persuasión, en el terreno amplio de las relaciones sociales. Y, al mismo tiempo, conducir la acumulación capitalista en dirección a una composición orgánica siempre más elevada para atrapar el trabajo vivo y ahondar en la socialización a fin de capturar, domar y domesticar las poblaciones. Ambas caras del desarrollo capitalista garantizan la consecución de una mayor y eficaz subordinación de los elementos proletarios al orden social capitalista.

Finalmente, aludiendo a la economía del poder capitalista en la ciudad de Barcelona hemos acabado insertando el empuje de las iniciativas proletarias. No obstante, en el recorrido hemos apuntado cómo las oposiciones proletarias al orden social imperativo invisten a la clase obrera de autonomía política a la vez que esta infunde a las dinámicas capitalistas. Se podría

difícil sostener la estaticidad de las categorías, más cuando se pretenden analizar unas subjetividades en las que las modificaciones son especialmente de carácter cualitativo. Véase *ibid.*, p. 39.

³⁵. Gemma Ramos y Soledad Bengoechea, «La patronal catalana y la huelga de 1902», *Historia Social*, n.º 5, 1989, pp. 77-95.

aducir entonces que tanto el desarrollo del capitalismo como la constitución del proletariado en sujeto colectivo carecen de una lógica ajena al marco renovable del antagonismo entre clases.

Las demoras o pausas, al igual que los avances o retrocesos en las dinámicas del capital deben, pues, también evaluarse en relación con las acciones de freno, neutralización o coartación que las oposiciones proletarias ejercen contra las determinaciones del desarrollo capitalista. En ese proceso ininterrumpido de fricciones, las iniciativas capitalistas desdoblan su movimiento con vistas a afirmar al capital como actor exclusivo de la vida social. El fin primario de las operaciones reside en batir políticamente a la clase obrera, pero junto con esa premisa se fragua la apertura de otra vía: en el reverso de ese movimiento se adjuntan unas concesiones a efectos de organizar a los proletarios como fuerza de trabajo dentro del proceso de producción social y homogéneamente.³⁶

A este respecto podemos argumentar, según la proposición de Antonio Negri, que es la lucha de los obreros lo que impone materialmente el reformismo del capital, puesto que esa lucha de los obreros es lo que despeja de manera práctica mediante temores y temblores las tendencias involutivas de la clase capitalista.³⁷

Asociadas las iniciativas capitalistas a las resistencias obreras, y viceversa, podemos dirigir nuestro análisis a un punto más concreto e imbricado en nuestros objetivos. Tras las pistas de una interacción social significada por la confrontación del antagonismo, podemos contemplar decididamente los procesos constitutivos de la subjetividad proletaria como negación del sistema capitalista, aunque para ello hayamos recurrido a unas interferencias exógenas como son las prácticas urbanas capitalistas.

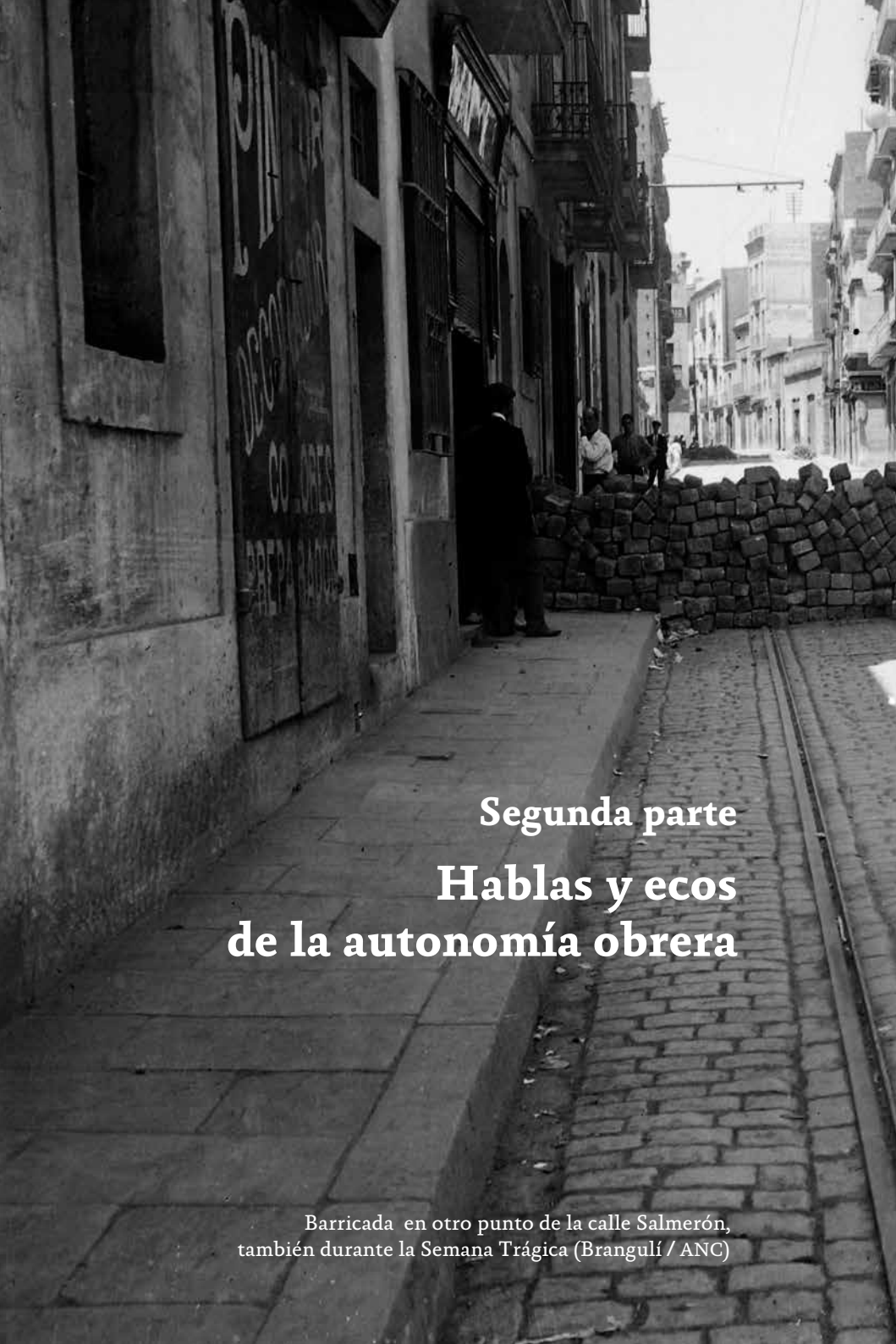
³⁶. Antonio Negri, *La forma Stato. Per la critica dell'economia politica della Costituzione*, Feltrinelli, Milán, 1977, p. 33.

³⁷. *Ibid.*, p. 54.

Si en la Restauración asistíamos a un tratamiento progresivamente diferenciado de las clases trabajadoras como «el problema de los problemas» que estrangulan el desarrollo de la sociedad española,³⁸ se trata ahora de colocar esa percepción, que procede de los hombres de orden, como signo de la invención de lo obrero y como paso decisivo en el nacimiento de su institucionalización. Esa invención resultante de la sobreobjetivación sobre el proletariado —motivada por el afán de contrarrestar su autonomía— no coincide, como cabría esperar en un clima de abierta confrontación social, con la objetivación que los elementos proletarios conforman a partir de su posición en la sociedad española. De hecho, las pautas definitorias del proletariado se instalarían como un aspecto más, y quizá de los más sobresalientes, en el conflicto que dirimían las clases sociales.

En suma, esa puesta en escena, aunque en negativo, de las clases trabajadoras en la ciudad conlleva el reconocimiento de los otros a los que aluden las representaciones del poder. Y nos lleva a saber lo que se dice y se hace al otro lado. En efecto, esos flujos sociales y sus realidades son la clave a partir de la cual se construye la metrópoli proletaria.

³⁸. Pedro Dorado Montero, *Del problema obrero*, Imprenta y Librería de F. Núñez, Salamanca, 1901, p. 10 [citado en Manuel Carlos Palomeque López, *Derecho del trabajo e ideología. Medio siglo de formación ideológica derecho del trabajo en España (1873-1923)*, 2.^a ed. rev., Akal, Madrid, 1984, p. 30.].



Segunda parte Hablas y ecos de la autonomía obrera

Barricada en otro punto de la calle Salmerón,
también durante la Semana Trágica (Brangulí / ANC)



*En su mirada las sombras
se resuelven en luces,
las ausencias en presencias,
las faltas en virtudes.*

Emmanuel Lizcano

POLITICIDAD PROLETARIA E HISTORIAS OBRERAS

Alegando a las voces que, a comienzos del siglo xx, reclamaban la normalidad material y moral de Barcelona, hemos tenido la ocasión de presentar a grandes rasgos una ciudad donde imperaba la desestabilización del orden social. La fragilidad del consenso, cuando no su imposibilidad, transmitida por sus palabras hace patente que la colisión era la forma de relación predominante entre las partes sociales que concurrían en la ciudad. En efecto, la brecha sin soldar anunciaba la inoperatividad de los cauces normativos, así como la debilidad de los medios de pacificación de las confrontaciones sociales. Como contrapartida, avisaba de que el disenso solo deja a los grupos sociales la posibilidad de la presencia activa en los acontecimientos urbanos si la pretensión es satisfacer necesidades y aspiraciones francamente divergentes.

La trama social en la ciudad está surcada, pues, de líneas de tensión que provocan la proliferación de choques. Dado el estado de guerra social entre habitantes, debemos rehuir el prisma de una ciudad homogénea; se desvanece, igualmente, la utilidad de la figura del ciudadano, de una sola ciudadanía.¹

¹. La emergencia de la categoría de «ciudadano» sin otras connotaciones sociales corresponde al ejercicio de poder en la sociedad capitalista, ya que su empleo es un instrumento para integrar clases y estratos sociales

Se desmorona así la visión de una ciudad y de una ciudadanía, y se precisan unas fórmulas alternativas de representación de lo social en aquella metrópoli en constitución a partir de los choques.

Ponderando otras representaciones, nos proponemos considerar la plausibilidad de la metrópoli proletaria. Se trata de operar con unas coordenadas en las cuales las bifurcaciones sociales ofrezcan las expresiones de la apropiación política de la metrópoli. Al mismo tiempo, nos parece importante dar con unas claves interpretativas que resguarden lo social de la caída en precipitadas unificaciones.

El terreno de la conflictividad social se ajusta al marco en el que desarrollar ese tipo de prospección. Por un lado, nos servirá para señalar que la apropiación del espacio proviene de la acción; es decir, fuera del círculo de acciones proletarias, la metrópoli proletaria es impensable, ya que es mediante las acciones como los sujetos políticos se producen y producen a los demás. Por otro lado, nos permitirá subrayar que las acciones colectivas, que revelan la metrópoli proletaria contra la del capital, no anulan las singularidades; al revés, son momentos que, recogiendo las diferencias de los elementos participantes, consienten la constitución de una multiplicidad a partir de una agregación que no cede a la uniformidad y que atañe a la simultaneidad de la lógica de la acción. Asimismo, y por último, recayendo el protagonismo de la acción en un sujeto colectivo, indagar en los márgenes del conflicto social de acuerdo con las dimensiones y los contenidos de las acciones nos ayudará a precisar las figuras del antagonismo que se desenvuelven en ellas.

en la producción capitalista de la ciudad. Al adjudicar ese papel político al rango de ciudadano, se persigue la pérdida de las identidades de clase y, con ello, la difuminación o desaparición de los antagonismos. Véase Francesco Indovina, «Elogio della crisi urbana», en Paolo Caccarelli (comp.), *La crisi del governo urbano*, Marsilio, Venecia, 1978, pp. 278-279.

Avanzamos por un itinerario que, habiendo partido de una interpretación intencionada de la ciudad como lugar para el conflicto, nos ha de conducir a una lectura de la metrópoli proletaria. En este apartado, pues, se traza una aproximación al antagonismo con la intención de pulsar las politicidades antagónicas como hilo para esbozar la geografía política de los usos sociales proletarios de unos territorios urbanos configurados a partir de la colisión.

Desde esta perspectiva —en la cual el territorio está presente en la relación bélica que es el ejercicio del poder y en la potencia de las resistencias a dicho poder—, las concepciones de la ciudad, y con mayor razón las prácticas urbanas, aparecen inseparables de los sujetos sociales y de las acciones y los comportamientos que estos mantienen en unos contextos histórico-sociales determinados.

El antagonismo, que nos remite a una constelación de individualidades que refrendan y constituyen la opción del proyecto de autonomía política que cataliza el proletariado, es, en definitiva, el altavoz de la metrópoli proletaria contra la metrópoli del capital.

Una aproximación a la agitación de lo social

El tratamiento del antagonismo nos lleva a abordar el conflicto social. No obstante, ni todos los estados de la conflictividad social derivan en antagonismo —tal como lo entendemos en esta investigación—, ni el antagonismo adopta siempre los mismos rostros y las mismas posturas.

Una primera cuestión, entonces, es apuntar las peculiaridades que adscribimos al antagonismo dentro del conflicto social. Para ello, inicialmente discerniremos entre ingobernabilidad y antagonismo, incluyendo en este punto los actores sociales que responden a una y otra modalidad del conflicto. A este respecto, incorporaremos unas referencias históricas, puesto

que durante los años que comprende este estudio los fenómenos sociales en los que se expresa el conflicto no se pueden asociar de manera unívoca a la presencia del proletariado.

Antagonismo e ingobernabilidad son exponentes del conflicto social, pero no aparecen siempre y forzosamente de manera compenetrada. La línea divisoria que permite distinguir una modalidad de la otra en el terreno del conflicto, no siempre nítida, estriba en la mediación o no de un proyecto colectivo entre los sujetos implicados en las acciones y los pensamientos. Este proyecto se prolonga con la adopción de unos fines y objetivos, afirmativos o negativos, inmediatos o a largo plazo, que, sin embargo, siempre son resultados concretos de unas dinámicas y unas prácticas reales. El antagonismo remite así a unas acciones sociales que generan la identificación de un sujeto colectivo, el cual se constituye como tal precisamente a partir de su emergencia y afirmación como actor colectivo. La identidad proletaria es su acción.

De acuerdo con estos presupuestos, a través de la ingobernabilidad se expresarían múltiples muestras y manifestaciones del descontento o malestar social causadas por un estado insoportable para una serie de individuos y grupos sociales. Esas respuestas, sin embargo, no tienen por qué cuajar en proposiciones de alteractividad ni en representaciones sociales específicas. Las muestras de ingobernabilidad, prescindiendo de su dimensión, vendrían a señalar las fallas o faltas de integración, por distintas causas, de los individuos y colectivos en el orden social imperativo. De esa manera, dichas expresiones de desintegración social pueden dar lugar a una serie de acciones y comportamientos que frenen o deterioren un determinado estado del orden social. Es decir, la ingobernabilidad anuncia unos desajustes estructurales o crisis sociales que pueden llegar a generar respuestas varias en los colectivos sociales.

La ingobernabilidad, sin embargo, no puede asociarse a una ebullición de la disidencia social. En todo caso, las tensiones y la inestabilidad social que la definen pueden tomarse,

con las debidas precauciones, como los síntomas de un malestar difuso extendido entre las capas sociales afectadas negativamente por los procesos sociales en curso. A veces, por el contrario, los espesores de la ingobernabilidad pueden ser los contenedores en los que circulan luchas y comportamientos antagonistas. De todas formas, parece inadecuado establecer entre la ingobernabilidad estructural y el antagonismo social una relación directa e inmediata. De la misma manera, parece incorrecto entrever en las muestras de ingobernabilidad la formalización de un sujeto — individual o colectivo — dotado de una identidad diferenciada y, por lo tanto, enfrentado al orden social. Por último, la ingobernabilidad estructural se constituye en elemento que contribuye a renovar las modalidades del ejercicio del poder. A partir de su tratamiento como factor desestabilizador del orden social, se procede en aquellos años a pasar de la peligrosidad al riesgo como estrategia preventiva del desorden social.²

². «Peligrosidad» y «riesgo» son las nociones que Robert Castel ha manejado para analizar, precisamente, las estrategias preventivas del desorden social desde una perspectiva histórica y en los planos teórico y práctico. Así, para el autor, «la *peligrosidad* es una noción bastante misteriosa y profundamente paradójica, puesto que implica al mismo tiempo la afirmación de la presencia de una cualidad inmanente al sujeto (es peligroso) y una simple probabilidad, un dato aleatorio, puesto que la prueba del peligro no se tendrá más que a destiempo, es decir, cuando el acto se halla efectivamente realizado». En cambio, «un *riesgo* no es el resultado de un peligro concreto del que es portador un individuo o incluso un grupo determinado, sino que es un efecto de la correlación de datos abstractos o *factores* que hacen más o menos probable la materialización de comportamientos indeseables».

Lo interesante de la interpretación de Castel es que el seguimiento del paso de una noción a otra, «la autonomización del riesgo», permite señalar que, desde mediados del siglo XIX, «se razona ya en términos de *riesgos objetivos*, es decir, de correlaciones estadísticas entre series de fenómenos». Sin embargo, no se pudo ir muy lejos en esta vía preventiva por carecer de técnicas específicas.

El empleo de la ingobernabilidad como materia de orden presenta al menos dos variantes íntimamente ligadas. Una de estas variantes abastece de argumentos a la gobernabilidad, ya que, a partir de unos gestos, que el poder catalogará de desviados o patológicos, la normalidad adopta otra dimensión y da paso a la promoción y renovación del consenso al interiorizarse la norma recreada. Este aspecto de la gestión de la ingobernabilidad es importante sobre todo en relación con los sectores de la población que, en su condición de masa fluctuante —dado su estatus de subordinación y sumisión al poder capitalista—, podrían derivar hacia acciones y pensamientos situados en la disidencia. En la otra variante, las muestras de la ingobernabilidad también se manipulan como dispositivo del poder cuando se instrumentalizan para generalizar la represión o la criminalización —en el sentido de situar fuera de la ley y perseguir por sus agentes con cierta legitimación social— de los comportamientos desviados y, por lo tanto, alejados de las redes del orden social.³

Las prácticas antagónicas, a diferencia de las conductas vinculables a la ingobernabilidad, aspiran a canalizar las movilizaciones hacia una finalidad determinada, que se puede resumir, al menos durante los años en los que transcurre nuestro análisis,

Las citas están extraídas de Robert Castel, «De la peligrosidad al riesgo», en VV.AA., *Materiales de sociología crítica*, La Piqueta, Madrid, 1986, pp. 219-243. Para profundizar en el tema, se pueden consultar las obras de Robert Castel, *La gestión de los riesgos. De la anti-psiquiatría al post-análisis*, trad. Núria Pérez, Anagrama, Barcelona, 1984, y *El orden psiquiátrico. La edad del oro del alienismo*, trad. José Antonio Álvarez-Uría y Fernando Álvarez-Uría, La Piqueta, Madrid, 1980.

³ Adentrándose en los perfiles de los sistemas de control social, Luigi Ferrajoli y Danilo Zolo proponen recapitular en torno a la importancia que adquieren en su difusión las estructuras de producción del consenso y de estigmatización político-corporativa de los disidentes. Véase Luigi Ferrajoli y Danilo Zolo, «Marxismo y cuestión criminal», en Luigi Ferrajoli y Danilo Zolo, *Democracia autoritaria y capitalismo maduro*, trad. Perfecto Andrés Ibáñez, Ediciones 2001, Barcelona, 1980.

en la consecución de un obrero emancipado. Ello nos lleva a interponer en el análisis del antagonismo la búsqueda de las matrices que convergen en la constitución de un sujeto revolucionario —que para nosotros será el proletariado— y los componentes básicos que confluyen en el armazón de un proyecto de autoemancipación proletaria que se podría sintetizar en la meta de la revolución social.

Al centrarnos en una lectura del proletariado como sujeto histórico, sin embargo, nos parece necesario ofrecer antes unas precisiones, sobre todo considerando el contexto histórico en el que se desenvuelve el análisis. El antagonismo es a veces agonismo, es decir, las prácticas antagónicas no siempre tienen que expresarse abiertamente, cara a cara: pueden confundirse en una corriente de contestación en la que también se dan otros comportamientos. Y, por último, el antagonismo se expresa en diferentes ámbitos, o sea, las acciones se desenvuelven transversalmente, ya que son varios los lugares y las señales de rechazo al orden capitalista, las cuales además muestran distintas intensidades y se presentan bajo diversas formas. De estas tres apreciaciones, nos interesa ahora destacar las dos últimas.

En los escenarios conflictivos de la España de la Restauración, a menudo aparecen confundidos en el lado de la disidencia los pobres y los proletarios (también, otras veces, enfrentados entre sí). Parece oportuno, por lo tanto, no dejar de lado esa probable convergencia de las clases trabajadoras y de las clases peligrosas, aunque en último extremo pretendamos discernir las claves del antagonismo.⁴ De esta manera, concluimos que

⁴ Los pobres y los proletarios son las figuras resultantes de las relaciones diferenciadas que se establecen con el proceso de proletarianización que se desarrolla en cada momento histórico. En este sentido, resultan indicadas las observaciones de Carmen Elejabertía cuando asocia la génesis del fenómeno de la marginación social a un movimiento de la población en una representación de la sociedad como sistema. Releyendo

esos dos exponentes del agonismo social que son la ingobernabilidad y el antagonismo a menudo presentan unas fronteras demasiado tenues.

Así, una lectura del conflicto —desparramado entre acciones y pensamientos propios de la ingobernabilidad y del antagonismo— supone que, aunque queramos conceder mayor importancia a la andadura del proletariado —y a su plasma-ción como figura antagónica al capital—, la evaluación de la cuestión obrera revela la entrada de otras figuras y dimensiones sociales. El campo de la ingobernabilidad, también preocupante en las relaciones sociales, desborda las acciones obreras al tiempo que las engloba.

El criterio, en este caso, para distinguir la presencia de figuras antagónicas en el conglomerado de la ingobernabilidad consiste en abordar la irrupción e impronta obrera como el resultado de un proceso en el que se gesta un proyecto proletario basado en la autonomía política de la clase obrera. Este proyecto da signos de su constitución precisamente a partir de los avances en la implantación y el desarrollo de unas prácticas propias, las cuales concuerdan cada vez más con los postulados de autonomía política, en el sentido de afirmar una independencia social que consiste en negar el dominio capitalista y enfrentarse a él. Por lo tanto, al ser consideradas efectos de

a Marx, se vale de la categoría «hombre de trabajo», una individualidad que no puede tener otra existencia real que la de trabajador; sin embargo, apunta, ese hombre puede encontrarse en fase de producción, o bien, ya producido, aparece como trabajador: se encuentra «mantenido como reserva, o se inicia sobre él el proceso de marginación». La proletarianización, o la objetivización del hombre de trabajo como mercancía, alude a ese movimiento, en el cual los pobres serían quienes, dentro del conjunto de circunstancias prevalecientes, no tendrían expectativas de existir como trabajador. Véase Carmen Elejabeitia, *La marginación social, sus causas, motivaciones y mecanismos*, vol. 1, mimeo, Madrid, 1984, pp. 4-34.

la construcción política,⁵ las actividades y la organización del proletariado pasan a ocupar paulatinamente la representatividad del antagonismo.

La posibilidad de considerar al proletariado como sujeto político se fundamenta en el hecho de que, al menos durante un tiempo, se constituyó en organización de sentido con capacidad para explicar lo que pasaba y promover un proyecto de emancipación social. Desde esa perspectiva, fue una representación privilegiada de la realidad social y matriz de transformación social. El proletariado, así entendido, pasó a detentar una cierta hegemonía en el marco del conflicto y de la ingobernabilidad que determinaron los esfuerzos y los límites del orden social de la Restauración ubicándose, sin embargo, en el campo definido del antagonismo.

En lo que respecta a la crónica del antagonismo, las luchas obreras muestran una inclinación hacia la transversalidad. Los frentes de resistencia se despliegan contra las diversas técnicas de movilización general que intentan consumir el dominio total del capital en lo social. En este sentido, según Foucault, cabe distinguir tres modalidades de enfrentamiento: las luchas que se oponen a las formas de dominación (étnicas, sociales y religiosas), las que denuncian las formas de explotación

⁵. La alusión al proceso de construcción política está relacionada con el recurso al concepto de «proletariado» que pensamos establecer a lo largo de este estudio. En la opción adoptada no concebimos al proletariado como una categoría estática, sino que más bien intentamos destacar la dinámica a partir de la cual se va conformando. Tratando de distinguir proletariado y simple presencia de proletarios, procedemos a un desplazamiento en la interpretación del fenómeno: sin descuidar las condiciones materiales, las consideraremos secundarias. Desde la óptica que hemos asumido, nos interesa recalcar los procesos de subjetivación que, lógicamente soldados a los niveles de desarrollo del capitalismo —pero no como respuesta mecánica a ellos—, contribuyen de manera notoria a la redefinición constante del sujeto-proletario como proletariado.

que separan al individuo de lo que produce, y las que combaten todo lo que liga al individuo consigo mismo y asegura su sumisión a los otros (luchas contra la sujeción, contra las diversas formas de subjetividad y de sumisión). Además, según precisa el autor, esas luchas pueden producirse de forma aislada o ensamblada, pero, incluso cuando se entremezclan, hay casi siempre una que domina.⁶ En la época de la Restauración, las luchas dominantes serían las que respondían a la explotación, aunque tampoco cabe ignorar el peso e impacto en la identidad del proletariado de las oposiciones generadas por la dominación y la sumisión.

Efectuada la distinción entre las acciones, los contenidos y los sujetos que se mezclan en los conflictos, y apuntados especialmente los criterios que manejamos para identificar las prácticas antagónicas, el siguiente paso consiste en señalar la concepción del movimiento obrero que emplearemos en esta crónica del antagonismo. Nuestra descripción de la clase obrera permite, creemos, apreciar la emergencia del proletariado como sujeto histórico a partir de la confluencia progresiva de una constelación de individuos y grupos sociales que pretenden dotarse de una cultura política homogénea como rasgo de identificación social y catalizador de las luchas sociales. Y en la cual el territorio es precisamente una baza crucial.

Esta visión plantea las líneas de alianza que, en cada secuencia histórica, contribuyen a afirmar esa identidad política colectiva cimentada sobre unas bases estructurales heterogéneas y cambiantes, o bien la retardan. De esta manera, las formas de socialidad proletarias, abocadas a un proceso ininterrumpido de constitución, evidentemente experimentan el aparcamiento o retoque de las modalidades invalidadas por el curso de los acontecimientos y, por lo tanto, se significan por

⁶ Michel Foucault, «Por qué hay que estudiar el poder: la cuestión del sujeto», *Liberación*, dossier «Michel Foucault. Homenaje a un vago y un maleante», 30 de diciembre de 1984, pp. 4-8.

estar en continuo acecho a las coyunturas.⁷ El grado y la capacidad de aprovechamiento de los momentos retrasa o impulsa el proceso constituyente del contrapoder proletario, el cual, de afirmarse, excede las filas consideradas —estructuralmente, y de manera reductiva— obreras.

En el campo de la agitación, solo es posible constatar la probabilística de las acciones en un marco estructural dado, pero nunca se puede ofrecer una predicción. Hay que tener presente la existencia en un contexto determinado de una restricción del campo de los posibles, que excluye o favorece ciertas vías de acción, pero a condición de considerar que ese marco estructural tiene una eficacia específica y, por lo tanto, es operante limitado.⁸

En este punto es importante repasar las variaciones de los estados de la lucha proletaria. Esta atraviesa fases de intensidad expansiva y fases retractivas, ya que tener la iniciativa —luchas ofensivas— o ir a remolque —luchas defensivas— significa ajustarse a márgenes de maniobra inesperados en unas coyunturas que no siempre son miméticas en un mismo marco estructural. Pero también, y al mismo tiempo, conviene evitar una lectura reductiva de las múltiples resistencias a la extensión del dominio capitalista como simples luchas defensivas, ya que no solo pueden expresar un movimiento general de bloqueo del poder capitalista cuando este precisa de una

⁷ Michelle Perrot, que ha analizado las huelgas de los obreros franceses entre 1870 y 1890, ha subrayado lo que denomina «conciencia de coyuntura afinada» en los medios proletarios, la cual resultaba de la acumulación de una larga experiencia. Para nuestro trabajo, es importante tener presente que, además de ese discernimiento empírico o estrategia reflexiva de las capas proletarias sobre las huelgas, interesa mucho más el espacio, extensión del conflicto, que el tiempo o duración de las mismas. Véase Michelle Perrot, *Jeunesse de la grève. France 1871-1890*, Seuil, París, 1984.

⁸ Miguel Á. Caínzos López, «Clases, intereses y actores sociales. Un debate posmarxista», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 46, 1989, p. 94.

reestructuración, sino que también pueden encauzar movimientos particulares o generalizados de autoafirmación de identidades colectivas.⁹

Parece una medida prudente, a tenor de las observaciones anteriores, eludir una lectura restringida de los campos operatorios del proletariado. Efectivamente, si bien es posible destacar su hegemonía en la conducción del antagonismo, también es preciso reconocer que, o bien forzado por las circunstancias, o bien por estar atento a las posibilidades en las que se desenvolvía su práctica cotidiana, el proletariado era partícipe, junto con otros elementos sociales, de la ingobernabilidad.

Apuntados los rasgos que inciden en la composición fluctuante de la clase obrera como sujeto histórico y figura principal del antagonismo, la ingobernabilidad adquiere otra dimensión. Por ello, nos parece oportuno permanecer atentos a sus expresiones, no tanto con el ánimo de descifrar qué grupos sociales se arropan bajo esa etiqueta, sino con el propósito de apuntar sus probables conexiones con el antagonismo. Ya que, una vez que se ha evidenciado el impacto de las percepciones subjetivas de las dinámicas sociales en la conformación del movimiento obrero, las relaciones entre los colectivos subordinados al orden social capitalista —los cuales, como tales, intervienen en los fenómenos conflictivos del periodo— ofrecen una perspectiva en la que sobresalen las fricciones en torno a la posibilidad de fraguar unas líneas de alianza.

Al no reducirse la lucha de clases a una historia institucional del movimiento obrero,¹⁰ hemos dedicado el apartado

⁹. James O'Connor, *Crisis de acumulación*, trad. Marco-Aurélio Galmari, Península, Barcelona, 1987, esp. pp. 35-66.

¹⁰. «Los historiadores del movimiento obrero no han podido evitar recaer en una historia institucional, la del obrerismo "organizado": congresos de los partidos, secretarios, escisiones han sustituido a los antiguos reyes, batallas, luchas dinásticas. [...] La cámara ha girado, pues, pero el enfoque es el mismo». A cambio, entre las posibles alternativas, «se puede seguir haciendo historia del movimiento obrero, pero con nue-

siguiente a recoger las líneas de conformación del proletariado como sujeto histórico. Nuestra intención es incidir precisamente en la trascendencia que, dentro de la lucha de clases, tiene la diversidad de la composición proletaria como manera de abordar la pluralidad de los territorios en la que esta se desenvuelve.

Historias obreras y proletariado. Del tener al ser

El planteamiento de la temática de una clase obrera entendida no ya como agente pasivo de una estructura dada —objeto de la historia—, sino como actor social mutable —sujeto histórico— conduce a hablar de la articulación política autónoma del proletariado como proyecto emancipador y de los vectores que intervienen en esa dinámica. Entresacar, sin embargo, esos aspectos significa de alguna forma afrontar lo que se entiende por «proletariado», o mejor dicho, dado el carácter del presente estudio, la modalidad de historia obrera que puede ser la apropiada para dar con los instrumentos analíticos engarzados al rumbo escogido.

La clase obrera es una realidad descriptible desde múltiples ángulos. De la misma manera, y por extensión, la historia obrera es propicia a interpretaciones varias. En nuestro caso, renunciaremos a las que, con intenciones encontradas, proceden al recuento de la miseria o al seguimiento pormenorizado de las reivindicaciones de la clase obrera, planteadas —básica, cuando no únicamente— como la persecución de una participación digna en los beneficios sociales o de una redistribución

vas orientaciones. Más que en la intensificación de los estudios tradicionales, se debería probablemente insistir en una ampliación del campo de estudio y en la multiplicidad de los enfoques». Véase José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma, «Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?», *Revista de Occidente*, n.º 12, 1982, pp. 19-42.

más equitativa de la riqueza social. Por el contrario, aspiramos a una historia atenta a los rasgos de la identidad proletaria. El criterio básico que rige nuestra incursión, pues, consiste en reconocer el *ser* proletario antes que el *tener*,¹¹ siendo así que los datos manejados en este estudio, su organización e interpretación, tienen por objeto considerar la construcción política del proletariado.

En el panorama de las investigaciones históricas concurren diversos autores que proponen líneas de trabajo válidas para nuestra orientación. Lo cierto es que la acumulación historiográfica sobre la cuestión obrera ha dado pie a que, en el momento de definir el objetivo, se impusiera el plural: la historia obrera, frecuentada por rupturas de todo signo en su andadura, ha devenido en historias obreras. Las precisiones no apuntan, sin embargo, a una fragmentación ilusoria del mundo obrero, solamente reflejan que las aproximaciones a la cuestión obrera pueden ser varias y, por ende, también así los resultados y el grado de conocimiento disponible. Es la decantación del conjunto de estudiosos lo que influye en el desarrollo de unas áreas u otras, ya que su punto de partida es esencial en el estado de la cuestión. Por ejemplo, Santiago Castillo señala que en España se pueden observar cambios notorios en el

¹¹. François Ewald ha expresado de una manera precisa las motivaciones de esa mirada: «Yo me había propuesto rehacer la historia de las minas y de los mineros. El conocimiento del terreno, el contacto con los mineros, no tarda en hacerte sentir lo que pueden tener de sabidas las imágenes que se repiten desde *Germinal*. Quería mostrar que sus luchas concernían más a su ser que a su tener, a su identidad más que a la simple reivindicación de una mejor participación en los beneficios. Yo soñaba con otra historia obrera, que no se limitara a la mera contabilidad de la miseria. La idea de que dos siglos de industria y de luchas sociales debieran resumirse en la trivialidad del enriquecimiento de los ricos y el empobrecimiento de los pobres me parecía que no hacía justicia a los sacrificios y a los heroísmos, de los que ellos han sido el teatro». Véase François Ewald, *L'Etat providence*, Grasset, París, 1986, p. 9.

elenco analítico sobre lo obrero, pese a lo cual «sigue existiendo un desequilibrio notable entre la “historia del movimiento obrero” y la “historia de las clases trabajadoras”». ¹²

Alentar la proliferación de historias sobre un mismo sujeto histórico —el proletariado— no debería conducir a una pérdida del referente, a una pulverización y, por lo tanto, a su transformación hasta hacerlo irreconocible. Estas historias de las colectividades obreras, como indica Gustave Massiah, «están religadas entre ellas, pero su unificación no es siempre fácil; [...] el hecho de interesarse por un aspecto u otro del movimiento obrero no es indiferente, sobre todo cuando se busca fundar unas prácticas diferentes». ¹³

Existen diversas propuestas en torno a las posibles modalidades para historiar la presencia activa del proletariado en las sociedades contemporáneas. El mismo Gustave Massiah, en el artículo citado —que se presentaba como la conclusión de un seminario sobre la temática del movimiento obrero y la vivienda—, propone una disección operativa. Señala en este sentido que podemos abastecernos de prospecciones, o bien desarrollarlas, sobre la historia de la formación de la clase obrera, de su permanencia y sus transformaciones, de las prácticas y la vida cotidiana obrera y popular, de las luchas obreras y populares, y, por último, de las organizaciones, al igual que de las teorías, estrategias e ideologías. ¹⁴

La mirada transversal pero atenta a los acentos de cada perspectiva puede ser el mejor enfoque para la penetración del análisis que apuntamos. La finalidad es extraer una serie de elementos que, imbricados entre sí, puedan conducir a resaltar la

¹² Santiago Castillo, «El socialismo español (1879-1909). Una revisión bibliográfica», *Historia Social*, n.º 1, 1988, p. 138.

¹³ Gustave Massiah, «Histoire du mouvement ouvrier et pratiques professionnelles d'architecture», en Jean-Paul Flamand, *La question du logement et le mouvement ouvrier français*, La Villette, París, 1981, pp. 226-229.

¹⁴ *Ibid.*

emergencia y la conformación del proletariado como comunidad confrontada al orden capitalista, por más que varíen los procedimientos. Una lectura dispuesta, en palabras de Castoriadis, a reconocer que «en y por la actividad de la clase obrera nace un proyecto social-histórico revolucionario».¹⁵

Se suscribe entonces una imagen dinámica del proletariado. Al rechazar la idea de la clase obrera como concepto fijo, debemos insistir en caracterizar su formación permanente. Ello conlleva remitirse a las variables, de carácter objetivo, pero también subjetivo, que afectan a los procesos de descomposición y recomposición continua del proletariado:

*Hacer historia de la clase obrera no significa hacer la historia de un sujeto social dado una vez por todas, rígidamente delimitado respecto a otros, completo y compacto en su fisonomía, dotado —cuando lo está— de una cierta cultura y conciencia de clase, también esta constituida por ingredientes predeterminados, y cuyo itinerario estará encerrado en etapas ya bien definidas al menos en líneas generales. Al contrario, mucho más fecunda me parece la idea de que este sujeto se hace, esto es, se forma y se transforma; que está articulado y estratificado en su interior, viviente en una trama compleja de relaciones ambientales, de espacio y de tiempo; que en ello interinfluyen, se encuentran y desencuentran formas de cultura diversas; que en estas formas culturales la autonomía se enlaza y se confunde con la heteronomía, con la subalternidad y otras cosas más.*¹⁶

¹⁵. Cornelius Castoriadis, *La experiencia del movimiento obrero*, vol. 1, *Cómo luchar*, trad. Enrique Escobar y Francisco Monge, Tusquets, Barcelona, 1979, p. 78.

¹⁶. Antonio Gibelli, «Qualche riflessione in tema di storia sociale e storia del movimento operaio», VV.AA., *Dieci interventi sulla storia sociale*, Rosenberg & Sellier, Turín, 1981, pp. 56-57.

Este carácter fluido de la clase obrera sugiere un desplazamiento a cuestiones allegadas. En la medida en que una visión predeterminada, o sobredeterminada, del proletariado por factores exógenos no es del todo acertada, debemos incidir en el tipo de relación que ese sujeto colectivo establece con el marco social capitalista que lo circunda. Si, para alcanzar la articulación de clase, los proletarios parten de una situación marcada por disparidades entre sus componentes y se oponen a ellas, precisamos entonces conocer en primer lugar el nivel de diversidad existente (y sus repercusiones) y, en segundo lugar, los canales que, a pesar de la fragmentación, se tienden para posibilitar la reunificación.

Movimiento real y proceso constitutivo del proletariado

Si prescindimos momentáneamente de la subordinación, absoluta o relativa, de la clase obrera al capitalismo, hallamos aspectos importantes en el devenir social de este sujeto histórico que a menudo son subestimados. La búsqueda de la autonomía proletaria consiste en destacar la independencia conseguida por sus componentes en cada contexto histórico.¹⁷ Indudablemente,

¹⁷ Dentro de la concepción de la autonomía política del proletariado, Antonio Negri ha formulado la existencia de tres modelos en el desarrollo del proyecto comunista, contemplando para ello lo que, en su opinión, son contradicciones estratégicas. El primero es el «modelo apropiativo», que temporalmente correspondería al periodo que va de 1848 a la Primera Guerra Mundial —primera fase de la Segunda Revolución Industrial—; al segundo lo denomina «modelo alternativo», el cual comprendería del final de la Primera Guerra Mundial imperialista —segunda fase de la Segunda Revolución Industrial— a la revolución de 1968; y el tercero, el «modelo constituyente», estaría relacionado con la Tercera Revolución Industrial, iniciada en los años setenta del siglo xx. Deteniéndonos en el modelo apropiativo, que es el que

las actividades autodeterminadas se barajan junto con las dependientes o heterónomas, solo que las primeras, en general más oscurecidas, son —en esa condición tensa que es la experiencia proletaria— las más oportunas para el prisma de esta crónica. Es importante no desdeñar este doble carácter de la relación capitalista:

*La lucha de clases es la confrontación del esfuerzo de la clase capitalista por imponer su orden social —con todas sus categorías y determinaciones— y los esfuerzos de la clase trabajadora por afirmar sus intereses autónomos.*¹⁸

Por esta razón, esas reglas y determinaciones se pueden leer desde una perspectiva que insista en evaluar cada aspecto del capital según la estrategia de la clase trabajadora, como también se podría efectuar una interpretación que desvelara la perspectiva unilateral del propio capital.

En ese sentido, Castoriadis, refiriéndose a la situación de las clases trabajadoras, apunta que «el proletariado determina mediante su actividad, tanto explícita como implícita, el contenido concreto de las relaciones de producción en las que está trabado, tanto y más de lo que está determinado por estas [...] la lucha de una capa explotada con el sistema social instituido llega a ser capaz de co-determinar en un grado decisivo la

conciérne a nuestro trabajo, Negri indica que la multitud de «obremos profesionales —figura hegemónica en la composición de clase de aquella época— construye en torno al tema de la autogestión y del control la matriz de un sujeto revolucionario, ya que los proletarios se sienten creadores, controladores y dueños de la riqueza social, especialmente en lo que se refiere al proceso laboral». Véase Antonio Negri, «Ocho tesis preliminares para una teoría del poder constituyente», *Contrarios*, n.º 1, 1989, pp. 68-81.

¹⁸ Harry Cleaver, *Una lectura política de «El capital»*, trad. Eduardo L. Suárez, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1985, p. 172.

evolución de este».¹⁹ Antonio Negri, ahondando en esta línea, se atreve a ir más lejos y lanza la tesis de que «las secuencias de la potencia proletaria son asimétricas respecto a las secuencias del desarrollo capitalista».²⁰

La dinámica del proletariado no solo influye en el desarrollo del dominio capitalista, sino que se le escapa, no está prefigurada exclusivamente por el marcapasos capitalista. La asimetría, según Negri, es señal de la profunda autonomía del movimiento real del proletariado en relación con el capitalista. Para este autor, el movimiento es libre del lado del proletariado; tan libre que es difícil, a menudo imposible, fijar leyes del comportamiento de la potencia proletaria.²¹ De estas aseveraciones, podemos cuando menos entender que no basta con asociar la actividad de la clase obrera a unas condiciones objetivas que vendrían rígidamente delimitadas por la estructura capitalista.

Sin menospreciar las definiciones del proletariado que se sustentan en una serie de indicadores que dan cuenta de su posición específica en la sociedad, la visión que plantea una construcción política resalta en cambio la fuerza del movimiento real; está pendiente de las prácticas y de los discursos que su estatus promueve, pero no determina. Así, como manifestaciones del movimiento real, cabe incluir, junto con las expresiones del movimiento obrero organizado, las muestras derivadas de la cotidianidad proletaria.²²

¹⁹. Castoriadis, *La experiencia del movimiento obrero*, op. cit., p. 78.

²⁰. Negri, «Ocho tesis preliminares...», op. cit., p. 81.

²¹. Antonio Negri, *Tesi sul potere costituente*, mimeo, 1988, p. 26.

²². El peso específico de los grupos proletarios en la órbita antiautoritaria de la Internacional es una característica destacable en la marcha del movimiento obrero español. A esa franja, por otro lado, y como apuntaremos posteriormente, se le debe una concepción de la clase obrera peculiar, además de la contemplación de canales multiformes dispuestos todos ellos como mecanismos propicios para la lucha. Algunas reflexiones generales sobre la dinámica del movimiento obrero han venido a destacar este punto. Así, al analizar las dinámicas de la

Es evidente que en este tipo de formulaciones el *tener* proletario, a pesar de nuestro comentario anterior, se mantiene como un importante elemento analítico. Sin embargo, para ello, intentamos efectuar una interpretación diferente postulando que la clase obrera ni se expone únicamente bajo ese banderín de enganche que es el tener ni, por lo tanto, queda atrapada en las reivindicaciones que giran alrededor de ese constante reclamar e imponer una mayor participación en el capitalismo. Otros rostros o facetas de sus movilizaciones, incluso aquellas que se desatan por motivos asociables al tener, apuntan a la negación del sistema. Bien a partir de la insumisión difusa o de la afirmación de la separación respecto al orden capitalista, bien no respetando los márgenes del pacto que impera en las mesas negociadoras del reparto de la riqueza social, el proletariado desestabiliza o desestructura a su adversario. A menudo también la supuesta pasividad o la renuncia a una expresión abierta de plataformas vindicativas puede esconder una amovilidad que rechaza subterráneamente las formas del dominio capitalista.

Unos comentarios pueden dejar constancia de la importancia de esos fenómenos. Michelle Perrot, al analizar las huelgas organizadas por el movimiento obrero francés entre 1870 y 1890, elude dejarse arrastrar desmesuradamente por el criterio de las cifras y, en concreto, por el número de huelgas y huelguistas. Para esta historiadora, hay que distinguir —precisamente en

Primera Internacional, Guy Debord —interesado en destacar que es en la misma lucha histórica en la que es necesario fusionar el conocimiento y la acción, ya que solo en ella se puede descubrir la constitución de la clase proletaria en sujeto— ha señalado que «el hecho de considerar la finalidad de la revolución proletaria como *inmediatamente presente* constituye a la vez la grandeza y la debilidad de la lucha anarquista real. [...] Este punto de vista de fusión de todas las exigencias parciales ha dado al anarquismo el mérito de representar el rechazo de las condiciones existentes para el conjunto de la vida, y no alrededor de una especialización crítica privilegiada». Véase Debord, *La sociedad del espectáculo*, op. cit., pp. 57-62.

reconocimiento del saber coyuntural adquirido por las clases trabajadoras— entre aspiraciones y reivindicaciones.²³ La misma autora inquiere también en ambas formas sin olvidar las diferencias, ya que la reivindicación es un campo más limitado:

*...la experiencia lo muestra, no se reivindica más que lo accesible, lo posible, lo negociable. El canal de la reivindicación es estrecho. También habrá que tener en cuenta las fisuras del discurso, esas exclamaciones, esos suspiros que, alrededor de una conversación o de un texto, dicen el deseo y el sueño.*²⁴

En una lectura más teórica de la historia del movimiento obrero, Castoriadis aduce que «la actividad del proletariado solo ha sido conocida y reconocida en la medida en que ha sido explícita o manifiesta, y se ha desarrollado a la luz del día; [y] organizaciones y manifestaciones explícitas no representan más que la pequeña parte emergida del iceberg».²⁵ Para él, existe otra capa interesante que remite a la presión cotidiana, difusa e indirecta; con todo, esa «actividad colectiva autónoma y anónima, la lucha implícita e informal de los obreros, no tiene sitio en la conceptualización tradicional».²⁶ Sin embargo, los efectos históricos de esta lucha han sido, y siguen siendo, decisivos: en el plano económico ha sido determinante, tanto o más que la lucha por los salarios, explícita, oficial y abierta; en el plano de la técnica y de la organización de la producción, ha desempeñado un papel fundamental en la orientación de su evolución, y, finalmente, no hay ninguna esfera de la vida social que no haya sufrido sus repercusiones.²⁷

²³. Perrot, *Jeunesse de la grève. France 1871-1890*, op. cit.

²⁴. Perrot, «Les ouvriers, l'habitat et la ville...», op. cit., pp. 29-30.

²⁵. Castoriadis, *La experiencia del movimiento obrero*, op. cit., p. 71.

²⁶. *Ibid.*, p. 70.

²⁷. *Ibid.*, pp. 69-70.

En definitiva, no se trata de contraponer un carril que sustituya las propuestas y luchas de la clase obrera en el terreno del *tener*. Estas se consideran una baza trascendental, si bien, en nuestro caso, la óptica del análisis ha de facilitar un manejo sustancialmente diferente al habitual, ya que se incorporan no como objetivo principal y agotable en sí mismo, sino coordinadas a otras facetas, quizá menos explicitadas, de la dinámica proletaria que insisten en la emancipación global. De hecho, según Michel Aglietta, el salario es la expresión de una relación global entre clases.²⁸ Harry Cleaver, por otro lado, avisa de la necesidad de inscribir esas luchas salariales, o por la cantidad, dentro del enfrentamiento político que separa las opciones del capital y del trabajo:

*Sería un error contemplar románticamente a la clase trabajadora como poseedora de un monopolio sobre la calidad y al capitalismo como interesado solo con lo vulgar y cuantitativo. Dentro de la lucha de clases, la confrontación de perspectivas es más compleja. En su lucha con el capital, la clase trabajadora se ve obligada a interesarse por la cantidad. La lucha por los salarios, la duración de la jornada de trabajo y la intensidad del trabajo se refiere a la cantidad de trabajo que deberá ejecutarse a cambio del salario. La clase trabajadora no podría interesarse menos en el valor por sí mismo. Lo que quiere es una cantidad mayor de una diversidad más grande de valores de uso por menos trabajo. La cantidad se vuelve importante solo porque es mediante estas luchas cuantitativas que se obtiene acceso a las mercancías particulares, cualitativamente distintas, que se desean, y al tiempo necesario para disfrutarlas.*²⁹

²⁸. Michel Aglietta, *Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los Estados Unidos*, trad. Juan Bueno, Siglo XXI, Madrid, 1979, p. 115.

²⁹. Cleaver, *Una lectura política de «El capital»*, op. cit., p. 235.

Redescubrir el terreno de lo difuso o subterráneo, junto con la otra cara de las reivindicaciones y aspiraciones por el tener, además de ser pertinente para concebir el proletariado como algo más que objeto de la historia, tendrá una aplicación imprescindible en alguna de las fases del estudio que acometemos. En concreto, el lapso de tiempo que transcurre entre la huelga general de 1902 y la creación del embrión de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en 1907 se ha venido considerando como de pasividad en los ambientes obreros barceloneses, y las observaciones anteriores nos van a permitir esbozar otra interpretación:

Cuando la relación de producción aplasta a la fuerza productiva proletaria, cuando, en suma, el capital resulta absolutamente vencedor, entonces la sabiduría obrera se repliega cada vez más sobre sí misma. A la mortífera entropía capitalista se opone entonces una innovación obrera (un proceso de liberación social) que se aplica exclusivamente a la sociedad proletaria. Son estos los momentos de transformación más profunda: no se ven y la historiografía los señalará con mucho retraso. En efecto, es una enorme actividad clandestina la que recorre en estos casos la sociedad. En general, esta fuerza productiva, así renovada en la clandestinidad, no hace esperar demasiado tiempo para volver a hacerse visible, estallar, en la sociedad. [...] Quiero decir con ello que la figura del proletario se disloca, se presenta en nuevas formas no previstas por el dominio capitalista. La independencia proletaria se profundiza, se intensifica.³⁰

A partir de las valoraciones anteriores sobre la expresión del ser proletario podemos plantear cómo abordar la problemática

³⁰. Antonio Negri, «El comunismo: la diferencia», *Liberación*, 24 de noviembre de 1984.

intrínseca al tratamiento de la unidad del proletariado. De manera general, este tema se ha subsanado privilegiando únicamente aquellos aspectos que la hicieran posible, con lo que, de hecho, se imponía una visión basada en criterios fundamentados en el descarte de los elementos y segmentos proletarios no encajables en la propuesta. En este sentido, históricamente se ha producido un fenómeno de solapamiento, en el cual la unidad de la clase obrera se articulaba como reflejo de la representación hegemónica de un fragmento de esta clase. El riesgo de semejantes esquemas interpretativos radica en que, en los momentos durante los cuales la dinámica del proletariado desborda en la práctica los límites contemplados en los modelos analíticos, se plantea la necesidad de recurrir a otras proposiciones y categorías analíticas que permitan establecer un marco explicativo sustitutorio de aquel basado en una visión monolítica de la clase obrera.

En consecuencia, atentos a los procesos constituyentes de la subjetividad proletaria, parece pertinente dar paso a una interpretación que, asumiendo la diversidad, sea capaz de reconocer los caminos plurales que se ha dado el proletariado en sus itinerarios hacia la emancipación y la transformación social. Signo de esa trayectoria, y probablemente no los de mayor relevancia, son los desacuerdos ideológicos a los que tanta importancia se ha otorgado.

La clase, una constelación de singularidades

En las reformulaciones que se han ido produciendo en torno a la presencia del proletariado en la historia, algunas perspectivas insisten en la necesidad de dotarse de herramientas analíticas para aprehender la diversidad de los proyectos proletarios. Así, partiendo de posiciones que interpretan el proletariado como construcción política, L. Berti manifiesta que es posible hacer resurgir la noción crucial de clase siempre que se proceda a un giro sustancial y no a un simple desplazamiento de acentos:

*Si aún es posible y deseable un uso de la noción de clase, debe quedar claro que solo puede ser concebida como una categoría absolutamente política, aunque sea de una politicidad especial, que rehúye, disuelve las formas institucionales de la política. Se trata, en todo caso, de ver en el conglomerado-clase el boceto móvil de una geografía del antagonismo cogido en el proceso de su autoconstitución subjetiva. Clase, entendida, de manera muy general, como especificación de la cualidad colectiva del antagonismo. [...] La clase se nos presenta ahora como un agregado de intereses y comportamientos antagónicos que, pese a insertarse en las estructuras de la producción y reproducción de la sociedad, no mantienen con ellas una relación de determinación jerárquica. No es ya estructura objetiva dibujada por la esencia de la formación socioeconómica, sino constelación determinada por comportamientos colectivos que concretamente se agregan, permanecen, nuevamente se confunden, dando lugar a nuevas constelaciones.*³¹

Pensar la clase como categoría absolutamente política presupone resaltar que la subjetividad proletaria se afirma socialmente como práctica antagónica al orden capitalista. Y esa visión de la clase obrera implica que en los análisis se ha de priorizar su composición político-organizativa, pero sin descuidar otras facetas. A través de ella, es posible que se asuma la pluralidad —tanto en las prácticas como en los discursos— asociable a la diversidad de posiciones y situaciones de los elementos proletarios como síntoma de una potencia social sujeta a metamorfosis. Reconocer que el proletariado es el resultado de un proceso social en el que se da su autoconstitución subjetiva significa, asimismo, recoger su faceta de fuerza social que

³¹. L. Berti, «¿Revolución o...? Consideraciones acerca del problema de la transformación social», *In/dolencia*, n.º 0, 1981, p. 29.

se innova al tiempo que es innovadora en las relaciones sociales.³²

Acogiéndose a las aportaciones de los analistas que han incorporado los factores subjetivos como criterio alternativo clave para comprender el movimiento obrero, Andrés Bilbao ha sintetizado el significado que se atribuye a la composición política del proletariado relacionándolo con el concepto de composición técnica.³³ Para efectuar ese nexo, se vale de la distinción entre fuerza de trabajo —parte de la composición técnica— y clase obrera —sujeto de la composición política—.

La categoría de composición técnica se refiere a las condiciones de trabajo, al lugar que ocupan los obreros en el sistema de producción: en suma, a una división técnica del trabajo comandada por la lógica del capital. Se considera, pues, que es la lógica del capital lo que produce en cada tiempo las articulaciones técnicas concretas de la fuerza de trabajo y, en sustancia, esa faceta queda sustraída al control de la propia clase obrera, aunque, como ya señalamos, acabe comportándose como elemento codeterminante. De hecho, los cambios en la composición técnica, el despliegue continuo de unos procesos complejos de descomposición y recomposición, son el resultado de un interés del comando capitalista, pero también de la

³². Es en junio de 1848, según apunta Antonio Negri, cuando el moderno proletariado industrial descubrió la propia autonomía de clase. En 1870 se afirma la conciencia de la necesaria organización política de la autonomía de clase. A partir de ese salto cualitativo en la subjetividad proletaria, los periodos 1848-1870 y 1879-1917 parecen ser, en opinión del autor, los grandes lapsos en los que se puede reencontrar la única base adecuada para un trabajo inicial de conceptualización en la teoría del Estado contemporáneo. Véase Antonio Negri, «John M. Keynes e la teoria capitalistica dello stato nel '29», en Sergio Bologna *et al.*, *Operai e stato. Lotte operaie e riforma dello stato capitalistico tra rivoluzione d'Ottobre e New Deal*, Feltrinelli, Milán, 1972, p. 69.

³³. Andrés Bilbao, «Desestructuración de la clase obrera», en Reyes, *Terminología científico-social*, *op. cit.*, pp. 274-278.

respuesta a las presiones proletarias en el ciclo productivo. La composición político-organizativa se asimila a la comparecencia de un proyecto político autónomo del proletariado, el cual plantea la autovaloración de la clase obrera como signo distintivo de autorreconocimiento y, al mismo tiempo, de antagonismo respecto a la lógica capitalista.

Esta línea interpretativa, dispuesta a una captación de la politicidad proletaria, intenta reflejar igualmente lo que se denomina «composición técnica del proletariado» como criterio que evita sustraer la realidad del proletariado de las condiciones materiales. No obstante, esa dimensión del proletariado se atiende de manera supeditada, ya que se considera en relación con las características propias de la lucha obrera; en ese sentido, entre ambas facetas —composición político-organizativa y técnica— no existe forzosamente una correspondencia mecánica.

La clase obrera puede aparecer indistintamente articulada desde el punto de vista técnico, pero descompuesta en lo político, y viceversa: a la composición técnica sustentada en la fragmentación los obreros pueden oponer la unidad de clase operando con criterios de *politicidad proletaria*. Esas relaciones, es evidente, también pueden obviarse y solaparse expresando la unidad de clase como reflejo mimético de la representación hegemónica de un fragmento de dicha clase. Sin duda, ese ejercicio debe ampararse en el cumplimiento de dos condiciones:

*1) [que] un fragmento de la clase obrera [alcance] la centralidad en función de las características de la división técnica del trabajo; 2) que este fragmento técnicamente central se dote de una estructura organizativa capaz no solo de asumir su propia representación, sino de asumir la representación de una totalidad que solo existe técnicamente como clase obrera.*³⁴

³⁴. *Ibid.*, p. 277.

Es importante, por último, dispensar atención a la composición cultural. Esta sería el resultado de una serie de prácticas e ideas difusas pero asumidas y difundidas colectivamente. De alguna forma, ya incorporada a la composición política, esa vertiente cultural de la composición de clase solo serviría para insistir en aspectos más subterráneos. En los canales de difusión de una cultura proletaria, el territorio, precisamente, desempeñaría un rol importante como caja de resonancia.

El tiempo que nos incumbe, pues, podría significarse por la hegemonía exclusiva de la figura del obrero de oficio: «Dada la estructura productiva de la España de la segunda mitad del ochocientos, resulta lógico el peso que el mundo de los oficios ejerce sobre la experiencia proletaria».³⁵ Sin embargo, esta visión podría relegar de la historia del proyecto de emancipación proletaria a aquellos trabajadores, y otros grupos subalternos, carentes de la habilidad del oficio. El riesgo es, por lo tanto, doble: reducir la presencia y fuerza del proletariado, y desproveer de la categoría de sujetos sociales, en el sentido hasta ahora manejado de politicidad, a una proporción elevada de individualidades y grupos sociales.

En el propio apartado de la composición técnica que se aprecia en el periodo y espacio que analizamos, deberíamos atender a las fragmentaciones internas de la fuerza de trabajo, incluyendo, por ejemplo, la pulverización y heterogeneidad manifiesta de las unidades productivas, los contrastes en las múltiples relaciones contractuales que se daban entre obreros y patronos, la diferenciación interna de las poblaciones empleadas, así como la presencia segmentada de varios mercados de trabajo o formas de movilización hacia las esferas de la producción. Ese cúmulo de circunstancias se interpondrían, desde luego, en los trayectos que transitó el proletariado y seguramente matizarían, o replantarían, el papel de los obreros

³⁵. Antonio Elorza y Michel Ralle, *La formación del PSOE*, Crítica, Barcelona, 1989, p. 14.

de oficio y la influencia en el resto de los obreros de sus formas organizativas y modalidades de lucha.

Asimismo, a la constatación de las repercusiones de las dinámicas capitalistas en los comportamientos obreros, habría que añadir la trascendencia de los valores subjetivos que manipulaban las clases trabajadoras. También los aspectos de codificación prevalecientes en los modos de vida proletarios se caracterizarán por la pluralidad, un estado no siempre conducente a la homogeneización.³⁶ Sin embargo, en los contornos de la composición cultural o representación global de la clase, se trazan los nexos que, con igual o mayor fuerza, contribuirán a reducir las distancias que podrían reflejarse en el terreno de la composición técnica y también político-organizativa.³⁷

Esta alusión a «las culturas obreras», en plural, se refiere a una subjetividad proletaria que no se reduce a la conciencia, sino que abraza los comportamientos más difusos, cotidianos e informales que hemos mencionado antes. Las composiciones

³⁶. Jacques Rancière sostiene que el discurso obrero se produce en la frontera de los cambios de identidad, mediante procesos de fractura. Si el grupo es imaginable, representable, es porque la clase se fractura, porque hay gentes que no soportan la clase. Es en esta paradoja como la clase encuentra su modo de representación global. Véase Jacques Rancière, «La maladie des héliotropes. Notes sur la “pensée ouvrière”», *Ethnologie Française*, n.º XIV, 1984, p. 128.

³⁷. La composición cultural del proletariado plantea, entonces, la necesidad de prestar atención a esas voces y esos pasos que, desplegándose en la cotidianidad, adquieren una importancia crucial en la difusión de los estilos de vida. En ese sentido, Tomás Rodríguez Villasante, con una holística radical y manejando las herramientas de la antropología y la etnología urbana, se refiere en sus estudios al interés del término «cosmologías» aplicado a los análisis de la metrópoli. Para él, una «comunidad apropiada» actúa como una cosmología que hace referencia al entorno donde habita y a su fundamental diversidad, tanto de base física como de grupos sociales, y la cual refleja la complejidad más que el unitarismo. Entre sus aportaciones, puede consultarse Tomás Rodríguez Villasante, «Tiempo, apropiación, cosmologías», en Reyes, *Terminología científico-social*, op. cit., pp. 990-993.

culturales desmienten, de paso, la etiqueta de «espontáneas» que en ocasiones se ha utilizado para explicar acciones incubadas hasta entonces en los secretos de la vida clandestina obrera y nos guían por las sendas de la circularidad y el factor de imitación.

La idea de circularidad, precisamente, ha tenido uno de sus más brillantes intérpretes en Castoriadis, con la particularidad de que este autor, ya citado con anterioridad, traslada y se preocupa de insertar el fenómeno dentro de la lucha mantenida entre la burguesía y el proletariado. Al preguntarse por la influencia de las ideas burguesas en el movimiento obrero, responde afirmativamente y, al mismo tiempo, añade que la burguesía también ha plagiado formas organizativas y discursos originados en el mundo obrero. Sin embargo, asegura, ese no es el problema fundamental:

Los obreros se apropian de la cultura burguesa, pero al hacerlo invierten su significación. La clase obrera retoma en su propio hacer instrumentos y contenidos de la cultura existente y les confiere una nueva significación. Lo que ella toma así, por lo demás, es, a veces, anterior a la época burguesa.³⁸

En realidad, no puede ser de otra manera, ya que las ideas en la historia no son significaciones cerradas, bien distintas y bien definidas, sino que son coextensivas a un largo proceso histórico efectivo. El hacer del proletariado y de la burguesía nace

³⁸. Cornelius Castoriadis, prolongando su exposición, dirá que «del mismo modo que no podemos aceptar las separaciones entre la “situación objetiva” del proletariado, su “conciencia” y sus “actos”, y su recomposición subsiguiente bajo la égida de la causalidad-finalidad, tampoco podemos conceder una importancia en sí al origen “proletario” o “burgués” de las ideas, y mucho menos aún podemos pensar en la existencia de una vinculación rigurosa y unívoca entre el origen y el carácter o la función de las ideas» (Castoriadis, *La experiencia del movimiento obrero*, op. cit., pp. 61 y 66-67).

y se desarrolla en este terreno coincidente. Así, de pretender aquilatar la separación entre lo que es «burgués» y lo que es «proletario», la distinción no se podrá dar de antemano: solo el hacer de los sujetos la instaure y puede mantenerla.³⁹

El factor de la imitación, más ceñido que la circularidad a las conexiones que se dan en el interior de los grupos sociales, es un vector para comprender algunas de las determinaciones ignoradas de los comportamientos obreros, aunque a veces se haya tratado despectivamente. Explica el hecho de que ciertas formas de resistencia elaboradas en ámbitos sociales y áreas geográficas concretas se puedan retomar y desarrollar en circunstancias bastante diversas e incluso aparentemente del todo heterogéneas. El puente de la imitación, conectado a lo que se ha denominado «composición cultural», demuele las barreras derivadas de la composición técnica al permitir la circulación y el intercambio de algunas formas de comportamiento y lucha comunes a diferentes sujetos sociales. Gracias a este factor, se puede ir labrando un canal hacia la recomposición política.

A partir de la constatación de una orientación irreversible, aunque salpicada de altibajos, de los elementos proletarios hacia la potenciación de la autonomía de clase como contrapoder, podremos atender los lazos que, bajo esa perspectiva, ha tejido el proletariado con el territorio urbano. La fortaleza obrera que fue Barcelona se constituyó en ejemplo notorio no solo de las posibilidades proletarias de adueñarse cotidianamente de ciertos pedazos de la ciudad, sino de sus capacidades de convertir por momentos la metrópoli en proletaria. La década a la que dedicamos esta investigación destaca por abrirse y cerrarse con demostraciones de que la Rosa de Fuego fue algo más que un recurso del lenguaje que se blandía para despejar los variopintos sueños y pesadillas de una ciudad dual y azotada por las disyunciones irrefrenables de sus habitantes.

³⁹. *Ibid.*, p. 62.

LA INVENCIÓN DE LO OBRERO

DOMINIO Y TUTELA DEL HOMBRE DE TRABAJO

La lectura de la emergencia de la identidad colectiva del proletariado como una constelación de singularidades nos remite a unos procesos de signo advectivo. Esta óptica privilegia la horizontalidad de las relaciones entre los miembros de la clase obrera y, en consecuencia, también concede a las señas de representación o puesta en escena un papel destacado en la constitución de la clase como sujeto colectivo. Al mismo tiempo, reconoce la conjugación de la construcción del «nosotros» proletario y la proliferación de las diferencias de las individualidades sociales identificadas en el plural.¹ En suma, como apunta L. Berti, la geografía de la autonomía política del proletariado es un boceto móvil.²

¹. La aspiración del proletariado —el comunismo— se puede concebir como la vía de una liberación de las singularidades individuales y colectivas. Es el conjunto de prácticas sociales de transformación de las conciencias y las realidades en los planos político y social, histórico y cotidiano, colectivo e individual, consciente e inconsciente. En ese proceso, comunidad y singularidad no se oponen: al contrario, singularidad, autonomía y libertad son las tres líneas de alianza contra el orden capitalista. Véase Félix Guattari y Antonio Negri, *Les nouvelles lignes d'alliance*, multicopiado, París, 1984, pp. 1-8.

². Berti, «¿Revolución o...?», *op. cit.*, p. 29.

Se ha conferido, asimismo, a las secuencias de la construcción política del proletariado la peculiaridad de ser asimétricas respecto al desarrollo capitalista. Esta observación es válida para resaltar que la «dialéctica capital-trabajo se despliega según itinerarios no lineales»³ y, sobre todo, ha de permitir situar en un plano preeminente la subjetividad e iniciativa proletaria en el decurso de la sociedad capitalista.

Esta apreciación de las iniciativas del proletariado apunta, además, dos cuestiones íntimamente asociadas y con evidentes repercusiones en el desarrollo de nuestro trabajo. La primera de ellas indica que «la subjetividad de clase en su desenvolverse modifica la situación objetiva».⁴ Es decir, que la clase obrera no solo está determinada por el capital, ni en su composición técnica ni mucho menos en su composición político-organizativa. De esta manera, la crónica del antagonismo basada en las figuras del proletariado se ve aliviada de la tarea de indagar en lo que serían las condiciones de la clase en sí a partir de un seguimiento del desarrollo capitalista. Igualmente, y bajo esos presupuestos, tampoco parece un aspecto fundamental de la incursión el detenerse de manera pormenorizada en la descripción de los rasgos de esa clase en sí. A nuestro parecer, ambas aproximaciones corren el riesgo de no llegar a la clase para sí, por cuanto se quedan en los umbrales de la cuestión.

La pertinencia de designar al hombre de trabajo en el capitalismo como mercancía, y no olvidar su proceso de fabricación, no debe ocultar su consideración primordial como mercancía particular, ya que el proletario también se muestra permanentemente como individualidad social dispuesta a escapar a su reducción de mercancía. En este sentido, las fugas

³ Daghini, «Movimento della “degradazione”...», *op. cit.*, p. 35.

⁴ Y ello en una situación en la que impera la dialéctica entre expropiación-apropiación capitalista del trabajo y resistencia-iniciativa de clase. Véase Daghini, «Movimento della “degradazione”...», *op. cit.*, pp. 34-35.

del proletario a la conscripción a la forma-mercancía que anuncian la existencia de una subjetividad viva no merecen permanecer subexpuestas: reclaman, en efecto, un máximo de atención. Por ello, nuestro análisis, aun atendiendo otros aspectos, gira alrededor de las facetas que intervienen en la constitución del proletariado como sujeto histórico.

La segunda apreciación señala que «en el movimiento real los factores de la relación capital-trabajo están organizados de forma compleja y de tal manera que el desplazamiento-modificación de una parte implica desplazamientos en todas las otras y viceversa».⁵ En este caso, al considerarse las iniciativas de lo social desde su bilateralidad y en su estar abocadas al juego relacional, se refuerza —creemos— el presupuesto ya manifestado en otro momento de la metrópoli como conjunto dispersivo, en el que la homologación de lo social, de producirse, procedería de los choques de unas partes sociales incesantemente descompuestas y recompuestas a partir de la propia colisión.

Toda aproximación al antagonismo presupone analizar las posturas de las clases contendientes, ya que tras una asoma la otra y la relación entre ambas. Sin embargo, si observamos el prisma proletario, los desplazamientos y las modificaciones en el lado capitalista nos han de interesar solo en la medida en que introduzcan claves significativas para leer las secuencias de las luchas de la clase obrera. Atenderemos, pues, las iniciativas capitalistas que inciden en la descomposición o deterioro de la politicidad proletaria y que, como respuesta a las prácticas antagónicas del proletariado, modelan una fuerza de trabajo propicia a ser subsumida en el desarrollo capitalista.

⁵. *Ibid.*, p. 34.

Capital y Estado en el gobierno de lo social

El capital, como relación social, debe yuxtaponer al incremento de las posibilidades de acumulación capitalista la contención de las luchas obreras. Las oposiciones obreras agitan, pues, la sociedad capitalista al negarla. Ese movimiento social, en relación con la intensidad y la calidad de las resistencias de las que es portador y expresión, puede bloquear, neutralizar o coartar el dominio capitalista. En este sentido, las capacidades de la clase obrera para intervenir según sus intereses específicos llegan a condicionar o sobredeterminar el propio desarrollo de las fuerzas productivas y, en último extremo, el proceso de producción social en su conjunto.

Las acciones del proletariado, al proponerse como límites a la reproducción social del sistema capitalista, empujan las tendencias del desarrollo capitalista a extender las esferas de control desde los lugares de producción a todas las actividades humanas. Provocan, pues, continuas mutaciones en los ejercicios del poder capitalista, ya que, ante unos tiempos de vida que se le escapan, el dominio capitalista debe agudizar los aparatos de captura, doma y domesticación.⁶

⁶ Las investigaciones del sociólogo Jesús Ibáñez, aunque dirigidas al examen minucioso de la relación estrecha que se mantiene entre el desarrollo de las ciencias humanas y el propio proceso de modernidad —entendido como proceso de expansión y decadencia del sistema capitalista—, incorporan algunos puntos válidos para comprender el significado de las mutaciones que se introducen de cara a lograr la permanencia y ampliación de las relaciones sociales capitalistas. Este autor establece que en la tensión manifiesta entre las ciencias sociales y el ejercicio del poder se suceden una serie de fases, y señala que, en la primera etapa, a la que denomina «protocapitalismo» o «colonialista», el capital se comporta preferentemente como aparato de captura, volcado a la conquista de espacios exteriores, en el sentido de incorporar nuevas tierras y hombres al sistema. A continuación, estaría la etapa del capitalismo de producción y acumulación, en la cual el crecimiento del sistema capitalista se produce por «digestión» de las cosas y personas

Entre las distintas lecturas que permite el fenómeno capitalista parece indicado, a tenor de los parámetros del estudio, privilegiar aquella en la que sobresale esa vertiente de lo social en que aparece la tensión entre unos tiempos de vida refractarios, pero que se encuentran en la colisión de las fuerzas sociales que los sustentan. La razón de la elección de este tipo de aproximación estriba en la tentativa de situar el problema de la producción capitalista, y de la intervención del Estado, más allá de lo económico.

Encaminando el análisis en esa dirección, observamos precisamente como los desplazamientos en el ejercicio del dominio capitalista sobre lo social profundizan y trastocan las tecnologías destinadas a la configuración y la reproducción ampliada de un tipo particular de relaciones sociales: las que agudizan la sujeción de los individuos a la normativa del capital. En ese sentido, como sostiene Félix Guattari, el capital es mucho más que una simple categoría económica, ya que «los procedimientos de escritura económica pueden variar; lo que prima es un cierto tipo de orden social fundado sobre la división de los roles entre los que monopolizan los poderes y aquellos que los sufren».⁷

—previamente— incorporadas, y en la que la tarea fundamental será explotar las energías internas más que incorporar energías externas. Apunta, por último, una tercera etapa, a la que denomina «capitalismo de consumo», en la que el criterio prevaleciente es la «regulación», la cual, sin embargo, queda fuera del lapso histórico al que se ciñe este trabajo. Las aportaciones de Jesús Ibáñez sobre esta materia se encuentran en su libro *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: Teoría y crítica*, Siglo XXI, Madrid, 1979, p. 51. El mismo autor incluye anotaciones complementarias al tema en su obra *Del algoritmo al sujeto...*, *op. cit.*

⁷. Félix Guattari y Éric Alliez, «Systèmes, structures et processus capitalistes», en Félix Guattari, *Les Années d'hiver: 1980-1985*, Bernard Barrault, París, 1985. [Este texto está recogido en la recopilación *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*, trad. Raúl Sánchez Cedillo, Traficantes de Sueños, Madrid, 2004, pp. 99-100].

Es evidente, pues, el interés por examinar el desarrollo del capitalismo como la imposición paulatina de un determinado tipo de relaciones sociales en el conjunto de la sociedad y no solo detenerse en el avance y la modernización de unas relaciones de producción específicas. Desde ese ángulo, se puede insistir «no solo en términos técnicos de fabricación y de gestión —de una fuerza de trabajo—, sino también, y fundamentalmente, en términos de poder y de gobernabilidad. En la medida en que se trata —en el sistema capitalista— de gobernar una mano de obra que se precisa *formar y disciplinar*».⁸

Con el propósito de abordar las facetas del antagonismo social, el terreno de la investigación no queda reducido a unos acontecimientos asociados solamente a los recintos productivos, sino que salta también a los territorios en los que se expresan los modos de vida que se rigen por el modelo social capitalista o que escapan a él. Ese desplazamiento hacia lo social tiene la virtud de ofrecer otros ángulos analíticos que, más que invalidar, enriquecen las resonancias de los conflictos en y por el territorio, ya que, desde esa perspectiva, el territorio se contempla como sede en la que progresivamente se va instalando una fábrica social. Así, como argumentaremos en páginas posteriores, la proletarización de las poblaciones no se restringe a las movilizaciones productivas que transforman la fuerza de trabajo en fuerza de trabajo productiva. La característica de la proletarización es más bien la difusión de una movilización general del conjunto social, activa o pasiva, alrededor de los mercados de trabajo capitalistas. De esta manera, la noción de «fábrica social» pasa a ser sinónimo de sociedad-fábrica o ciudad-fábrica.⁹

Ese horizonte de ciudad-fábrica al que apunta la plenitud de la hegemonía capitalista en la producción, pero también en lo social, adviene como resultado de unos efectos en los que se

⁸ Ewald, *L'Etat providence*, op. cit., p. 118.

⁹ *Ibid.*, p. 121.

mezclan propósitos y necesidades o inquietudes del orden capitalista. Este, embargado por unas deserciones proletarias que apuntan a su deterioro o destrucción, se entrega a todo tipo de ensayos capaces de reforzar las rotaciones de los elementos proletarios en un movimiento encadenado de manera cada vez más sistemática a la máquina del capital. Esta máquina no se puede contentar con el dominio relativo en el interior de los espacios productivos, sino que se ve obligada a llevar a cabo una exploración minuciosa del campo social para su eficaz regulación y dominio. Fuera de la fábrica en régimen capitalista, las resistencias también hallan un terreno abonado para impugnar el poder capitalista en su globalidad y, por lo tanto, el dominio capitalista en los espacios de producción de la riqueza social.¹⁰

Al mismo tiempo, y en lo tocante a este capítulo en concreto, ese giro implica que, al abordar el desarrollo del capitalismo y las transformaciones de las formas del Estado capitalista, observemos otras dimensiones habitualmente subestimadas. En efecto, el sistema capitalista aparece desplegándose en una vertiente doble pero inseparable: la que concierne a la acumulación y la que se refiere al encierro-sumisión de unos hombres refractarios al orden capitalista. Se trata, pues, de dar paso a esta segunda faceta.

Este análisis se adhiere a los postulados de ciertos autores que avisan de la necesidad de prestar suma atención a las tecnologías disciplinarias y a los respectivos modelos disciplinarios que se van conformando a raíz del antagonismo. Incorporamos una serie de consideraciones que permiten elaborar la

¹⁰ En la fase del movimiento obrero que corresponde a esta investigación, tal como analizaremos, es interesante destacar la tendencia obrera a reconstituir relaciones de carácter comunitario, en las que uno de los factores fundamentales era precisamente el territorio. Entre otras contribuciones sobre la materia, véase Vogliazzo y Zeppetella, «Classe operaia e territorio...», *op. cit.*

crónica del antagonismo teniendo en cuenta el progresivo deslizamiento del dominio capitalista en la España de la Restauración hacia lo que se podría denominar un «Estado tutelar», reconociendo así la quiebra del Estado liberal en política social y el advenimiento del Estado-providencia o interventor.¹¹

El fenómeno que pretendemos destacar es lo que Antonio Negri ha denominado el «proceso de constitucionalización de la fuerza-trabajo en el desarrollo capitalista».¹² Un proceso que representaría, siguiendo las argumentaciones del mismo autor, la imposición progresiva de la exclusividad del trabajo como criterio de valorización social y que comporta que el capital se manifieste como una potencia social, de la cual el capitalista sería agente. Por otro lado, ese proceso supone que la organización social del capital evidencia una tendencia a profundizar y recualificar la subordinación proletaria. En esa dinámica, el control creciente del capital sobre la clase obrera —alentado, como hemos indicado antes, por las propias luchas de los elementos proletarios— pasa a ejercerse en el plano social, en la dirección de reducir al trabajador a mera fuerza de trabajo social, organizada y reconocida como tal.¹³

Es necesario, pues, proceder a reformular el desarrollo de la sociedad capitalista de manera que demos cabida al poder, considerado como la gestión conscriptiva de los hombres, y a los rechazos o rebeliones que suscita esa relación. Para ello, de entrada, podemos considerar al poder, según las sugerencias de Foucault, como uno de los elementos constituyentes, y no como un simple garante, del modo de producción capitalista:

¹¹. Fernando Álvarez-Uría, «Los visitantes del pobre. Caridad, economía social y asistencia en la España del siglo XIX», en VV. AA., *De la beneficencia al bienestar social. Cuatro siglos de acción social*, Siglo XXI, Madrid, 1985, p. 136.

¹². Antonio Negri, «John M. Keynes e la teoria capitalistica...», *op. cit.*, pp. 27-110.

¹³. *Ibid.*, pp. 48-55.

*La vida y el tiempo del hombre no son, por naturaleza, trabajo, son más bien placer, discontinuidad, fiesta, reposo, necesidades, azares, apetitos, violencias, deprecaciones, etc. [...] Toda esta energía explosiva, instantánea y discontinua debe ser transformada por el capital en fuerza de trabajo continua y continuamente ofrecida en el mercado. El capital debe sintetizar la vida en fuerza de trabajo.*¹⁴

El problema de la sociedad industrial es, según Foucault, conseguir que el tiempo de los individuos pueda ser integrado en el aparato productivo bajo las categorías de la fuerza de trabajo. Dicho de otro modo, se trata de constituir el tiempo y la vida de los individuos en fuerza de trabajo. En esa apuesta, si es verdad que la estructura económica caracterizada por la acumulación del capital se distingue por transformar la fuerza de trabajo en fuerza productiva, la estructura del poder que toma la forma de la secuestración tiene por finalidad transmutar el tiempo de vida en fuerza-trabajo. La secuestración en términos de poder es correlativa a la acumulación de capital en términos económicos.¹⁵

El desarrollo del capital es inseparable del encierro y la sumisión de unos hombres reacios a los intentos de integración maquínica en el sistema social capitalista. En la lectura del antagonismo, entonces, se debe prestar atención a los significados del capitalismo en esa faceta de sistema disciplinar. Al fin y al cabo, es un procedimiento que hará inteligibles una serie de comportamientos y pensamientos ligados al proyecto de liberación del proletariado, que de otra manera se asociarían, en todo caso, al discurrir de la historia de las mentalidades.

¹⁴. Michel Foucault, «El poder y la norma», en Máiz, *Discurso, poder, sujeto...*, op. cit., p. 213.

¹⁵. *Ibid.*

La apertura hacia esa dimensión del capitalismo como sistema social que despliega unas tecnologías disciplinarias supone indagar en sus aplicaciones concretas, pero también en los regímenes discursivos, que apuntan a la fabricación de una normalización de los individuos que los sujetaría al orden imperativo dentro y fuera de los espacios productivos. Subrayándose como uno de los principios rectores del desarrollo capitalista la producción de unos sujetos útiles y dóciles, se plantea como una cuestión básica el seguimiento de «la instauración de una codificación instrumental de los cuerpos y de una sintaxis de gestos y movimientos que harán posible el nacimiento del proletariado en cuanto que cuerpo productivo».¹⁶

A partir de estos presupuestos no solo se redefinen las prácticas capitalistas, sino que, asimismo, parece procedente reinterpretar la intervención del Estado en una sociedad capitalista. Para abordar este punto, y siguiendo las sugerencias de Antonio Serrano, cabe prescindir de ciertas visiones tradicionales del fenómeno estatal, que suponen un bloqueo epistemológico, puesto que entorpecen la percepción de la lógica de la sujeción y de la resistencia inscrita en las relaciones sociales.¹⁷ En cambio, resulta oportuno incorporar aquellos prismas mediante los cuales la intervención estatal se ubica dentro del juego de acciones y reacciones del poder en una sociedad capitalista polarizada por el enfrentamiento capital-trabajo.

Una relectura del Estado pendiente de las relaciones de poder —las cuales, además, adoptan un carácter bélico—¹⁸ apunta a

¹⁶ Julia Varela, «Comentario», en Erasmo de Rotterdam, *De la urbanidad en las maneras de los niños (De civilitate morum puerilium)*, trad. Agustín García Calvo, ed. Julia Varela, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1985, p. 110.

¹⁷ Antonio Serrano González, «Poder sub specie legis y poder pastoral», en Máiz, *Discurso, poder, sujeto, op. cit.*, p. 129.

¹⁸ Foucault, «El poder y la norma», *op. cit.*, p. 212.

una interpretación del fenómeno estatal fundamentalmente como una lógica que pretende regular y profundizar el orden social y que adquiere la forma de la proyección incesante en la sociedad. Desde ese ángulo analítico, llegamos al perfil del Estado-atractor, por cuanto se insiste en la progresiva estatalización de lo social como uno de los rasgos fundamentales del desarrollo de la sociedad capitalista.¹⁹

Replanteada, así, sustancialmente la visión del Estado en una sociedad capitalista, parece evidente que las formas históricas que ha ido adoptando concretamente el fenómeno estatal también deben someterse a una reevaluación. No obstante, para recalar, tal como es nuestra intención, en el Estado de la Restauración española y las mutaciones que le afectaron desde su irrupción hasta la primera década del siglo xx, quedan aún por realizar unas acotaciones en el plano general de la problemática estatal relacionadas estrechamente con su incidencia en el antagonismo capital-trabajo.

En principio, es importante recordar que el sentido de esa creciente actuación activa del Estado en la esfera de lo social radica «en alcanzar la estabilidad política y la regulación general de la relación de explotación entre capital y trabajo, no solo en lo que se refiere a la dinámica unilateral de la competencia intercapitalista, sino también con relación al conflicto inmanente que se desprende del antagonismo de clase; es, por lo tanto, una *forma de dominación y regulación capitalista*».²⁰ A lo cual hay que añadir la constatación de «la existencia de una tendencia en el capitalismo a establecer

¹⁹. Santiago López Petit, *Entre el ser y el poder. La vida: una apuesta prevaricante*, tesis doctoral, Universitat de Barcelona, 1990. [Existe una versión de esta tesis publicada *a posteriori*: *Entre el ser y el poder. Una apuesta por el querer vivir*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2009].

²⁰. Guillermo Farfán, «Capital, trabajo y estado del bienestar en el capitalismo avanzado», en Esthela Gutiérrez Garza (coord.), *Testimonios de la crisis*, vol. 2, *La crisis del estado del bienestar*, UNAM-Siglo XXI, Ciudad de México, 1988, p. 17.

una intervención permanente y progresiva del Estado en las condiciones de utilización y renovación de la mercancía fuerza de trabajo».²¹

La paulatina estatalización de lo social, y las formas concretas por las que transita el Estado en una sociedad capitalista, se contempla incardinada en el desempeño de unas tareas claves para instaurar y promover un modelo de socialización que tiende a la subordinación formal y real de las poblaciones —entendidas estas como colecciones de individuos— a las exigencias del sistema capitalista.

En este sentido, el Estado sería el defensor no tanto de los intereses de una clase, sino de los intereses comunes de todos los miembros de una sociedad de clase capitalista.²² La concepción como Estado de clase —claro está, capitalista— no reside entonces en el hecho de que este representa unos intereses particulares o de que mantiene vínculos o crea alianzas específicas con sectores concretos del capital, sino en que la proyección de sus intervenciones responden a la necesaria estabilización del sistema.

Centrándonos en los aspectos del presente estudio, la intervención del Estado en la sociedad debe garantizar una correcta proletarianización, esto es: «Asegurar la transformación de los sujetos proletarianizados en fuerza-trabajo asalariada en el mercado».²³ Ese papel definido por las estrategias del capital implica que, de cara a la vendibilidad de la mercancía fuerza-trabajo, el Estado debe suministrar las motivaciones simbólicas adecuadas, pero también debe invadir minuciosamente los

²¹. *Ibid.*, p. 22.

²². Claus Offe y Volker Ronge, «Tesi per una fondazione teòrica della nozione di “Stato capitalistico” e per una metodologia materialistica della politologia», en VV.AA., *Stato e crisi delle istituzioni*, Gabriele Mazzotta, Milán, 1978, p. 36.

²³. Gustavo Gozzi, «La sociologia critica tra analisi dello stato e teoria dei sistemi», en Claus Offe y Gero Lenhardt, *Teoria dello stato e politica sociale*, Feltrinelli, Milán, 1979, p. 8.

sistemas reproductivos del trabajador alejados de la forma-mercancía.²⁴

El Estado asume, así, la modalidad pastoral del poder.²⁵ La razón de Estado, o la racionalidad implicada en el ejercicio de poder del Estado, evidenciando el desarrollo de unas técnicas de poder orientadas a los individuos y destinadas a gobernarlos de manera continua y permanente, tiene en la sociedad capitalista efectos simultáneos: es, a un tiempo, factor de individualización —que pretende integrar a los individuos uno a uno en la totalidad disponiendo mecanismos de normalización que permitan la interiorización y potenciación de ese ser forma-mercancía— y principio totalitario —en cuanto que refuerza las estrategias globalizantes del sistema capitalista gestionando las poblaciones como un conjunto de individuos regidos por la proletarianización—.

La actuación estatal tiene, en fin, unos efectos en la organización y estabilización de las relaciones sociales capitalistas, ya que, persiguiendo la legitimación del orden capitalista, pretende integrar y absorber el antagonismo haciéndolo resoluble dentro del sistema. Además, en esa mediación en la lucha de clases, prevalece la proyección del Estado como agente activo en la disolución del antagonismo, en el sentido de que, para perpetuar y profundizar el sometimiento de los individuos a su caracterización como forma-mercancía, combate las subjetividades proletarias que se contraponen como potencia desestabilizadora y desestructuradora del capital. En consecuencia, el orden social capitalista se caracteriza también por «una voluntad de secuestrar las contradicciones sociales»²⁶ y, en ese cometido, destacaría el Estado.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ Michel Foucault, «*Omnes et singulatim*. Hacia una crítica de la “razón política”», en Michel Foucault, *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Paidós/ICE-UAB, Barcelona, 1990, pp. 95-140.

²⁶ Massimo Pavarini, «La città e il suo rovescio. Brevi note in tema di carcere e metropoli», *La Nuova Città*, n.º 1, IV serie, 1983, pp. 12-29.

Resta, sin embargo, y para concluir esta incursión en la temática de la formación y disciplinamiento de la fuerza de trabajo —en la que participan capital y Estado—, plantear la propagación progresiva de la estatalización en el campo social. Estas últimas referencias pretenden corroborar el surgimiento en la España de la Restauración de un Estado tutelar cada vez más decantado y decidido a absorber la cuestión social, ya perfilada como cuestión obrera, en la lógica del capital.

Tras plantear la creciente incrustación del fenómeno estatal en el conjunto social, se apela a una racionalidad política emanada del Estado y que resulta de la conjunción de una multiplicidad de estrategias, una diversidad difusa y dinámica de núcleos desde donde se ejerce el poder. En cambio, el aparato de Estado se concibe como una forma concentrada —una estructura de apoyo—: el instrumento de un sistema de poderes que lo desbordan ampliamente.²⁷

Esta idea, que aprecia en el Estado la bifurcación entre la expansión como una racionalidad que proporciona un marco general a las relaciones de poder, por un lado, y la intervención específica de las instituciones estatales, por otro lado, sitúa los nexos concretos entre Estado y capital fuera de las visiones tradicionales.

La visión apuntada permite contemplar, sin negar contradicciones, la mixtura y la articulación entre las instituciones estatales y privadas en el conjunto de actividades que inciden de una manera u otra en el gobierno de lo social. Las instituciones sociales, según Jacques Donzelot, serían todo el conjunto regulable por la doble ley del orden y del equilibrio, y que, habiendo superado la prueba del tiempo y alcanzado una presencia duradera, tiene garantizado «el consentimiento social tácito» de quienes lo componen o lo frecuentan. La utilidad fundada en la autoridad conseguida de una institución se

²⁷. Michel Foucault, «El poder y la norma», *op. cit.*, p. 212.

manifiesta en el razonamiento que acompasa el necesario orden —que una fuerza social domine a las otras— al también necesario equilibrio —que esa fuerza dominante pueda ser moderada por unas fuerzas menores pero capaces de hacer valer relativamente su presencia—. Desde esta perspectiva, podemos prescindir de la titularidad pública, privada o mixta de las instituciones en el gobierno de lo social. En este sentido, el Estado no es más que una institución, la más eminente, pero con el mismo objetivo que las demás: velar por la buena marcha de la sociedad en su conjunto.²⁸

Alistar unos cuerpos dóciles y útiles

En las páginas precedentes hemos encarado las innovaciones capitalistas desde la irrupción de unas iniciativas proletarias, lo cual nos ha servido para reformular la proyección del capital y del Estado en lo social. Si esas anotaciones tenían por objeto acotar el problema de la constitucionalización de la fuerza de trabajo, ahora se trata de prolongar el análisis hacia aspectos más concretos.

Para ello, aludiremos a aquellas cuestiones, discursivas o prácticas, indicativas de un tránsito en el gobierno de lo social, el cual, entre sus objetivos primordiales, se propone contrarrestar la irrupción de la autonomía política del proletariado como proyecto emancipador. En concreto, nos referiremos primero a la proletarianización de las poblaciones y, después, a la institucionalización progresiva de lo obrero.

La constitucionalización de la fuerza de trabajo remite, por un lado, a un proceso de prospección de lo social, en el cual

²⁸ Jacques Donzelot, *L'invention du social. Essai sur le déclin des passions politiques*, Fayard, París, 1984, pp. 97-98. [Hay trad. cast.: *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*, trad. Heber Cardoso, Nueva Visión, Buenos Aires, 2007].

indagamos en la proletarización de las poblaciones en cuanto a la conversión de los sujetos en fuerza de trabajo. Es decir, atiende al reclutamiento de los individuos y su alistamiento en el régimen capitalista prescindiendo, en principio, de las circulaciones específicas de la fuerza de trabajo por los ámbitos productivos. Desde este enfoque, se puede incidir en los avances de la sociedad capitalista hacia una proletarización de la masa poblacional en la que paulatinamente se taponan las vías de salida a la condición forzada de fuerza de trabajo de los individuos.

Ese cerco de los trayectos de lo social supone reconocer el agotamiento y la cancelación de las primitivas formas de reclutamiento dispuestas por el sistema capitalista. A las inoperativas movilizaciones exógenas —en las que el capitalista captura una oferta de trabajo conformada fuera de los circuitos de la reproducción del capital— se contraponen las técnicas de endogenización, en las que el sistema capitalista produce las fuerzas de trabajo —cuantitativa y cualitativamente— necesarias a su estado de desarrollo.²⁹

En la fabricación de la fuerza de trabajo, a la cual dan lugar las nuevas técnicas de movilización, la producción y la gestión de los cuerpos como fuerza de trabajo se ejercen básicamente desde el exterior de los espacios productivos, por más que la formación y disciplinamiento del hombre de trabajo acabe repercutiendo en los recintos productivos. Esta parcela del gobierno de lo social, que incide en la sintetización de la vida en fuerza de trabajo, recae de manera primordial en las políticas sociales comandadas desde el régimen político.

Asimismo, la constitucionalización de la fuerza de trabajo incide en el empleo de esa fuerza de trabajo como fuerza productiva. En esta faceta, se aborda la incorporación al trabajo del proletario y el control de las energías proletarias dentro de

²⁹. Gaudemar, *La movilización general*, op. cit., pp. 250-251.

los procesos productivos. Se trata de transformar las movilizaciones productivas, considerando como tales el ejercicio del dominio capitalista desde y en la fábrica. Atendiendo al orden productivo, se introduce la cuestión de los códigos interiores en las situaciones y tiempos de producción y, por tanto, se alude a las disciplinas industriales. A partir de este enfoque, las reestructuraciones capitalistas, o la modernización de los procesos productivos, se contemplan como un restablecimiento y agudización del mando capitalista en los recintos fabriles.³⁰

Ateniéndonos, entonces, a los procesos que se desarrollan durante los años en los que discurre nuestra investigación, observamos que uno de los enfrentamientos primordiales entre capital-trabajo se dinamiza alrededor de la extinción o defensa de la figura hegemónica del obrero de oficio o profesional. Esta figura obrera, caracterizada por la disponibilidad de un saber y control de los procesos productivos, actúa como un freno al desarrollo capitalista y, por ello, el objetivo del capital

³⁰. Stephen Marglin fue uno de los autores pioneros en analizar la importancia de la incorporación de la tecnología a los procesos productivos como herramienta para conseguir la subordinación real o completa, y no solo formal, de las fuerzas productivas al capital. Este autor, tras rebatir que fueran únicamente razones de mera superioridad técnica las que empujaron a la transformación tecnológica paulatina de los procesos productivos, formula la tesis de que los sucesivos cambios tecnológicos respondían más bien al interés primordial por asegurarse el control capitalista de la producción eliminando los obstáculos interpuestos por los obreros. Véase Stephen A. Marglin, «Orígenes y funciones de la parcelación de tareas. ¿Para qué sirven los patrones?», en André Gorz (comp.), *Crítica de la división del trabajo*, trad. Pere Darnell, Laia, Barcelona, 1977, pp. 45-96. Del mismo autor, e incidiendo en el carácter disciplinar de las iniciativas patronales, se puede consultar «Cómo atrapar las moscas con la miel», en M. Aglietta, S. Amin, J. Attali, J. M. Chevalier y C. Palloix, *Rupturas de un sistema económico*, trad. Rafael Myro, H. Blume, Madrid, 1981, pp. 223-239. Igualmente, se puede consultar Rainiero Panzieri, «Sobre el uso capitalista de las máquinas», en VV.AA., *La división capitalista del trabajo*, Pasado y Presente, Buenos Aires, 1972, pp. 42-56.

consiste en anular la inteligencia colectiva del trabajo vivo descomponiendo la hegemonía del obrero de oficio o profesional en los lugares de trabajo.

Efectivamente, el obrero de oficio, considerando la penuria de mano de obra cualificada durante aquel estadio del desarrollo del capitalismo, aparece no solo como condición de la industria, sino como obstáculo a la acumulación del capital. El obrero profesional, y la endoctrinación obrera³¹ asociada a esa figura, llega con una posición de fuerza a regatear elevadas tarifas y, con sus maneras de actuar, impone su propio ritmo a la producción de mercancías. También se muestra capaz de establecer un control en las formas de contratación.

Se contempla, pues, a partir de las interpretaciones anteriores, que los procesos de proletarianización, entendidos como el reforzamiento de la subordinación y sumisión de los sujetos al orden capitalista, recorren indistintamente, pero de manera diversa, el territorio social. Tanto el fuera como el dentro de los recintos productivos están conectados y supeditados a una misma estrategia, aunque responda a tácticas diferentes.³²

Es en torno a ese régimen de prácticas concerniente a la proletarianización que consideramos adecuado abordar la problemática desde un ángulo concreto: para el análisis de lo social, es necesario acometer, sin descuidar otros ámbitos, el despliegue de los ciclos disciplinarios que irrumpen en las topologías sociales, así como atender las propias crisis que los

³¹. Este término se refiere a la transmisión de saberes y conocimientos de manera horizontal en el seno de la propia socialización obrera en el trabajo. (*N. de la E.*)

³². En los intentos por configurar una ciudad-fábrica, el orden exterior implica, como ha apuntado Gaudemar, una estrategia de control de todos los espacios sociales en los que podría refugiarse una identidad obrera autónoma. Véase Jean-Paul de Gaudemar, *L'ordre et la production. Naissance et formes de la discipline d'usine*, Dunod, París, 1982, pp. 44-49.

trastocan.³³ Estos ciclos disciplinarios atañen, según las mismas interpretaciones, tanto a la esfera de los espacios productivos como a los espacios sociales en su conjunto.

Hay que contemplar, sin embargo, los márgenes de relativa autonomía de las tecnologías disciplinarias, y de las resistencias que menudean a su alrededor, teniendo en cuenta la dinámica más general de los ciclos económicos, puesto que los ciclos disciplinarios tanto pueden preceder o precipitar, suceder o acompañar a los ritmos de la economía. Con todo, normalmente los cambios procesuales en los ciclos disciplinarios se incrustan, con las debidas diferencias temporales, en las ondas de importantes acontecimientos políticos o sacudidas económicas.

Las tecnologías disciplinarias, y los sucesivos y superpuestos «modelos» disciplinarios aplicados, plantean la decisiva

³³ Para un marco general interpretativo de las tecnologías disciplinarias como ejes fundamentales en la subordinación completa de las fuerzas de trabajo al orden capitalista, es interesante consultar las aportaciones de Jean-Paul de Gaudemar. Entre sus obras dedicadas a esta temática, destacan: «La crisis como laboratorio social: el ejemplo de las disciplinas industriales», en M. Aglietta *et al.*, *Rupturas de un sistema económico*, *op. cit.*, pp. 241-262; «Le troisième âge de l'usine?» y «De la fabrique au site: naissance de l'usine mobile», en B. Coriat, R. Galle, J.-P. Gaudemar, F. Vatin, S. Belforte, M. Ciatti, A. Magnaghi, M. Berra, M. Revelli y A. Negri, *Usines et ouvriers. Figures du nouvel ordre productif*, Maspero, París, 1980, pp. 7-40; «Preliminares para una genealogía de las formas de disciplina en el proceso capitalista del trabajo», en Castel *et al.*, *Espacios de poder*, *op. cit.*, pp. 85-121; *La movilización general*, *op. cit.*, y *L'ordre et la production*, *op. cit.*

Una aplicación de esta metodología al caso español, y más en concreto al asturiano, ha sido realizada por el geógrafo José Sierra Álvarez. Entre sus contribuciones: «De las utopías socialistas a las utopías patronales: para una genealogía de las disciplinas industriales paternalistas», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 26, 1984, pp. 29-44; «Política de viviendas y disciplinas industriales paternalistas en Asturias», *Ería*, n.º 8, 1985, pp. 61-71, y «La producción del obrero. Disciplinas industriales en la minería asturiana de hace un siglo», *Sociología del Trabajo*, n.º 5, 1988-1989, pp. 117-134.

batalla en los modos de organización, gestión y regulación de la relación social capitalista. Es decir, señalan la presencia ineludible de la brega continua entre quienes vehiculan el dominio y quienes oponen resistencias a su ejercicio.

Al respecto de ese examen de los nuevos mecanismos de intervención en la gestión de lo social, cabe efectuar unas observaciones, ya que aluden a la noción de crisis de unas tecnologías disciplinarias. En primer lugar, la aparición de un modelo —o la crisis del modelo disciplinar anterior— no supone, ni mucho menos, que desaparezcan los rasgos que definían al anterior. Por tanto, la noción de crisis disciplinaria permite designar los momentos en los que la técnica disciplinaria dominante no consigue ya asegurar el orden productivo óptimo. El salto a un nuevo modelo solo sugiere que las tendencias o índices sobresalientes seguirán unos derroteros diferentes a los hasta entonces hegemónicos y, en esa mutación, se percibe un entrecruzamiento o superposición de técnicas heredadas y novedosas. En segundo lugar, e íntimamente ligado a lo anterior, una crisis disciplinaria no coincide forzosamente con la «crisis económica» de las tipologías clásicas; al contrario, puede precederla, acompañarla e incluso precipitarla.³⁴ Una tercera precisión consiste en resaltar que dentro de todo ciclo o modelo disciplinario se aprecia una fase innovadora o exploratoria. En esta precisamente prevalecen los regímenes discursivos o propuestas teóricas y aperturas de polémicas y debates; al mismo tiempo, se ensayan experimentos todavía no generalizables ni, por lo tanto, dominantes. De alguna manera, en la secuencia de implementación de las técnicas del gobierno de lo social existe un lapso, más o menos largo, caracterizado por la confusión de las modalidades, ya que, «en la constitución progresiva de la disciplina capitalista, el capitalismo inventa poco a poco, a través de una multiplicidad de dificultades técnicas

³⁴. Gaudemar, «La crisis como laboratorio social...», *op. cit.*, p. 259.

locales, unas tácticas parciales de dominación que innovan o al contrario retoman unas recetas ya utilizadas anteriormente».³⁵

Se acentúa en aquellos años en los que transcurre el estudio el interés por recorrer la travesía de la *disciplina extensiva* y con ribetes moralistas a la *disciplina maquina* y asentada en el rigor de las verdades absolutas.³⁶ El ciclo disciplinario de moralización y control extensivo tendría por finalidad la doma de los proletarios: se trataba de hacer de ellos una mano de obra perfectamente móvil, maleable hasta el punto de satisfacer las exigencias del capital, y la característica principal residiría en la voluntad de controlar la vida fuera de la fábrica. A fin de proteger la fábrica, se ejerce la disciplina de una manera extensiva en sus alrededores.

El modelo maquina, en cambio, pretende integrar a los proletarios, hacerles interiorizar la relación social capitalista; de una parte, se presenta la disciplina de fábrica como una necesidad objetiva derivada del maquinismo —en lo sucesivo, el obrero debe obedecer al mecanismo impersonal de la máquina— y, al mismo tiempo, se instituyen progresivamente formas contractuales de relación con los obreros y sus organizaciones. Por otra parte, y fuera de los recintos productivos, se instituyen poco a poco nuevos modos de vigilancia social y de reproducción de la fuerza de trabajo: extensión de las instituciones sociales y de la producción de bienes de consumo.

La apertura del ciclo disciplinar perseguirá más la operatividad de la interiorización de la disciplina que el esfuerzo del anterior ojo avizor, ya fuera del paternalismo patronal o de la represión estatal. En consecuencia, nuevos agentes recogerán la invitación y satisfarán la demanda, aunque, en la inauguración de otra racionalidad política, lo heredado, más que desaparecer, es recubierto.

³⁵. Gaudemar, *L'ordre et la production*, op. cit., p. 10.

³⁶. Gaudemar, «La crisis como laboratorio social...», op. cit., pp. 253-255, y *La movilización general*, op. cit., pp. 194-195.

Es interesante destacar, en concreto, el papel que desempeña el científico dentro de ese proceso. Este se irá decantando hacia una política experimental, esto es, se mostrará partidario de poner en práctica sus conocimientos (y lo reclamará) precisamente desde las instituciones y, también, desde las agencias estatales. Es decir, aspirando a convertirse en ingeniero social, intentará articular «una praxis compatible con los intereses económicos y sociales del momento».³⁷

En ese proceso, y como han planteado Murard y Zylberman en su análisis de la evolución de los higienistas a partir del último tercio del siglo XIX, el científico devenido en profesional pasará a ser técnico en el seno de una administración de base esencialmente jurídica. «E intervendrá como técnico de la vida colectiva, frente al sabio, incompetente para estimar los costes y para evaluar las condiciones necesarias a toda aplicación de medidas de higiene, y cara al administrador, poco preparado, en relación con él, para orientar la herramienta reglamentaria hacia una finalidad técnica». Es decir, y según ambos autores, se asiste desde ese protagonismo del profesional a un doblaje del Estado social como Estado técnico, donde para la buena marcha de lo estatal se acaba por remitir al experto para las elecciones a largo plazo que implican asegurar la eficacia de las funciones de los aparatos estatales en el gobierno de lo social.³⁸ En ese sentido, como ya comentamos en otro

³⁷. Se trata, pues, como ha argumentado J.M. Comelles, de seguir ese paso en el que la ciencia se transforma de disciplina en profesión: «La primera como *corpus* sistemático de conocimientos sobre un campo determinado, la segunda como *praxis* reconocida socialmente que es susceptible de monopolizar legalmente ese campo en un país determinado y que cuenta con un aparato institucional que le permite la producción intelectual y la reproducción de profesionales». Véase Josep Maria Comelles, *La razón y la sinrazón. Asistencia psiquiátrica y desarrollo del Estado en la España contemporánea*, Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1988, p. 15.

³⁸. Lion Murard y Patrick Zylberman, «De l'hygiène comme introduction

momento, cabe mencionar el creciente protagonismo que, desde las décadas centrales del siglo XIX, fueron adquiriendo los técnicos en la gestión de la Administración local barcelonesa.

En el problema del gobierno de lo social es importante, pues, reconocer que, desde entonces, una multiplicidad de saberes y prácticas se encargarán de aspectos cada vez más particulares de la vida de las poblaciones, pero que, a partir de esa heterogeneidad y de su puesta en práctica, se fraguan los enlaces entre las instituciones privadas y públicas.³⁹ En último

à la politique expérimentale (1875-1925)», *Revue de Synthèse*, n.º 115, 1984, pp. 313-341.

³⁹ En una entrevista que se le realizó a Michel Foucault en 1983 sobre las intenciones de su obra *Vigilar y castigar*, publicada en 1975, el autor argumentó las posibles líneas que podría seguir una lectura de las instituciones. Partiendo del presupuesto de que es trascendental no solo saber qué son las instituciones y cuáles son sus efectos reales, sino también qué tipo de pensamiento las sustenta, sostiene que hay que distinguir diferentes puntos en el análisis de una institución. En primer lugar, está lo que podríamos llamar su *racionalidad* o su *finalidad*, es decir, los objetivos que propone y los medios de que dispone para conseguirlos: se trata, en suma, del programa de la institución tal como ha sido definido. En segundo lugar, se plantea la cuestión de los *efectos*. Evidentemente, estos muy pocas veces coinciden con la finalidad. Ahora bien, cuando el efecto no se corresponde con la finalidad, se plantean distintas posibilidades: o bien se reforma la institución, o bien se utilizan esos efectos para algo que no estaba previsto, pero que puede perfectamente tener un sentido y una utilidad. Eso es lo que podríamos denominar el *uso*. El tercer nivel de análisis podría ser designado con el nombre de *configuraciones estratégicas*, es decir, a partir de esos usos en cierta medida imprevistos, nuevos y, pese a todo, buscados hasta cierto punto, se pueden erigir nuevas conductas racionales que, sin estar en el programa inicial, responden también a sus objetivos, usos en los que pueden encontrar acomodo las relaciones existentes entre los diferentes grupos sociales. A este desmenuzamiento añade otra observación interesante: no existe un sujeto o un grupo que sea el responsable de esa estrategia, sino que, a partir de efectos distintos a los fines iniciales y de la utilización de esos efectos, se construye un determinado número de estrategias. Las estrategias, a diferencia del

extremo, aun concurriendo matrices epistemológicas diferentes y producciones de interpretaciones e intervenciones «políticas» coherentemente diversas, se constata una sustancial monodireccionalidad estratégica.⁴⁰

La doma de las iniciativas proletarias

No basta con proletarizar a las poblaciones, es necesario también domar las iniciativas proletarias. En el gobierno de lo social ha de afrontarse el peligro o riesgo de las luchas obreras y más cuando estas están animadas por el insurreccionalismo. Es en ese sentido que merecen especial atención los procesos que conducen al desgajamiento de la cuestión obrera de la nebulosa de la ingobernabilidad y los efectos derivados en la gestión de lo social. En torno a la institucionalización de lo obrero, en la que se entrelazan respuestas del capital y del Estado contra la irrupción del proletariado, se dirime una de las batallas en las que el orden, enfrentado a su enemigo interior, tanto puede vencer como acabar derrotado.

En la exploración de las modificaciones o desplazamientos en las articulaciones capitalistas adscritas al gobierno de lo social, se deben considerar la proletarización de las poblaciones y la institucionalización de lo obrero como índices relevantes de las interferencias que, mediante el despliegue del poder,

programa, no se formulan explícitamente. El programa inicial de la institución, su finalidad primera, está, por el contrario, manifiesta y sirve de justificación, mientras que con frecuencia las configuraciones estratégicas no están claras incluso para quienes ocupan un puesto en la institución y desempeñan en ella una determinada función. Véase Foulek Ringelheim, «¿A qué llamamos castigar? Entrevista con Michel Foucault», *Archipiélago*, n.º 2, 1989, pp. 55-63.

⁴⁰ Luigi Narbone, «Governo militare e governo del sociale. Strategie militare e tattiche del disciplinamento nell'Italia librare», *Aut-Aut*, n.º 205, 1985, pp. 43-66.

recortan las expresiones del antagonismo. Un proceso y otro son instrumentos destinados a mediar en el conflicto básico entre capital y trabajo.⁴¹

La invención de lo obrero desde el lado capitalista —y, por lo tanto, su reconocimiento— apunta precisamente a la necesidad de cancelar la acción del proletariado como movimiento social. Se considera, por ello, el detonante y el punto de partida de una cuestión social hegemonizada por la cuestión obrera las primeras señales de la organización de la autonomía política del proletariado. La manifestación de la politicidad proletaria obligó a todos los actores de la escena social a definirse, explícita o implícitamente, alrededor del fenómeno.

El asunto más importante, desde el punto de vista de la gestión política de las poblaciones, reside en los procedimientos de las formas de objetivación (sobreobjetivación) político-administrativas que medran en la producción de las identidades colectivas.⁴² En nuestro caso particular, el procedimiento principal quizá sea el que se cierne sobre las filas proletarias, pero también es interesante el referido a los pobres.

La irrupción intempestiva de la autonomía política del proletariado quiebra la unanimidad de la figura del ciudadano soberano y plantea una secesión de lo social imprevista y, además, sentida con temor entre las clases dirigentes. Al mismo tiempo, esa irrupción se plantea desde las oscuridades: sus miembros son opacos a la transparencia que precisa el ejercicio del poder. El primer paso consiste entonces en reconocer a esos otros, proponiendo una representación sobre ellos. Podemos hablar, así, de la *invención* de lo obrero.

Tal como empleamos el término aquí, «invención» es sinónimo de «institucionalización», de la puesta en marcha por los

⁴¹ Carlos de Cabo Martín, *La crisis del Estado social*, Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1986, p. 39.

⁴² Alfonso Pérez-Agote, «La identidad colectiva. Una reflexión abierta desde la sociología», *Revista de Occidente*, n.º 56, 1986, p. 83.

núcleos del poder de una sobreobjetivación de lo obrero. Es una definición de la cuestión social que, reconociendo la presencia de los impulsos proletarios, pretende reducir las digresiones a fin de asegurar la credibilidad del orden político y la estabilidad del orden social.⁴³ Se trata, por una vía o por otra, de cancelar el significado antagonista de un proletariado que había avanzado un proyecto de organización de autonomía política y que se irá solidificando. De esta manera, la evolución de los aspectos sociales sufre una considerable e irreversible mutación tras la impronta y el desarrollo de la politicidad proletaria. Ello redundó en la proliferación de ensayos novedosos en el gobierno de lo social y en una redefinición de los contornos de la cuestión social respecto a periodos precedentes.⁴⁴

En este sentido, como apunta Michel Aglietta, el producto de la lucha de clases es siempre más instituciones, una mayor totalización del saber estatal, un permanente remodelar el discurso legítimo. Son las instituciones las que, según su opinión, dan luz a los grupos sociales que no existen más que por las nomenclaturas y reglas de afectación que constituyen las operaciones lógicas de las formas institucionales. Por su modo de creación, el reconocimiento social de estos grupos es una relación unilateral de dependencia.⁴⁵

Esa institucionalización, pues, se activa, entre otras motivaciones, como freno a una autonomía política del proletariado que ya había dado visos de realidad. La renovación de la

⁴³. Donzelot, *L'invention du social...*, op. cit., p. 33.

⁴⁴. Según palabras de Dario Melossi, se agudizará así «el proceso productivo del cuerpo heterónimo de la fuerza de trabajo», con lo que se acentuarían y redefinirían las instituciones sociales que «constituirán la fábrica productora de esta mercancía especial». Véase Dario Melossi, «Las estrategias del control social en el capitalismo», *Papers. Revista de Sociología*, Universitat Autònoma de Barcelona, n.º 13, 1980, pp. 175-176.

⁴⁵. Michel Aglietta, «Sobre algunos aspectos de la crisis», en M. Aglietta et al., *Rupturas de un sistema económico*, op. cit., pp. 79-81.

economía del poder trasladando la cuestión social a cuestión obrera trata de implementar unos procesos de subjetivación contrapuestos a la subjetividad autónoma. Son, en definitiva, tentativas para desfondar unas fuerzas refractarias y convertirlas en sumisas al orden social. El primer paso en este sentido será conocerlas para clasificarlas y descomponerlas, de ahí la importancia suprema en esa fase de las encuestas y la estadística como herramientas de la aritmética política del poder capitalista.⁴⁶

La invención de lo obrero también incidirá en la recalificación de la pobreza a partir de la descomposición del pauperismo. No es preciso insistir, creemos, en que los pobres —pobreza o pauperismo—, al igual que las clases trabajadoras y el proletariado, son el resultado de unos procesos de objetivación no siempre coincidentes.

El concepto de pobreza ha sufrido, en palabras de Stuart Woolf, mayores transformaciones que la propia composición de los pobres. Por ello, en el estudio de la pobreza y de los pobres, es preciso tener en cuenta el carácter cíclico de la pobreza como fenómeno colectivo y más todavía la estrecha vinculación de la concepción, u objetivación, de la pobreza a los valores dominantes de una época y de una sociedad particulares. Es decir, los pobres también se «constituyen» mediante ciertas actitudes sociales; por eso, se debe entender la pobreza o el

⁴⁶ Diferentes autores han insistido en la conformación de la estadística como ciencia de Estado o extracción administrativa del saber. Michel Foucault, entre ellos, ha apuntado como, a partir del siglo XIX, y mediante la proliferación del informe, el saber en cuanto que tal se encuentra dotado estatutariamente, institucionalmente, de un cierto poder. Es más: «De hecho, todo punto de ejercicio del poder es, al mismo tiempo, un lugar de formación de saber. Y viceversa, todo saber establecido permite y asegura el ejercicio de un poder. Dicho de otra manera, no es de recibo oponer lo que se hace a lo que se dice». Véase Foucault, «El poder y la norma», *op. cit.*, pp. 213-214.

versátil mundo de los pobres como una construcción social.⁴⁷ En todo caso, parece más indicado remarcar dos cuestiones aleatorias.

Es preciso reseñar primero que, a pesar de las mutaciones en la sobreobjetivación, los pobres siguen ocupando un lugar destacado en el panorama social y, por ende, en el campo del conflicto. En segundo término, el proletariado militante no descuidó a esos grupos en sus pasos hacia la emancipación, sino que recurrió a la aplicabilidad del estatuto de «pueblo» en un sentido clasista. Por ello, en el capítulo anterior aludíamos a la dificultad de establecer una delimitación rígida entre la ingobernabilidad y las prácticas antagónicas.

En todo caso, en ese periodo se procedió a una aguda transformación del pauperismo, si bien las distintas medidas que se desplegaron en ese sentido fueron incapaces de alcanzar su erradicación. Dicho de otro modo: no se acabó de integrar a las poblaciones en la maquinaria del capitalismo. Los pobres, entonces, por su situación e importancia en la sociedad española, y también en los ámbitos urbanos, serían un componente más del conflicto, aunque sus acciones, cuando adquirirían un carácter de enfrentamiento abierto y colectivo, fueran a remolque de las capas proletarias o quedaran solapadas en su empuje.

En los vaivenes de las políticas sociales, la pobreza, o plebe no proletarizada, no quedará ignorada, a pesar de las medidas

⁴⁷. Stuart Woolf, *Los pobres en la Europa moderna*, trad. Teresa Camprodón, Crítica, Barcelona, 1989, pp. 11-58, esp. introducción.

Para una aproximación crítica a la realidad histórica española contemporánea en relación con este tema —cuya lectura se integra en el campo del control social—, además de las obras de Justo Serna y Fernando Álvarez-Uría, se puede consultar la aportación de Pedro Carasa, «Beneficencia y control social en la España contemporánea», en Roberto Bergalli y Enrique Eduardo Mari (coords.), *Historia ideológica del control social (España-Argentina, siglos XIX y XX)*, Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1989, pp. 175-237.

de subexposición pública emprendidas sobre ella.⁴⁸ Sin embargo, su tratamiento como problemática social pasará a ser graduado en razón de las prioridades que dispusiera la centralidad otorgada a lo obrero en materia de orden público y de los ritmos concretos que fuera exigiendo la proletarización en marcha.

Más que abandono, pues, se trata de una redefinición del campo del pauperismo. Una reformulación de la política social que tiene que ver con el avance hacia el Estado-providencia. Este Estado-providencia, más que una corrección del Estado liberal, da pie a un proceso el cual, tendiendo a un pacto social que reconduzca el conflicto fuera del antagonismo, implica una socialización de las responsabilidades y otra práctica del contrato social. Como figura política inédita, cabe distinguir entre las instituciones del Estado-providencia y el mismo Estado-providencia. Esta distinción daría lugar a incorporar en el análisis otras instituciones no estatales bajo la órbita de los fundamentos del Estado-providencia como ejercicio de poder. La conformación del Estado-providencia como Estado tutelar

⁴⁸ Sobre cualquier panorama social se impone una representación a partir de visiones, de percepciones; la realidad nunca es algo dado, sino algo adquirido, generado por el desarrollo de las sociedades. La existencia de los fenómenos sociales estará entonces sometida a unos cánones de representación y, como propone Paul Virilio, junto con el desfile lineal del tiempo (pasado-presente-futuro), quizá se debería tener en cuenta el sistema de *subexposición-exposición-sobreexposición*. Si aplicamos este enfoque —que recalca la intensidad de la exposición como manera de construir la realidad— a la interpretación histórica, la subexposición se plantea como una ocultación estratégica de información de una realidad que acabaría desapareciendo de la escena pública, sustituida por otra realidad sobreexpuesta. A partir de estas sugerencias, en el tiempo que analizamos, la cuestión social evidenciaría la tendencia a la subexposición del pauperismo y a la sobreexposición de lo obrero. Véase Paul Virilio, «El residuo del tiempo», *El País*, suplemento *Temas de nuestra época*, n.º 17, 3 de marzo de 1988; y *La machine de vision*, Galilée, París, 1988.

significa avanzar en la institucionalización del reformismo social, ya que el temor al conflicto propicia la creación de una atmósfera y de mecanismos conciliadores.⁴⁹

La tutela de las poblaciones, proponiéndose como una renovación de la forma-Estado que pretende agilizar su proletarización, solo reconoce discriminadamente como individuos de pleno derecho a quienes de manera regular se sustentan mediante un trabajo. No obstante, la asistencia a los pobres, y no solo a esos colectivos, se siguió prestando por medio de una beneficencia poco a poco desplazada pero vigente durante largo tiempo.

El Estado interventor no cuestionó la axiomática capitalista, sino que trató de precaverse de sus desastrosos efectos. Las políticas sociales no respondían a un derecho de los trabajadores, sino que entraban de lleno en el registro benéfico-humanitario, regulado, no obstante, conforme a la ley. Sin duda, constituía una alternativa a la caridad, pero distaba de pretender restablecer la igualdad. [...] La protección del obrero se va a ejercer ahora en nombre de una desinteresada generosidad de organizaciones públicas y privadas supervisadas por el Estado. La acción social de católicos, patronos, socialistas de cátedra, asistentes sociales y reformadores se convirtió en garantía y seguro de la actividad económica.⁵⁰

Además, prueba tangible de la continuidad en un seguimiento pormenorizado de la pobreza son las difundidas intervenciones, engarzadas a los criterios genéricos de los dispositivos

⁴⁹. Ewald, *L'Etat providence*, op. cit.

⁵⁰. Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, *Sujetos frágiles. Ensayos de sociología de la desviación*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1989, pp. 64-65.

sociales, dedicadas a deslindar en esa masa a los buenos y los malos pobres.⁵¹ El solidarismo, recambio de la anquilosada caridad, solo se hará cargo de los elementos que, autoinculpándose de su situación, estén dispuestos a entregarse a unos brazos intencionadamente orientados a perpetuar una condición ejemplificadora.⁵²

Se remarca así el carácter estratégico de las prácticas de escisión tanto en el gobierno de lo social como en la constitución de la subjetividad proletaria.⁵³ Las «prácticas escindentes», según Foucault, tienen que ver con el proceso de objetivación del sujeto. Hacer del sujeto un objeto es reconocer la existencia de unos procedimientos que inciden, de forma indistinta, en la división del sujeto en el interior de sí mismo o en la división de los otros. Todo ello está relacionado con los procesos de sujeción o de subjetivación.

Trasladando este enfoque a la Restauración española, podremos reconocer, en palabras de Fernando Álvarez-Uría, que «la gran novedad es que ahora [refiriéndose a aquel periodo de la Restauración] el Estado orquesta los proyectos de los particulares y da cauce, mediante leyes, creación de institutos,

⁵¹ Para una interpretación de las estrategias tendentes a esa disección de los pobres, véase Jean-Baptiste Martin, *La fin des mauvais pauvres. De l'assistance à l'assurance*, Champ Vallon, Seyssel, 1983. Para el caso español, pueden consultarse las obras citadas de Álvarez-Uría.

⁵² Según Jacques Donzelot, el término «solidaridad» comienza a retomarse a inicios de 1880 y sería el sociólogo Émile Durkheim quién le daría nobleza teórica. La invención de la solidaridad es, para Donzelot, un nuevo paradigma de la vida social: se constituye en un criterio de organización de la sociedad. Da, además, un fundamento a la intervención del Estado, con la técnica del derecho social como modalidad de esta intervención y con la fórmula de la negociación como mecanismo para resolver los conflictos. Partiendo del tema de la solidaridad, se funda la noción de «servicio público» y de «institución». Véase Donzelot, *L'invention du social...*, op. cit.

⁵³ Miguel Morey, «Introducción. La cuestión del método», en Michel Foucault, *Tecnologías del yo y otros textos afines*, op. cit., p. 21.

comisiones y medidas de reforma, a una cuestión de la que todo el mundo habla en academias, parlamentos, teatros y círculos domésticos: *la cuestión social*». ⁵⁴ Es en esa cuestión social donde, según nuestro criterio, circulan precisamente las prácticas antagónicas que, en la última parte de este trabajo, nos han de conducir a la metrópoli proletaria.

⁵⁴. Álvarez-Uría, «Los visitantes del pobre...», *op. cit.*, p. 141.



Tercera parte
Una crónica
de la metrópoli
proletaria

Obras de construcción de un trazado de la red de alcantarillado de
Barcelona o Mataró (Josep Puig i Cadafalch/ANC)



*Si todo en la ciudad es propiedad de alguien, los que vienen
después se encuentran con que están excluidos y no les
queda sino la estratagema de la apropiación insólita del
espacio; apropiación que invierte normalmente el uso
habitual.*

Luis Martín-Santos

*La calle es el medio y elemento vital, un escenario dotado de
figuras y signos, donde metecos e ilotas, forasteros e
indígenas aprovechan gozosamente el espacio concedido a
su cuerpo para tejer una red de relaciones y deseos exube-
rante y feraz.*

Juan Goytisolo

1871

EL PROLETARIADO, PASIÓN Y ALTO RIESGO

Pensar la trama del antagonismo en Barcelona durante los primeros compases del siglo xx, para arribar a la metrópoli proletaria, implica, en nuestro caso, recurrir a dos momentos: febrero de 1902 y julio de 1909, es decir, a una huelga general y a una semana catalogada de trágica. A su favor está el hecho de que ambos acontecimientos constituyeran manifestaciones explosivas de aquella ingobernabilidad social que deploraban las clases directoras. Pero, sobre todo, el que fueran exponentes de la irrupción de la metrópoli proletaria. En febrero de 1902, el proletariado urbano se reapropia de Barcelona a partir de la generalización de unos conflictos que surgieron inicialmente en recintos productivos. De la fábrica, pues, a la ciudad. En julio de 1909, el proletariado urbano vuelve a reapropiarse de Barcelona, esta vez a partir de una revuelta callejera que acaba, también, desencadenando una huelga general que paraliza los procesos productivos. De la ciudad, pues, a la fábrica.

Aquellos acontecimientos son, entonces, los indicadores de la apertura y el cierre del discurrir de una década marcada en Barcelona por la metrópoli proletaria. En cambio, la visibilidad

de las deserciones proletarias entre febrero de 1902 y julio de 1909 no alcanza el mismo grado de plenitud. La metrópoli proletaria atraviesa un eclipse y se cobija en él. Ahora bien, nada se escabulle del tiempo, al igual que nadie escapa del territorio que lo acoge, que lo encierra. Debieron entonces darse una serie de acontecimientos en el lado proletario que en algún sentido ocuparon el intervalo, por más que, a la luz de los destellos de la Gran Barcelona, solo se percibieran sombras del silencio. Quizá esos hechos no fueran tan relevantes, tal vez se mostraron de un modo más difuso, pero también gozaron, sin duda, de indudable trascendencia en las acciones sociales del proletariado.¹

En cierto modo, los desenlaces sociales de aquella década se pueden considerar asimismo deudores de las memorias colectivas que los distintos grupos sociales fraguaron a partir del reguero de sucesos precedentes. Sin caer en atavismos, o precisamente para evitarlos, los elementos proletarios rendían cuentas al presente enfrentándose a un pasado de derrotas y recreándolo, pero también con indicios de poder triunfar. Por ello, hemos optado por abordar el análisis de la metrópoli proletaria desde una perspectiva genealógica. Un método que, según Robert Castel,² busca las filiaciones porque, al incorporar

¹ «Una sociedad no es una olla en la que los motivos de descontento, a fuerza de hervir, terminen haciendo saltar la tapa, sino una olla en la que un desplazamiento accidental de la tapa desencadena la ebullición, que acabará haciéndola saltar. Si no ocurre el accidente inicial, el descontento sigue siendo difuso, aunque visible para un espectador de buena fe y no interesado en cerrar los ojos a la realidad. Bien es cierto que el espectador no puede predecir en absoluto el paso de estado difuso al de explosión» (Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, trad. Joaquina Aguilar, Alianza, Madrid, 1984, p. 79).

² Robert Castel, «Prólogo», en Fernando Álvarez-Uría, *Miserables y locos. Medicina mental y orden social en la España del siglo XIX*, Tusquets, Barcelona, 1983, pp. 7-13.

las innovaciones y los efectos heredados, se impide que un *suceso* histórico quede convertido en un suceso radicalmente nuevo o en una simple repetición del pasado. Así, sostenemos que rehuendo aquella historización a ultranza que acaba suprimiendo todo sentido a la historia, estaremos en mejor disposición de interpretar los acontecimientos sociales de aquel primer decenio en Barcelona, donde lo inédito de las propuestas se entrecruzaba con los lastres del pasado.

A partir de las consideraciones sobre el antagonismo social planteadas a lo largo de este trabajo y a tenor, asimismo, de la dimensión concreta que adquiere el tratamiento de esta temática en el conjunto del estudio, hemos creído conveniente distinguir tres momentos en el relato. La desigual duración de los espesores temporales comprendidos, y la misma diferencia en la descripción que se desprende, no es más que el resultado del marco en el que se desenvuelve nuestra aproximación. Al centrar el análisis en los primeros años del siglo xx, a ellos les corresponde, lógicamente, una mayor dedicación; en cambio, las décadas precedentes se comportan como el testimonio necesario para la búsqueda de las filiaciones.

Un primer periodo se dedicará, como punto de partida de este tramo final, a la incorporación de los rasgos heredados, es decir, contemplaremos la cuestión social durante la primera fase de la Restauración. En un segundo apartado, y tras considerar los impactos sociales de la crisis de 1898, esbozaremos aquel ensayo de metrópoli proletaria que fue Barcelona en la huelga general de 1902. Por último, y tras analizar el eclipse que siguió a aquel importante ciclo de luchas obreras de comienzos del siglo xx, se acometerá la revuelta urbana de 1909, examinando sus características y causas, así como las repercusiones que aquella revolución tuvo en la conformación de un urbanismo insurreccional.

Referirse a lo social durante la primera fase de la Restauración, motivo del primer apartado de este último capítulo, implica atender brevemente los signos de desdoblamiento que lo

atravesaron. Para ello, palparemos el sentido de agudización de los contrastes sociales que se fue produciendo por el atrincheramiento de las partes contendientes en unos actos y unas razones que ahondaban, más que limaban, las diferencias manifiestas en la articulación de la sociedad española. En ese sentido, emprendemos un tipo de análisis destinado exclusivamente a destacar los puntos y componentes sobresalientes del conflicto y de la ingobernabilidad en el campo social.

La característica de la problemática social que conviene resaltar en ese periodo de la historia de España, que abarca las tres últimas décadas del siglo XIX y el primer decenio del XX, es el progresivo deslizamiento de la cuestión social hacia la denominada, en un sentido más concreto, «cuestión obrera». Sin embargo, entrever una clara ruptura en el magma que conformaba la cuestión social en aquellos años, y más todavía establecer ciertas prolongaciones en momentos sucesivos, es un ejercicio borroso.³

No obstante, como partidarios de apuntar las innovaciones que conciernen al antagonismo, nos interesa destacar la Restauración como un punto de inflexión en el tratamiento de la cuestión social, aunque resuenen de manera inevitable las herencias. De ahí la importancia que concedemos, en concreto, al debate en las Cortes españolas monopolizado por la estela de la Primera Internacional. La apuesta por la defensa del

³ Respecto a la redefinición de la economía del poder que se toma como clave de lectura en este capítulo, es preciso realizar un apunte previo. Nos referimos en todo momento a la constatación de una tendencia. El esbozo de la cuestión, pues, se limita a transponer los caracteres generales del surgimiento y aplicación de la constitucionalización de la fuerza de trabajo en el panorama social español de aquellas décadas. En efecto, no es nuestra intención analizar un proceso en el que, más que la homogeneización, sobresale precisamente la disparidad de los ritmos en lo que se refiere a los campos de acción y a los sujetos movilizados, y en el que también se aprecia la escasa homologación de su difusión en los territorios.

orden social y la entrega a su subversión representan, en último extremo, el deslinde para atisbar las trincheras de la razón de la burguesía y del proletariado en la guerra social entablada. Ya que, como escribiera José Prat, «si hay un ocaso burgués, también hay una aurora proletaria».⁴

Cuestión social, cuestión obrera. La irrupción del proletariado

La cuestión social recorre como problemática de acuciante resolución los compases de la Restauración. No sería desacertado resumirla, de entrada, como la suma de la ingobernabilidad y del antagonismo que pobres y proletarios están impelidos a sostener y extender para responder a las condiciones sociales aciagas que les corresponde soportar. Ahora bien, la evolución de los hechos nos cerciora de la decantación de dicha cuestión social, propiciada por los propios movimientos de las estrategias inscritas en sus contornos, hacia una cuestión obrera más específica.

Existe acuerdo, tanto entre los protagonistas coetáneos como para la mayoría de los historiadores, hay consenso en reconocer que la presencia e intervención del proletariado, de las clases trabajadoras, se erigió progresivamente desde el Sexenio Revolucionario como la esfera primordial del cúmulo de acontecimientos que componían la cuestión social española del último tercio del siglo XIX.⁵ Pudiéndose significar esa efervescencia

⁴. José Prat, *La burguesía y el proletariado*, Biblioteca Editorial Salud y Fuerza, Barcelona, 1923 [1909], p. 21.

⁵. Pese a suscribir las valoraciones del protagonismo del proletariado en la historia contemporánea de España, nos interesa efectuar una matización. Como hemos apuntado en otro lugar, la intervención del proletariado remite al «despertar eruptivo del movimiento obrero de 1868-1870 en torno a alternativas sociales, autónomas y de clase». Véase José Antonio Moral Santín, Roberto Carballo y Antonio Temprano González,

del nuevo sujeto histórico, debemos captar las razones de su protagonismo.

En este sentido, si prescindimos de los matices que se producen en el diagnóstico de cualquier situación, observamos que los pronunciamientos se agrupan en dos frentes: unos por el socavamiento de aquella fuerza social y otros, en cambio, por el reforzamiento de sus propuestas y acciones. Es decir, su irrupción causa la aparición de una brecha profunda en la sociedad española.

La diversidad de situaciones y aspiraciones dentro del conglomerado de los grupos sociales que se sitúan en el bloque dominado es una de las peculiaridades que influyen en la carencia de cohesión del proletariado. Precisamente la consecución o el impedimento de la reunificación fue la materia central que se dilucidó en el abordaje de la cuestión social durante la Restauración por las fuerzas sociales enfrentadas.

Para poder asociar, sin embargo, la aparente debilidad con el exacerbado protagonismo de un mismo sujeto histórico, las claves analíticas residen en dos aspectos: por un lado, un balance de los pasos dados en la invención de la cuestión obrera, sabiendo que es una tarea en la que están inmersas las fuerzas sociales dominantes en la formación social española; por otro lado, una lectura de la progresión de la autonomía política que promueven los elementos proletarios, atendiendo, en este caso, a las líneas de alianza en lo social que activan el proceso de transformación social. Retomamos, pues, algunas de las cuestiones planteadas en capítulos precedentes.

La invención de la cuestión obrera no se refiere, como es de suponer, a que hasta entonces no se constatará en el panorama español la existencia de los obreros; ni a que aquellos elementos sociales hubieran pasado desapercibidos en la escena

«La formación del capitalismo industrial en España (1855-1959)», en VV. AA., *Crecimiento económico y crisis estructural en España (1959-1980)*, Akal, Madrid, 1980, p. 34.

pública porque no habían dado muestras de capacidad movilizadora en acciones de rango colectivo o de interés por difundir y plantearse su condición y sus aspiraciones aprovechando los medios de propaganda disponibles. Es evidente, por el contrario, que se constatan muestras expresas de la presencia de las clases trabajadoras en los acontecimientos remarcables de la historia española antes de la década de los setenta del siglo XIX. Por lo tanto, si la concurrencia de lo obrero es un rasgo que se remonta más atrás del ciclo político inaugurado en España por la batuta de Cánovas del Castillo, conviene precisar la dimensión que la cuestión obrera adquiere en aquel entonces dentro de lo social.

Entre las transformaciones más importantes que se observan dentro de aquel proceso conducente a la invención de lo obrero cabe mencionar, por su trascendencia, el desplazamiento de las centralidades en el seno de la denominada «cuestión social».⁶ En aquellos años se fue borrando el protagonismo del

⁶. Es importante recordar la profunda metamorfosis que irá acaeciendo en el tratamiento de la miseria a partir de la irrupción de las organizaciones autónomas del proletariado en el panorama social español. En ese sentido, el historiador Justo Serna ha incidido en la centralidad que irá ocupando en la denominada «cuestión social» la clase social, también en referencia a los segmentos de la población no encuadrados propiamente en dicha categoría. Sus investigaciones, centradas en el análisis de la ciudad de Valencia, le han permitido llegar a la constatación siguiente: a partir de la segunda mitad de los años sesenta del siglo XIX, el discurso tradicional que se sustentaba en la miseria dio paso a un nuevo discurso sobre el pauperismo, coincidiendo con el surgimiento de las primeras asociaciones obreras. En efecto, para introducir correctivos en la relación cada vez más conflictiva entre trabajo y capital, se empezará a ensayar entonces el reformismo como fórmula novedosa de control social y será toda la población, aunque en diferente graduación, la destinataria de semejantes políticas sociales. Véase Justo Serna, «La desocupació i el control social», *Batlíia*, n.º 8, 1988, pp. 9-23; y *Presos y pobres en la España del XIX. La determinación social de la marginación*, Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1988.

pauperismo e introduciendo el obrerismo como recambio. El traslado requirió de la *invención* de la cuestión obrera, una problemática que fraguada y consolidada durante ese periodo de la historia española, acabaría trastocando, por el alcance de su impacto, las dinámicas sociales. Como hemos señalado, el invento de la cuestión obrera alude a la manera en que hombres e instituciones próximas al ejercicio del poder, o involucradas en él, iban a ir delimitando dentro de la cuestión social un fragmento que identificarían con lo obrero, afanándose desde esa perspectiva en discernir los componentes y los ámbitos integrados en la materia.⁷

El contexto y a la vez texto de aquella explosión pública de lo obrero en España se enmarca en el régimen instaurado en el país —la Restauración— para lograr el encauzamiento de la irregular marcha de las relaciones sociales. De hecho, la alusión frecuente al fracaso de aquella forma de gobierno en lo concerniente a lo social no deja de ser, en último extremo, una consideración de que los territorios comprendidos en la materia social fueron un campo de operaciones en el que se inspiraron y actuaron forzosamente los hombres e instituciones comprometidos con el éxito de la empresa restauradora.

Los hombres públicos de la Restauración se propusieron como meta la estabilización del régimen político. El orden en la vida social será durante todo el periodo una máxima de actuación. Esa premisa se puede considerar también una de las condiciones básicas, si no la primordial, de la buena marcha de los negocios capitalistas: se configura como elemento axial en la reestructuración del sistema capitalista y, por lo tanto, baza imprescindible para el desarrollo del mismo. No son, pues, estrategias confrontadas las que separan a los hombres del Estado de la Restauración y a los capitalistas; en todo caso, los problemas tácticos surgen en el seno del objetivo común de relanzar

⁷ Donzelot, *L'invention du social...*, op. cit.

el dominio capitalista, en el cual a las invenciones se deben añadir las eliminaciones de las trabas.

Una de las exigencias primeras, en las pautas de la reestructuración, consiste en desarrollar una nueva estructura social de acumulación.⁸ Sin embargo, entendiendo como tal el entorno institucional específico dentro del cual se organiza el proceso de acumulación capitalista, hay que relacionarla con aquellas otras instituciones que afectan al mismo proceso. En este sentido, debemos señalar una serie de instituciones que tienen un impacto general, mientras que otras, en cambio, están relacionadas fundamentalmente con un eslabón específico del proceso. Entre las más importantes, se encuentran el modelo de intervención estatal en la economía y en otros campos de las relaciones sociales, y la estructura de la lucha de clases.⁹ Ese conjunto institucional se encarga de generar un largo periodo de prosperidad al proporcionar un contexto estable y favorable para los capitalistas, que suministra a las economías capitalistas unas oportunidades de inversión rentable, al tiempo que un entorno social estable en el cual realizarlas. Su conformación vendrá determinada por la naturaleza de las luchas colectivas precedentes y por las resistencias, tanto obreras como intercapitalistas, que desencadene la exploración.

⁸. David M. Gordon, Richard Edwards y Michael Reich, *Trabajo segmentado, trabajadores divididos. La transformación histórica del trabajo en Estados Unidos*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1986.

⁹. En el plano económico, el viraje proteccionista, cuyas causas inmediatas fueron, según José María Serrano Sanz, el crecimiento del nacionalismo, la crisis económica y la cuestión social, produce un intervencionismo táctico o parcial. No obstante, en palabras del propio autor, el germen del Estado intervencionista ya aparece totalmente desarrollado en Cánovas en 1889: el estadista considera que el «intervencionismo debe tomar múltiples formas apareciendo allá donde se vea la necesidad de que el Estado salvaguarde valores superiores, como la convivencia o el equilibrio social». Véase José María Serrano Sanz, *El viraje proteccionista en la Restauración. La política comercial española (1875-1895)*, Siglo XXI, Madrid, 1987, pp. 156-157.

Coexisten, entonces, durante aquellos años en España ensayos de nuevos métodos de gestión de lo social, que han de permitir hallar salidas satisfactorias a la crisis latente en la relación capitalista y las prácticas de los modelos hasta entonces vigentes.¹⁰ En realidad, fue el fracaso del Sexenio Revolucionario —al recordar las dificultades que rigen la consecución del consenso social— el encargado de demostrar la inviabilidad de la armonía política y de alentar una reordenación del sistema social.

Aquella experiencia histórica quebró la etapa inicial del obrerismo, donde los primeros balbuceos mostraban la dependencia respecto a proyectos sociales liderados por otras capas sociales y adecuados a sus intereses. Por si faltaba algo en la memoria colectiva, en el imaginario común de los proletarios españoles y en los referentes manejados por los hombres de orden, la sacudida de la Comuna vino a testimoniar que ya no se podía confiar en otras hablas que no fueran las propias. Se forzaron las coincidencias entre las dinámicas a un lado y al

¹⁰. Durante la Restauración el capitalismo español entró en una larga fase de exploración de nuevas fórmulas de gobierno de lo social. Ahora bien, los comienzos se expresan mediante una tabla de intenciones plasmadas en indagaciones y ensayos; en esos momentos, las experimentaciones no se confundirán con sustituciones bruscas.

Las conformaciones de las estructuras sociales de acumulación, a las que nos hemos referido, definen etapas sucesivas del desarrollo capitalista y tienen una vida en la que se pueden distinguir diversas fases: la adolescencia, que comienza en el periodo previo de crisis económica; la madurez iniciada y afirmada con la construcción contundente de una estructura social de acumulación, y el ocaso, que asoma y avanza a medida que se vuelve a agudizar la crisis económica. Cada una de ellas se denominará respectivamente periodo de exploración, consolidación y decadencia. Dado que una estructura social de acumulación estimula y limita alternativamente el ritmo de acumulación capitalista, es comprensible que al conflicto capital-trabajo se añada la competencia intercapitalista. Véase Gordon, Edwards y Reich, *Trabajo segmentado, trabajadores divididos...*, *op. cit.*

otro de los Pirineos. Las respuestas al eco de la Comuna fueron, no obstante, distintas: temor en los sectores dominantes y esperanza en las capas dominadas.

Pero aquellas resonancias tenían también un tiempo interino: 1870 en el caso del Congreso Obrero en Barcelona y 1871 para que los diputados en las Cortes españolas solicitaran y consiguiesen la legalización de la FTRE (Federación de Trabajadores de la Región Española). Sin embargo, ese cara a cara era solo la parte visible del antagonismo, de las respectivas capacidades en la búsqueda de la aniquilación del contrario. Otras sendas, más difusas, subterráneas y menos llamativas, empezaban a insinuarse. El proletariado militante, consciente de las escasas fuerzas —demostrando el hábil manejo de las herramientas a disposición para la larga lucha—, propuso la propaganda como principal medio de acción. Perseguía solidificar las fuerzas sociales sometidas al poder. Al otro lado, la profusión de dispositivos intentaba impedir precisamente que aquella alianza fraguara.

La Comuna de París adquirió una significación relevante en el curso de las sociedades capitalistas. Aquellas «jornadas de sangre y fuego» difundieron la cara del entusiasmo proletario y la cruz del terror en las esferas burguesas.¹¹ A pesar de los resultados finales, las miradas se fijaron en los contendientes sociales al margen del tiempo que duraron los enfrentamientos y sus comentarios puntuales. La notoriedad de los acontecimientos rebasó los límites de la frontera francesa. Aquí, en España, la resonancia de los enfrentamientos de París espoléó la polémica de la cuestión social, al avisar de la presencia del

¹¹ Si se ha podido decir —como ha señalado Josep Eduard Adsuar— que la revolución europea de 1848 representó el canto del cisne del ciclo revolucionario burgués, podríamos afirmar que con la Comuna de París se inició otro ciclo revolucionario, pero de carácter totalmente distinto: el de la revolución social. Véase Josep Eduard Adsuar, prólogo a la edición facsímil del folleto de Luis Carreras, *París a sangre y fuego. Jornadas de la Comuna*, José J. de Olañeta, Barcelona/Palma de Mallorca, 1979, p. 7 [ed. orig. Librería Española de I. López, Barcelona, 1871].

enemigo también en el interior. Es posible que aquel ejemplo acabara de demostrar, a unos y a otros, que un nuevo ciclo había quedado definitivamente abierto en el campo del antagonismo.

El mensaje de la insurrección de los proletarios de París era la afirmación de la conciencia adquirida sobre la imperiosa necesidad de consolidar la organización política de la autonomía de clase. Aquella manifestación apuntaba a la redefinición profunda de las líneas de intervención del proletariado, y amenazaba directamente el orden social capitalista al explicitar que, agotados los márgenes de maniobra en el interior del sistema, ya solo quedaba el enfrentamiento frontal entre clases. Las respuestas de los hombres garantes del orden, de distinto signo, no tardarían en producirse. El eco de los acontecimientos de la capital francesa también se adaptó a la situación española.

Agotando el turno de palabra en el largo debate que en las Cortes españolas suscitó la Internacional, Cánovas quiere decir la última, aunque comience recordando que ya se han pronunciado demasiadas voces. Reconoce la diversidad de matices en el juego de la política, pero sugiere el irrenunciable consenso que debe imperar en las fuerzas del orden sobre algunas materias:

...ahora como en cualquier tiempo, y sea quien sea quien presida el Gobierno, yo he de estar aquí siempre para prestarle mi apoyo franco, leal y decidido, en todas aquellas cuestiones que afecten a los intereses permanentes de la sociedad española. [...] Olvidemos lo que aquí nos divide, y delante de la lucha que desgraciadamente plantea el proletariado extraviado, corrompido por insensatas predicaciones, pongamos la reunión en un vínculo común [...]. Por eso yo defenderé, hasta donde mis fuerzas alcancen, a todo Gobierno, sea quien quiera el que lo componga, que diga y proclame que en

*la medida de sus fuerzas está dispuesto a reñir batallas en defensa del orden social.*¹²

No se conformará el artífice de la Restauración con apuntar el necesario sistema de partidos que debe presidir el ejercicio del poder en la sociedad española. De llamar a la agrupación de esfuerzos salta a concretar el tratamiento de la cuestión social, en la que los internacionalistas se avienen como la matriz propulsora del riesgo de acoplar los gérmenes latentes contra la sociedad. Su visión del movimiento obrero organizado como iceberg de una problemática mucho más amplia lo llevará más allá de los discursos ideológicos, los cuales eran instrumentos necesarios para combatir aquella fuerza emergente, pero insuficientes para elaborar una estrategia correcta:

*...para mí la Internacional no es más que una manifestación o, mejor dicho, una de tantas determinaciones, uno de tantos fenómenos como ha de producir la grande, la inmensa cuestión del proletariado. Así, pues, cuando yo trato la cuestión de la Internacional entiendo tratar la cuestión general del proletariado. [...] La Internacional es un terrible foco de inmoralidad, la Internacional es el más grande peligro que hayan corrido las sociedades humanas.*¹³

Se debe tratar, entonces, de impedir la extensión del foco, que no cunda la línea de fusión de aquellas fuerzas sociales que los núcleos internacionalistas se muestran dispuestos a movilizar:

¹² Intervención parlamentaria del diputado Cánovas del Castillo, el 3 de noviembre de 1871, en el debate de las Cortes sobre la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), reproducido en el apéndice n.º 6 de Oriol Vergés, *La I Internacional en las Cortes de 1871*, Universitat de Barcelona-Càtedra d'Història General d'Espanya, Barcelona, 1964.

¹³ Cánovas del Castillo, citado en Vergés, *La I Internacional...*, op. cit.

Todos los economistas notables de estos tiempos se han preocupado mucho también de la suerte de las clases obreras: todos los Gobiernos deben preocuparse de ello constantemente. [...] Ellos —la Internacional— dicen que, si hay mejoras parciales de la clase obrera, todas esas parciales mejoras serán elementos que den fuerza a las clases conservadoras.¹⁴

Y como no hay más medio para afrontar el peligro social que la lucha y el triunfo, acaba resumiendo su programa de política social como una de las primeras condiciones del orden político, en el cual funde la represión y la persuasión, la aplicación de la mano dura y el empleo de mecanismos «blandos»:

Primero, defender a la sociedad de los ataques de la Internacional; segundo, desengañar por medio de la discusión y por todos los medios que estén a su alcance, a las clases obreras y hacerlas ver el precipicio a donde se las quiere llevar.¹⁵

Es decir, combatir y batir la politicidad proletaria, pero cuidando de atender ciertas reivindicaciones o aquellas mejoras parciales que pueden circunscribirse al desarrollo del capital y que son compatibles con él.

Aquel debate del estado de la cuestión social en las Cortes no fue un brote aislado. Desde que llegan noticias de los acontecimientos de la Comuna de París, se extiende en España que el motivo del estallido radica en la separación entre ricos y pobres, y lógicamente la divergencia de intereses sociales se constata igualmente en la situación española. En algunos de los análisis que se han efectuado sobre la prensa de la época,¹⁶

^{14.} *Ibid.*

^{15.} *Ibid.*

^{16.} María Victoria López-Cordón resalta precisamente el hecho de que

queda patente que, superando los leves matices que correspondían al posicionamiento político, las palabras de Cánovas y del resto de los diputados eran el fiel testimonio del estado de opinión que imperaba en los grupos dominantes de la sociedad española. Porque, como apunta Álvarez Junco, «una tentativa revolucionaria tan abiertamente amenazadora y tan cercana como la Comuna de París habría de ser la piedra de toque ante la que no eran posibles medias tintas ni veleidades demagógicas, revistiendo así un carácter decisivo en el proceso de clarificación de las actitudes políticas en nuestro país».¹⁷

Todas esas interpelaciones reflejan un cambio de rumbo en la cuestión social en España, a la vez que avisan de las grietas del liberalismo en política social. Sagasta, el otro pivote del turno de la Restauración, no solo fue tajante con las medidas que difundió desde su puesto de ministro de la Gobernación,¹⁸ sino que también fue claro en sus valoraciones:

todos los periódicos destaquen de manera profusa el carácter de ejemplaridad que adquiere la Comuna con respecto a la propia situación española: *La Época* insistirá una y mil veces en que los sucesos franceses son una advertencia que los españoles no deben olvidar; *El Imparcial* señalará que lo que ocurre en Francia debe servir de ejemplo para apartarnos de alianzas e innovaciones peligrosas. Véase María Victoria López-Cordón Cortezo, «La Comuna de París vista desde España», en José María Jover Zamora (coord.), *El siglo XIX en España. Doce estudios*, Planeta, Barcelona, 1974, pp. 333, 340 y 346. Insisten igualmente en este aspecto Clara E. Lida, *Anarquismo y revolución en la España del XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1972, y José Álvarez Junco, *La Comuna en España*, Siglo XXI, Madrid, 1971.

¹⁷. Álvarez Junco, *La Comuna en España*, op. cit., p. 1.

¹⁸. Las severas medidas adoptadas por Sagasta contra los internacionistas peninsulares en mayo y junio de 1871 fueron espoleadas, como ha apuntado Clara E. Lida, no solo por el espectro de la Comuna, sino por el temor de los grupos moderados y conservadores ante el espectacular auge de la Federación española y el deseo de ver segada esta caudalosa fuente de descontento social (véase Lida, *Anarquismo y revolución...*, op. cit., p. 186). En este sentido, Oriol Vergés ha señalado que la postura de Sagasta corresponde a la del hombre de orden que debe velar por la tranquilidad del país (véase Vergés, *La I Internacional...*, op. cit., p. 39).

*En París no se lucha contra una idea, ni contra una clase, sino contra todas las grandes ideas, contra todas las grandes clases, contra la aristocracia del saber, contra la aristocracia de la riqueza, del nacimiento, de la virtud, contra todo lo que es grande y digno.*¹⁹

Su intervención en aquellos momentos es un alegato a la necesidad de acudir a la vía represiva, ya que, como última salvaguarda, la defensa del orden social goza de un perenne brazo armado como razón contra los ilusos.²⁰

Ciertamente, como sugiere Álvarez Junco, «los acontecimientos de París significaron, para una burguesía como la española —en el apogeo de su triunfo—, el terror, el descubrimiento repentino de un enemigo nuevo, misterioso y amenazador. No es que antes se ignorasen los antagonismos de clase, bien explícitos, sino que ahora la clase sometida aparecía organizada —con la Internacional— y actuando».²¹ La Comuna se convirtió, sin lugar a dudas, en hito. Una advertencia, como hemos reflejado, para las clases dominantes, señal que las llevó a reconducir el tratamiento de la cuestión social.

La Restauración, que es el periodo que nos ocupa, fue la respuesta de los grupos sociales en el poder a los primeros pasos decididos hacia la autonomía política que el proletariado español había ya empezado a dar antes de 1874, rompiendo la larga etapa de dependencia que en sus inicios lo había caracterizado. De hecho, Josep Fontana ya ha señalado que entre el

¹⁹. Lida, *Anarquismo y revolución...*, *op. cit.*

²⁰. Los ejércitos, en palabras de Cánovas, «serán por largo plazo, quizá por siempre, robusto sostén del presente orden social e invencible dique de las tentativas ilegales del proletariado». Discurso de Cánovas del Castillo el 10 de noviembre de 1890 en el Ateneo de Madrid, reproducido en Manuel Ballbé, *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, 2.^a ed., Alianza, Madrid, 1985, p. 249.

²¹. Álvarez Junco, *La Comuna en España*, *op. cit.*, p. 12.

Sexenio y la Restauración solo se aprecia una rectificación: el golpe de Estado de 1874, que, para este historiador, fue una corrección de la trayectoria seguida desde 1868, propiciada por la incomodidad y el crecimiento amenazador de las fuerzas revolucionarias que, de alguna manera, quedaban reflejadas en la combatividad proletaria.²²

En todo caso, en la Restauración se cristalizan una serie de procesos estrechamente vinculados al desarrollo del capitalismo en España que se gestan durante el siglo XIX. En dicha época la sociedad entera se estructurará a partir del funcionamiento de una serie de dispositivos de vigilancia, moralización e individualización que tienen por fin el mantenimiento del orden social establecido.²³ Y la perspectiva no es otra que la destrucción de las formas de vida colectivas de las clases trabajadoras que se presentaban como el exponente de la subversión.

A un lado, la defensa del orden social

Una de las características de aquel momento histórico en España es precisamente el enconado esfuerzo de quienes, manejando las riendas del poder, se dedican a impedir que cuaje y se extienda cualquier articulación organizada de la disidencia social. Para la multiplicidad de grupos sociales enmarcados en la España de la Restauración dentro del bloque dominante, la caracterización de la dinámica del proletariado derivó en estigmatización. Era aquella masa el principal exponente del peligro social. Por lo tanto, la imagen y difusión unánime de los

²² Josep Fontana Lázaro, *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*, Ariel, Esplugues de Llobregat, 1973, pp. 140-141.

²³ Julia Varela, «Técnicas de control social en “la Restauración”», en Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, *El cura Galeote. Asesino del obispo de Madrid-Alcalá*, La Piqueta, Madrid, 1979, pp. 210-211.

proletarios fue la de un grupo social de alto riesgo, aunque luego difirieran los modos terapéuticos que convenía emprender contra aquel virus.

Se yuxtaponen en las actividades y proclamas de los hombres de orden tramos que han de rubricar una intensificación de los mecanismos que inciden en la formación y gestión de la fuerza de trabajo. El corolario de estos esfuerzos es el intento por extraer de las indefinidas masas una serie de taxonomías que persiguen comprimir al proletariado. Ajustándole unos grilletes suaves, y más llevaderos, se quiere desdibujarlo. Se sondea una doble línea: la disyunción interna de las clases trabajadoras según se dispusieran o no a participar de la normativización configurada y, al mismo tiempo, el quiebre de las posibles alianzas con quienes, como los miserables, no se avinieran a aquella escrutada invención y delimitación de la cuestión obrera.

La institucionalización de la cuestión obrera significa ante todo la domesticación de la rebeldía proletaria y, por extensión, la pacificación de la sociedad española. La estrategia de la institucionalización implica, además, arrinconar y desmembrar el pauperismo, al considerarse precisamente que una baza decisiva en la reducción del antagonismo consiste en evitar el acoplamiento, aunque sea ocasional, de pobres y proletarios.

En cierta manera, aleccionado en las ventajas de las prácticas escisionales estaría Cánovas del Castillo cuando, buscando alivios a la cuestión obrera en España, introdujo la distinción de los trabajadores según los medios y fines que adoptan en defensa de sus intereses:

Con los ilusos, que deliran por el conseguimiento del todo no hay, por desgracia, camino alguno de llegar a acuerdos razonables. Pero, con todo, es un deber de los gobiernos del día, hasta de los más fuertes, el de poner de su parte la razón. Nada más necesario que demostrar a los obreros pacíficos e inteligentes que solo aspiran

*a lo justo y posible que no se les mide a todos por igual
rasero.*²⁴

La razón equivale a la emergencia de una racionalidad política renovada a lo largo de la Restauración. Esta puede ser significada como una fase en el desarrollo del capitalismo en España, caracterizada, entre otros factores, por la exploración y el ejercicio de nuevos mecanismos de gobierno de lo social. El periodo de la Restauración se mostró desde sus inicios como una etapa de reestructuración del capital, aunque sus pasos fueran renqueantes. En este sentido, al considerarse la Restauración como un momento de inflexión en el desarrollo del dominio del capital sobre la sociedad española, se subraya el nexo estratégico que existe entre los niveles de estabilización del régimen político y de estructuración del sistema capitalista. Este, a su vez, se vincula a un estado de permanente agitación social, en el que predominan los rechazos obreros.²⁵

²⁴. Antonio Cánovas del Castillo, «La cuestión obrera y su nuevo carácter (1890)», en Antonio Cánovas del Castillo, *Problemas contemporáneos*, vol. III [extraído de Antonio Cánovas del Castillo, *Antología*, Espasa Calpe, Madrid, 1941, p. 130].

²⁵. Como ha apuntado María Dolores de la Calle, «cuando se hacen esfuerzos por generar consenso en la vida social, es necesario pensar, con razón, en la existencia de un conflicto inherente que los propicia. Este postulado general obtiene su realización en el decreto fundador de la Comisión de Reformas Sociales, cuya creación puede ser considerada como la primera medida de política social adoptada por el liberalismo español». Aquel «ejemplo de balbuceo o timidez» en el camino del intervencionismo avanza en la institucionalización en 1890, precisamente tras las celebraciones del Primero de Mayo. Véase María Dolores de la Calle Velasco, «La Comisión de Reformas Sociales. De la represión al análisis de la conflictividad social», *Studia Historica*, n.º 2, 1984, pp. 13-40. Véase también, de la misma autora, *La Comisión de Reformas Sociales 1883-1903. Política social y conflicto de intereses en la España de la Restauración*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1989.

Al mismo tiempo, observamos como esas mutaciones redundan de manera estimable en una redefinición de las articulaciones y formas del conflicto.

Para evitar que se afianzara la politicidad proletaria, desde los inicios de la Restauración se emprendieron una serie de actividades e intervenciones destinadas a prefigurar el estatuto de proletario que se quería manipular. Reconociendo su presencia, se aprovechó la institucionalización como herramienta para modelar más eficazmente la fuerza de trabajo. Precisamente en la necesidad de fortalecer la eficacia de las tecnologías disciplinarias, se produjo durante la Restauración la inauguración o esbozo de un nuevo ciclo disciplinar. Ya que si las clases directoras nacionales —y, a su escala, las locales— hasta entonces habían optado de manera preferente por una tecnología disciplinar basada en los criterios de moralización y control social extensivo, en la fase correspondiente a la Restauración, debido a los imperativos de los acontecimientos sociales, se empezó a plantear como ineludible la gestación de otros mecanismos de intervención.

Un primer paso consistió en el diagnóstico: el conocimiento a fondo del mundo proletario. Se trata de indagar, más allá de la superficie, en los modos de vida de las clases trabajadoras recurriendo a la estadística y las encuestas como instrumentos de contabilización y penetración en los efectivos de las filas obreras.²⁶ Y, sobre todo, a partir de esos datos, se empezaron a disponer programas y estrategias múltiples y dispersas, pero apuntando al mismo objetivo.²⁷

²⁶. Como ha apuntado Oriol Vergés, durante el mes de junio de 1871 y, por lo tanto, antes del ya aludido debate en las Cortes españolas sobre la AIT —que se llevó a cabo durante los meses de octubre y noviembre—, hay unas sesiones dedicadas al obrerismo en general, aunque también se alude a la Asociación por boca de Sagasta. Según al autor, presenta especial interés una proposición para que las Cortes investiguen el nivel de vida obrero y su posible mejora, firmada por personalidades de todos los partidos. Véase Vergés, *La I Internacional...*, op. cit., p. 35.

²⁷. En este sentido, cabe conceder mayor importancia a la primera fase de

La intención era influir en la configuración de la especificidad obrera —mediante el diagnóstico, pero también mediante la acción de las terapias— para anularla como fuerza política antagónica, al tiempo que se la incorporaba a la lógica del sistema. En esa órbita cabe situar la concesión de canales, por más que mínimos y bajo férreo control, para propagar el hasta entonces desterrado y clandestino mundo obrero;²⁸ igualmente, cabe considerar la emanación de reglamentaciones de nuevo cuño encaminadas a conseguir la armonía entre capital y trabajo.²⁹ En el afán de limar las aristas más punzantes de la conflictividad y de demorar el enfrentamiento entre las clases sociales, se trataba de imbuir las relaciones entre capital y

la Comisión de Reformas Sociales, centrada precisamente en esta tarea de encuesta o aritmética política del poder ya realizada por las instancias del Estado, puesto que es un claro testimonio de la irrupción del Estado en lo social como nexo operativo del capital social, desde una posición ya no únicamente represiva. Al respecto, véase, entre otras obras, VV.AA., *El reformismo social en España. La Comisión de Reformas Sociales. Actas de los IV Coloquios de Historia*, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, Córdoba, 1987.

²⁸ Manuel R. Alarcón ha señalado tres secuencias en el tratamiento de la asociación obrera durante la Restauración: una de prohibición, otra de tolerancia y una tercera de reconocimiento, iniciada en 1887. La promulgación de la ley de asociaciones significa que «la asociación obrera es no solo un derecho, sino un hecho socialmente asimilado, un dato irreversiblemente adquirido». Véase Manuel Ramón Alarcón Caracul, *El derecho de asociación obrera en España (1839-1900)*, Revista de Trabajo, Madrid, 1975, p. 15.

²⁹ Si «la intervención del Estado en las relaciones de trabajo a través de una normativa protectora para la clase trabajadora se inicia propiamente en nuestro país en 1873, con la regulación por ley del trabajo de los menores» (Ley Benot, de 24 de julio de 1873, por la que se regula el trabajo en los talleres y la instrucción en las escuelas de los niños obreros de ambos sexos), la Restauración proseguirá en esa línea: «Las bases para la creación de un derecho obrero en España comienzan a ponerse durante las primeras décadas de la Restauración». Véase Palomeque, *Derecho del trabajo e ideología...*, op. cit., pp. 29 y 59.

trabajo de un discurso de solidaridad según el cual quienes acaparaban los derechos también decían estar dispuestos a asumir unos deberes que redundarían en favor de los hasta entonces desprotegidos socialmente, mientras que quienes accedían a unos derechos habían de comprometerse a cumplir sus deberes.

En esa materia se incluyen los atisbos de legalización de los órganos que las clases trabajadoras fueron capaces de ir consolidando a contracorriente: un amparo de la ley a las manifestaciones del movimiento obrero, no obstante, cautelar y siempre pendiente de que los comportamientos de sus miembros no indujeran a vías de radicalización. Complementariamente, se forjó el cúmulo de instituciones privadas e intervenciones estatales ajenas al mundo obrero, pero con pretensiones de incidir y penetrar desde fuera en sus modos de vida. Retraer al obrero por iniciativa propia de planteamientos irreconciliables con el dominio que padece fue un objetivo que pronto halló recambio en la criminalización, algo más legitimada entonces, cuando los elementos proletarios se empeñaron en desbordar los cauces restringidos para sus aspiraciones.³⁰

En la Restauración, y al hilo de esta problemática, se pueden entrever, como ha señalado Fernando Álvarez-Uría, tres movimientos centrales: el institucionismo, el regeneracionismo y el socialismo. Desde el punto de vista político-social, estas tendencias no se pueden asimilar mecánicamente, aunque pretendan todas ellas instaurar un sistema tutelar sobre las masas.³¹ Sin embargo, superando las diferencias, el consenso entre aquellas fuerzas se hace posible.³²

³⁰. «La excepción —el “estado de guerra” y la jurisdicción militar— se hizo normal y el protagonismo militar fue constante contra la subversión» (Joaquim Lleixà, *Cien años de militarismo en España. Funciones estatales confiadas al Ejército en la Restauración y el franquismo*, Anagrama, Barcelona, 1986, pp. 69-71).

³¹. Álvarez-Uría, *Miserables y locos...*, *op. cit.*, p. 260.

³². Será sobre todo a principios del siglo xx cuando la reforma social encuentre un verdadero desarrollo y la maduración de sus objetivos. En

El elemento cohesionador no es otro que la mitificación, e instrumentalización, de la ciencia como fundamento de las medidas de gobierno destinadas a educar y regenerar el tejido social español. La ciencia y la tecnología pasarían a desempeñar un papel fundamental: el nuevo orden pretenderá imponerse y legitimarse mediante la objetivación que se debe encontrar en la aureola de neutralidad y contribución desinteresada al bien común que brota del manantial de la ciencia, y de su aplicación. Será, pues, elevado el protagonismo político y social que se reserva a los saberes, o más propiamente, a los científicos profesionalizados.

Se impone una nueva racionalidad política y ello implica otra economía del poder. Ese elogio de la ciencia y de la técnica —y, por lo tanto, de sus practicantes—, que se agudiza en la Restauración, es instrumento idóneo para combatir las demás formas de saberes que también deambulan por el territorio nacional.³³ Con los nuevos medios, se intenta trazar una gestión

aquellos momentos, se logró «desbloquear la discusión sobre la cuestión social del puro plano abstracto y paralizante de los principios, al de los hechos y medios concretos». La institucionalización de la reforma social en España vendría con la creación del Instituto de Reformas Sociales en 1903. Véase Juan Ignacio Palacio Morena, *La institucionalización de la reforma social en España (1883-1924). La Comisión y el Instituto de Reformas Sociales*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1988, p. 99.

Los avances en la institucionalización de la reforma social, a partir del progresivo intervencionismo estatal, también registraron en los albores del siglo xx otras pruebas significativas, como la disposición de que la enseñanza primaria pasase a manos del Estado según el proyecto de ley de bases para la reorganización de la enseñanza presentado en 1902 por el conde de Romanones. Véase Julia Varela, «La escuela obligatoria, espacio de civilización del niño obrero (1900-1904)», en Julia Varela (ed.), *Perspectivas actuales en sociología de la educación*, Instituto Universitario de Ciencias de la Educación/Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1983, p. 179.

³³. La Restauración supone, en palabras de Julia Varela, un relanzamiento de las ciencias positivas acordes con la nueva sociedad que se pretende

más incisiva de las poblaciones y de los individuos, que posibilite pasar de la utilización pasajera e incompleta de los recursos humanos según las necesidades inmediatas del capital a la penetración constante y total en los modos de vida de las poblaciones. El propósito es remodelar las relaciones de adaptabilidad y flexibilidad entre capital y trabajo rompiendo las rigideces de la fuerza de trabajo.³⁴

La estrategia consiste, en definitiva, en hacer imposibles e impensables los márgenes de autonomía de los que gozaban las poblaciones en la etapa anterior, fuera por dejadez o ineficacia de los dispositivos. Intervencionismo científico e instituciones de lo social, en estadios de desarrollo contrastado, se comportarán entonces como los vectores del cambio producido en la asunción de la cuestión social en España durante el último trecho del siglo XIX y primeros compases del siglo XX.

En ese campo de operaciones sobresale igualmente el Estado, tanto en su faceta de matriz de la racionalidad normalizante de la forma-mercancía como en la expansión de las agencias estatales directamente implicadas en las acciones sociales. En

construir. Y, con ello, una perspectiva de destrucción de las formas colectivas de vida de las clases trabajadoras a cambio de su individualización y uniformización. Véase Varela, «Técnicas de control social en “la Restauración”», *op. cit.*, pp. 211 y 235.

³⁴. En este punto, Claus Offe y Gero Lenhardt han señalado que, a partir de la información recopilada por el Estado —como sería la macroencuesta de la Comisión de Reformas Sociales— y bajo postulados de humanización del trabajo, se acomete una valorización de la fuerza de trabajo como mecanismo para regular el mercado de trabajo aligerando la población excedente —exceso de oferta superior al ejército de reserva— y colocándola en otros espacios sociales capitalistas. Así pues, la protección y escolarización de los menores, y la protección de la mujer en el trabajo y su domesticación como ama de casa, se plantearían como técnicas de control de la proletarianización en el afán de dar con un uso adecuado —cuantitativa y cualitativamente— de los elementos proletarios. Véase Offe y Lenhardt, *Teoria dello stato e politica sociale*, *op. cit.*, pp. 30-37.

un primer plano del gobierno de lo social, se irá situando la égida del Estado —un Estado que, como patrón modélico,³⁵ está dispuesto a ejemplificar la tarea y a convertirse en adelante en protector de todos los súbditos sin distinción—. A su compás, un nuevo e incrementado funcionariado tecnificado (ingenieros sociales, arquitectos, médicos, etcétera) encontrará el amparo y mecenazgo que buscaba para ejercer sus experimentos en la cuestión social: una materia hasta entonces burdamente tratada, insinuada en programas, pero limitada en intervenciones.

En suma, concurren durante la Restauración unos actores sociales que, con intenciones diferentes y por canales diversos, demuestran estar dispuestos —si bien por separado— a encumbrar la cuestión obrera como foco de atención preferente en la cuestión social. Sin embargo, es preciso remarcar que ese magma actuante y aglutinado en torno a un mismo esfuerzo no siempre estaba en una misma relación secuencial.

³⁵ En el discurso preliminar de José Canalejas a la presentación del Instituto del Trabajo, el estadista señala que «el proemio constituye un alegato sucinto y lo más documentado posible en defensa de la intervención del Estado». En efecto, para él, «el Estado, en fin, puede mejor que patrono alguno promover, para estudiarlas y difundirlas, experiencias que constituyan tanteos acerca de la posibilidad y la eficacia de reformas en los métodos de trabajo y remuneración del mismo que los capitalistas se niegan a experimentar *in anima vili*». Estamos ya en 1902, en esa primera década del siglo xx en la que, tras la fase precedente —de intervencionismo científico dedicado a labores preparatorias de lo que tenía que ser una nueva política de gobierno de lo social—, comenzaban a «tener vigencia real en España las tendencias intervencionistas del Estado en la cuestión social».

Las dos primeras citas de Canalejas se recogen en el «Discurso preliminar» en Adolfo Buylla, J. Uña y Sarthou, Adolfo Posada, Luís Morote, José Canalejas Méndez y Santiago Castillo, *El Instituto del Trabajo. Datos para la historia de la reforma social en España*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1986, pp. XI y XIV; la tercera corresponde a Santiago Castillo, autor del prólogo a la edición facsímil (Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1986, p. 7 [ed. orig. Establecimiento Tipográfico de Ricardo Fe, Madrid, 1902]).

A pesar de todo, iré procediendo a la sustitución procesual de una concepción vaga de lo social por otra más concisa, lo cual acarreará el despliegue de nuevos dispositivos de intervención en lo social y la entrada o renovación de las instituciones volcadas en el gobierno de lo social.

En el régimen de la Restauración se advierte, pues, una transición en el ejercicio del poder capitalista: una búsqueda de nuevas fórmulas de control social que, sin embargo, en su discurrir choca con unos proletarios altivos, pero no solo con ellos.³⁶ En un primer momento —probablemente hasta la crisis finisecular—, se gesta y se avanza en la problematización de lo obrero y en el esbozo de la reconducción del antagonismo desde pautas integrables a la lógica del sistema. En este periodo predominan las innovaciones normativas en la acción social, entre las que se incluyen «no únicamente normas legales, sino también las teorizaciones, las propuestas y las polémicas».³⁷ Una segunda inflexión, insinuada ya al cierre del siglo XIX, pero que se apuntala a comienzos del XX, daría paso a una redefinición del fenómeno a partir sobre todo de la reactivación de las políticas sociales sobre nuevos principios y programas, además de la incipiente estatalización de las mismas.

Aquellas innovaciones, en lo teórico y en lo práctico, no implican la desaparición de los mecanismos y formas de control

³⁶ El régimen de la Restauración entra a partir de 1890 en una fase en la que ya se adecúa al juego de las democracias burguesas de la Europa de fines del siglo XIX. Antes ha pasado por dos fases previas: la primera, de 1875 a 1881, que sería la constituyente o fundacional, y la segunda, entre 1881 y 1890, todavía constituyente, pero de carácter evolutivo. Esa transición viene marcada por un proceso de apertura y de superación de las exclusiones y represiones típicas del primer momento. Véase Alfonso Ortí, «Prólogo», en Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España. Urgencia y modo de cambiarla*, Revista de Trabajo, Madrid, 1975, p. CXXIX.

³⁷ C. López Alonso, «Memoria introductoria», VV. AA., *De la beneficencia al bienestar social...*, op. cit., p. 11.

social forjados en periodos precedentes. A lo largo de la Restauración se irá efectuando, sobre todo, un cambio de óptica que se significará por la promoción de un nuevo ciclo disciplinario. El empeño consistía en levantar los cimientos que permitieran pasar de un modelo de control extensivo a otro de carácter intensivo que redundara en la conformación de los perfiles de las poblaciones sometidas. Profundizando la proletarización de las poblaciones, se podría, en última instancia, contribuir al socavamiento del antagonismo proletario.

Al otro lado, unas alianzas eversivas

La sobreobjetivación de lo social que efectúa la economía del poder capitalista, y que se expresa en ese círculo de discursos y prácticas que rodea la invención de la cuestión obrera, se caracteriza, no obstante, por incidir verticalmente. La objetivación que manejan los elementos proletarios para constituir su identidad colectiva es, por el contrario, de tipo horizontal. Lo adjectivo de estas últimas relaciones formula la construcción del proletariado a partir de unas barreras arbitrarias —del estilo inclusión-exclusión—, pero sólidas en la corporeización de la clase, ya que el dentro-fuera o el abajo-arriba crea un «nosotros» y un «ellos».³⁸

Si la aparición en España del antagonismo entre las fuerzas del capital y las fuerzas del trabajo fue, en principio, inesperada para unos, para otros lo fue menos. Esa otra realidad, el bando obrero, también bregaba por darse unos rasgos definitorios en las señas de identidad buscadas: un reconocimiento fundamentado en la premisa de la emancipación como grupo social por medio de la confrontación global con el estado de las relaciones sociales.

³⁸. Pérez-Agote, «La identidad colectiva...», *op. cit.*, p. 83.

El panorama social y político español cayó en una fase de desconcierto cuando las clases trabajadoras empezaron a demostrar que no se conformaban con ir a remolque de las promesas de igualdad auspiciadas por la categoría de ciudadano que profesaban algunos sectores. El movimiento obrero español había iniciado, tras las resoluciones políticas y sociales del Sexenio, su desvinculación de los proyectos de las clases dominantes poniendo de manifiesto los intereses inevitablemente irreconciliables.

En esa perspectiva, y refiriéndonos a los ecos de la Comuna, observamos que los proletarios españoles dieron resonancia a aquellos hechos, sumado al potencial de la experiencia propia, para construir un proyecto de emancipación basado en la autonomía política. Para ellos, la Comuna de París se convirtió en mito al tiempo que en aprendizaje:

*La lucha no es ya de blancos ni de rojos: los partidos que no subordinan la política a la cuestión social han perdido la razón de ser: la lucha es de pobres contra ricos; de aquí en adelante no hay más que estos dos partidos: las revoluciones no serán políticas, serán sociales. Tal es el legado de la Comuna.*³⁹

Para ser efectiva, la sobreobjetivación se ve obligada a ir adoptando posiciones de capilaridad que invadan o intercepten los nexos horizontales de los sujetos a los que se intenta subordinar. En los hombres de orden, y con mayor intensidad en el conglomerado de reformistas sociales, sobresale el ánimo de acotar las realidades sociales como respuesta idónea al desgobierno. A partir de esa inspección y disección de lo social, se pensaba en la posibilidad de establecer una jerarquización de las poblaciones que abriera o profundizara las diferencias entre

³⁹. Teobaldo Nieva, «El legado de la Commune», *La Federación*, 2 de julio de 1871 [reprod. en Álvarez Junco, *La Comuna en España*, op. cit.].

las capas subalternas. A consecuencia de esas clasificaciones, los pobres quedarían relegados al cuarto oscuro de la historia y, subexpuestos, dejarían de ser noticia preocupante para la estabilidad del orden social. La realidad se demuestra, de todas maneras, algo terca a semejantes vaticinios. El pauperismo, figura central de la ingobernabilidad de la sociedad española decimonónica, no había desaparecido de la escena social a finales de aquel siglo ni tan siquiera en los comienzos del siglo xx.⁴⁰

Durante los años que comprende el presente estudio ni los fenómenos conflictivos ni el propio antagonismo pueden asociarse de manera unívoca al proletariado.⁴¹ El liderazgo atribuible a los movimientos obreros en el terreno de la conflictividad no se despega de una realidad en la que la ley del número persiste en recordar la franca fragilidad de quienes aún eran insuficientes en número para objetivos de alta envergadura y con adversarios más poderosos.

A pesar de la dinamización del proceso de proletarización que caracteriza a la Restauración, en el que influían tanto el desarrollo de las instancias productivas como el incremento

⁴⁰ Álvarez-Uría ha realizado una disección interesante de la economía política de la pobreza en la España del siglo xix en sus análisis de los mecanismos de control social. El investigador considera que «no es exagerado afirmar que la cuestión del pauperismo constituye el tema central, aunque los historiadores no lo hayan considerado así, de la vida política y social del siglo xix. Según el mismo autor, «un magma heterogéneo de miserables y menesterosos componen los perfiles abrumadores de un grupo social englobado bajo la rúbrica del pauperismo». Véase Álvarez-Uría, «Los visitantes del pobre...», *op. cit.*, pp. 117-146; y *Miserables y locos...*, *op. cit.*

⁴¹ Utilizando los fondos del Archivo General Militar de Segovia, Alberto Gil Novales ha señalado precisamente la intensidad y la variedad de los conflictos sociales que afectaron a los pueblos y ciudades de España bajo el régimen de la Restauración, y ha resaltado ante todo el carácter multitudinario, anónimo y repetido de la protesta. Véase Alberto Gil Novales, «La conflictividad social bajo la Restauración (1875-1917)», *Trienio*, n.º 7, 1986, pp. 73-217.

de las instituciones sociales, los segmentos de la población española no digeridos por el sistema ni capturados por los dispositivos del orden capitalista son todavía considerables. Entre ellos, ocupan un lugar destacado los contingentes de pobres asentados en los espacios urbanos. Las peculiaridades del desarrollo capitalista en España, incluso en los enclaves considerados avanzadilla de la industrialización —como es el caso de Barcelona y su área de influencia—, se significarían en el tiempo por una insuficiente e inestable proletarianización de los recursos humanos abocados en aquellos territorios.⁴²

Los pobres, destinados a ser un factor residual en la sociedad española entregada a la regeneración que trae el siglo xx, se empeñan en gozar de una cierta audiencia. Se resisten a una subterrneidad abusiva que ni las características estructurales ni las relaciones sociales que constituyen los procesos políticos españoles han sido capaces de imponer. Sin duda, el protagonismo del pauperismo irá a menos. Sin embargo, por cuenta propia o apareciendo de vez en cuando confundidos en las filas del proletariado, los pobres no se retiran de los escenarios sociales y, como elementos participantes en el terreno de la conflictividad social, persisten como factor no desdeñable en la ingobernabilidad que caracteriza a la sociedad española que cierra el siglo xix y abre el siglo xx.

⁴². La imagen de una Cataluña industrial —resumida en el lema «Cataluña, la fábrica de España»— solo es adecuada cuando se quiere comparar en aquellos años la realidad catalana con la española, ya que, como apunta Pere Gabriel, en 1900 solamente se podía considerar población obrera no estrictamente campesina el 14,23 % de la población catalana. Es decir, tal como sugiere el mismo autor, a partir de esos porcentajes, no sería demasiado acertado manejar como sinónimos «población obrera» —entendida como fuerza de trabajo adscrita al sector industrial— y «clase obrera», sino que, por el contrario, convendría estar atentos a quienes se consideraron obreros o, propiamente, al proceso de construcción política del proletariado. Véase Pere Gabriel Sirvent, «La població obrera catalana, ¿una població industrial?», *Estudios de Historia Social*, n.º 32-33, 1985, pp. 191-232.

En aquellas circunstancias, entonces, la ya de por sí frecuente confusión que rodea a los exponentes de las resistencias y los comportamientos que se oponen de maneras diversas y con motivos diferentes al orden social no hace sino agrandarse y, por lo tanto, la ingobernabilidad y el antagonismo pueden llegar a expresar una misma cosa. Además, a esa indefinición de los campos del conflicto también contribuyen, junto con las condiciones del desarrollo capitalista, las actitudes de los segmentos proletarios organizados. Las clases trabajadoras, ascendentes numérica y, sobre todo, políticamente —en el sentido de «politicidad proletaria» que hemos venido planteando—, se arremolinan en sus espacios de vida con unas categorías sociales asociables a la pobreza. Y están dispuestas a instrumentalizar ese contacto.

Las riendas de la disidencia al orden establecido precisan en tales condiciones de alianzas entre los asemejados por el rasero del poder y estas fueron mimadas o apenas olvidadas por quienes de la experiencia barruntaron pronto la coyuntura. La especificidad de la comunidad obrera, mucho más amplia que las escuetas filas de los comprometidos militantes, se conforma precisamente a partir de la conjunción de los diversos tiempos y espacios de vida por los que los miembros pertenecientes a las clases trabajadoras deambulan sumados a otros rangos sociales.

Apreciando la proximidad antes que la lejanía, la comunicación obrera se conecta y redunda en otras capas sociales también sometidas al orden capitalista, influyendo y envolviendo así el conjunto de las órbitas de los modos de vida del bloque social dominado. La condición para ser miembro de la comunidad obrera no reside exclusivamente en la identificación como proletario, si como tal se concibe de forma restringida a los cuerpos encerrados en los recintos industriales: la pertenencia a la comunidad proletaria responde a una subjetividad y a los contactos en la cotidianidad.

Se puede considerar, entonces, que entre las capas proletarias y las esferas de la pobreza sigue predominando una cierta

fluidez, ya que los contactos de unos grupos y otros se caracterizaban por la permeabilidad. Las excesivas semejanzas e idas y vueltas por los diversos compartimentos reservados en las actividades sociales a las capas dominadas contribuían a la indiferenciación o, cuando menos, dificultaban la clara diferenciación entre los reclamados a estar subordinados al orden industrial por absorción o deserción. Todo ello resonaba en los modos de vida y, por lo tanto, en las señas y los comportamientos de los sujetos disconformes —ingobernables— e impugnadores —antagónicos— al estado de cosas establecido. En especial en un momento histórico en el que las barreras entre los componentes sociales sometidos al orden capitalista, como hemos tenido ocasión de señalar, se caracterizaban por la flexibilidad.

Así pues, acusándose la complejidad de los procesos sociales y de las manifestaciones conflictivas que se derivan, contemplamos la necesidad de mencionar al menos los elementos y situaciones confundidas en el abanico de la confrontación social durante el periodo abordado, en la medida en que la denominada «cuestión social» afecta también a unas capas sociales todavía no proletarizadas y concierne a un conglomerado indefinido de individuos.

Cuestión obrera y pauperismo son, en aquel tiempo, problemáticas sociales no siempre paralelas, ni para quienes pretenden remendar las fugas ni para los grupos dispuestos a potenciarlas. Es más, el cruce que a menudo se produce entre lo obrero y el pauperismo acaba convirtiéndose en un referente básico en la labor de esclarecer el rumbo de la sociedad urbana y discernir los partícipes de algunos acontecimientos sonados en la órbita de la conflictividad de la época. Es necesario, entonces, dejar constancia de la circulación de otros flujos en el campo del conflicto social que en aquel contexto no se pueden catalogar propiamente de proletarios, aunque por razones diversas en sus comportamientos aflorara una íntima relación con las condiciones de proletarización que circundaban su vida.

La presencia de sectores sociales inscritos en el campo del pauperismo dejará ostensibles secuelas en la conformación de las dinámicas sociales de la época. Principalmente incidirá en la elaboración de las políticas sociales de toda índole que se desplieguen. Las capas sociales calificadas de pobres y el envoltorio de discursos y acciones que generaron, fueran la emanación directa de sus filas o la inducción en otros escalafones sociales, son partícipes de la ingobernabilidad. Como hemos manifestado, esta situación no solo redundará en la lectura del conflicto, sino que también acaba influyendo en la interpretación que nos compete del movimiento real del proletariado, ya que se puede establecer una estrecha conexión entre quienes son considerados entonces pobres y los frentes de lucha abiertos por el proletariado.

En definitiva, la alusión a las posibles confluencias entre pobres y proletarios en los diversos escenarios de la conflictividad remite a la noción de clases trabajadoras, proletariado y movimiento real del proletariado. Si nos referimos a las clases trabajadoras españolas, parece obvio lo desaconsejable que es rebajar el plural que tan asiduamente se manejó en aquellos años a un singular, más si se tiene en cuenta que los círculos militantes no aspiraban a suprimir las especificidades internas de la clase. Además, sería repudiable cuando quisiera ser la expresión de una horma apretada para presentar una unidad forzada, objetiva y subjetivamente, de los elementos proletarios. Por el contrario, la fragmentación y heterogeneidad de la clase obrera, no ya en sus características técnicas, sino en sus intereses sociales o de politicidad proletaria, se proponen como reflexión más adecuada.

Todo ello conduce a flexibilizar el cómputo de la composición de las filas del proletariado. Especialmente cuando el criterio de distancia social, acogiéndonos a las diferencias, se constituye en uno de los principales campos de batalla entre los contendientes en la relación capital-trabajo. Mientras que el ensanchamiento de las distancias entre las clases trabajadoras

se convirtió en una de las estrategias centrales del capital durante aquel periodo a fin de perpetuar y ampliar su dominio de clase, el estrechamiento o anulación fue un anhelo de los militantes proletarios.

La entrada de otros segmentos sociales en el terreno del conflicto, como es el caso de los pobres, tampoco debe conducir a una simplificación o unificación precipitada de las piezas opuestas al desarrollo del orden capitalista. Las diferencias internas en el bloque sometido eran de suma importancia: en efecto, las muestras de disenso que cada sector estaba dispuesto a manejar no debían ser coincidentes e incluso podían agrandar los contrastes. En las relaciones entre aquellos grupos sociales, se daba la dificultad de traducir los lenguajes, los sentidos de sus actos y pensamientos. Por regla general, se transitaban diferentes vías y solo en momentos de máximo enfrentamiento se tendían puentes, propiciados por lo excepcional de los acontecimientos, que, resguardando las singularidades, eran capaces de facilitar unos intercambios y puestas en común hasta entonces irrealizables.

A los testimonios que buscaban retardar la articulación proletaria se contraponían quienes querían acelerarla. La definición ambigua del proletariado por parte de los internacionalistas españoles sería un exponente de la conjunción de esfuerzos que, relacionando la lucha y la teoría, querían propiciar el ensamblaje, ya que también observaban en quienes rechazaban o estaban excluidos del estatuto de proletario una potencialidad revolucionaria y, por lo tanto, concebían necesaria su comparecencia para la cristalización del proyecto emancipatorio.

El proletariado militante instrumentalizó referentes muy abiertos y poco acabados como espoleta de identificación y palanca de movilización; el internacionalismo español huyó en todo momento de esquemas cerrados y, por el contrario, prefirió

indicaciones estructurales.⁴³ Ese empeño de movilizarse en torno a unas pocas grandes ideas-fuerza resultaría del afán de propagar unas muestras manejables como el símbolo de un proceso irreversible hacia aquella sociedad diferente que traería la revolución social.

Entre los impulsos que activaban la movilización del proletariado quizá sobresalieran los impactos derivados de la relación directa con la esfera productiva, pero la presencia notoria de esos ámbitos en la configuración de los modos de vida proletarios o, más en concreto, en las modalidades de la lucha proletaria, no implicaba una ruptura de los rasgos genéricos de la comunidad proletaria, ya que esta era recubierta de manera indistinta por la totalidad de las facetas que incidían en sus condiciones de vida. Una de las peculiaridades del movimiento obrero clásico que se desarrolla a partir de mediados del siglo XIX es que este se intenta contraponer de manera global al capital, lo cual implica reemplazar las bases de la sociedad en su conjunto y desde sus cimientos, y no solo en aspectos parciales. El proyecto proletario insiste en apropiarse de una riqueza social de la que se consideran legítimos poseedores.

De los enunciados anteriores se desprenden, al menos, dos apreciaciones que van a marcar la crónica de la metrópoli proletaria. La primera estriba en la dificultad de sostener como requisito del análisis la emergencia y presencia de una figura proletaria unificada o, en su defecto, reducida a los compases cifrados del denominado «movimiento obrero», sabiendo que,

⁴³. «El esquema anarquista de las clases en conflicto no es tan simple ni tan rígido como el marxista, sino más flexible —y, frecuentemente, más confuso—. A esta visión de la clase obrera, José Álvarez Junco añade que «el apoyo incondicional a cualquier causa popular, cualesquiera que fuesen sus motivaciones y sus modos de acción, fue, desde luego, una de las características del anarquismo español y una de las claves de su profundo arraigo en tan amplias capas de la sociedad española» (José Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Siglo XXI, Madrid, 1976, pp. 182 y 377).

al amparo de esa etiqueta, no se efectúa en general más que una aproximación al retrato de las formas organizativas o sucesos sobresalientes en las que estas mismas se vieron implicadas.

En una segunda observación, en parte como corolario de la anterior apreciación, debemos prestar atención a las manifestaciones del antagonismo de signo obrero. En el enfrentamiento entre clases, las lecturas han tendido a fijarse en uno de los terrenos —los espacios productivos— y, al menos para los propósitos del presente estudio, esa visión es más un obstáculo que un camino para despejar las formas del conflicto. La barrera, además, se hace enorme cuando la descripción se ciñe casi en exclusiva a las maneras abiertas y sonadas de las divergencias proletarias con la patronal e ignora el permanente rechazo subterráneo que los obreros opusieron a la obligación y a las condiciones de un trabajo en régimen capitalista.⁴⁴

En el análisis del proletariado urbano barcelonés, consideraremos que, en la constitución y afirmación de la identidad proletaria, el referente trabajo desempeñó un papel importante. Pero, al mismo tiempo, la fisonomía del proletariado y el talante de sus luchas se conformaron y se decidieron añadiendo otros referentes que no derivaban únicamente de las relaciones mantenidas en los espacios de la producción. Buscando los trazos que influyeron y se desarrollaron en las acciones colectivas del proletariado, merecen, pues, destacarse los momentos asociativos, formales o informales, ligados a otras facetas y

⁴⁴. En unas notas críticas —al tiempo que autocríticas— sobre la historia del movimiento obrero en España, Miquel Izard ha apuntado que «se ha llevado a cabo, más que una historia de los trabajadores, una historia de las luchas laborales, de las organizaciones y campañas que en determinados momentos cuestionaron un régimen establecido. Así, se ha insistido en analizar las formas de resistencia legalizadas o toleradas, y se han descuidado las formas de resistencia clandestinas». Véase Miquel Izard Llorens, «Orígenes del movimiento obrero en España», *En Teoría*, n.º 8-9, 1981-1982, p. 6.

ámbitos de la socialidad que, si bien están conectados al terreno de las actividades económicas, también los desbordan. Entre ellos sobresalen especialmente los lazos territoriales, pues los espacios urbanos son, al menos durante esa época, una de las cajas de resonancia preferidas por y para la lucha obrera.

1902

UN MAR DE FUEGO SUBTERRÁNEO

En la cronología de la Reforma Interior, el año 1902 consta como el momento en el que el Ayuntamiento decide emprender las obras por la vía de la expropiación, mientras que 1909 sería el año en el que se celebraron los derribos, el éxito de aquella empresa. Nuestro recorrido de la Reforma Interior a la Revolución de Julio de 1909 es un intento de pasar de la ciudad burguesa a la metrópoli proletaria. Parece que la existencia de tiempos internos en Barcelona puede seguir siendo un argumento: en 1902, durante el mes de febrero, el proletariado protagonizaría una huelga general que se adueñó de la ciudad; en 1909, en unos días de julio, sobreviene de nuevo la reapropiación proletaria de la metrópoli. El lapso de 1902 a 1909 resume, pues, una década en la que la presencia proletaria es, a sobresaltos, noticia, motivo de crónica.

El discurrir de la guerra de clases en Barcelona parece condensarse, durante aquella década, en los acontecimientos de unas jornadas de febrero de 1902 y julio de 1909, aunque esa cúspide del contrapoder proletario mantiene una estrecha relación con la proliferación de enfrentamientos menores, a través de los cuales resplandece a veces una constelación de organismos de la clase obrera barcelonesa.

La ciudad pudo quedar colapsada gracias a una huelga general o, mejor dicho, una huelga generalizada, que se hizo

posible en febrero de 1902 por los contactos rutinarios urbanos entre los miembros de la clase obrera partícipes en aquel acontecimiento, y esas relaciones no estaban forzosamente mediatizadas por instituciones proletarias regulares. En julio de 1909, la Barcelona proletaria se revolvió contra una guerra, favorecedora del capital y atentatoria contra los desposeídos, y durante aquellas jornadas funcionaron como vectores de movilización, sin duda junto con otros, los canales de información que eran los contactos establecidos en las calles y los barrios de la ciudad.

La ciudad, sus gentes y sus fábricas

El reconocimiento de la metrópoli proletaria supone, de entrada, recalar en febrero de 1902. Antes de afrontar aquella huelga general, creemos necesario, sin embargo, exponer, a modo de preámbulo, un diagrama de la ciudad en el que se presente una panorámica del campo de fuerzas sociales que colisionan en aquellos espacios urbanos. Este paso nos servirá para situar la especificidad de unas condiciones sociales que agudizaron las contradicciones sociales que generan la maduración y explosión de las necesidades antagónicas en los elementos proletarios. Después, a partir de la exposición de la crisis social que padece la ciudad, y previo inciso en los signos que nos acercan a la afirmación del proletariado como sujeto histórico, abordaremos aquellas jornadas de febrero como irrupción insólita de la metrópoli proletaria.

Nuestra mirada a las gentes de la ciudad de Barcelona, pues, se guía por el foco de sus fábricas. Desde las desamortizaciones decimonónicas, Barcelona dejó de ser una ciudad-convento y se convirtió en una ciudad-fábrica.¹ Es decir, pasó a ser

¹ Ramón Grau se ha referido al paso de Barcelona, durante el siglo XIX y sobre todo a partir de la incidencia de las desamortizaciones, de ciudad

una ciudad industrial: una aglomeración, en fin, instalada y desarrollándose en la era de la Revolución Industrial. Cataluña aparece así como la fábrica de España, y Barcelona como el punto intensivo de esa gran fábrica.²

Tras la sacudida de julio de 1909, el poeta Maragall recuerda a las clases directoras que Barcelona solo tenía por habitantes gente.³ Una materia bruta todavía sin pulir, sin explotar. El proceso de urbanización capitalista, como apuntábamos anteriormente, manifiesta la tendencia a construir un urbanismo para individuos aislados pero juntos, esto es, a recrear una comunidad dividida, escindida en cuanto que comunidad purificada.⁴ Al proponer la purificación de la masa barcelonesa, Maragall manifiesta sus deseos de reestructurar el orden urbano. Para el poeta, la metrópoli proletaria de julio de 1909 había demostrado las debilidades de una ciudad con gentes, con fábricas, pero todavía no ciudad-fábrica. Esos parecen ser también los pensamientos que apesadumbran a los prohombres de la ciudad.

conventual a ciudad-fábrica. Véase Grau, *Exposició Universal de Barcelona*, op. cit.

² Respecto a la imagen difundida de «Catalunya, la fábrica de España», podemos mencionar, por ejemplo, el catálogo de la exposición con el mismo título. Véase Jordi Nadal y Jordi Maluquer de Motes, *Catalunya, la fàbrica d'Espanya*, Ayuntamiento de Barcelona, 1985.

³ Era entonces «una ciudad por hacer», solo disponía de la primera materia, la gente, que había de convenirse en recurso. Véase Benet, *Joan Maragall i la Setmana Tràgica*, op. cit., p. 70.

⁴ Una «comunidad purificada» es, según Richard Sennett, una colección desvinculada de individuos que viven en el mismo lugar, donde impera el desconocimiento del otro y la ausencia de relación entre los vecinos, además de la interiorización del miedo a la diferencia. En ella, como indica el autor, no existe un control social interno a la comunidad, lo que da lugar a una desintegración de las relaciones horizontales entre sus miembros. En este sentido, purificar a la masa, que es la propuesta de Maragall, significa desmembrarla, ponerla en manos de un control externo que es la relación social capitalista que domina lo social. Véase Richard Sennett, *Vida urbana e identidad personal*, trad. Josep Rovira, Península, Barcelona, 1975, p. 59.

La ciudad-fábrica no es, según ciertos analistas, una simple concentración física de fuerza de trabajo y fábricas en un asentamiento urbano.⁵

Esta acumulación de elementos en el espacio urbano se corresponde con la fase liberal o paleotécnica de la ciudad. En ella, el objetivo de la concentración de enormes masas obreras en las aglomeraciones urbanas es provocar una continua excedencia física de demanda de trabajo, ya que la máxima disponibilidad se utiliza como instrumento para minimizar el valor de mercado de la fuerza de trabajo, así como para reducir al mínimo los costes de reproducción de la fuerza de trabajo. Existe, pues, una neta demarcación entre la fábrica y la considerada «anarquía» social. Falta un plan para la ciudad obrera, ya que ese desorden en los exteriores de los muros fabriles favorece, de hecho, los espacios cualesquiera, la existencia de esferas autónomas para el obrero.

A principios del siglo xx, Barcelona cobija a 533.000 cuerpos que, a finales de década, ascienden ya a 587.411. En 1860, si incorporamos los antiguos municipios del llano, la población era de 248.602. En el transcurso de cincuenta años, la población se había duplicado y ese crecimiento se debía a la afluencia de inmigrantes. Así, en 1860 los residentes nacidos en la ciudad representaban el 72,4% de la población del conjunto del llano de Barcelona, mientras que en 1910 eran el 57%.⁶

La ciudad engullía, sin embargo, a los recién llegados: no los integraba, ya que la participación en sus asuntos era materia reservada a las élites urbanas, a la Barcelona burguesa. Estas,

⁵ Magnaghi et al., *La città fabbrica...*, op. cit., p. 58.

⁶ Para un análisis demográfico de Barcelona entre 1860 y comienzos del siglo xx, se pueden consultar, entre otros, Borja de Riquer, «La societat catalana dels anys vuitanta», en Pere Hereu Payet (ed.), *Arquitectura i ciutat a l'Exposició Universal de Barcelona de 1888*, Universitat Politècnica de Catalunya, Barcelona, 1988, pp. 17-38; y Anna Cabré e Isabel Puigadas, «La població de Barcelona i el seu entorn al segle xx», *L'Avenç*, n.º 88, 1985, pp. 33-40.

en la vida y en la muerte, se autoidentificaban con la categoría reservada de ciudadano; los demás eran las turbas.⁷ El mapa social, a principios del siglo xx, manifestaba esa escisión. La periferia, propiamente industrial, y las periferias del centro, ciudad tradicional pero sometida a la estrategia del vacío por las élites urbanas, serán las áreas de la ciudad obrera. Barcelona muestra un territorio urbano fragmentado y unos espacios sociales contrastados.⁸ Proliferan, en esas circunstancias, los espacios cualesquiera.

En fin, para los trabajadores, según palabras de Guillermo Graell, Barcelona era solo un asilo.⁹ A las propias clases directoras, sin embargo, les interesaba intensificar su dominio y, para ello, cabía organizar la metrópoli como hecho unitario, aunque manteniendo internamente las distinciones de clase. Esa

⁷ En un ensayo sobre la élite barcelonesa en la era industrial, Gary W. McDonogh ha señalado como espacios distintivos del ejercicio del poder —debido a su uso exclusivo— la relación de las buenas familias de Barcelona con el cementerio viejo y el Teatro del Liceo. Analizando ambos elementos urbanos como imagen social, el autor señala que son exponentes de un modelo ideológico de estructura social, cohesión de clase y control de una ciudad dividida. Véase Gary W. McDonogh, *Las buenas familias de Barcelona. Historia social de poder en la era industrial*, trad. Mercedes Güell, Omega, Barcelona, 1989, pp. 216-264.

⁸ Además de la visión de la estructura social de Barcelona ofrecida por Vicens Vives, como ya comentamos en el primer capítulo, encontramos la de Borja de Riquer en «Les eleccions de la Solidaritat Catalana a Barcelona», *Recerques: història, economia i cultura*, n.º 2, 1972, pp. 93-140. Igualmente, puede consultarse la obra de Romero Maura, *La Rosa de Fuego...*, op. cit., pp. 131-140.

⁹ Al comentar Graell que Barcelona era el «asilo de los trabajadores» no solo pretendía indicar su aglomeración en la ciudad, sino también una política territorial acorde con los criterios de una ciudad-fábrica: «Barcelona necesita ineludiblemente desarrollar su producción, algo estancada desde la pérdida de las colonias, y para esto, es indispensable que la locomotora o la electricidad den vida a comarcas llenas de febril actividad y con grandes elementos, sobre todo en las cuencas de los ríos» (Graell, *La cuestión catalana*, op. cit., p. 39).

es la propuesta de la ciudad-fábrica: planificar la urbe como tentativa de hacer norma social, ley, la división social del trabajo. Se trata, pues, de integrar la ciudad obrera, pero regulándola según las necesidades del desarrollo capitalista, lo que supone que la máquina urbana debe disponerse a digerir cada uno de los momentos de la jornada del trabajador. La ciudad, organizada y planificada de acuerdo con las exigencias específicas de la regulación de la acumulación capitalista, debe estar preparada para transferir también a la ciudad obrera los modelos y valores de la ciudad burguesa.

Crisis, pues, del asilo. Al hospicio —incapaz de ir más allá de los amontonamientos de los relegados de la prosperidad— debe sustituirlo la tutela. En su visión de Barcelona como metrópoli imperial, Prat de la Riba introducía precisamente la necesidad de purificar sin reposo a la masa obrera:

*Pensemos en lo que fuimos, pensemos adónde llegaríamos si en vez de este Estado-hospicio [...] preocupado siempre de colocar nuevas colas de desarraigados, tuviésemos un Estado que supiere prever siempre nuestras necesidades, un Estado que pensase, sintiese y viese a la moderna.*¹⁰

Ese Estado tutelar debe, por lo tanto, preocuparse de las necesidades y sufrir las decepciones de los obreros.

Barcelona atraviesa, pues, en los años que inauguraban el siglo xx, un periodo de crisis. Estabilización del régimen y reestructuración del sistema¹¹ fueron vías inseparables en las

¹⁰. José Prat de la Riba, «La prosperitat de Catalunya», *La Veu de Catalunya*, 10 de agosto de 1905 [reprod. en Jordi Solé-Tura, *Catalanismo y revolución burguesa*, Edicusa, Madrid, 1974, pp. 191-192].

¹¹. «Para el capital, la reestructuración del sistema es la condición para la estabilización del régimen y viceversa. Los problemas tácticos surgen en el interior de la rigidez relativa de esta relación, no fuera de ella.

soluciones inmediatas, y a largo plazo, que se cursaron tras la crisis de 1898, la cual también puede concebirse como punto de inflexión: el arranque de un nuevo ciclo que demanda el previo desprendimiento de las causas de la sacudida.¹² En consonancia, la burguesía industrial catalana, movilizandando todas las instituciones y resortes a su alcance, se dispuso a la superación exitosa del Desastre¹³ proponiéndose una redefinición de las bases del sistema social vigente. Eso es lo que ocurre en Barcelona: aquella fábrica de España necesita acelerar los cambios. Estamos, pues, en una fase de provisionalidad, de ensayos, de

Para el capital, la solución de la crisis consiste en una reestructuración del sistema que diluya y reintegre a los componentes antagonistas del proletariado en el proyecto de estabilización política» (Negri, *Dominio y sabotaje*, op. cit., p. 25).

- ¹². Una visión próxima a esta interpretación de la crisis la proporciona De Gaudemar: «Se le designe como simple perturbación, como periodo de reajuste o como catástrofe, existe indudablemente, desde el punto de vista capitalista, un lado positivo de la crisis: la economía capitalista se reordena a través de ella» (Gaudemar, «La crisis como laboratorio social...», op. cit., p. 241). Desarrollando el mismo enfoque, James O'Connor ha señalado que «además, los propios capitalistas se unían y organizaban fuerzas ideológicas y políticas con el fin de reforzar sus ofensivas económicas contra los productos económicos» (O'Connor, *Crisis de acumulación*, op. cit., p. 44).

- ¹³. Aunque no sea materia de la presente investigación, podría citarse la génesis de la Lliga Regionalista como momento clave de la alianza de las clases directoras locales para reordenar el sistema, precisamente en el sentido señalado antes por O'Connor. La presentación en las elecciones a diputados de 1901 de una candidatura conformada por los presidentes de las más influyentes instituciones barcelonesas muestra la urgente necesidad del acuerdo, además de desencadenar el inicio —ya explicitado en las mismas bases del pacto— de un ciclo en el ejercicio del dominio, en el que la reestructuración de la forma-Estado y la integración popular mediante la participación en el régimen electoral fueron las bases fundamentales para recuperar la legitimación social. Al respecto, puede consultarse Borja de Riquer, *Lliga Regionalista. La burguesía catalana i el nacionalisme (1898-1904)*, Edicions 62, Barcelona, 1977.

propuestas y respuestas. Se atisba la ciudad-fábrica: la necesidad de organizar el asentamiento socioterritorial como un gigantesco organismo productivo.¹⁴

Para la burguesía, la crisis es, pues, un momento de reordenación, ya que trata de instrumentalizar la debacle para corregir el rumbo. La situación empuja a conformar un bloque dispuesto a coger las riendas y entregarse a un ejercicio capaz de reponer el vuelo. Es decir, el ambiente determina enfrentarse a las deficiencias del pasado y disponerse a las innovaciones, aunque ello no evita que se incurra en recaídas en la tradición. «Aquella generación poderosa, activa y dinámica»,¹⁵ elabora su programa alrededor de unos ejes que anuncian la ciudad-fábrica y, por lo tanto, una tierra estructurada, ya que la metrópoli debe constituirse en punto de intersección, de dominio del territorio, articulado a unos ciclos de producción distribuidos a escala nacional e internacional.¹⁶

La superación de la crisis lleva a confeccionar un programa que «restaure los males de la guerra [...] que transforme nuestra organización política y social».¹⁷ En el balance del decenio 1899-1909 realizado por Fomento del Trabajo Nacional, el que fuera su secretario, Guillermo Graell, traza las líneas del plan «para sacar al país del estancamiento actual, porque así no se puede continuar». Los puntos cardinales eran «un puerto, un nuevo régimen tributario que nos libertara del desorden

¹⁴. De alguna manera, el apoyo entusiasta al Plan Jaussely en su programa de taylorizar la metrópoli barcelonesa iría en este sentido.

¹⁵. Es a esa generación emprendedora, en palabras de Vicens Vives, a la que se deberán las grandes transformaciones económicas del decenio 1900-1910. Véase Jaume Vicens Vives, *Historia económica de España*, Vicens Vives, Barcelona, 1977, p. 676.

¹⁶. Roca, *Política económica i territori a Catalunya*, op. cit.

¹⁷. Estos son los propósitos de Fomento del Trabajo Nacional en la crisis de 1898, según carta escrita por Sallarés a Sagasta, por encargo de dicha asociación patronal. Véase Borja de Riquer, *Lliga Regionalista...*, op. cit., p. 97.

imperante, mucha enseñanza técnica y medios para abrirnos mercados en substitución de los que se perdían». El proyecto consiste en ir a todo trance a la gran industria, a la concentración de mercancías, introduciendo nuevas industrias y perfeccionando las existentes mediante la incorporación de nuevos adelantos por medio de la enseñanza técnica. También, desde esa perspectiva, era preciso eliminar los obstáculos que ralentizaban los movimientos de mercancías y recursos humanos: resolver el problema de la rapidez es conceder facilidad y baratura a los transportes.¹⁸

La crisis, entendida como modernización, generará cambios en la estructura productiva, y provocará unos desplazamientos sectoriales; igualmente se introducen transformaciones en los procesos productivos y en las relaciones laborales.¹⁹ El textil no solo se reestructura internamente —de hecho, ya había acometido la modernización a partir de 1880—, sino que pasará a ocupar otra posición en el cuadro de la economía catalana y barcelonesa, y compartirá su caracterización como sector pautador de la industria en aquella fábrica de España junto con otros sectores emergentes, que irán asumiendo, especialmente en la metrópoli, un papel y protagonismo fundamental. Los más dinámicos son, por ejemplo, la metalurgia, la electricidad y la química, así como una serie de sectores ligados a la economía urbana. Entre estos últimos destacan los servicios, fundamentalmente los transportes y la construcción. En las filas burguesas, el optimismo prevalecía tras una situación angustiosa, ya que los indicadores señalaban un auge finisecular.²⁰

¹⁸. Guillermo Graell, *Historia del Fomento del Trabajo Nacional*, Imprenta de la Viuda de Luis Tasso, Barcelona, 1911, pp. 377 y 401.

¹⁹. Para un análisis de los cambios en este periodo, puede consultarse, entre otras, Jordi Maluquer de Motes, «La historia económica de Cataluña», *Información Comercial Española*, pp. 268-280.

²⁰. Los trabajos renovadores de la historia económica volcados en la industrialización catalana insisten en señalar el periodo que sucedió a la crisis de 1898 como un momento de reestructuración del capital. Al

Además, la ciudad aparenta quietud. El enemigo, aquel eterno proletariado refractario a una idea y una marcha apaciguada y armoniosa de la sociedad, no daba señales de vida. El ciclo del ruido de bombas se había aplacado. Habían remitido los conflictos sociales abiertos y la crisis que, precisamente, golpeaba a los sectores de población más frágiles, a las capas dominadas, no encontraba respuesta frontal. Atrás quedaban los célebres primeros de mayo, las disputas internas, el proceso de Montjuïc; las múltiples muestras de la protesta generalizada se archivaban, en todo caso, en el rincón de las memorias. Parece que la fama de Barcelona como ciudad contestataria, como sede de uno de los proletariados más combativos, había sido solo una pesadilla pasajera.

Y eso que son previsibles, sin embargo, choques sociales, ya que los cambios, las rectificaciones en las dinámicas socioeconómicas, dejan siempre una estela de cuerpos derrotados —o, más bien, inadaptados a los requisitos— que exige la nueva situación. La crisis, y sus salidas, también significaba, entre otras cosas, una reestructuración de la producción. Las repercusiones sociales más llamativas fueron la instauración de una crisis generalizada del trabajo, un reajuste a la baja de los costes salariales: en definitiva, un ataque frontal a las ya de por sí penosas condiciones de vida de las clases subalternas. A pesar de todo, las energías proletarias reposaban o no presentaban batalla abierta.²¹

respecto, Albert Carreras, considerando los impactos de la segunda revolución tecnológica en la industria y los servicios, apunta que una de las etapas de actividad económica más intensas en la España contemporánea corresponde al auge finisecular. Véase Albert Carreras, «España durante la 2.^a Revolución Tecnológica», en VV.AA., *España: 200 años de tecnología*, Ministerio de Industria y Energía, Madrid, 1988.

²¹. De hecho, como planteó José Prat con posterioridad a la huelga general de febrero de 1902 como reflexión sobre la realidad ambiente y

La visibilidad de la metrópoli proletaria

La ciudad, sin embargo, había aplazado el sobresalto. Las luchas obreras proseguían, la ingobernabilidad persistía. Quizá las batallas que planteaba el movimiento obrero eran menos estridentes, más replegadas sobre unos aspectos sectoriales, y no alcanzaban a generalizarse. El movimiento obrero organizado no había desaparecido, pero sí demostraba una dispersión notoria; las sociedades de resistencia seguían siendo un algo, más bien difuso que sin embargo reclamaba ser incorporado al diagrama social de la ciudad.²² A las líneas capitalistas de salida de la crisis la respuesta proletaria seguía oponiendo el manejo de las herramientas de resistencia al capital, adquiridas de la cesión de las generaciones obreras de la Primera Internacional y surgidas de su propia experiencia.

Así, en la aparente tranquilidad, surgirá uno de los conflictos más significativos de la historia del proletariado barcelonés: se experimentó el influjo de aquel artificio dispuesto para la lucha de clases denominado «huelga general». En 1902, se declara una huelga general que alcanza una considerable repercusión. Cabe, pues, analizar las implicaciones de esa huelga en la

el avance del proletariado, «toda lucha requiere un gasto de energías. Para reponer estas energías gastadas, se necesita un periodo de reposo, de calma». Véase José Prat, *Ser o no ser*, trabajo leído en la Sociedad de Oficiales Albañiles de Gràcia, Biblioteca El Productor, Barcelona, 1905, p. 7.

²² Pere Gabriel da cuenta de la existencia en los primeros años del siglo xx en Barcelona de un considerable movimiento societario obrero, que no se podría identificar con una central sindical concreta, caracterizado además fundamentalmente por su dispersión. Véanse Pere Gabriel Sirvent, «Algunes notes sobre la implantació sindical de socialistes i anarquistes a Catalunya, abans dels anys de la primera guerra mundial», en VV.AA., *Industrialización y nacionalismo. Análisis comparativo*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 1985, pp. 555-567; y *Classe obrera i sindicats a Catalunya 1903-1920*, tesis doctoral, Universitat de Barcelona, 1981.

ciudad: quiénes son los participantes, y qué uso hacen del espacio urbano. De paso, es necesario también señalar las repercusiones en el otro lado, el flanco burgués, ya que de aquellas jornadas se resentirá la máquina urbana.

La metrópoli proletaria se entromete en el calendario de Barcelona durante el mes de febrero de 1902 y también lo hará en julio de 1909. La irrupción es brusca, inesperada, pero no surge de la nada, ya que, de alguna manera, en la ciudad bullía un mar de fuego subterráneo en el que se arremolinaban los rencores y las aspiraciones del proletariado. Para desembocar en la metrópoli proletaria, conviene entonces considerar las corrientes —formas, contenidos y tendencias— del movimiento en que se desenvuelve la construcción de la subjetividad proletaria,²³ incluyendo las fases de subterrneidad o clandestinidad. Para rescatar la politicidad proletaria de mediaciones —o recaídas en un abusivo espontaneísmo—, la versatilidad de la constitución de las formas de socialidad constituye el prisma que, evitando incurrir en la alienación política de las resistencias al orden social imperativo, permite analizar la configuración y el despliegue de las deserciones o insumisiones proletarias como ejercicio de autonomía.

En la lectura de la irrupción de la metrópoli proletaria priorizamos, sin embargo, la apertura de las redes proletarias, las movilizaciones centrífugas, las ofensivas hacia fuera y contra la ciudad del capital. Porque la metrópoli proletaria se expresa mediante una insubordinación obrera que, logrando plantear una lucha frontal y abierta, impugna radicalmente el orden social capitalista mientras ejercita la reapropiación política de los territorios urbanos. Momento de expresividad máxima de la autonomía obrera, la metrópoli proletaria mantiene, sin embargo, nexos con el repliegue de las redes proletarias, con las movilizaciones centrípetas, en las que trata de defender

²³. Daghini, «Movimento della “degradazione”...», *op.cit.*, p. 39.

desde dentro a la comunidad proletaria. Arribar a la huelga generalizada de 1902 y a la insurrección de julio de 1909 como testimonios de la metrópoli proletaria en Barcelona requiere, por tanto, prestar atención a la impronta proletaria en la ciudad, que circula por diferentes canales y formas de presentarse.

Las instancias organizativas se perfilan, creemos, como un eje válido para aproximarnos a las maneras de hacer y usar la ciudad por parte del proletariado. Partiendo del criterio de que la identidad colectiva del proletariado se constituye y a veces también se afirma fuera de los caminos institucionalizados, consideramos oportuno no solo atender a las instituciones formales creadas por la clase obrera, sino desplazar nuestro análisis hacia la realidad compleja de las expresiones organizativas del proletariado. Incorporamos, pues, precisamente las redes proletarias que desbordan las instancias organizativas de las que las clases trabajadoras se han dotado —pluralmente y en un momento dado— y que configuran, aunque sea efímeramente, otras modalidades organizativas.

Al subrayar la propensa heterogeneidad de las formas organizativas de la clase obrera, pretendemos visibilizar el elevado protagonismo proletario en los escenarios urbanos que, por otras vías, se vería rebajado a cotas mínimas. Esta perspectiva no supone en ningún caso un descarte prematuro de las instituciones formales de la clase obrera, únicamente las resitúa en relación con la emergencia de la metrópoli proletaria. El propio desarrollo de los acontecimientos de febrero de 1902 y julio de 1909 en Barcelona se encarga de recordar, en lo que atañe a este estudio, el papel destacado que dichas articulaciones formales desempeñaron en el interior de aquellos movimientos.

Asimismo, y sobre todo, con ese desplazamiento hacia las variadas redes que articuló el proletariado, queremos hacer patente que la organización obrera se debe concebir primordialmente como instrumento de lucha y, al mismo tiempo, como producto de unas luchas. La organización de la lucha surge de

la propia dinámica, se acomoda a unas necesidades, es una respuesta práctica a las condiciones y posiciones de quienes están implicados de manera activa en la movilización. Asimismo, en las creaciones de múltiples redes asociativas que proliferan en los momentos de lucha, se manifiesta la capitalización de aquellas relaciones capilares que se dan en los medios proletarios en el terreno de una cotidianidad compartida.

El calibre de las luchas obreras es, en intensidad y amplitud —al igual que respecto a los contenidos que se ponen en danza—, sumamente contrastado. En correspondencia, las modalidades organizativas también son dispares. Precisamente en los estallidos insurreccionales se tiene la oportunidad de entrever unas redes proletarias que, en su excepcionalidad, se manejan de forma transitoria como palancas y mecanismos propios de unas secuencias de antagonismo marcadas por una amplia y abierta insubordinación obrera. En último extremo, analizando unas resistencias obreras generalizadas, unificadas y esporádicas, y atendiendo a las modalidades organizativas que surgen y se recrean a su amparo, es cuando la colisión con los territorios urbanos participa como matriz fundamental del enfrentamiento entre clases.

En las organizaciones de y para la lucha que emergen en los momentos álgidos de choque, el territorio se expone y se utiliza intensivamente para la politización obrera. En esos instantes, la iniciativa obrera piensa y actúa en el espacio como campo idóneo para recomponer y unificar fuerzas hasta entonces dispersas. La toma de posesión de la ciudad por el proletariado insumiso, en un proceso que no se despega de la movilización, funda una politicidad proletaria que se fragua en la identificación del nosotros. Un nosotros, el proletariado, contra ellos, la burguesía. Es esa visibilidad del proletariado, reapropiándose de los territorios urbanos, lo que consiente el planteamiento de la irrupción de la metrópoli proletaria contra la ciudad del capital.

Se apunta, en definitiva, a la necesidad de recurrir a una lectura de las formas organizativas del proletariado para poder

establecer los parámetros que definen la visibilidad de la metrópoli proletaria. Las organizaciones proletarias concebidas como efecto directo de unas luchas que se desenvuelven por doquier, de manera abierta o difusa, pueden considerarse un índice idóneo para valorar las intensidades del enfrentamiento, así como los contenidos que se expresan en su fragor.²⁴ Junto con esa penetración en la disidencia obrera que reclaman las articulaciones del movimiento obrero, observamos cómo estas se apuntalan en el espacio y cómo extraen de necesidades y posibilidades concretas un organigrama denso expandido en la metrópoli. Sin alejarnos del propósito de relatar el antagonismo, el trazo de las organizaciones proletarias nos permite, entonces, cotejar las tentativas de formular un modelo territorial específico en los sectores obreros.

Al abordar las organizaciones obreras barcelonesas como materia privilegiada del análisis que ha de conducir a la visibilidad de la metrópoli proletaria no nos interesa llevar a cabo un compendio, sino insistir en aquellas formas y momentos del elenco organizativo del proletariado urbano que coinciden en las ocasiones en que emerge la metrópoli proletaria. Nuestro propósito es evidenciar la instrumentalización que el proletariado efectúa del espacio como sede de agregación para propagar e imponer el contrapoder proletario en la ciudad.

²⁴. Claude Lefort, interesado en captar la socialidad obrera considerada como fenómeno social y no como suma de procesos individuales, es uno de los autores que han recalcado la importancia de las organizaciones creadas por el proletariado en lo que sería una experiencia social de la clase desarrollada en paralelo a la del capitalismo, pero poseedora de un sentido propio. Para él, «la organización social del proletariado toma cada vez una forma diferente, y su progreso no es solo un índice de los cambios de orden material que han modificado el número o la concentración del proletariado, [sino que] muestra también la transformación de la experiencia obrera que ha proseguido en el intervalo como resistencia a la explotación». Véase Claude Lefort, *¿Qué es la burocracia? y otros ensayos*, Ruedo Ibérico, París, 1970, p. 49.

A través del mosaico organizacional que presenta la clase obrera, tratamos de destacar los múltiples mecanismos de acción que, durante aquella década, se da el proletariado barcelonés en los momentos de mayor beligerancia y en los que la intensidad de la autonomía alcanza el máximo grado de expansión. La razón para detenernos en esos momentos estriba en el convencimiento, por un lado, de que en ellos aparece nítidamente la ciudad como caja de resonancia y motivo de agregación. Agotando las posibilidades que la ciudad ofrece como esfera de acciones, el proletariado, haciéndose suya la ciudad, construye su ciudad, sin que esa apropiación mantenga nexos con supuestas alternativas al desorden urbano capitalista.

En las tramas organizativas que genera el proletariado urbano en y para las luchas, podemos efectuar una distinción. En el seno de la clase obrera se constituyen unos organismos dispuestos a la continuidad, aunque siempre pendientes de incidentes endógenos y exógenos; estos se cimientan alrededor de una órbita de intereses cotidianos comunes a sus miembros y se caracterizan por pretender superar la eventualidad. Destacarían en esa serie las sociedades de resistencia, los círculos de militantes, la prensa obrera, las cooperativas, etcétera.²⁵ En ese entramado, y dados los objetivos y ámbitos de repercusión tanto de actividad como geográficos, a veces se repiten participantes en los diversos tipos y niveles de asociación. No obstante, a menudo el estar inscrito en una asociación no representa expresa corresponsabilización con las otras instituciones obreras. Asimismo, el grado de compromiso adquirido en el seno de cada asociación por sus componentes es desigual; en este sentido, y sin valorar de momento los factores influyentes, es prueba significativa la continua

²⁵. Sobre el tratamiento sesgado de la pluralidad de tipologías organizativas del movimiento obrero ha llamado la atención Izard, «Orígenes del movimiento obrero...», *op. cit.*, pp. 6-31.

oscilación que padecen dichos organismos en cuanto al número de asociados.²⁶

Surgen también plataformas en momentos álgidos de lucha, las cuales desbordan en la práctica los organismos entonces existentes. Estas plataformas son pluriformes y no se acomodan por fuerza al patrón de un solo centro director de la lucha. Son, asimismo, efímeras e informales, casi antiorganizacionales si el análisis es, en ese aspecto, excesivamente rígido. Aparecen, más bien, como la condensación de redes organizativas que cristalizan al fragor de los acontecimientos.

Otro rasgo sobresaliente de dichas plataformas es la potenciación de la transversalidad. Puesto que si se consideran las conexiones que se establecen en esos momentos entre las modalidades organizativas, formales e informales, que inciden en el movimiento desatado, apreciamos que, en las diversas plataformas emergentes que responden a la dinámica de los hechos, no solo se incorporan activamente los elementos ligados a organismos regulares preexistentes, sino que se adhieren con fuerza segmentos sociales hasta entonces desconectados de la dinámica asociativa. Entre ambos tipos de formaciones organizativas, y entre los mismos sujetos participantes en cada una de ellas, no se plantean problemas surgidos de una supuesta incompatibilidad. En todo caso, de las coincidencias momentáneas asoma más bien un grado de complementariedad que, sin embargo, no deriva en plena dilución recíproca. En todo caso, la fusión deriva más de lo que los separa que de lo que los une.

Al conceder en el análisis de las luchas obreras cierta relevancia a lo que son sus momentos asociativos no pretendemos

²⁶ Los recuentos estadísticos realizados por Miguel Sastre de las huelgas de Barcelona durante la primera década del siglo xx ofrecen datos sobre las oscilaciones del número de miembros de las sociedades de resistencia, al igual que sobre la cantidad de sociedades constituidas y disueltas. Véanse los ocho volúmenes de Miguel Sastre Sanna, *Las huelgas en Barcelona y sus resultados*, Acción Social Popular, 1903-1914.

descartar la trascendencia de los combates difusos diarios y que se dan en cualquiera de los terrenos en los que se desenvuelve la vida del proletario. Estos escarceos no siempre relacionados con algún tipo de asociación obrera ni generadores inmediatos de estas —ni forzosamente generalizados ni colectivos— ocupan un lugar preponderante en las dinámicas del movimiento real del proletariado.²⁷ Por ello, aunque aparezcan a menudo solapados y su lectura se presente sumamente sinuosa, es posible percibir, tangencialmente, su incidencia en las dinámicas del antagonismo.²⁸

Las organizaciones obreras, al ser producto de una suma de ejercicios prácticos y teóricos, pueden ser consideradas como un verificador idóneo de las tácticas y estrategias territoriales incardinadas en el proceso de autoemancipación proletaria. Depositarias del saber obrero, las formas organizativas alzadas se conciben indistintamente como elementos válidos para la guerra social entablada contra sus enemigos y como núcleos que avanzan el esbozo de la profunda aspiración de transformación social que solo puede ser el resultado de la movilización. En los procesos organizativos, se dinamiza la emancipación

²⁷. Cuando Angel Marvaud se acerca a los hechos de la Semana Trágica barcelonesa, no se extraña de «la manera brusca y brutal» en que estalló aquella proclamada huelga general contra los embarques. «No es cosa nueva —escribe— para el que recuerda las huelgas de 1855, de 1890 y de 1902. Es para nosotros una prueba también del trabajo subterráneo, que ya hemos señalado, que se efectúa en el proletariado de la Ciudad Condal». Véase Angel Marvaud, *La cuestión social en España*, trad. José Juan Garín, Revista de Trabajo, Madrid, 1975, p. 378 [ed. orig. en francés 1910].

²⁸. Esa subterrneidad de las luchas obreras es captada, por ejemplo, por À. Duarte (si bien para un periodo precedente) cuando analiza la respuesta obrera al papel desempeñado por los mandos intermedios en el proceso de organización de la producción en la industria algodonera. Véase Àngel Duarte Montserrat, «Mayordomos y contra maestres. Jerarquía fabril en la industria algodonera catalana, 1879-1890», *Historia Social*, n.º 4, 1989, pp. 3-20.

proletaria, ya que, formándose y recreándose unos valores asociativos, se pone en práctica y se difunde un estilo de relaciones sociales acorde a la comunidad perseguida.

En la proliferación y diversidad de las autoinstituciones proletarias que consolida la autonomía obrera, febrero de 1902 y julio de 1909 exponen aquellos momentos en los que la intensidad de las iniciativas obreras transforma la ciudad en proletaria mediante el ejercicio de una crítica práctica a la ciudad capitalista. Además, esas reapropiaciones se acompañan de las deserciones burguesas.²⁹ Se puede tomar, entonces, la visibilidad de la Barcelona obrera que oscurece la Barcelona burguesa como testimonio del poder constituyente que corresponde a un proletariado en acción. La negación del orden capitalista en la ciudad es, en definitiva, la premisa de la afirmación de la metrópoli proletaria.

Se ha apuntado que en la crónica de la metrópoli proletaria, se trata primordialmente de reconocer los modos, los instrumentos y las finalidades de uso del territorio por el proletariado urbano en una determinada fase del enfrentamiento de clases. Es en ese sentido que hemos considerado oportuno incorporar algunos antecedentes históricos en los que, por motivos diversos, los territorios urbanos fueron plataforma y altavoz.

²⁹ El pánico de la burguesía se traducía en los momentos de máxima insurrección proletaria en el abandono: en aquellas ocasiones, la huida a la residencia secundaria o el encierro en las mansiones eran los síntomas del dominio obrero en Barcelona. Claudi Ametlla, para disculpar a Ferrer Guàrdia de la dirección que se le atribuía en los desmanes de la Semana Trágica, comenta en sus memorias que su comportamiento fue similar al de cualquier otro burgués: «Ferrer, a quien sorprendió el golpe en Barcelona, se retiró a una casa de campo que, como cualquier burgués, poseía por aquellos alrededores. Y en eso imitaba a buen número de burgueses que huyeron de la ciudad al comenzar el tumulto». Véase Claudi Ametlla, *Memòries polítiques (1890-1917)*, Pòrtic, Barcelona, 1963, p. 273.

La célebre huelga general de julio de 1855 representa un testimonio de las prácticas apropiativas de la ciudad por el proletariado. En el manifiesto que la Comisión Obrera dirigió a la clase obrera de Cataluña se especificaban los canales de lucha: «Nos hemos visto obligados a dejar los talleres [...] continuemos sin ocuparlos»;³⁰ el cobijo y eco idóneo sería, en contrapartida, el espacio. La ocupación de la calle, en la que la participación proletaria en las manifestaciones se realizaba sin distinciones de rangos profesionales ni de los estados de relación con la producción, cohesionaría las fuerzas decididas a la lucha. La respuesta del orden también concebía estrategias de dimensión territorial: fueron diversas las localidades catalanas ocupadas militarmente y la burguesía formó una milicia particular, a las órdenes de los alcaldes de barrio, con la misión de restablecer expeditivamente la normalidad ciudadana. Además de recuperar y pacificar el espacio público, las medidas represivas pretendían resquebrajar la amplitud de la respuesta proletaria. Era explícito, en ese sentido, el bando del capitán general Zapatero del 5 de julio, cuyo primer artículo señalaba que «todo forastero, sin cédula de vecindad ni modo de vivir conocido, será aprehendido».³¹

Otra muestra significativa de esa territorialización de las luchas obreras —en este caso por cuestiones no propiamente laborales— son los disturbios de abril de 1870 en Barcelona. En aquel año, además de la creación de la Liga contra las Quintas, con la participación destacada en sus actos públicos y manifestaciones de elementos significativos del Centro Federal de las Sociedades Obreras de Barcelona, la ciudad se vio conmocionada por los motines ocurridos a principios de abril en los arrabales fabriles —Sants, Gràcia, Sant Martí— contra el

³⁰. El manifiesto se halla reproducido como apéndice en Francisco Olaya Morales, *Historia de los movimientos sociales en España*, vol. 1, *De la Revolución Industrial al cooperativismo*, Queimada, Madrid, 1983, p. 173.

³¹. *Ibid.*, pp. 134-135.

llamamiento de un nuevo reemplazo a filas.³² Aquellas jornadas insinúan ya los rasgos que irá adquiriendo la identidad autónoma de la clase trabajadora, deslindada de las propuestas burguesas. Se asume que el Ejército como institución es un recurso del capital y del Estado que solo supone adversidades para el proletariado. Asimismo, en el acto de irrupción masiva en la calle contra la movilización militar, se denota uno de los componentes que quedará incluido en la estrategia obrera en España. Efectivamente, el antimilitarismo puede considerarse como una de las problemáticas que concernió, en el campo de la reflexión, pero también de las prácticas, al proyecto de emancipación proletaria de aquella época, y la Semana Trágica representó uno de los testimonios más significativos del talante insumiso del proletariado.

Los motines de mayo de 1898, en pleno desenlace del Desastre, son otro exponente de movilizaciones apegadas al territorio. Carlos Serrano ha señalado que fueron «un reguero de pólvora», una oleada de revueltas locales que, alentadas por el malestar de las capas subalternas por los efectos negativos de la crisis de 1898 en sus modos de vida, se expandió por distintas áreas del Estado español. La coincidencia de las rebeliones respondió al rechazo, desde diferentes enclaves, del incremento del impuesto de consumo que gravaba los productos alimentarios. En aquella protesta, generalizada pero desperdigada, contra el alza del coste de vida, la insurrección popular y obrera encontró un nexo: oposición abierta, tal como declararon los huelguistas en Manresa, a «la contribución de sangre» que, en aras del patriotismo, estaba pagando la clase obrera». Por otro lado, como apunta el mismo historiador, parece indicado destacar de aquellas algaradas que, junto con los motines rurales, el fenómeno también sacudió a sectores modernos de la economía, como las minas, y que aquellos

³² Josep Termes, *Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional (1864-1881)*, Crítica, Barcelona, 1979, p. 61.

motines obreros inquietaron considerablemente tanto a los poderes públicos como a las burguesías locales. Una preocupación que llevó a que se tomaran medidas preventivas de urgencia para evitar que aquel reguero de movilizaciones saltara de las aglomeraciones de segundo orden a las grandes ciudades españolas, como Madrid, Barcelona y Valencia, y que la tensión de Sevilla y Bilbao acabara traducándose en incidentes graves.³³

Los acontecimientos reseñados responden, de alguna forma, a dos modalidades de propagación e irrupción de los usos de clase del territorio. Una de ellas es la que sale de la fábrica, de los recintos productivos, y conquista el espacio urbano. La otra, en cambio, procede más bien a la inversa: surge de la calle y se fusiona a los espacios productivos.

La huelga general de 1902 se correspondería, entonces, con el primer procedimiento de despliegue de la metrópoli proletaria. Son los conflictos laborales los que provocan la generalización del descontento del proletariado urbano. Es decir, las reivindicaciones que afloran en la fábrica son las que reclaman una solidaridad de clase y esta se encuentra y se difunde en los territorios urbanos.

La Revolución de Julio, en cambio, se correspondería con una insurrección urbana que se inicia en movilizaciones callejeras. Es a partir de una llamada a filas a parte de la población obrera barcelonesa, con motivo de la Guerra de Marruecos, como se crea un estado de descontento generalizado en la ciudad. Poco a poco, aquella traca va amplificándose y acaba estallando en toda la ciudad. En ese movimiento también encontramos la resonancia en los lugares de trabajo, pues parte de la amplitud de aquella semana se debe a la convocatoria de una huelga general, en el sentido de que esta expresa un paro

³³. Véase Carlos Serrano, *Final del imperio. España, 1895-1898*, Siglo XXI, Madrid, 1984, pp. 92-112; y *Le tour du peuple. Crise nationale, mouvements populaires et populisme en Espagne (1890-1910)*, Casa Velázquez, Madrid, 1987, pp. 40-54.

general de las tareas productivas. Introducirse en la metrópoli proletaria significa, pues, mantenerse al acecho de las coyunturas, ya que la apropiación insólita del espacio que practican las deserciones al orden urbano depende de la capacidad de encender la mecha cuando la ocasión es propicia.

La Barcelona obrera contra la Barcelona burguesa

Remontarse a la huelga general de 1902 requiere, de alguna manera, aproximarse de nuevo a aquel escenario urbano. Quizá rastreando en él podremos percibir que la tranquilidad que mencionábamos antes era simplemente un estado irreal. El motín obrero de aquellas jornadas de febrero fue «como el respiradero volcánico de un mar de fuego subterráneo» y «por el ruido y los flamantes reflejos de pasajero y amenazador motín se enteran los que pasan tranquilamente su vida sobre un suelo minado por furores revolucionarios de que el proletariado se desespera y de que aquí, allá o acullá se altera el orden».³⁴

Desde esta otra perspectiva, la huelga general de 1902 es el punto álgido de un ciclo de luchas que enlaza hacia atrás, al igual que se prolonga hacia delante. Aquella huelga es un momento que cabe contemplar intercalado en el ciclo huelguístico que se inició en Barcelona una vez padecidos en los sectores proletarios los primeros impactos de la crisis acelerada por el desastre colonial y que se extendió, al menos, hasta 1903. Es decir, se parte de una concatenación inicial de luchas obreras en la que, probablemente, el apogeo, que no final, fue la huelga que afectó a la ciudad en febrero de 1902.

La primera huelga notable del siglo xx en Barcelona se desarrolla en mayo de 1901. Tiene por protagonistas a los tranviarios,

³⁴. Anselmo Lorenzo, *Criterio libertario*, José J. de Olañeta, Barcelona/Palma de Mallorca, 1978, pp. 19-20 [ed. orig. Biblioteca de La Huelga General, Barcelona, 1903].

quienes, tras demandar un aumento salarial y el control de la contratación, pretenden generalizar el parón. Como han apuntado algunos autores, ese conato de huelga general que «dejó perpleja a la burguesía»³⁵ también pone de relieve aspectos significativos de la situación de la clase obrera en Barcelona.

En el proceso de reestructuración, la ofensiva de la patronal comenzó en el textil, en las áreas de montaña. Los obreros afectados respondieron al reto: se declararon en huelga, pero perdieron, ya que sobre ellos se impuso un pacto de hambre. El proletariado había sufrido una de sus mayores derrotas. En la ciudad, la debilidad organizativa del sector no propició una respuesta solidaria.³⁶

Esa pasividad de los obreros textiles en la ciudad se ha considerado precisamente como el signo de un cambio en el liderazgo del movimiento obrero. Ello da pie a referirse, primero, a la composición técnica de la clase obrera barcelonesa y, después, a sus articulaciones político-organizativas. Parece ser que el textil, a pesar de ser el sector de la población obrera numéricamente mayoritario en la ciudad, ya no era la lanzadera de la lucha obrera. Las razones, según Joan Connolly Ullman, deben atribuirse a las modificaciones internas que se fueron produciendo entre la fuerza de trabajo ocupada en el sector. La ruptura en el proceso laboral entre unas capas de obreros cualificados y otras de obreros —y obreras— descualificados generó una división también en el plano político. El grupo de los cualificados se mostraba partidario de establecer negociaciones dentro del sistema y dispuesto a acceder a las posibilidades de movilidad ascendente que presta la división social del trabajo. El otro

³⁵. Vicens Vives, «El moviment obrerista català...», *op. cit.*, p. 17.

³⁶. Sobre el desarrollo de la huelga del textil de 1901 y sus repercusiones en la ciudad, puede consultarse Albert Balcells González, *Trabajo industrial y organización obrera en la Cataluña contemporánea (1930-1936)*, Laia, Barcelona, 1974, pp. 58-60; y Connolly Ullman, *La Semana Trágica...*, *op. cit.*, pp. 130-131.

grupo, en cambio, se mostraba reacio a la vía del pacto social, y no alcanzaba a consolidarse en el plano organizativo.³⁷

Los cambios en la producción, o más bien en la posición de los diferentes sectores obreros en el proceso productivo, dieron lugar a una recomposición técnica del proletariado. Podríamos decir que, cuando menos, se está en una fase de transición. Por otro lado, todavía podemos constatar la hegemonía del obrero profesional o de oficio en las instituciones del movimiento obrero y este, nucleado en su societarismo, es capaz de sostener un nivel elevado de rigidez en el mercado de trabajo.³⁸ Sin embargo, esta misma hegemonía, aunque persistente en el plano organizativo y político, se irá quebrando.

Durante aquella época, la composición orgánica de la clase obrera es, en la ciudad de Barcelona, heterogénea por cuanto, a ese sector garantizado en la producción que constituyen los obreros de oficio debido a su saber y habilidad, se añaden —y cada vez con mayor intensidad— otros segmentos, algunos de los cuales se caracterizarán por su calidad de obreros móviles, es decir, por mantener una relación irregular con los mercados de trabajo mientras ejercitan el *turnover*, bien por la debilidad de la oferta de trabajo, o bien por su negativa a permanecer enclaustrados en la fábrica.³⁹

³⁷. Connelly Ullman, *La Semana Trágica...*, op. cit., pp. 130-131.

³⁸. Entre las limitaciones e insuficiencias de la industrialización en Cataluña, Jordi Maluquer de Motes, refiriéndose básicamente al sector textil, destaca como factor importante la baja productividad del trabajo debida, entre otras causas, a la decidida resistencia obrera ante cualquier medida que pudiera comportar una reducción del volumen de la ocupación en el sector. Véase Jordi Maluquer de Motes, «La revolución industrial a Catalunya», *L'Avenç*, n.º 73, 1984, p. 32.

³⁹. Este fenómeno ha sido destacado por M. J. Sirera, *En realidad Barcelona tiene una especie de población flotante*, tesis doctoral, Universitat de Barcelona, 1959, p. 33.

Simón Piera plasma en su autobiografía un ejemplo de movilidad acusada tanto residencial como laboral. Véase Joaquim Ferrer, *Simó Piera: perfil d'un sindicalista*, Pòrtic, Barcelona, 1975, pp. 17-25.

Hemos tenido ocasión de apuntar anteriormente el crecimiento acelerado de los recursos humanos en Barcelona debido a la afluencia de inmigración. En su mayoría, esos flujos reúnen unas características sociales afines: depauperados en los lugares de origen, acuden, sin conocimiento de un oficio, a la metrópoli en busca de un puesto de trabajo o de los mecanismos de reproducción que los espacios urbanos facilitan. Sin embargo, en la debilidad y heterogeneidad de las clases proletarias radicadas en Barcelona, en principio, la procedencia geográfica del nuevo residente no importa tanto, aunque *a posteriori* ese elemento pueda convertirse en determinante por otros motivos.⁴⁰

El factor primordial de la segmentación de la clase obrera urbana residirá, más bien, en los diferentes enclaves que esta ocupa o por los que circula en las distintas actividades económicas. De la crisis de empleo generalizada y de las formas selectivas de contratación laboral imperantes, se derivan unas relaciones proletarias con los espacios de la producción sumamente contrastadas. Estas razones dificultarán la entrada e integración en las redes productivas y, por lo tanto, también en la ciudad, de los recién llegados. Baste señalar en este sentido, como apunta Borja de Riquer en su análisis de la estructura social de la ciudad, que solo el 28,5 % de la población barcelonesa constaba en el censo de 1900 como población activa: dato que da cuenta, aun con la poca fiabilidad que ofrece el sistema censal utilizado, de la existencia de unas franjas de la población obrera no regularizada.⁴¹

Esos segmentos proletarios que, siendo numerosos, se encuentran expulsados del mercado de trabajo primario, sin

⁴⁰. Precisamente en el próximo apartado, cuando abordemos la cuestión del supuesto fracaso de la huelga general debido a la hegemonía llerrouxista en los medios proletarios barceloneses, aludiremos al factor nacionalista como elemento utilizado para escindir al proletariado urbano.

⁴¹. Borja de Riquer, «Les eleccions de la Solidaritat Catalana a Barcelona», *op. cit.*, p. 112.

embargo cabe considerarlos en todos sus procesos de movilización. Posiblemente hallemos en esas franjas buena parte de las participaciones en el movimiento real del proletariado que no están directamente mediatizadas en el enfrentamiento dual entre clase obrera y capital por las instituciones formalizadas del movimiento obrero. Al mismo tiempo, no podemos contemplar esas franjas como expulsadas, propiamente, del mercado de trabajo: en primer lugar, porque en aquellas circunstancias parece un tanto precipitado referirse a la existencia de un solo mercado de trabajo, además, institucionalizado.⁴² En segundo lugar, su presencia en el mercado o mercados de trabajo es notoria, aunque su relación venga señalada por su ausencia, ya que ejercen presión sobre este: son, en casos extremos, los esquiroles empleados para romper las luchas.

Los cambios apreciables en la composición técnica del proletariado derivan, asimismo, en la aparición de otros sectores más combativos en el movimiento obrero. El transporte y la metalurgia, por la problemática laboral y por la conciencia asociativa, sustituirán al sector que protagonizó las huelgas de Ripoll y del valle del Ter.⁴³ Los signos de la metamorfosis no significarán una retirada del textil del escenario de la lucha de clases, pero sí una pérdida de liderazgo.⁴⁴ De momento, esas mutaciones no se trasladan a la composición política, si por

⁴² Numerosos autores se han referido a la dificultad de sostener la existencia de un mercado de trabajo institucionalizado a principios de siglo. Entre ellos, destacan las aportaciones de Christian Topalov, «Invention du chômage et politiques sociales au début du siècle», *Les Temps Modernes*, vol. 43, n.º 496-497, 1987, pp. 53-92. En el caso español, véase Álvaro Soto Carmona, *El trabajo industrial en la España contemporánea (1874-1976)*, Anthropos, Barcelona, 1989.

⁴³ Enric Olivé, *Moviment anarquista català i l'obrerisme 1900-1909*, tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 1977, p. 239.

⁴⁴ Josep Lluís Martín Ramos, «Anàlisi del moviment vaguístic a Barcelona (1914-1923)», *Recerques: història, economia i cultura*, n.º 20, 1988, pp. 93-114.

ella ahora entendemos o nos referimos, como apuntábamos, a los contenidos de las luchas y a las formas organizativas. Habiéndose dado un cambio en las figuras, el movimiento, a comienzos del siglo xx, todavía está anclado en la memoria histórica y la herramienta para la lucha de clases es el oficio, su sociedad y las plataformas reivindicativas similares a las del ciclo de las ocho horas de la última década del siglo xix.⁴⁵

De todas formas, y a pesar de la derrota de los obreros del textil de la montaña, el proletariado urbano barcelonés no había renunciado a la lucha. En 1901, se abre en la ciudad un ciclo de luchas que tienen en común la oposición a los efectos de la crisis, tanto los aspectos que inciden en el empleo —las condiciones de trabajo o de contratación— como los aspectos retributivos. Ese año se producen una serie de huelgas sectoriales, algunas duras y duraderas. Sobresale el referido ensayo de huelga general de los obreros del tranvía y el paro en una fábrica textil de Sant Martí de Provençals, con el que las huelguistas consiguen la readmisión de unas compañeras; ya a finales de año, también se incorporan a ese movimiento sincopado los metalúrgicos y los carreteros.⁴⁶

Este ciclo, además, se significa por un recambio, como hemos señalado, de los sectores que encabezan el movimiento. Destacando, por la relevancia que cobra su huelga, los metalúrgicos. Es a raíz del conflicto que sostienen los trabajadores de este ramo que, en febrero de 1902, se convoca una

⁴⁵. Antonio Bar, *La CNT en los años rojos. Del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo (1910-1926)*, Akal, Madrid, 1981, pp. 20-21. En este sentido se expresa Ángel Rojo, seudónimo del militante cenetista Adolfo Bueso: «Los elementos activos estaban por entonces —refiriéndose a los comienzos del siglo xx— en una especie de compás de espera, sin atreverse a tomar formas más sindicales». Véase Ángel Rojo, *Recuerdos históricos. La Semana Trágica de Barcelona 1909*, CNT, Toulouse, p. 6.

⁴⁶. Para una descripción de estas huelgas, véase Romero Maura, *La Rosa de Fuego...*, op. cit., pp. 206-208.

huelga general. La resonancia que alcanza, desde luego, no es solo atribuible a las sociedades de los metalúrgicos. Las razones de aquella huelga general tampoco estriban en una simple muestra de solidaridad obrera hacia sus reivindicaciones. Cabe, pues, analizar su papel catalizador e interpretar la participación obrera en aquella huelga local generalizada, sus contenidos y sus modos de expresión.

Más que una cronología del desenlace de la huelga, ya recogida en diversos estudios,⁴⁷ nos interesa resaltar las relaciones de causa y efecto en las que se puede percibir la emergencia de la metrópoli proletaria, ya que aquellas jornadas representaron la sobreexposición de la Barcelona obrera contra la Barcelona burguesa.

El lunes 17 de febrero es el primer día de aquella huelga general local. El domingo anterior se habían celebrado cuarenta y cuatro mítines; entre los asistentes flota la impresión y la decisión de recurrir a la huelga general como arma afirmativa de su presencia y fuerza en la ciudad: «El proletariado barcelonés reunido en asamblea magna decidió, no acordó [la convocatoria de la huelga general], porque en ciertos momentos y en determinadas circunstancias se saca una resolución de un pensamiento elaborado ya y que constituye criterio».⁴⁸ Esa misma jornada, al atardecer, las sociedades de resistencia convocaban la huelga para el próximo día. A la mañana siguiente, el proletariado urbano iniciaba una semana que se significaría por el aspecto que ofrecían las calles: los obreros se adueñaron

⁴⁷. Podemos destacar Alfonso Colodrón, «Aproximación al estudio de la huelga general», *op. cit.*; Connelly Ullman, *La Semana Trágica...*, *op. cit.*; y Romero Maura, *La Rosa de Fuego...*, *op. cit.* También cabe mencionar las aportaciones de Riquer, *Lliga Regionalista...*, *op. cit.*; Jordi Nadal, Carles Sudrià y Josep Cruañas Tor, *Història de la Caixa de Pensions*, Edicions 62, Barcelona, 1981; y Ramos y Bengoechea, «La patronal catalana...», *op. cit.*, pp. 77-95.

⁴⁸. «Recuerdo de la Huelga General de Barcelona-febrero 1902», *La Huelga General*, n.º 13, 20 de febrero de 1903, p. 4.

de la ciudad y, junto a ellos, solo paseaban las tropas encargadas de sofocar el movimiento.⁴⁹

La huelga del metal había estallado el 6 de diciembre. La desencadenaron los cerrajeros, recogiendo el ambiente de malestar que se arrastraba en el sector desde septiembre. El 16, salvo en las grandes empresas del sector, el paro se había generalizado a todo el ramo metalúrgico. Al cabo de dos meses, la generalización ya afectaba a la ciudad; antes se habían ido incorporando otros sectores. La característica principal de aquel aldabonazo contra la burguesía es, pues, el ser resultado de un movimiento sincopado.

La reivindicación inicial, según los obreros del metal, correspondía al recorte de la jornada laboral. Poco a poco aquella reivindicación se fue diluyendo hasta quedar en nada más que el *aquí estamos*.⁵⁰ La huelga general afrontaría el reto de la burguesía: «Haremos como los indios: ojo por ojo y diente por diente».⁵¹ La radicalización del conflicto dejó cara a cara al

⁴⁹. Refiriéndose al desarrollo de la huelga general, José Prat remarca la toma de la calle por los elementos proletarios, el abandono de una miedosa burguesía y la circulación de las tropas por la ciudad para sofocar el movimiento. Véase José Prat, *¿Competencia o solidaridad? Refutación del reformismo político patrocinado en el libro "El Instituto del Trabajo"*, Biblioteca Geopolítica, Barcelona, 1903, p. 34. El cara a cara entre huelguistas y ejército tras la ocupación militar de la ciudad es remarcado, asimismo, en el periódico *El Diluvio*, 24 de febrero de 1902, edición matutina.

⁵⁰. Ciertamente, dada la radicalidad de los acontecimientos, todo se resumía en un acto de presencia, en ese *aquí estamos* que fue tomado como un fuerte aldabonazo en las puertas de la burguesía. Esa fue la conclusión extraída por el diputado Roig Bergadá en el debate en las Cortes, celebrado entre febrero y marzo, alrededor de la cuestión social suscitada, precisamente, por la huelga general de Barcelona. Véase Buylla et al., *El Instituto del Trabajo...*, op. cit., p. 110.

⁵¹. Este folleto distribuido por las calles de Barcelona era una muestra de los propósitos de la huelga, ya que trataba la unión y la solidaridad obrera para hacer temblar a los burgueses. Reproducido en Riquer, *Lliga Regionalista...*, op. cit., pp. 343-344.

proletariado y la burguesía: a medida que pasaban los días, los bandos contendientes se cohesionaban por separado. Todos los mecanismos de conciliación fracasaron. La primera plataforma de arbitraje —a instancias del gobernador civil— chocó con la intransigencia patronal; la segunda, promovida por el Ayuntamiento, topó con la negativa proletaria; otras dos últimas, auspiciadas por el conjunto de las fuerzas vivas locales —excluyendo al gobernador— no hallaron fórmulas de entendimiento.⁵²

El proceso indica, pues, que la huelga de los metalúrgicos desató un movimiento en el que se dirimió abiertamente una batalla importante de la guerra de clases. El lado proletariado no tuvo más que decidirse un domingo y poner en práctica el lunes una huelga general como momento asociativo en el que se agregaba y afirmaba la identidad de la clase contra el enemigo. En ese sentido, las decisiones se habían ido tomando en el contacto de sesenta días de conflicto, con celebraciones casi diarias de mítines que propiciaban la puesta en común de la palabra obrera. Y las calles de la ciudad, que recorrían los piquetes, fueron un altavoz idóneo, lugares prácticos para el auto-reconocimiento.

Aparece, así, un aspecto crucial del uso de clase del espacio urbano por el proletariado urbano: se convierte en caja de resonancia. La propagación de la huelga y el éxito que alcanza su convocatoria tienen diferentes circuitos. Ciertamente, el triunfo de la huelga sorprende a propios y extraños. Estos últimos, los burgueses, no pueden dejar de extrañarse de que, tras un periodo de relativa calma, surja aquel conflicto y con las dimensiones que lo hizo.⁵³ El lado proletario también muestra sorpresa, ya que la

⁵² Ramos y Bengoechea, «La patronal catalana...», *op. cit.*, pp. 80-83.

⁵³ Complementando los comentarios de la nota 49, Amadeu Hurtado menciona la extrañeza o golpe inesperado que representó entre la burguesía el intento revolucionario y como, de esa percepción inicial, se pasó a un clima de inseguridad, de pánico: «A partir del día 19, los burgueses sacarán

debilidad de sus instituciones regulares no hacía previsible una difusión tan amplia como la conseguida. Por lo tanto, para alcanzar esa dimensión, la combatividad obrera no solo ha corrido desde los organismos regulares del movimiento obrero, o por ellos, sino que también ha circulado y tenido eco en lo informal de lo urbano, en las redes societarias, que en este caso son los ámbitos cotidianos de los espacios cualesquiera urbanos.

En la difusión de la huelga destaca entonces lo que en otro momento de esta investigación hemos llamado «composición cultural». Habiendo señalado la descomposición técnica, o fase de transición, de la clase trabajadora y la debilidad político-organizativa, son los nexos cotidianos y unas condiciones sociales similares en la ciudad las que permiten la agregación. De esta manera, los espacios de vida se activan como caja de resistencia. Precisamente una caja de resistencia que consiente la prolongación de los conflictos, ya que se prestan ayudas monetarias, pero también en especie, es decir, todo lo que hace posible sostener la lucha.⁵⁴

a sus hijos de los internados dirigidos por religiosos y muchos huirán al campo, llegando algunos a pasar la frontera francesa» (Amadeu Hurtado, *Quaranta anys d'advocat. Història del meu temps [1894-1936]*, Ariel, Barcelona, 1968, pp. 73-74). Las referencias a las fugas de la burguesía de Barcelona se recogen en Colodrón, «Aproximación al estudio de la huelga general», *op. cit.*, p. 101.

⁵⁴. Es interesante resaltar, en este sentido, la indivisibilidad que la lucha establecía respecto a los intereses de la comunidad proletaria movilizada. El sábado anterior a la huelga, en la crónica de los acontecimientos destacaría precisamente una manifestación de tres mil proletarios que consiguió frenar el desahucio de la familia de un huelguista que vivía en la calle de l'Argenter. La vivienda, y la problemática urbana, no estaban ausentes, como testimonia esa manifestación, y como se observa en otros momentos de la investigación, de las miras del movimiento proletario. No obstante, esas cuestiones no se contemplaban al margen de las demás preocupaciones. Para la crónica de la manifestación, véase *El Diluvio*, 16 de febrero de 1902, edición vespertina.

A la ciudad-caja de resonancia se le añadía, pues, la ciudad-caja de solidaridad o resistencia. En esos momentos, se trataba solo de pervivir como clase: ponerse y afirmarse activamente como parte contrapuesta a la ciudad burguesa. Estando dentro de la ciudad, extraerse era la máxima del contrapoder obrero constituyente y, en ese sentido, la plataforma reivindicativa tenía que ser inexistente, ya que el único punto de la movilización era mostrarse como potencia social.

Los tibios intentos y propuestas de ciudad-fábrica de la burguesía no podían taponar las esferas de autonomía que la comunidad proletaria construía y reafirmaba en sus espacios cualesquiera. Esa era la apuesta de ambos bandos, aniquilar el uno al otro. Por eso, la respuesta de la metrópoli proletaria no expresa ninguna reivindicación, no habla un lenguaje traducible al poder, se expresa con carácter festivo:

*Aquella tarde todo sonreía. El triunfo moral del Trabajo se veía reflejado en el rostro de los huelguistas. En los puntos estratégicos, plazas y barriadas obreras, se veía fuerza armada [...]. En plena posesión de su triunfo, satisfechos, los huelguistas no se preocupaban de las maquinaciones de la autoridad. Se cantaba, se reía.*⁵⁵

La presencia del proletariado desafía e ignora al orden. En ese momento de ruptura, adviene lo insólito: la efervescencia maneja lo inmediato como proceso instituyente.

Y, por último, «es imposible hacer un escarmiento, porque no se presentan en grandes grupos».⁵⁶ En el telegrama que el general Bargés envió al ministro de la Guerra, se lee, paradójicamente, una de las peculiaridades resaltantes del movimiento: con ese «imposible», reconoce que la posibilidad de la conciencia

⁵⁵. Ignasi Clarià, «Mi asesinato», *La Huelga General*, n.º 13, 10 de febrero de 1903.

⁵⁶. *Ibid.*

en acción del proletariado urbano barcelonés se hizo a partir de las singularidades. El movimiento no tuvo un centro, sino que fue resultado de la convergencia de múltiples líneas, que, respondiendo a su carácter fluido, no dispusieron durante el acontecimiento de más organización que el propio espacio urbano donde se proyectaba la acción. Una de las premisas del proceso instituyente estriba, pues, en la renuncia a la institucionalización, ya que las circulaciones obreras por la ciudad no tenían un sentido, porque no iban a ninguna parte; de ahí la sorpresa de sentirse dueños.

La burguesía sintió pánico por esa presencia imprevista del proletariado, de ese enemigo interior que, de pronto, desplegó su fuerza sin saberse de dónde venía. Y en ese clima de inseguridad, prefirió la desertión. El proletariado, en cambio, hizo suya la ciudad. Su crítica práctica consistía en llenar de vida, en un momento intenso, unos espacios muertos. Teresa Claramunt, en el mitin del Circo Español, dijo:

No se han de quemar los palacios, sino las buhardillas sucias que habitan los obreros. Los palacios se han de guardar para habitarlos los trabajadores. Y, en todo caso, cuando se quemen las miserables viviendas llenas de corrupción en las que han de vivir los pobres, se ha de tirar al burgués para que también se queme.⁵⁷

Al amparo de la movilización se inserta, entonces, la apropiación de los espacios, sean estos abiertos o cerrados. El proletariado descubrió, durante el transcurso de la huelga general, en ese embrión de estrategias que es la experiencia, el interés supremo de apropiarse del territorio para la eclosión de la identidad colectiva. Reducto propicio para replegarse sobre sí mismo cuando se trata de profundizar la separación del comando

⁵⁷. *La Veu de Catalunya*, 17 de febrero de 1902.

capitalista y eslabón idóneo para las escaramuzas abiertas del conflicto cuando se tercia el combate.

En una fase como aquella, en la que la identidad proletaria se reconoce en los rasgos comunitarios, es importante incidir en la simbiosis práctica que se establece entre la clase obrera y su propio territorio. Mientras que las iniciativas capitalistas van en la dirección de quebrar la comunidad proletaria intervinendo en el territorio que hábilmente manejan los proletarios —sobre todo especializando funcionalmente el espacio—, la tendencia proletaria se decanta por reforzar los lazos: el territorio como retaguardia natural de las luchas obreras, tanto en sentido defensivo como ofensivo.

Insistiendo en la misma línea, es preciso remarcar que el éxito o el fracaso de las huelgas laborales, de carácter sectorial o general, radica en la capacidad obrera de superar el encierro de la lucha en las unidades productivas directamente afectadas. Traducir la debilidad en potencia significaba proponer como arma de presión la extensión del conflicto al territorio. La solidaridad de la clase obrera, necesaria para la resolución favorable de las pretensiones reivindicativas, contaba con la propagación, comunicación y circulación de las luchas en los ámbitos urbanos considerados campos de anexión de fuerzas dispersas.

La huelga general de 1902 en Barcelona, desencadenada a partir de unos asuntos laborales, es, a nuestro entender, una prueba importante de la confrontación social que halla en la politización de los usos del espacio urbano uno de los recursos principales para extender y mantener la lucha desatada. De acuerdo con las circunstancias estructurales y coyunturales, mostrará unas especificidades, pero también —demostrando la fuerza de las memorias colectivas que recrean las experiencias— recordará esos empleos de la ciudad en otras secuencias del antagonismo. La organización obrera emplazada por los condicionantes de todo estilo que la rodean se va rehaciendo a base de sedimentaciones: unas prolongaciones que no calcó de

antecedentes históricos, ya que el apremio de luchar para vencer no deja que el recuerdo sea rémora.

La Revolución de Julio de 1909 en Barcelona también será uno de esos episodios de las luchas del proletariado en los que un ataque a la comunidad, como representó el alistamiento de proletarios a la guerra del capital, genera la respuesta común y firme de unos sectores sociales hasta aquel momento divididos. En la dimensión que adquirirían los acontecimientos, uno de los principales planos de convergencia consistió en ocupar y adueñarse de la ciudad, aunque una de las bases de la insurrección y motivo de su sostén fue precisamente la paralización de los procesos productivos resultante de la huelga general convocada contra los embarques por las sociedades de resistencia coordinadas localmente en Solidaridad Obrera. Una llamada a la huelga general, sin embargo, de éxito anticipado dado el ambiente predispuesto a ese tipo de acción.

1909

LA TRACA DE LA INSURRECCIÓN

Barcelona recupera, tras aquella súbita e inesperada irrupción del proletariado urbano, la normalidad. La huelga general de febrero de 1902 acaba en fracaso. Ciertamente, los metalúrgicos vuelven al trabajo con estragos en sus filas: despidos y listas negras. Su plataforma reivindicativa no fue aceptada por la intransigente y cohesionada patronal del sector. Además, rebasados los intereses concretos de quienes fueron su detonante, la huelga general cobra un mayor carácter de derrota, pues, durante aquellos días, el proletariado demostró la incapacidad de presentar un programa, de representarse en una sólida organización, y eso es síntoma de inmadurez del movimiento obrero barcelonés. En cambio, la burguesía ha sabido extraer fuerzas de flaqueza y reforzar el orden urbano.

Es posible, desde esta perspectiva, que en los balances del movimiento obrero los resultados de aquella acción queden catalogados como un paso atrás. Los obreros apenas arrancaron unas mejoras laborales y se procedió al cierre de locales de las sociedades obreras y al encarcelamiento de los líderes del proletariado militante; también se sumó a la derrota una estela de muertos y heridos.¹ Y, como colofón, las masas obreras

¹. Manuel Tuñón de Lara es uno de los autores que ha interpretado aquella huelga general de 1902 como derrota o marcha atrás del proletariado.

iniciaron una nueva travesía por el desierto: se alistaron al verbo del Emperador del Paralelo. El lerrouxismo recogería tras febrero de 1902 las cenizas de un proletariado que no había sabido vencer.

El final de la huelga parece, entonces, deparar el augurio de la tranquilidad social en Barcelona. Las secuelas desmovilizadoras inherentes a la derrota generarían las condiciones para el establecimiento de una larga tregua en los contornos de la lucha de clases. De hecho, el estruendo no volvería a producirse hasta julio de 1909, de manera inesperada y por motivos totalmente sorprendentes. Sin embargo, en ese lapso se incubaron en el lado obrero, junto con un sinfín de acciones de resistencia difusa, los gérmenes que brotarían espontánea y masivamente contra la mayor de las movilizaciones generales

Para él, aquella «guerrilla huelguística» fue una salida desesperada, que no revolución, de unos obreros debilitados y, tras la reanudación del trabajo, el lunes 24 de febrero, la estructura local del movimiento obrero barcelonés habría quedado deshecha. Véase Manuel Tuñón de Lara, «Estructuras sociales (1898-1931)», en VV. AA., *Historia de España*, t. XXXVII, *Los comienzos del siglo xx. La población, la economía, la sociedad (1898-1931)*, Espasa-Calpe, Madrid, 1984, p. 485.

Ciertamente, el lunes el paro había fracasado. Los metalúrgicos, después de su larga y heroica resistencia, se vieron obligados a rendirse, aceptando nuevamente la antigua jornada de diez horas y viendo como eran despedidos mil quinientos obreros. Al mismo tiempo, se clausuraron los locales de las sociedades y centros obreros, las detenciones fueron aumentando progresivamente y la represión, en fin, se hizo general y sistemática. Los patronos, además, la utilizaron como justificante para llevar a cabo su política de reducción de costos laborales. En suma, como reflejó Anselmo Lorenzo en el análisis del movimiento, el proletariado «cayó en triste marasmo». Sobre las repercusiones de la huelga en el lado obrero, véase Xavier Cuadrat, *Socialismo y anarquismo en Cataluña (1899-1911). Los orígenes de la CNT*, Revista de Trabajo, Madrid, 1976, pp. 83 y 105; respecto a las posturas de la patronal, véase Connolly Ullman, *La Semana Trágica...*, *op. cit.*, p. 134. Las reflexiones de Anselmo Lorenzo figuran en el prólogo a la obra de José Prat, *La burguesía y el proletariado*, reproducidas en Cuadrat, *op. cit.*, p. 105.

de la población: el uso de la guerra como arma del capital para la sumisión del proletariado.

Se puede iniciar, pues, esa crónica de la metrópoli proletaria que estalla en julio de 1909 en Barcelona contrastando el eclipse del proletariado con la visión de la derrota que se deriva de la huelga general de 1902. Como hemos apuntado en otros momentos, el uso proletario de la metrópoli oscila entre el repliegue y el despliegue; las luchas obreras y sociales son, en consonancia, ambivalentes, una mezcla de pasividad y actividad, de implosión y explosión. Su estado no se puede asociar a la rebelión permanente, como tampoco, en sentido contrario, a la integración absoluta. Se entremezclan en la experiencia proletaria momentos de calma o reposo y momentos de combatividad exacerbada. Leopoldo Bonafulla, en un recuento de la Revolución de Julio de 1909, se refiere a esa oscilación apuntando «la comprimida complejidad psicológica de las multitudes contemporáneas, un día héroes, otro día, resignados».²

El camino que se abre para llegar a la Revolución de Julio atraviesa, pues, la fase de subterrneidad de la metrópoli proletaria que denota un eclipse del propio movimiento obrero. Pero, al mismo tiempo, creemos, rectifica las valoraciones de aquella huelga general de 1902. Por lo tanto, es preciso anotar, aunque sea de manera sinóptica, las respuestas que se dieron en el flanco burgués durante y después de aquellas jornadas y señalar, asimismo, las relaciones del proletariado con el fenómeno lerrouxista. Esas consideraciones nos sirven para insistir de nuevo en ese mar de fuego subterráneo al que se refirió Anselmo Lorenzo tras febrero de 1902 como la expresividad de la persistencia de unas deserciones proletarias que, en sus voces y pasos, emiten, aunque replegadas en la clandestinidad, la alteración del orden urbano como criterio emancipador.³

². Leopoldo Bonafulla, *La revolución de julio. Barcelona 1909*, T. Taberner, Barcelona, 1910, p. 228.

³. Lorenzo, *Criterio libertario*, op. cit., pp. 19-20.

El eclipse. Repliegue de la metrópoli proletaria

En las actitudes y valoraciones de la patronal catalana respecto a aquella huelga, descubrimos la trascendencia que adquirió en la dinámica social. Tras el pánico inicial, la burguesía reaccionó cerrando filas: las corporaciones locales constituyeron una comisión permanente y celebraron reuniones casi a diario para seguir el desarrollo del conflicto. Reconociendo la dimensión del acto de afirmación del antagonismo proletario, las clases dominantes combinaron inicialmente la intransigencia en las mesas de negociación con la demanda de una fuerte represión. Reclamaron la declaración de estado de guerra y la suspensión de las garantías, y aprovecharon la creación de un frente unido y cohesionado de patronos y autoridades locales para conseguir carta blanca en la organización de un sistema de defensas por barrios que asegurase el ejercicio de la «libertad del trabajo».

Terminada la huelga, se dio un cambio en las posiciones patronales y, en general, en las fuerzas vivas locales. Tratando de evitar la repetición de situaciones como las vividas, se dispusieron a arbitrar una serie de medidas para asegurar el orden social y, por lo tanto, anular la guerra de clases definitivamente. Su mayor preocupación era que aquel estallido insurreccional no se diera nunca más en Barcelona.

Será a través de la constitución de una comisión permanente para analizar en profundidad la huelga, en la que se articularon las corporaciones representativas de la burguesía local, como se tomasen iniciativas en ese sentido. Encontramos en sus propuestas, nuevamente, el planteamiento de acelerar la integración de las clases trabajadoras en la normalidad moral y material de la ciudad diseñando unos pasos decididos hacia la ciudad-fábrica.

Arrancando de la dura lección de los acontecimientos de febrero de 1902, en los acuerdos que va adoptando la burguesía sobresalen una serie de proposiciones que solo piensan en

anular el contrapoder proletario que se expresó abiertamente durante aquellas jornadas. Entre otros puntos, manifiestan la urgencia de potenciar la educación y formación de obreros especialistas; crear cooperativas de consumo, con el fin de abaratar la vida del obrero; prestar atención a la higiene en las fábricas, «que hace ganar al obrero consideración social y contribuye a la satisfacción íntima», y estudiar la creación de jurados mixtos y montepíos. Al mismo tiempo, se crean organismos de control sobre el mundo del trabajo, entre los que destaca el Negociado de Estadística del Ayuntamiento de Barcelona como fuente de conocimiento de las condiciones de vida, número de conflictos, etcétera.⁴

Estas propuestas del sistema de gobierno urbano se ajustan al plan del capital para transformar la metrópoli en ciudad-fábrica y lo prolongan, ya que en ellas se atiende, básicamente, la necesidad de proceder al control intensivo de la fuerza de trabajo acelerando las condiciones generales de producción. Se inscriben, por otro lado, en la necesidad de la burguesía de «formar su proletario», ya que, desde comienzos de siglo, el desarrollo en el seno de la burguesía de un proceso económico y social modernizante pasaba por una serie de tentativas innovadoras que se proponían incidir sobre la dinámica de las fuerzas productivas.⁵

A la obsesión de las clases dominantes catalanas por restaurar el orden social en la ciudad de Barcelona, promoviendo medidas de carácter tutelar superpuestas al clásico recurso de

⁴. Ramos y Bengoechea, «La patronal catalana...», *op. cit.*, pp. 87-89.

⁵. Josep Tomàs y Jordi Estivill, «Apuntes para una historia de la organización del trabajo en España, 1900-1936», *Sociología del Trabajo*, n.º 1, 1979, pp. 21-22.

En este sentido, Roca ha señalado que, precisamente cuando se inician los programas para transformar las condiciones de vida en Barcelona, estalla la Semana Trágica, que, como mínimo a corto plazo, desbaratará seriamente los programas del partido industrial. Véase Francesc Roca, «La formació de l'economista: teoria i política», *Recerques: història, economia i cultura*, n.º 14, 1983, p. 48.

la represión, se añadió el debate en las Cortes. En estas, a partir de una interpelación del doctor Robert, se debatió en torno a la huelga general de Barcelona desde el 17 de febrero hasta el 11 de marzo. Canalejas aludió «a la pavorosa huelga general de Barcelona que planteó como problema urgentísimo y agudo el problema obrero» y fue tal la alarma que suscitó que, por primera vez, la cuestión social figuró como factor de la crisis de gobierno y de su solución.⁶ Lo de Barcelona, para Roig Bergadà, fue «el aldabonazo que ha sonado fuerte en las puertas de la burguesía, diciendo el proletariado: aquí estamos; éstas son nuestras fuerzas».⁷

En el lado proletario, entre el estallido de la huelga general de 1902 y la insurrección de 1909, algo se movió, aunque su presencia perdió intensidad en la ciudad. La huelga general de febrero de 1902 no se resolvió con la satisfacción de las demandas obreras, si por tales entendemos, en concreto, la consecución plena de la plataforma sostenida por los metalúrgicos que generó la solidaridad obrera en Barcelona. Aquella vuelta al trabajo tras las jornadas de febrero, sin embargo, no hipotecó a corto plazo las posibilidades de plantear reivindicaciones generalizadas en otros oficios. El ciclo de huelgas, en el que se incluía aquel experimento de huelga general, podría darse por concluido, en todo caso, en 1903.

Una vez que se puso fin a la huelga general, los círculos proletarios insistieron en sus actitudes reivindicativas. Por lo tanto, no parece demasiado correcto afirmar que el movimiento obrero barcelonés no levantara cabeza tras aquella supuesta

⁶ Para un tratamiento y seguimiento de la huelga general de 1902 desde la vertiente de los reformistas sociales y su planteamiento en el Parlamento, véase Buylla *et al.*, *El Instituto del Trabajo...*, *op. cit.* El comentario de Canalejas se encuentra en el discurso preliminar, p. LXI, y la trascendencia de la huelga en la reorientación de la política social, en la p. 123.

⁷ *Ibid.*, pp. 110-111.

derrota. La serie estadística de Miguel Sastre sobre las huelgas da cuenta de la perseverancia de las sociedades de resistencia en la defensa de sus intereses. El eclipse no es total; en todo caso, sería parcial. El ciclo de luchas iniciado con fuerza en 1901 se amortigua a partir de 1902, pero también es cierto que se prolonga con cierto vigor al menos hasta 1903.⁸ Prescindiendo de enumerar los conflictos y su saldo de derrotas, victorias y conciliaciones, la constatación de esas luchas refleja un estado de repliegue, pero no de abandono de la combatividad. Es posible, pues, aludir al silencio de las voces proletarias si por tal entendemos únicamente la retirada provisional de las maneras abiertas y conjuntadas de intervención obrera en la contienda social.

A tenor de los datos, la disminución —que no extinción— de los conflictos abiertos entre el capital y el trabajo es patente: el número de huelgas y participantes en ellas muestra, desde 1903, una curva a la baja. La asociación obrera corre pareja con esa caída, aunque se mantienen los vínculos de oficio. Únicamente se echan de menos las plataformas de coordinación; aunque también son sabidos los intentos para consolidarlas.⁹ Otras

⁸. Aunque el ciclo huelguístico iniciado a comienzos del siglo xx fuera remitiendo, la agitación laboral siguió gozando, en los años posteriores a la huelga de febrero de 1902, de una cierta relevancia en la ciudad de Barcelona. Las estadísticas de Miguel Sastre indican precisamente esa persistencia, aunque sectorial, del movimiento huelguístico. Quizá, como apunta el autor, es en 1905 cuando los conflictos laborales y, sobre todo, el número de huelguistas decae más acusadamente.

Al inicio del ciclo se ha referido Àngel Duarte, *El republicanisme català a la fi del segle XIX*, Eumo, Vic, 1987, p. 130. Los datos de las huelgas se encuentran en la serie de entregas de Sastre, *Las huelgas en Barcelona y sus resultados*, op. cit.

⁹. En 1904, y como apunta Xavier Cuadrat, se formó la Unión Local de Sociedades Obreras de Barcelona, que en 1907 tomaría el nombre de Solidaridad Obrera. La crisis económica y la desorganización de las sociedades de resistencia mantendrían, sin embargo, prácticamente eclipsada esta unión o federación local hasta su reorganización en 1907. Véase Cuadrat, *Socialismo y anarquismo en Cataluña...*, op. cit., p. 121.

acciones dejan asimismo constancia del agonismo y las resistencias difusas que señalan la emergencia o persistencia de un estado de ingobernabilidad en esos años de aparente tranquilidad.¹⁰

La caída en el grado de combatividad de las esferas proletarias no significó la desaparición total de los núcleos organizados ni la inexistencia de conflictos propiamente laborales. Por otro lado, se abrió un periodo dedicado a la reflexión, durante el cual quizá las implicaciones fueran de menor calibre cuantitativo y su incidencia en la dinámica de lucha abierta, escasa; pero su trascendencia colectiva a corto plazo sería muy importante.¹¹

Se ofrece, por lo tanto, otra aproximación al movimiento del proletariado urbano barcelonés tras febrero de 1902. De 1903, final del ciclo huelguístico, a 1907, momento de formación de Solidaridad Obrera, predomina la reflexión. En este periodo, los militantes obreros hacen balance de las prácticas y cuerpos teóricos del pasado inmediato, cavilan sobre la situación de la clase obrera del momento y vislumbran acciones

Es significativa, en estas tentativas de propiciar nexos que coordinasen el disperso movimiento obrero, la celebración en Barcelona durante los días 31 de mayo y 1 y 2 de junio del Congreso de las Sociedades Metalúrgicas de España. Este acontecimiento, entre otros —en aquel año, por ejemplo, también se convocó un congreso de obreros pintores-decoradores de Cataluña y un congreso de la federación de obreros carpinteros—, evidencia que no se ha renunciado aún dentro del triste marasmo a una continuación de la lucha y al afán de propagarla. Precisamente, en el Congreso de las Sociedades Metalúrgicas se acuerda en el punto segundo nombrar dos comisiones de propaganda para que recorran el territorio español y alienten a la organización. Véase Sastre, *Las huelgas en Barcelona y sus resultados*, op. cit., 1903, pp. 93-103.

¹⁰. Un indicador de las luchas es la persistencia de las huelgas que el propio Miguel Sastre refleja en sus estudios anuales sobre ellas.

¹¹. Este periodo de repliegue, abierto a la reflexión de las formas organizativas, tácticas y contenidos de la lucha obrera, ha sido destacado, entre otros autores, por Bar, *La CNT en los años rojos...*, op. cit., esp. pp. 40-105.

para el futuro ya contenido en el presente.¹² Abrían, en fin, una fase de debate profundo en torno a las formas organizativas y las tácticas de lucha de la clase obrera.

Aquel ciclo de 1902 fue el campo de experiencias que alentó la reformulación del proyecto de autonomía política del proletariado. Desde esta perspectiva, no sería del todo acertado diagnosticar como fracaso aquella huelga general, ni mucho

¹² Antonio Bar señala que fue el fracaso de la huelga de 1902 el elemento clave en la crisis definitiva de los intentos de reorganizar el movimiento obrero bajo los presupuestos tácticos de la Primera Internacional (*ibid*). La renovación de tácticas y estrategias dio paso a la apertura —o más bien a la institucionalización obrera— de nuevos frentes de lucha en torno a problemáticas cada vez más amplias. En este sentido, se puede entresacar la cuestión de la vivienda. Asumiendo la crítica de la ciudad capitalista, el proletariado planteaba en torno a la vivienda la cuestión de minimizar los costes de reproducción de la fuerza de trabajo, así como la defensa de la automovilidad, pero sin preocuparse de reivindicaciones referidas a la demanda de una vivienda digna. Una prueba del interés en torno a la vivienda la hallamos en el congreso constituyente de la CNT, celebrado en Barcelona entre octubre y noviembre de 1910: en él, una de las ponencias previstas se refería precisamente a la cuestión de los alquileres. En concreto, uno de los temas de aquel congreso abordó el «Modo de lograr el abaratamiento de los alquileres y supresión de los odiosos depósitos». En su dictamen final, se recordaba que en el congreso anterior se había acordado crear una sociedad de resistencia contra el inquilinato, pero que dicho acuerdo no se pudo llevar a cabo «por razones de fuerza mayor y de humanidad que hicieron cesar en su actuación a Solidaridad Obrera». En la resolución se recalca una crítica contra el privilegio de la propiedad urbana y se esbozaba una práctica basada en la línea de la acción directa: boicot contra los propietarios que se nieguen a suprimir el depósito en sus contratos de arrendamiento. Asimismo, se preconizaba una amplia campaña para obligar a los propietarios a «la rebaja de alquileres, sin perjuicio de, en caso extremo y como supremo recurso, negarse sistemáticamente toda la clase obrera organizada al pago de los susodichos alquileres, mediante la huelga general de inquilinos». Véase Francesc Bonamusa (ed.), *Congreso de constitución de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT)*, Anagrama, Barcelona, 1976, pp. 72-73.

menos lo sería sugerir la desaparición del proletariado urbano como sujeto activo durante aquellos años.

Antes bien, de aquel ciclo surgió una generación de militantes obreros que contribuirían a la apertura de un largo ciclo de luchas —con los inevitables altibajos y continuas reformulaciones— que, en todo caso, concluiría en 1939. La profunda, aunque lenta, recomposición política del proletariado se resume gráficamente en la estética corporal:

Efectivamente, aunque esto pueda parecer una broma, lo cierto es que entonces los más refractarios a cambiar forma y fondo de la organización, ostentaban todos magníficas barbas o, cuando menos, abundantes mostachos. En cambio, [en] la generación que llegaba, iban rasados.¹³

Las pistas del antagonismo no deambulan, pues, a través de Lerroux. En todo caso, se lo puede tomar como un referente: quizá se le ha concedido demasiada importancia a su influencia sobre las clases subalternas catalanas y, más en concreto, sobre las capas populares barcelonesas. Como hemos señalado, tras la huelga general de 1902 se apagaron de manera fulminante las voces proletarias, o bien se distorsionaron. El argumento más esgrimido es aquel que plantea que dejaron de expresarse autónomamente para dar paso a otros juegos de lenguaje,¹⁴ en

¹³. Rojo, *Recuerdos históricos...*, op. cit., p. 38. Vicens Vives también se refiere a esta «segunda generación sindicalista» que desde 1904 explora y tantea la reformulación de la autonomía obrera, la metodización de las luchas (Vicens Vives, «El moviment obrerista català...», op. cit., pp. 18-20).

¹⁴. Aunque posiblemente se haya prestado demasiada atención al fenómeno lerrouxista, tampoco cabe descartar los avances del reformismo político propiciados desde el Estado por personajes como Canalejas o las propuestas interclasistas de los regionalistas. Al fin y al cabo, estas vías responden a una misma problemática y a un mismo género de

este caso, los que se instrumentalizan por medio de los canales de la carrera política. En aquella coyuntura, y en vista de las enormes dificultades del proyecto nacionalista de la burguesía catalana para conseguir audiencia entre las masas populares, resultaría beneficiado el Partido Radical, que sí logró incrustarse en los medios proletarios gracias a la oratoria de Lerroux.¹⁵

Sin embargo, su incidencia puede considerarse más exigua de lo que normalmente se ha afirmado, tanto por lo que se refiere a los sectores políticos que en su época competían con él como, posteriormente, en diversos estudios históricos relativos a la figura de Lerroux. Fuera de la notoriedad y prestigio alcanzado, sus resultados reales demuestran la incapacidad efectiva de integrar a las amplias masas populares en las pautas de normalización social.

La relación de Lerroux con el proletariado urbano podemos situarla, entonces, en los márgenes de lo que podríamos considerar un secuestro del conflicto. En el fondo, con el diseño del programa de Lerroux se pretendía alcanzar la viabilidad de mecanismos de reglamentación de los contrastes. La estrategia residiría, en último extremo, en potenciar al máximo el hacerse sentir extraño (extrañado) en aquella parcela —Barcelona, Cataluña—, donde la pertenencia e identificación con la catalanidad era signo de distinción, para precisamente reforzar, en el polo opuesto, el mismo discurso de las patrias.

Ya fuera la defensa de la catalanidad, en un caso, o el recurso a la españolidad, en el otro, aquella rivalidad era un cara a cara ficticio; ambos, antídotos complementarios, buscan la consumación de la comunidad obrera dividida, enfrentada. Y ello

soluciones. Como reflexionara José Prat: «El Estado bambolea al compás del bailoteo que el ataque obrero imprime a los poseedores de la riqueza social. Hay que atrapar estas masas, recobrar su confianza» (Prat, *¿Competencia o solidaridad?...*, op. cit., 1903, p. 32).

¹⁵. Un exponente de esta argumentación es la obra de Romero Maura, *La Rosa de Fuego...*, op. cit.

dentro de una campaña de producción, consumada por la fuerza de los hechos, de diques de contención y tabiques de separación, que se precisaba para el ejercicio del dominio capitalista ante un proletariado insurreccional.

El fenómeno Lerroux se insertaba, primero, en la desintegración de la población obrera barcelonesa. Aprovechaba hábilmente el intersticio de las mismas clases populares. Los márgenes de fragmentación que ofrecía la frágil composición proletaria en la ciudad de Barcelona a principios del siglo xx fueron el canal utilizado de manera propensa por el aparato del Partido Radical en aras de afianzarse. Es, pues, en ese flanco donde operaría la política de Lerroux, puesto que su funcionalidad política, que consistía en obstaculizar e impedir los procesos de reestructuración del proletariado urbano barcelonés, hallaba excelentes condiciones de desarrollo en ese motivo de la disparidad de los lugares de origen de los elementos proletarios.

Para calibrar los impactos que producían los discursos sostenidos por personajes políticos del estilo del Emperador del Paralelo, debemos tener en cuenta el efecto perseguido de interferir en y contra la autonomía de la clase obrera, expresada esta como abierto antagonismo al capital.¹⁶ Si esos impactos eran los móviles del mensaje y de la actuación de Lerroux, conviene considerar la eficacia del ingenio.

Entre las observaciones destacables, cabría decir que el éxito de la empresa política de Lerroux entre los sectores populares no alcanzó los umbrales necesarios para lograr cambios significativos

¹⁶. Lerroux ocupa, según Joan B. Culla, tras la desgraciada experiencia de la huelga de 1902, un espacio en el obrerismo barcelonés y realiza algunas de las funciones más inmediatas: «Brinda al proletariado un notable paraguas organizativo y procura atraerlo hacia la intervención activa en los organismos del Estado monárquico-burgués con anzuelos de tipo reformista» (Joan B. Culla Clarà, *El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923)*, Curial, Barcelona, 1986, p. 89).

en los comportamientos políticos de las clases obreras barcelonesas. Podríamos mencionar la resonancia de los sucesos de la Semana Trágica. En aquellos momentos de crudeza en la conflictividad, la inevitable definición que se exigía, y sin tapujos, de las aspiraciones y proyectos sociales acabó descartando la presencia del Partido Radical entre las filas insumisas del proletariado urbano. En el fondo, aquella contradicción o colisión entre los intereses de la clase obrera y las maniobras de Lerroux había sido la constante del periodo, aunque la cesura no se evidenciara hasta la detonación de los acontecimientos de la semana de julio de 1909.¹⁷

Al valorar el republicanismo lerrouxista en Cataluña, y en concreto la influencia de dicho partido entre las clases populares, las aportaciones de algunos autores son reveladoras. Entre ellas, Enric Olivé ha señalado: «El obrerismo y las capas populares tenían su proyecto, de límites poco definidos, múltiples, pero enmarcado en el hecho diferencial».¹⁸

En definitiva, este intervalo de aparente paz social en Barcelona no anduvo exento de escaramuzas que recordaban la presencia de fisuras insoldables. Los proletarios de la órbita lerrouxista se mostraban como bárbaros exaltados contra los márgenes estrechos de la legalidad establecida. En los otros ámbitos ya hemos apuntado los coletazos de resistencia y un silencio que brindaba una pausa para discutir sobre las herramientas

¹⁷ Los continuos enfrentamientos entre lerrouxistas y obreristas relacionados con los esfuerzos por ejercer la hegemonía entre la población obrera barcelonesa se plantean abiertamente, al menos, desde 1906. En un mitin de solidaridad con los huelguistas de Bilbao, convocado por la Unión Local de Sociedades Obreras, se escucharon diversas referencias a la solidaridad obrera indicando que los obreros no debían ser ni solidarios ni antisolidarios; *El Progreso* de Lerroux respondió con posteriores ataques al mitin. Véase Cuadrat, *Socialismo y anarquismo...*, op. cit., p. 166; para un seguimiento de la colisión, véanse pp. 255-278.

¹⁸ Enric Olivé, «El republicanisme lerrouxista a Catalunya. Joan B. Culla i Clarà», *L'Avenç*, n.º 110, 1987, p. 71.

para la lucha de clases. Esta distinción entre obreristas y letrouxistas en el comportamiento de las capas proletarias, incluso era a veces anulada por la participación de los mismos obreros en una y otra dinámica.

El periodo de indecisiones y replanteamientos entre los efectivos militantes del proletariado urbano barcelonés se podría dar por clausurado con la aparición de Solidaridad Obrera en 1907. El proyecto de reorganización significaría el inicio de la reagrupación de fuerzas dispersas y el paso a una nueva fase en la contienda social. La creación de Solidaridad Obrera y las consecuencias que se derivaron en el movimiento obrero barcelonés se pueden considerar, en principio, un punto de inflexión en la dinamización de la lucha obrera. Sin romper los hábitos de discusión precedentes —pues, en sus primeros movimientos, Solidaridad Obrera todavía no se había definido de manera clara ni táctica ni programáticamente—, aquel acto daría paso a una recuperación del grado de intervención en los terrenos reivindicativos.

El único y claro objetivo de Solidaridad Obrera consistía en la unión de todos los trabajadores. Sus propulsores destacaban la necesidad de la autoorganización como principio básico de la autonomía obrera:

*Es tiempo de que [...] los proletarios barceloneses vol-
vamos al seno de las sociedades obreras; [...] los explotados
no podemos tener una causa común con los que todo lo
poseen, todo lo mandan y son nuestros explotadores.*

Así, aunque la base de Solidaridad Obrera fuese sindicalista, el propósito primero era cohesionar las fuerzas proletarias intentando superar las diferencias que pudieran entorpecer la reunificación contra el enemigo común.¹⁹

¹⁹. Cuadrat, *Socialismo y anarquismo en Cataluña*, op. cit., pp. 179-207. La cita corresponde al «Manifiesto de Solidaridad Obrera a los trabajadores

El clima de lucha social que se iba configurando se desbordaría en la Semana Trágica de 1909. Las dimensiones imprevistas que adquirió la huelga general convocada contra los embarques de tropas a Marruecos —tanto en lo referido a los sectores participantes como a las modalidades de expresión de descontento empleadas contra todos los símbolos sociales que se consideraban corresponsables de la situación— acabarían convirtiendo aquellas jornadas en un hito de la historia contemporánea de la ciudad de Barcelona.

El proletariado insurreccional volvía a apropiarse de la metrópoli con un movimiento que atacaba a la ciudad del capital. Por eso la Revolución de Julio de 1909 se sigue considerando una semana trágica:

Espesas columnas de humo blanquecino se levantaban aquí y allá, a derecha y a izquierda, a un extremo y otro de la población, denunciando los odios populares contenidos hasta aquellas horas contra gobiernos e instituciones repulsivas.²⁰

1909. Barcelona: insumisión y fiesta proletaria

El lunes 26 de julio fue el día indicado para la celebración de la huelga general en protesta contra la Guerra de Marruecos. Debía ser la culminación de unas jornadas caracterizadas por la agitación callejera contra los embarques de reservistas, primero en los muelles —en el momento de la despedida— y, después, ocupando el centro de la ciudad. La quincena anterior al inicio de la Revolución de Julio había ido generando un estado latente de rebelión.

de Barcelona», publicado en *Tierra y Libertad*, n.º 30, 25 de julio de 1907, y reproducido en la obra mencionada, p. 182.

²⁰ Bonafulla, *La revolución de julio*, op. cit., pp. 25-26.

El propio gobernador civil temía que en cualquier momento un chispazo desatara las pasiones del proletariado urbano. Ossorio, intentando rebatir las voces que lo acusaban de dejadez en la prevención de la revuelta, aludía al ambiente que predominaba en Barcelona:

*El que habla de que una Autoridad fue poco perspicaz para descubrir una revolución que se preparaba, o no sabe lo que dice, o habla con absoluta ausencia de buena fe. En Barcelona, la revolución no se prepara, por la sencilla razón de que está preparada siempre. Asoma a la calle todos los días; si no hay ambiente para su desarrollo, retrocede; si hay ambiente, cuaja.*²¹

Al estilo de una ameba, la agitación iba incorporando elementos. La convocatoria de la huelga se inscribía, pues, en un proceso. A los altercados y manifestaciones producidos con motivo de los envíos de tropas a Marruecos se añadían otros múltiples motivos de descontento. Las sociedades obreras estaban volcadas en la crisis del textil. Desde mayo, en un intento de respuesta a los despidos de Manlleu, promovían sin éxito el desencadenamiento de un movimiento capaz de dar batalla.²² Hasta los *souteneurs*, ganchos, chulos, estetas, crupieres y mujeres adyacentes tenían sus razones. Quince o veinte días antes de que empezara a prender la traca, la policía había adoptado medidas de rigor contra las costumbres de los ambientes populares.²³ Las mujeres de la aguja sentían como la explotación llevaba adosada la palabra «caridad» en los establecimientos religiosos. En fin, una lista de agravios que, a fin de cuentas, era demasiado extensa y agredía sin distinción a los

²¹. Ossorio Gallardo, *Barcelona, julio de 1909...*, op. cit., p. 13.

²². Para una descripción de ese preludio de la huelga general en el lado obrero, véase Connelly Ullman, *La Semana Trágica...*, op. cit., pp. 252-255.

²³. Ossorio Gallardo, *Barcelona, julio de 1909...*, op. cit., p. 55.

distintos segmentos del proletariado urbano ciertamente hacía de la ciudad un terreno minado por los furores revolucionarios.

Dadas las posibilidades eruptivas que contenía aquella masa crítica de situaciones que concurrían en el estado de malestar de los elementos proletarios, solo faltaba entonces un accidente para que se desatara y emergiera de las señales de descontento generalizado un movimiento de contestación que replicara al dominio capitalista:

*La gente estaba hasta aquí de todo. [...] Ya no pensábamos en la guerra de Marruecos solamente, ahora ya protestábamos por todo, por la faena embrutecedora y mal pagada, por los salarios de hambre, por la incultura en que nos obligaban a vivir, por la explotación de que éramos objeto.*²⁴

Aquel lunes, todos contra todo y por todo. El elemento que provocó la cristalización del estallido insurreccional fue la negativa a enrolarse en una guerra ajena. Contra esta surgió el grito unánime: «Que vayan ellos». Del rechazo a la guerra emana, pues, la activación de un proceso en el que el proletariado desheredado, aquella cantidad de moléculas disgregadas que pululaban por la ciudad, encuentra una ocasión para la convergencia de esfuerzos.

*La emancipación quiere decir sustraerse a una tutela, tutela es protección ejercida por un mayor o superior en beneficio de un menor o inferior. [...] Emancipación ha de significar manumisión, es decir, liberación, reintegración del individuo en la plena posesión de sí mismo.*²⁵

²⁴ Ferrer, Simó Piera..., *op. cit.*, p. 32.

²⁵ Anselmo Lorenzo, «De la huelga general», *La Revista Blanca*, n.º VII,

Si estas palabras de Anselmo Lorenzo dedicadas a la huelga general encontraban un encuadre claro era en aquellas jornadas.

La guerra, la movilización a la guerra, significaba desprenderse de uno mismo. Ser tutelado por alguien en beneficio, en este caso, de unos pocos. El grito «Que vayan ellos» responde a la conciencia del significado del militarismo. No en vano, a principios del siglo xx, aquella corriente del proletariado español que había rechazado la idea de patria y su identificación con el Ejército había ido consolidando el antimilitarismo como una de sus bases de pensamiento y de acción.²⁶

Además, confluía en esa perspectiva con el proletariado europeo que prefería la insurrección a la guerra.²⁷ En la crisis de finales de siglo, según Arno Mayer, el belicismo se presentaba como una solución para las clases dominantes europeas; la guerra había mutado en instrumento de la política interna.²⁸ El proletariado, por aquel sentido de acecho a la coyuntura que lo caracteriza, oponía el antimilitarismo al culto a la guerra y la huelga general era su campo de batalla. Actualizaba, con ello, las prácticas antagónicas que reposaban en la memoria colectiva.

«Abajo la guerra» era un grito, pues, contra la agresión a la comunidad proletaria, una negativa a la contribución de sangre del proletariado. El militarismo era para la burguesía motivo

15 de febrero de 1905, p. 495 [reprod. en ERA 80, *Els anarquistes educadors del poble. "La Revista Blanca" (1898-1905)*, Curial, Barcelona, 1977, pp. 150-160].

²⁶. Álvarez Junco, *La ideología política...*, op. cit., pp. 247-272.

²⁷. Arthur Lehning, «La socialdemocracia y la guerra. El antimilitarismo revolucionario y el movimiento obrero», *La Puça i el General*, n.º 58, 1989, pp. 13-30 [extracto del texto publicado en 1924 por la editorial Der Syndikalist bajo el título original *Die Sozialdemokratie und der Krieg*].

²⁸. Arno J. Mayer, *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*, Alianza, Madrid, 1984, p. 277.

de enriquecimiento: las políticas colonialistas repartían beneficios al capital mientras devolvían lisiados u ocasionaban un número de bajas en quienes no ganaban nada. La guerra social a la guerra del capital también concernía a ese uso de las campañas bélicas como desviación de los problemas de gobernabilidad interna aludidos por Mayer: «Tampoco hemos de ir, porque nuestro enemigo está en casa».²⁹

Además, como bien sabían los obreros barceloneses, el Ejército era «el robusto sostén del presente orden social e invencible dique de las tentativas ilegales del proletariado que no logrará otra cosa sino derramar inútilmente su sangre en desiguales batallas».³⁰ Ese Ejército defensor de la patria de los enemigos interiores era también la escuela nacional. Precisamente, la Institución Libre de Enseñanza, en su contribución al cuestionario de la Comisión de Reformas Sociales, señalaba que la escuela del obrero era el cuartel. La deficiente escolarización y el discriminado sistema de reclutamiento existentes en la España de la Restauración convergían en ese otorgar al Ejército la tarea de moralizar a las clases obreras, ya que es mayor el número de proletarios que atraviesan el umbral de los cuarteles que las puertas de las escuelas.³¹

²⁹. Álvarez Junco, *La ideología política...*, op. cit., p. 263.

³⁰. Manuel Ballbé, al analizar el protagonismo militar en la sociedad española durante la Restauración, señala que una de sus bases consistía en ejercer una habitual política represiva sobre los enemigos interiores mediante el fácil recurso al estado de guerra. De ahí, según el autor, la relevancia de las palabras de Cánovas. Véase Ballbé, *Orden público y militarismo...*, op. cit., pp. 247-249. Las palabras de Cánovas, recogidas en el mismo libro, proceden de su discurso en el Ateneo de Madrid el 10 de noviembre de 1890.

³¹. Institución Libre de Enseñanza, «Estado de nuestras clases obreras», en Santiago Castillo (ed.), *Reformas sociales. Información oral y escrita publicada de 1889 a 1893*, vol. 2, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985, pp. 309-314.

En ese sentido, las guerras o movilizaciones militares pueden considerarse, según Jean-Paul de Gaudemar, como fundadoras de formas sociales durables y constituyen el polo más radical de las formas de movilidad forzada de la población.³² En último extremo, el reclutamiento militar es el «espectro» de la proletarianización total, ya que la movilización militar es la imposición del capital sobre el trabajo, del trabajo muerto sobre el trabajo vivo. En ella el proletario arriesga su tiempo de vida a cambio de un tiempo de muerte, irreversible.

A ese espectro de proletarianización total de la población obrera, el proletariado opone la insumisión o manumisión, en palabras de Anselmo Lorenzo. Ya que, como ha señalado O'Connor, lo que parece unir u homogeneizar a las clases trabajadoras de aquel periodo no es tanto la realidad como el «espectro» de la tutela por el capital.³³ Quizá, pues, fue ese embarque de los reservistas el catalizador que propició, dadas las condiciones específicas que vivía la población obrera barcelonesa, la unanimidad de la rebelión y que contribuyó también al desarrollo de los acontecimientos.

Afluyen y se generan en la rebelión unas prácticas subversivas que apuntan a la negación del sistema, en la medida en que la reacción es contra ese dominio insoportable que niega la autodeterminación de los tiempos de vida.³⁴ Por consiguiente, esas prácticas presuponen, según Mikel Dufrenne, la conciencia del sistema; no necesariamente una teoría de ese sistema, fundada sobre saberes que se dicen objetivos, ni una teoría de las finalidades y las estrategias de la lucha. Presuponen una experiencia vivida, negativamente, del sistema;

³². Gaudemar, *La movilización general*, op. cit., pp. 9-24.

³³. O'Connor, *Crisis de acumulación*, op. cit., p. 57.

³⁴. «No luchamos ya, como nuestros abuelos, por un pedazo de justicia y por un jirón de derecho. [...] Queremos vivir plenamente toda nuestra vida. No queremos parcelas de felicidad ni retazos de bienestar. Ser o no ser. Tal es nuestra divisa» (Prat, *Ser o no ser*, op. cit., p. 23).

la cual genera esas ansias radicales del querer vivir que pasan por la deformación del sistema.³⁵

La masiva respuesta implicó, sin embargo, diferentes comportamientos durante la insurrección, en lo que podríamos denominar su «cronogeografía». De nuevo, como en la huelga general de 1902, no hubo más plan que el que las diferentes partículas, que se condensaban en aquel sujeto colectivo en movimiento, se dieron a sí mismas en los tiempos de la metrópoli proletaria. La fusión del grupo de acción es sumamente eventual, precaria, y la unificación se da en el momento del enfrentamiento contra la ciudad burguesa. Este reconocimiento contra el enemigo es lo que convierte el acontecimiento en comunitario, ya que «los aliados a una revolución ni se preparan ni se escogen».³⁶

La simultaneidad temporal, como principal nexo de la acción remite, asimismo, a una serie de prácticas difusas. Invalida, hasta cierto punto, la repercusión de los líderes, ya que la iniciativa surge de cada una de las partes de la metrópoli proletaria. Esa ausencia de mando, además, se irá agudizando a lo largo de la semana. La conjunción de aquellas moléculas hasta entonces disgregadas va expandiéndose y ocupando la ciudad, pero sin un código uniforme:

... ni la revolución estalló el lunes, ni estalló simultáneamente. [...] No explotó como una bomba, sino que se corrió como una traca. [...] La sedición no tuvo unidad de pensamiento, ni homogeneidad de acción, ni caudillo que la personificase, ni tribuno que la enardeciese, ni grito que la concretase; en cada calle se vociferaban cosas distintas y se batallaba con diferentes miras.³⁷

³⁵ Mikel Dufrenne, *Subversión/perversión*, trad. E.R. Fondevila, Ruedo Ibérico, Barcelona, 1980, p. 94.

³⁶ Bonafulla, *La revolución de julio*, op. cit., p. 21.

³⁷ Ossorio Gallardo, *Barcelona, julio de 1909...*, op. cit., pp. 52-54.

En esos momentos de ruptura total con el sistema, la presencia que impide las representaciones como delegación en otros de la palabra singular, y la inmediatez, entendida como un vivir intensamente cada instante de los sujetos actuantes, se erigen en los dispositivos claves de la movilización. Impera la necesidad de defender la vida y ello se impone a los revolucionarios continuamente sin dejar tiempo para otras determinaciones; se lucha, pues, sin la esperanza de la victoria.³⁸

Se adopta, igualmente, en ese presente de la presencia, un tono festivo:

...¡ya los queman!, ¡ya los queman! Aquello era como una fiesta. Y surgió la idea como la cosa más natural del mundo. No se pudo precisar quién la sugirió primero, pero fue como una consecuencia lógica del ambiente y el hecho de tener ante las narices el enorme convento de los Escolapios. [...] El pensamiento colectivo de los muchachos era bien claro. Aquel convento era cosa fija. No era cuestión de esperar a que llegaran otros a ejecutar el trabajo. [...] Aquello fue otro juego. Las calles de Barcelona, en aquella época, estaban pavimentadas de una manera que parecía a propósito para la construcción de barricadas, puesto que consistía en adoquines colocados sobre un lecho de arena, sin argamasa de clase alguna, por lo que, sacando un adoquín, salían todos los demás sin el menor esfuerzo.³⁹

El carácter festivo reside en la alegría de disponer bruscamente de la posibilidad de revolverse contra los significados de los signos urbanos, aquellas figuras emblemáticas del orden que se encargan de grabar en el espacio la condición del hombre del trabajo: dominado, explotado y sometido. Adoptando

³⁸. Bonafulla, *La revolución de julio*, op. cit., pp. 29-30.

³⁹. Rojo, *Recuerdos históricos...*, op. cit., pp. 20-24.

el aspecto de un carnaval, la fiesta es sin cálculo y ella no se ahorra nada. El movimiento tenía que morir por consunción y, por lo tanto, hubiera sido una locura contar con el triunfo total de la revolución.⁴⁰

Es, en ese sentido, inmediata y, como veremos en las estrategias territoriales, si no hay objetivos a mano, se sale de caza. De ahí que el pensamiento colectivo de unos muchachos de una barriada puramente obrera pero céntrica tenga prisa en ejecutar su trabajo para pasar a otro juego. El movimiento, insistiendo en el presente de las presencias, no ofrece posibilidades de reconducción, ya que estalla como afirmación de una existencia que se opone a ser desfigurada.

En esa perspectiva, el movimiento no se reconocería en ninguna instancia que mediatizara la acción y, por eso, el comité de huelga y sus instrucciones fueron desbordados en la calle.⁴¹ Y, también, sobre todo, aquel magma no se ofrecería a una representación desde el poder, ya que era una manera activa de dismantelar el orden urbano y social:

⁴⁰. Ossorio Gallardo, *Barcelona, julio de 1909...*, op. cit., p. 33.

⁴¹. Antonio Fabra, miembro del comité de huelga, al explicar los fundamentos de la adhesión de los socialistas a la convocatoria de huelga general refleja ya —ante los previsibles riesgos de que se desbordase su carácter pacífico y su fin único de protestar contra la Guerra de Marruecos— las múltiples posibilidades de que se generase un movimiento de mayor dimensión. Así, indica que «se imponía arrastrar el peligro con todas las consecuencias, tratando de sortearlo del mejor modo posible y ejercer la influencia que pudiésemos en el encauzamiento y desarrollo de la acción» (Antonio Fabra Ribas, *La Semana Trágica. El caso Maura. El krausismo*, Seminarios y Ediciones, Madrid, 1975, p. 36). En la tarde del lunes, los huelguistas ya habían rebasado, según Connelly Ullman, las previsiones y coordenadas del paro pacífico en el trabajo, y los rumores que se extendían sobre la ciudad eran causa de regocijo (Connelly Ullman, *La Semana Trágica...*, op. cit., p. 368).

Nadie sabía de dónde salían, gentuza hecha al margen de la ciudad y que no participaba en ninguna de sus normales impacencias. Eran una mezcla de bribones, para los cuales aquello es como una fiesta mayor, con gente de malvivir a salto de mata, de revolucionarios románticos, de aquellos que toda la vida se desazonan esperando «el gran día»; la multitud, en fin, de todos los motines, incontrolada, amorfa, que va a la suya sin amo ni director.⁴²

A partir, pues, de una acumulación de señales de protesta que no han accedido todavía a una expresión abierta de enfrentamiento, un factor accidental, como es el espectro de la guerra, pone en marcha las potencialidades de lucha que ya estaban prefiguradas. Al hilo del mismo movimiento se acoplan las resistencias y se redimensionan los campos de choque. Las figuras sociales que participan se caracterizan por su diversidad interna, pero alcanzan una densidad cohesionadora en el propio proceso constituyente, en la masificación del enfrentamiento reunificado por la relación antagonista con el sistema.

Así, cuando un pequeño grupo de prohombres de la ciudad acceden a discutir con el alcalde la posibilidad de formar una junta para mediar en el conflicto, una voz dice: «¿Qué vamos a decir a los revoltosos? Ellos se han sublevado contra lo existente».⁴³ Quizá el senador republicano Sol y Ortega percibió realmente los motivos de la insurrección. En ese acto de presencia en la calle, se evidenciaba la inutilidad de las mediaciones políticas sobre quienes negaban radicalmente el orden existente. Anselmo Lorenzo, en carta a Tárrida del Mármol, insinuaba precisamente que «se había iniciado la revolución

⁴². Ametlla, *Mémoires politiques*, op. cit., p. 266.

⁴³. Observaciones de Sol y Ortega en Connelly Ullman, *La Semana Trágica...*, op. cit., p. 420.

social y ¡nadie la ha impulsado!, ¡nadie la ha dirigido!, ni liberales, ni catalanistas, ni republicanos, ni socialistas, ni anarquistas». ⁴⁴

El acontecer de los hechos viene a demostrar que se trataba únicamente de construir momentos de existencia, en los que domina lo efímero, es decir, un aquí y un ahora contra un allí y un después. En sus actos, jalonados de plurales texturas, se materializa, entonces, la politicidad proletaria como momento negador de lo existente. Los numerosos tiempos de vida del proletariado se han recompuesto, en definitiva, en el tiempo universal y simultáneo del enfrentamiento. Una característica importante, sin embargo, es que el conflicto se desarrolla fuera de la esfera productiva directa, aunque esta se vea arrasada por el propio devenir de los acontecimientos. El espacio urbano ha sido, pues, causa y efecto de la Revolución de Julio de 1909 y, en este sentido, dedicamos a las estrategias territoriales del proletariado urbano insurreccional las últimas páginas de esta aproximación a la metrópoli proletaria.

Urbanismo de la calle, en la calle

En la relampagueante tormenta de julio de 1909, ⁴⁵ los sujetos actuantes «iban de una parte a otra en excitación febril, reflejando en su rostro la convicción de que eran dueños de

⁴⁴. Para la carta de Anselmo Lorenzo a Tárrida del Mármol, véase Abad de Santillán, *Contribución a la historia del movimiento obrero español*, *op. cit.*, p. 75.

⁴⁵. Manuel Tuñón de Lara habla de una «relampagueante tormenta de julio» en la medida en que le interesa destacar, por un lado, el ritmo vertiginoso que tomaron los acontecimientos y su capacidad de desbaratar todas las previsiones y, por el otro, el hecho de que durante aquella semana el poder tuvo que sostener uno de los más duros enfrentamientos con las fuerzas que socialmente se le oponían. Véase Tuñón de Lara, «Estructuras sociales (1898-1931)», *op. cit.*, pp. 486 y 489-495.

Barcelona; parecían conquistadores».⁴⁶ La reapropiación proletaria de la ciudad conllevaba la oscuridad de la ciudad burguesa: esta se ha recluso en sus casas, durante el día como durante «las noches interminables», es espectadora muda y ausculta la calle.⁴⁷

En las calles de Barcelona circulaba la palabra. La lógica de la voz quizá fue una de las características fundamentales del movimiento insurreccional. La censura de la prensa, por ejemplo, dio paso al rumor, a una recreación de los acontecimientos, en un primer momento, de lo que ocurría en las batallas de Marruecos, de los preparativos de la huelga. El primer día de huelga no se distribuyó ningún folleto. La circulación de la información era horizontal, cualquiera podía ser emisor, al mismo tiempo que receptor: «Se hablaba de todo, en una palabra, sin tenerse noticias de nada ni de ninguna parte».⁴⁸

La circulación de la información tenía lugar en las calles, pero al mismo tiempo funcionaban nudos de intercambio intensivo. En el Raval, la información se coordinaba en una taberna: «Allí la actividad era grande, continuamente salían y llegaban hombres con noticias de todas partes».⁴⁹ La horizontalidad que imperaba en los contactos preservaba el carácter singular de las acciones y los comportamientos a la vez que posibilitaba la simultaneidad del movimiento.

⁴⁶. José Brissa, *La revolución de julio en Barcelona. Su represión, sus víctimas, el proceso Ferrer*, Maucci, Barcelona, 1910, p. 125.

⁴⁷. Basándose en diferentes fuentes, Joaquín Romero ha recordado la descripción del pánico burgués. Véase Romero Maura, *La Rosa de Fuego...*, op. cit., p. 511.

⁴⁸. La frase corresponde a José Comaposada Gili, *La Revolución en Barcelona*, Biblioteca Acción, Barcelona, 1909, p. 11. Para otras referencias al rumor como instrumento que, durante aquellas jornadas, se apropió de una memoria colectiva que estaba potencialmente disponible, véase Connelly Ullman, *La Semana Trágica...*, op. cit., pp. 323, 325, 345, 366, 368 y 375.

⁴⁹. Rojo, *Recuerdos históricos...*, op. cit., p. 25.

La calle, asimismo, fue el lugar favorito de enfrentamiento. Los acontecimientos se desarrollaron principalmente fuera de los recintos productivos. En los inicios de la huelga, algunos obreros ya no acudieron al trabajo; otros, en cambio, lo abandonaron al paso de la serpiente incitadora al paro. El triunfo de la huelga general implicaba, entonces, adueñarse del espacio urbano. La calle sería la sede estable de la agregación de los elementos proletarios. La puesta en escena común de los insu-
misos y, por lo tanto, su autorreconocimiento como sujeto colectivo se establecía en ese lugar privilegiado de encuentro que era el espacio público tomado.

En esa apropiación de la calle es preciso anotar las estrategias y técnicas del urbanismo insurreccional del proletariado. Del urbanismo de la calle, en la calle, que se practicó en aquellas jornadas sobresalen, en nuestra opinión, unas características. Un principio destacado en la constitución de aquel proletariado urbano barcelonés fue su versatilidad, su aparición como sujeto plural y polimorfo, y, en ese sentido, cabe prestar atención a los tiempos locales de la insurrección.

La cronogeografía de la metrópoli proletaria responde a la autoorganización de los espacios cualesquiera. Entre ellos puede imperar la simultaneidad; en ellos, en cambio, predomina la singularidad. Uno de los rasgos fundamentales de aquella insurrección urbana fue que, a pesar de los paseos por la ciudad, la revuelta se apropia de los espacios cotidianos. Estos son el campo referencial de la acción. En este sentido, como ha apuntado Connolly Ullman, las diferencias entre los barrios fueron sobresalientes. En las distintas fases de la revuelta, las iniciativas partían de distintos puntos y después se extendían al resto. La primera comisaría asaltada se encontraba en el sector occidental del centro histórico y la acción se produjo poco antes de las ocho de la mañana del primer día de huelga general. Apenas una hora después, en el Poblenou se entabló la primera batalla entre huelguistas y los empleados de los tranvías. En Gràcia, por ejemplo, los acontecimientos tomaron un cariz

distinto desde el comienzo: fue el barrio donde se dieron los primeros enfrentamientos armados entre insurgentes y militares; y ello ocurrió el martes, mientras en otros barrios proseguía el incendio de los edificios religiosos. También en Gràcia fue donde se levantaron mayor número de barricadas y donde la construcción fue más minuciosa.⁵⁰

Prescindiendo, sin embargo, de las especificidades de cada sector, dentro de la metrópoli proletaria podemos reconocer unos rasgos genéricos en los pasos dados en la consecución del control de la ciudad. Quizá la primera característica consistió en la apropiación de los espacios propios. Aunque ello se combinó con un movimiento expansivo, que se desplazaba de los núcleos referenciales a los espacios colindantes, o bien se esparcía por la ciudad con la finalidad de adueñarse de los elementos claves en el funcionamiento del sistema urbano.

La apropiación de los barrios era algo cotidiano; por eso el movimiento se afianza, ante todo, en lo propio. Dado que una de las características de la movilización era su estado fluido o líquido, el repliegue permitía a los insumisos moverse como pez en el agua. El conocimiento de lo próximo era una baza para el control estratégico y el despliegue de las acciones. Así se resguardaban las identidades, los enclaves propios de lo extraño. Junto con esa ocupación permanente de la calle, sobresalen durante la insurrección otras dos características de los usos proletarios de los territorios urbanos. La primera es el ataque a los signos urbanos extraños a la comunidad y localizados en sus territorios: por ejemplo, los asaltos a las comisarías o los

⁵⁰. En la descripción y análisis de los hechos, Connolly Ullman destaca este fenómeno. Véase Connolly Ullman, *La Semana Trágica...*, op. cit., pp. 381-454.

Esta pluralidad de tiempos internos en la revuelta se acompañó, no obstante, y como ha destacado Ángel Rojo, con «el espíritu de imitación», el cual se convirtió en elemento importante en la difusión de los comportamientos y en el propio carácter y fases generales del movimiento. Véase Rojo, *Recuerdos históricos...*, op. cit., p. 25.

incendios de ciertos edificios religiosos; igualmente, desde terrados y azoteas, en la fase de declive, los misteriosos «tíos pa-cos» intentarán repeler la entrada de los militares. La segunda característica es la construcción de barricadas, claro símbolo de defensa, ya que son levantadas para el combate.

La barricada, asociada al proletariado insurreccional decimonónico, puede con todo interpretarse también como uno de los símbolos relevantes del urbanismo de la calle. En el porqué de la defensa, se propone una movilidad ralentizada, antagónica a la aceleración que el urbanismo del capital impone. Ofrece la barricada un efecto de frontera que incluye la aduana: siempre estrecha, por las propias razones de la defensa, es un alegato a la peatonalización. Una movilidad autónoma, como la promovida por el urbanismo insurreccional, consiente el tránsito, propicia el acto de moverse, y, al mismo tiempo, es un obstáculo al transporte, una negativa al hecho de ser cargado o transportado.⁵¹

La barricada, en fin, puede considerarse la arquitectura de la insumisión. La barricada es la contraposición al monumentalismo burgués. Es la expresión de la ciudad de los anónimos contra la ciudad de los ilustres. Las barricadas compiten con la morfología existente: a modo de tabique, y levantada al lado de los edificios existentes, no solo ofrece una perspectiva urbana insólita, sino que también impone otros usos del espacio. Su proceso constructivo es obra de un ingeniero colectivo: se levanta rápidamente por unas manos que hacen de la cadena humana la base de la arquitectura. Sus tiempos son testimonio del pulso de la vida: a la premiosidad inicial, se añade un poco a poco posterior que persigue la perfección, la consolidación. La duración de la obra es, en este sentido, idéntica a la de la insurrección urbana, así que esta es derrotada y aquella, destruida.

⁵¹ Jean-Pierre Dupuy y Jean Robert, *La traición de la opulencia*, trad. Hugo Acevedo, Gedisa, Barcelona, 1979.

Expresan, en fin, la geografía política que manejan los proletarios. Las barricadas se construían rápidamente en los puntos estratégicos que favorecían el control del espacio: «En el barrio obrero, ubicado entre las Ramblas y el Paralelo, el martes, hombres y mujeres apilaron —el mediodía del martes— adoquines y tapas de alcantarilla en los cruces de las calles, al parecer de un modo espontáneo. Las patrullas de la Guardia Civil ordenaron a los obreros que desistieran de su actitud, a lo que se contestó con mofas y silbidos; [...] el general Santiago envió cinco compañías de infantería para desalojar las calles, sin embargo, aun en su presencia, las gentes continuaron apilando adoquines». En Gràcia, a última hora de la mañana, la construcción de barricadas fue ejecutada cuidadosamente en las travesías de las arterias principales de la calle Mayor y la travesera de Gràcia, hasta llegar a construir setenta y seis barricadas. Se levantaron, en total —sin incluir el Poblenou—, 5927 metros cuadrados de adoquines.⁵²

A esa apropiación de la ciudad obrera, el movimiento insurreccional añadió, como parte de su estrategia territorial, despliegues hacia fuera. En ese caso, la escala era la gran Barcelona. La finalidad era bloquear el funcionamiento del sistema urbano. En este caso, la ofensiva apuntaba menos a la ocupación y organización del lugar por conquistar que a la desorganización del lugar ocupado por el adversario.⁵³ Las acciones, desde esta perspectiva, se desdoblán, ya que el sistema urbano también se alimenta del territorio. Así, la paralización de la ciudad se debe complementar con su aislamiento.

Hacia dentro, en lo concerniente a la paralización de la urbe, el objetivo es detener el transporte interno que articula la ciudad. Los tranvías son, en ese sentido, el referente de la marcha de la huelga general: si circulan, la huelga fracasa; si, en cambio, se detienen y se devuelven a las cocheras, son el

⁵². Connolly Ullman, *La Semana Trágica...*, op. cit., pp. 389, 417 y 513.

⁵³. Dufrenne, *Subversión/perversión*, op. cit., p. 95.

índice de que se ha conseguido la paralización de la ciudad. En torno a la circulación, pues, se dirimió uno de los principales pulsos entre la metrópoli proletaria y la ciudad del capital.

Las fricciones comenzaron en Poblenou, ya que los tranviarios, antaño lanzadera de cualquier huelga general en la ciudad, no se sumaron al paro. Las reestructuraciones de plantilla efectuadas por Mariano de Foronda para debilitar la combatividad de un sector estratégico en el desenlace de la guerra de clases habían surtido efecto (por si acaso, el gerente de la compañía recorría en coche las líneas para obligar a los conductores a que siguieran en su puesto). Tuvieron los conductores, entonces, que soportar las presiones de los huelguistas y, aunque intervino la Guardia Civil, los tranvías dejaron de circular en aquel sector. Los incidentes en relación con los tranvías se reprodujeron en otras áreas hasta que, a primeras horas de la tarde del lunes, se decidió, por orden del general Santiago, que se retiraran los tranvías de la circulación.

Hacia fuera, y con el objetivo de aislar Barcelona, los huelguistas consiguieron cortar las comunicaciones: telégrafos, teléfonos, ferrocarril. Asimismo, tuvieron éxito en los intentos de evitar que funcionara regularmente el matadero. Menos importante para el desarrollo de la huelga, pero con un cierto valor simbólico, fue el incendio, en los primeros momentos de la huelga general, de «las odiadas casetas donde se pagaban los consumos —fase obligada en todos los desórdenes públicos—».⁵⁴

La desorganización del sistema urbano perseguía, en principio, causar el colapso del ritmo urbano normal, ya que ello era testimonio del contrapoder proletario. Incidiría, también, en un aspecto íntimamente relacionado con el desarrollo de la huelga: el aislamiento de la ciudad, el cortocircuito del sistema, tiene por finalidad impedir la llegada de refuerzos militares para sofocarla. La incomunicación, por su parte, desconectaba

⁵⁴ Connelly Ullman, *La Semana Trágica...*, op. cit., pp. 344-501; cita en p. 344.

a la ciudad del exterior, lo cual evitaba la recepción de noticias y órdenes.

Se asiste, por lo tanto, a la deformación de los regímenes de velocidad propios del capital en el territorio. Y, en este sentido, y a menor escala de la que hemos señalado anteriormente, la ralentización de los ritmos significa propiciar una contraestrategia proletaria de movilidad. La lentitud contra la aceleración es otra modalidad en los usos del espacio; representa priorizar la autonomía de los movimientos contra la cronodependencia.⁵⁵ La deformación de los regímenes de velocidad del capital también tendrá repercusiones en los combates callejeros, pues, además de aplazar la llegada de refuerzos militares, entorpecerá los desplazamientos de las tropas en la ciudad. Una estrategia de contramovilidad utilizada en este sentido son los vivos al ejército que profieren los insumisos. Esta táctica, complementada con la disposición de mujeres y niños en un primer plano durante las manifestaciones, se propone, precisamente, frenar la rapidez de la represión. Entra en juego la astucia del débil: decir ejército amigo es debilitar al enemigo.

El despliegue de tropas, limitado a la espera de refuerzos, se concentra en los puntos neurálgicos y solo puede acudir a los puntos más conflictivos. El gobernador civil Ossorio, el día en que se inició la huelga general, envió un telegrama al ministro de la Gobernación indicándole que no podía sofocar aquel paro que se generalizaba por momentos. En ese sentido, le comunicaba que «como se hace imposible mantener vigilancia en todas las fábricas, y los retenes estacionados en las plazas no pueden ver todo lo necesario, doy orden de que secciones

⁵⁵. En torno a los regímenes de velocidad y su relación con lo social ha reflexionado Paul Virilio, apuntando lo que él denomina la «dromología». Entre sus obras, cabe mencionar *Vitesse et politique*, Galilée, París, 1977 [hay trad. cast.: *Velocidad y política*, trad. Víctor Goldstein, La Marca, Buenos Aires, 2006]; y *L'horizon négatif. Essai de dromoscopie*, Galilée, París, 1984.

de Guardia Civil recorran barriadas industriales, cargando sobre los huelguistas allí donde los encuentren».⁵⁶

Esta orden significaba en la práctica, como ha apuntado Connelly Ullman, una limitación a repeler las agresiones donde se diesen y una preocupación especial en la defensa de los edificios clave. El general Santiago puso guardiaciviles y guardias de seguridad de servicio en los edificios públicos más importantes, símbolos de la autoridad civil, que podía esperarse que fueran atacados por los obreros rebeldes: las dependencias del Gobierno, la estación de ferrocarril, el puerto, los edificios de teléfonos y telégrafos, y las plantas de gas y electricidad.⁵⁷ Esta división en el ejercicio de la protección entre la ciudad burguesa y la ciudad obrera hace que el mapa de la vigilancia y la sospecha que despliega la economía del poder deje despejados los espacios cualesquiera a los insurgentes.

Ese racionamiento forzado de las dosis de violencia represiva que se produce hasta la ofensiva del jueves provoca un vacío de poder. Ocasión que aprovechan los insumisos para tomar la ciudad, ejercer su contrapoder. De esta manera, «la gente, dueña de la calle, se envalentonó y fue convirtiendo en revuelta aquello que hubiera podido ser sofocado como un vulgar alboroto»; los revolucionarios se hicieron fuertes «en sus centros predilectos de acción, es decir, en todos los barrios obreros».⁵⁸

La reconquista de Barcelona por el proletariado urbano favorece la segunda línea expansiva de los movimientos en el espacio a la que nos referíamos. El campo de operaciones de los insurgentes no se limitaba a sus espacios cualesquiera, a los barrios obreros: también se abrieron ondas expansivas. Se pasa

⁵⁶. Ossorio Gallardo, *Barcelona, julio de 1909...*, op. cit., p. 59.

⁵⁷. Connelly Ullman, *La Semana Trágica...*, op. cit., p. 363.

⁵⁸. La primera cita corresponde a Ametlla, *Memòries polítiques*, op. cit., p. 266; la segunda es de Villaescusa, *La revolución de julio en Barcelona...*, op. cit., p. 20.

a actuar en áreas colindantes, como ocurrió en el caso de los incendios de los establecimientos religiosos, en el de los proletarios de Poblenou, que, tras el éxito de su batalla por la paralización de los tranvías en su sector, se desplazan al centro para reproducir la acción. O, simplemente, para la realización del paseo en el centro de la ciudad.

Los insumisos a la guerra fueron capaces en Barcelona de declarar la guerra social a la guerra del capital. Y durante siete días la ciudad se convirtió en proletaria. La territorialización de las prácticas antagónicas consiguió la reapropiación del espacio urbano. Apoyándose en este ejercicio, la politicidad proletaria volvió, como en 1902, a causar el pánico en las filas burguesas. Al mismo tiempo, afirmó el aquí y ahora como el eje de sus estrategias territoriales. Ensayó, en este sentido, la negación de la ciudad existente. También se dedicó a construir el urbanismo de la calle en la calle. Las barricadas, en su provisionalidad, taparon en la escena urbana de la Barcelona de comienzos del siglo xx los huecos que había abierto la operación de la Reforma Interior.



Epílogo El pozo del presente

Barricada con un tranvía volcado en la
calle Torrent de l'Olla (Brangulí [fotografis]/ANC)



Toda palabra es una palabra de más.

Emil M. Cioran

*¿Por qué no aprovechar ahora este momento de coraje y
sentar una mirada que, como un estribo, te ayude en el
futuro a montar y huir al galope cuando, de nuevo, las men-
tiras de la memoria amenacen con estrangularte con el
cordón triste de las nostalgias?*

Miguel Morey

*Desde luego, no era la primera vez que al acabar una tarea
de altos vuelos le dejaba vacío y agotado, presa fácil de la
duda y la desesperación. Pero era cierto que la isla adminis-
trada le parecía cada vez con más frecuencia una empresa
vana y loca.*

Michel Tournier

Si volviéramos al principio, quizá tendríamos que nombrar, antes que las cosas dichas, el fardo de la travesía. Al desenredar ese envoltorio es probable que dejemos la escritura en el punto aparte en el que arrancó. Ese afán, sin duda ingenuo, insinúa ante todo reticencias a poner cualquier signo que sugiera conclusiones y, sobre todo, que dé pie a hallar posibles bosquejos animados por la pretensión de reponer la historia y sus figuras para calzar con ellas unas piezas desconectadas contra la metrópoli de hoy. Indica esfuerzos para no sucumbir a la premonitoria nostalgia que acecha al náufrago cuando, hastiado de dar vueltas sin sentido, persigue, amarrado todavía al engaño de la esperanza, una señal, donde sea y como sea, de tiempo de vida contra los empleos de la vida.¹

El deambular por Barcelona, que hemos intentado transcribir arropándonos en unas fechas transfiguradas en patrimonio de la ciudad, soporta en vilo, y sin remedio, aquella intriga que, sin querer, tuvo que afrontar:

Él no sabe nada, sino que esto que es como es no puede ser que sea como es y con eso le basta, y no le hacen falta más saberes ni escrituras en el tiempo. [Por eso] no aprende de la historia ni de la experiencia: se rehúsa testarudamente a la evidencia histórica y se mantiene contra los vientos y mareas de los tiempos.²

¹. Miguel Morey, *Psiquemáquinas*, Montesinos, Barcelona, 1990.

². Agustín García Calvo, «Contra la idea de hacer la historia del anarquismo», *Historia Libertaria*, n.º 1, 1978, pp. 6-7.

El pasado puede ser reconfortante solo a quien cree haber vencido. Y en nuestros años de invierno el paisaje es desolado, sin más bártulos que un desapacible frío que replica a cualquier intento de pausa y aconseja machaconamente seguir andando. Además, por si fuera poco, insiste en que es inútil resguardarse de las inclemencias en parapetos frágiles, ya que son ráfagas agresivas del triunfo las que devoran la ciudad. Hoy, como siempre, la decepción del presente exige a algunos el valor de despojarse de ciertos atavismos. Por eso el trato con el recuerdo, que es una de las recurrencias a mano, lleva a descarnar la memoria. Al menos, suponiendo que sea inevitable lucir ciertas cicatrices, y toda vez que se desprecia el remedio de esconderlas entre arrugas de algodón, parece que solo queda procurar airearlas. Un criterio que, en todo caso, incita, y apenas obstaculiza, la continua vuelta a empezar de los cuerpos que han aprendido a buscar en la brega del día a día los alientos para ir tirando.

Descartamos, entonces, el propósito de volver al pasado como nicho al que asirse contra el afuera inhóspito. Hemos intentado simplemente entablar conversaciones fantasmales con las sombras que arrastramos. El motivo responde a una especie de revulsivo para evitar que el silencio o las plegarias de los cementerios se apoderen de las calles que pisamos. En ese viraje, y a razón de la deriva que ensayamos, probablemente se haya escurrido en el trato con las voces del pasado una deferencia para quienes compartieron en su tiempo la disposición de incompatibilidad con las premuras del orden. Ello ha sido, quizá, consecuencia de la pretensión de que no se vean empañadas las miradas al presente. De alguna manera, hemos procurado especialmente desvelar las estrategias del olvido, no tanto por lo que podemos dejar de ganar para un futuro ilusorio, sino por lo que perdemos ignorando la manipulación del pasado como arma para domeñar el presente.

Este flirtear con lo pretérito en las simas de la ciudad puede ayudar, cuando menos, a desvanecer algunas de las mentiras

con las que quieren abrazarnos para impedir que prosigamos nuestros pasos. Hablando a nuestros ecos, hemos oído ahora, a finales del siglo xx, lo que escuchamos anteayer y hoy parece simple creación de unas fantasías que ya no cuentan. Esos ecos, además, han ido desprendiendo dosis de aire variopintas, para que el cloroformo de la rosa que inhalamos no nos maree en los paraísos artificiales. Demasiadas renunciaciones son estas, pensamos, que entregan hasta la memoria para vender el alma a unos diablos disfrazados de pastores.

Podemos admitir andar perdidos, carecer de referentes sólidos, y asumir, en el fondo, que no tenemos «ningún sitio adonde ir, ninguno al que regresar».³ Sin embargo, no hay nada peor que disponernos a arrojar por la ventana aquellos cadáveres convertidos en losa para que, por la puerta, pasen las petulancias de las agencias de seguros. Y que sus representantes, sin haberles concedido la entrada, ofrezcan aminorar las ausencias a base de créditos y conmemoraciones insoportables mientras se deleitan en avisos y consuelos propios de quien se ha acostumbrado a repartir certidumbres a extraviados. Figurando, además, en sus carpetas la concesión del perdón, ya que la presunción de poseer la voluntad general en el tenderete de la redención colectiva elimina los sinsabores de la condena.⁴

Anteayer Barcelona, por si de algo vale recordarlo, fue también una rosa de fuego que no se distinguió precisamente por la solicitud de gracias a los poderosos como acto de sublime claudicación. Al revés, «si puede fracasar una vez, como fracasó la huelga general de Barcelona de 1902 [...] no fracasará la

³. El Último de la Fila, «Dulces sueños», *Cuando la pobreza entra por la puerta, el amor salta por la ventana*, PDI, Barcelona, 1985.

⁴. Como ha apuntado Elias Canetti, hay instituido un enredado comercio de perdones: «La gracia es un acto muy elevado y concentrado del poder, pues presupone la condenación; sin que la haya precedido, no puede tener lugar el acto de gracia», en Elias Canetti, *Masa y poder*, Alianza/Muchnik, Barcelona, 1977, p. 294.

tentativa destinada a ser la última, por haberse extremado la decadencia burguesa y haberse aguzado el ingenio proletario».⁵ Del acopio de contratiempos brotaban, en los protagonistas de aquella Barcelona, renovados ánimos para que en la próxima escaramuza pudiera gozarse estentóreamente de ser quienes habían de soportar peticiones de súplica.⁶

Al forzar los señuelos que nos han sido transmitidos, hallamos suficientes pruebas de que es indebido intercambiar hoy y anteayer. Posiblemente ayer casi hubiera sido obligado permanecer en la línea de la continuidad, fuera cual fuera el favoritismo por cualquiera de aquellas Barcelonas que se arremolinaron hasta el día de la victoria. En cambio, las más de las veces las visiones del ahora reconvierten cualquier episodio de la historia en materia prima del monumentalismo y en dividen-do de museos o exposiciones, o, por el contrario, en propósito de olvido deliberado. Manipulamos, en definitiva, el pasado a nuestro antojo.

Entre las opciones a mano no hemos pretendido, sin embargo, hacer del pasado una mercancía ni proceder a su amputación como un síntoma más de que nos negamos a pensar lo que nos pasa. Hemos preferido deslizarnos por el anteayer revolviéndonos a base de tumbos. Ya que, si el sarcasmo es gratificante para desembarazarse de la pesadumbre del ayer e instalarse en la confortabilidad del ahora, también se puede apostar por ahondar desde las apesadumbradas actualidades en la extravagancia en la que esta se encuentra. En este caso no para asentarse, sino, al contrario, para no sucumbir a la

⁵ Lorenzo, «De la huelga general», *op. cit.*, pp. 150-160; cita en pp. 158-159.

⁶ Las memorias de Juan García Oliver son un testimonio de esa posición. Recuerda el autor que aquel largo día del 20 de julio (de 1936), que había empezado el 18 de julio, para él no hubiera sido posible sin 1909, 1917 y 1934, ya que «solamente olvidando a los muertos se puede hacer dejación de las ideas». Véase Juan García Oliver, *El eco de los pasos*, Ruedo Ibérico, Barcelona, 1978, pp. 171-177.

acomodación en lo insoportable y, por lo tanto, para manifestar las ansias de querer vivir.

Podríamos aparcas, pues, esa tensión entre la ausencia y la presencia de la memoria y las desgarraduras que ha ido provocando. Con todo, al menos nos ha servido para hacer llevadera la travesía y sortear las preguntas que todavía nos hacemos: ¿la persistencia del agonismo ha de cuajar en unos movimientos sociales de signo antagonista? Y de darse unos movimientos sociales, ¿acaso son patrimonio exclusivo de quienes participan —y, por lo tanto, no le pertenece al analista ajeno ningún atributo ni sentencia—? Interrogantes estos que surgen, sin duda, del intento por seguir dándole vueltas al atolladero de la transformación social y los procesos de emancipación.

Estas y otras preguntas persisten, tras haber insinuado, a lo largo de las páginas precedentes, una manera de exponer la metrópoli proletaria. Por eso, en buena medida, empezábamos el colofón de este texto proclamando la ingenuidad de reemprender la travesía en su arrancada: si nuestro deambular por el anteayer de Barcelona partió de un presente en Barcelona, donde habíamos sido capaces de decirnos que no sabíamos lo que queríamos, pero sabíamos lo que no queríamos, parece evidente que no pretendíamos que cualquiera que fuera la llegada de nuestra incursión al pasado volviera a encallarse en los terrenos cenagosos en los que suelen proliferar atisbos de alternativa. Aunque el vacío aterre, hemos aprendido a desconfiar de los rellenos que acaban desplazando los recipientes del naufragio y a quienes los sujetan hacia el mismo puerto del que habían partido.

La disposición a mantenerse a flote no implica perseguir la suerte de Robinson: arribar a cualquier isla y esforzarnos todo el tiempo en ordenarla meticulosamente con los lastres de unos fracasos o derrotas. Con menos ilusiones, reconocernos perdidos lleva a invertir las escasas fuerzas que restan en soportar la corriente que nos empuja hacia donde no queremos ir por demasiado conocido. A contracorriente, tampoco sabemos adónde vamos.

Por ello, quizá, lo primordial de esta tarea investigadora ha residido en que los interrogantes no se convirtieran en un pesado interrogatorio, en el que la consistencia depende siempre de la habilidad de dar respuestas inteligibles a quien pregunta. Ante los tribunales, y sus cuestiones, puede seguirle la osadía de pronunciar que vuestro orden y nuestro desorden responde al hecho de que «el obrero ideal debería ser —según los fiscales— el pacífico rumiante, sin sensaciones y sin pensamientos, que se deja tranquilamente, y sin protesta, trasquilar por el que tuvo la astucia de proveerse de un persuasivo bastón y de un par de tijeras».⁷ Y si el orden significa quietismo, sufrimiento paciente de la iniquidad sin protesta ni rebeldía,⁸ no hay más que alterarlo, propiciar el desorden: atreverse a formular la pregunta. Quizá sea esa la única postura posible cuando se presiente la torpeza de estar atrapados en un callejón sin salida y todavía se siente la necesidad de seguir andando.

Alojados en una topología del encierro, y manteniendo en ella la premisa de querer estar vivos, probar de trascender la metrópoli proletaria podría ser ese apremio que no distorsiona el punto de partida. De nuevo, pues, volvemos a estar inmersos en las actualidades de la metrópoli, pensando, sobre todo, en ella como una esfera de acciones en la que siempre ocurre algo. Aunque ese algo aparezca sumergido o sobrevenga como un sobresalto en la siesta de la ciudad.

Mientras en Barcelona los ruidos de potentes máquinas ensordecen las voces de quienes pululan por la metrópoli, algunos muros todavía siguen en pie. Contra la vorágine de obras que derrumba pasados inmediatos y contra la estética de la belleza que arremete contra lo feo, todavía unas letras anónimas palpitan desafiantes. Gozan de esparcirse por las paredes

⁷ Pedro Gori, *La anarquía ante los tribunales. Seguido de vuestro orden y nuestro desorden*, trad. José Prat, José J. de Olañeta, Barcelona/Palma de Mallorca, 1978, p. 8 [ed. orig. El Productor, Barcelona, 1907].

⁸ Lorenzo, *Criterio libertario*, op. cit., p. 19.

y, si son tapadas, se reproducen ejerciendo el criterio de la impunidad que brinda el sentirse extraño a la ciudad. No se sabe por cuanto tiempo, pero, de momento, están ahí, junto a los plafones publicitarios o distorsionando, como un borrón, las propias imágenes del nítido triunfo que, dicen, es para todos. También a menudo los mismos muros se inundan de carteles sin depósito legal. De quita y pon, estos papeles que atentan al ornato público dejan sus mensajes: unas convocatorias de encuentros contra no se sabe qué, unos lugares, edificios o viviendas vacíos que ocupar. En fin, alguien busca un lugar y un tiempo en el que vivir mientras la ciudad se apresta a su radiante porvenir.

No todo se ha acomodado a la siesta. Restan los gritos de unas aldeas acostumbradas, indistintamente, a soportar invasiones y levantar resistencias. Sin embargo, ciertas palabras son cansancio, según dispone la economía política del ruido. El no persistente de unos reductos desperdigados por la metrópoli desmiente, a pesar de todo, que el encefalograma urbano haya dado definitivamente con esa línea rectilínea hacia el futuro que niega el presente y, por lo tanto, ciertas presencias que ignoran a pretendidos portavoces. Todavía se palpan rugosidades, inapreciables, microscópicas y que no van a ninguna parte, pero, por esa misma razón, que no se dejan transportar en el agujero del túnel, que, para el caso, ha preferido anudarse en forma de anillos en una metrópoli mitad supermercado mitad fortaleza. Esos flujos, accediendo a un lenguaje precario y continuamente recreado, tampoco pueden ser capturados en las catalogaciones del orden y más cuando estas se han apresurado a diagnosticar el resto, mientras no sea dado a sacudidas ostentosas de la normalidad, de silencio.

El «nosotros», a pesar de todo, deambula en Barcelona. Y tiene un «ellos» en quienes abanderan el futuro como tiempo para vaciar el presente, al igual que topa en esa esfinge mimada y pulida que se hace pasar por la ciudad. Hoy como anteayer, hay señales, indicios, de que no todos se han entregado a las

ansias de hacer ciudad, de programar con denuedo la modernización progresiva, sea esta amparada en la consigna de Barcelona 2000 o de la Gran Barcelona. En este sentido, el itinerario que hemos ensayado no es del todo yermo. Las aldeas contra la metrópoli son el postrero recurso para desfondar la apisonadora de diferencias que es el medio urbano como acondicionamiento a la norma, al control. Persisten todavía, como anteayer, varias Barcelonas en Barcelona, aunque las avanzadas técnicas de exposición se empeñen en hablarnos solo de una.

Ese nosotros, que no puede dejar de ser la máscara que recubre a quienes se buscan y se rechazan en la voluntad de hacer suya la ciudad para hacer su ciudad, está muy alejado, sin embargo, de la metrópoli proletaria que hemos expuesto al hilo de la crónica de aquellas jornadas de 1902 y 1909. Pero tampoco hemos pretendido, como decíamos, equiparar el hoy al anteayer. Tan solo pretendemos dejar abierto el nunca se sabe. Por ello, nos hemos atrevido a observar que fue una metrópoli, según sus prohombres, dispuesta a ser imperial. Porque nunca se sabe si sus propósitos fueron —son— un velo para enmascarar sueños y pesadillas. Y nunca se sabe si esos mismos sueños y pesadillas, o algo parecido, discurren en el seno de la quimera de la ciudad olímpica, de la Barcelona del 2000, objetivo y triunfo de todos.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD DE SANTILLÁN, Diego, *Contribución a la historia del movimiento obrero español*, vol. II, *De 1905 a la proclamación de la Segunda República*, Cajica, Puebla, 1965.
- AGLIETTA, Michel, *Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los Estados Unidos*, trad. Juan Bueno, Siglo XXI, Madrid, 1979.
- «Sobre algunos aspectos de la crisis», en Michel Aglietta, Samir Amin, Jacques Attali, Jean-Marie Chevalier y Christian Palloix, *Rupturas de un sistema económico*, trad. Rafael Myro, H. Blume, Madrid, 1981.
- ALARCÓN CARACUEL, Manuel Ramón, *El derecho de asociación obrera en España (1839-1900)*, Revista de Trabajo, Madrid, 1975.
- ÁLVAREZ-BUYLLA, Adolfo, Juan UÑA SARTHOU, Adolfo POSADA, Luis MOROTE, José CANALEJAS MÉNDEZ y Santiago CASTILLO, *El Instituto del Trabajo. Datos para la historia de la reforma social en España*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1986.
- ÁLVAREZ JUNCO, José, *La Comuna en España*, Siglo XXI, Madrid, 1971.
- La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Siglo XXI, Madrid, 1976.
- ÁLVAREZ JUNCO, José y Manuel PÉREZ LEDESMA, «Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?», *Revista de Occidente*, n.º 12, 1982, pp. 19-42.
- ÁLVAREZ-URÍA RICO, Fernando, «Los visitantes del pobre. Caridad, economía social y asistencia en la España del siglo XIX», en VV.AA., *De la beneficencia al bienestar social. Cuatro siglos de acción social*, Siglo XXI, Madrid, 1985.
- AMETLLA, Claudi, *Memòries polítiques (1890-1917)*, Pòrtic, Barcelona, 1963.
- ARRANZ, Manuel, «Els serveis municipals», en Ramón Grau (dir.), *Exposició Universal de Barcelona. Llibre del centenari 1888-1988*, L'Avenç, Barcelona, 1988.
- AURIAC, Franck y Roger BRUNET (coords.), *Espaces, jeux et enjeux*, Fayard, París, 1986.
- BALCELLS GONZÁLEZ, Albert, *Trabajo industrial y organización obrera en la Cataluña contemporánea (1930-1936)*, Laia, Barcelona, 1974.
- BAR, Antonio, *La CNT en los años rojos. Del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo (1910-1926)*, Akal, Madrid, 1981.

UN VERANO CON MIL JULIOS Y OTRAS ESTACIONES

- BASSOLS, Martín, *Génesis y evolución del derecho urbanístico español (1812-1956)*, Montecorvo, Madrid, 1973.
- BENET, Josep, *Joan Maragall i la Setmana Tràgica*, Edicions 62, Barcelona, 1964.
- BENKO, Georges, «Espace, temps, pouvoir. Rencontre avec Paul Virilio», *Espaces et sociétés*, n.º 46, 1985, pp. 5-19.
- BERTI, L., «¿Revolución o...? Consideraciones acerca del problema de la transformación social», *In/dolencia*, n.º 0, 1981, p. 29.
- BONAFULLA, Leopoldo, *La revolución de julio. Barcelona 1909*, T. Taberner, Barcelona, 1910.
- BONAMUSA, Francesc (ed.), *Congreso de constitución de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT)*, Anagrama, Barcelona, 1976.
- BONFIGLIOLI, Sandra, «Spazio e tempo, un punto di osservazione», en Sandra Bonfiglioli (ed.), *Il tempo nello spazio. Linee di villaggio, linee di città*, 3.ª ed., Franco Angeli, Milán, 1988.
- BORTOLOTTI, Lando, *Arquitectos, urbanistas e historia urbana. Lección inaugural del curso académico 1983-1984*, Escola Tècnica Superior d'Arquitectura del Vallès-UPC, Terrassa, 1984.
- BOURDIEU, Pierre, «Los usos del "pueblo"» y «La delegación y el fetichismo político», en *Cosas dichas*, trad. Margarita Mizraji, Gedisa, Barcelona, 1988.
- BRISSA, José, *La revolución de julio en Barcelona. Su represión, sus víctimas, el proceso Ferrer*, Maucci, Barcelona, 1910.
- CABO MARTÍN, Carlos de, *La crisis del Estado social*, Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1986.
- CABRÉ, Anna e Isabel PUJADAS, «La població de Barcelona i el seu entorn al segle XX», *L'Avenç*, n.º 88, 1985, pp. 13-40.
- CAÍNZOS LÓPEZ, Miguel Á., «Clases, intereses y actores sociales. Un debate posmarxista», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 46, 1989, p. 94.
- CALLE VELASCO, María Dolores de la, *La Comisión de Reformas Sociales 1883-1903. Política social y conflicto de intereses en la España de la Restauración*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1989.
- «La Comisión de Reformas Sociales. De la represión al análisis de la conflictividad social», *Studia Historica*, n.º 2, 1984, pp. 13-40.
- CANETTI, Elias, *Masa y poder*, Alianza/Muchnik, Barcelona, 1977.
- CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio, «La cuestión obrera y su nuevo carácter (1890)», en Antonio Cánovas del Castillo, *Antología*, Espasa Calpe, Madrid, 1941.
- «Apéndice n.º 6. Intervención en el debate de las Cortes sobre la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)», 3 de noviembre de 1871, en Oriol Vergés, *La I Internacional en las Cortes de 1871*, Universitat de Barcelona-Càtedra d'Història General d'Espanya, Barcelona, 1964.
- «Discurso en el Ateneo de Madrid», 10 de noviembre de 1890, en Manuel Ballbé, *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, 2.ª ed., Alianza, Madrid, 1985.

BIBLIOGRAFÍA

- CARASA, Pedro, «Beneficencia y control social en la España contemporánea», en Roberto Bergalli y Enrique Eduardo Mari (coords.), *Historia ideológica del control social (España-Argentina, siglos XIX y XX)*, Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1989.
- CARRERAS, Albert, «España durante la 2.ª Revolución Tecnológica», en VV.AA., *España: 200 años de tecnología*, Ministerio de Industria y Energía, Madrid, 1988.
- CARRERAS, Carles y Joan VILAGRASA, «La geografía histórica», en Josefina Gómez Mendoza y Aurora García Ballesteros (coords.), *Teoría y práctica de la geografía*, Alhambra, Madrid, 1986.
- CARRERAS, Luis, *París a sangre y fuego. Jornadas de la Comuna*, José J. de Olañeta, Barcelona/Palma de Mallorca, 1979 [ed. orig. Librería Española de I. López, Barcelona, 1871].
- CASTEL, Robert, *El orden psiquiátrico. La edad del oro del alienismo*, trad. José Antonio Álvarez-Uría y Fernando Álvarez-Uría, La Piqueta, Madrid, 1980.
- *La gestión de los riesgos. De la anti-psiquiatría al post-análisis*, trad. Núria Pérez, Anagrama, Barcelona, 1984.
- «De la peligrosidad al riesgo», en VV.AA., *Materiales de sociología crítica*, La Piqueta, Madrid, 1986.
- «Prólogo», en Fernando Álvarez-Uría, *Miserables y locos. Medicina mental y orden social en la España del siglo XIX*, Tusquets, Barcelona, 1983.
- CASTELLS, Manuel, *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*, Alianza, Madrid, 1986.
- CASTILLO, Santiago, «El socialismo español (1879-1909). Una revisión bibliográfica», *Historia Social*, n.º 1, 1988, p. 138.
- CASTILLO ALONSO, Juan José, Josep TERMES ARDEVOL, Pere GABRIEL SIRVENT, José ÁLVAREZ JUNCO, Santiago CASTILLO, Santos JULIA DIAZ, Carlos FORCADELL ÁLVAREZ, José Antonio PIQUERAS ARENAS, Aurora BOSCH SÁNCHEZ, Francisco Javier PANIAGUA FUENTES, Manuel CERDÀ y Salvador FORNER MUÑOZ, «Movimientos sociales. La Comuna, la Revolución rusa, el pueblo en el trabajo y las marginaciones», *Debats. Revista de cultura, poder i societat*, n.ºs 2-3, 1982, pp. 89-136.
- CASTORIADIS, Cornelius, *La experiencia del movimiento obrero*, vol. 1, *Cómo luchar*, trad. Enrique Escobar y Francisco Monge, Tusquets, Barcelona, 1979.
- CAUQUELIN, Anne, *Essai de philosophie urbaine*, PUF, París, 1982.
- CLARIA, Ignasi, «Mi asesinato», *La Huelga General*, n.º 13, 10 de febrero de 1903.
- CLEAVER, Harry, *Una lectura política de «El capital»*, trad. Eduardo L. Suárez, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1985.
- COHEN, Jean-Louis, «Between crisis management and social movements. The place of institutional reform», *Telos*, n.º 52, 1982.
- COLODRÓN, Alfonso, «Aproximación al estudio de la huelga general (la huelga general de Barcelona de 1902)», *Revista de Trabajo*, n.º 33, 1971, p. 69.
- COMAPOSADA GILI, José, *La revolución en Barcelona*, Biblioteca Acción, Barcelona, 1909.

- COMELLES, Josep Maria, *La razón y la sinrazón. Asistencia psiquiátrica y desarrollo del Estado en la España contemporánea*, Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1988.
- CONNELLY ULLMAN, Joan, *La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1898-1912)*, trad. Gonzalo Pontón, Ariel, Barcelona, 1972.
- CONTI, Sergio, *Dopo la città industriale. Detroit tra crisi urbana e crisi dell'automobile*, Franco Angeli, Milán, 1983.
- COROMINES, Pere y Max CAHNER (eds.), *Diaris i records. De la Solidaritat al catorze d'abril*, Curial, Barcelona, 1974.
- CUADRAT, Xavier, *Socialismo y anarquismo en Cataluña (1899-1911). Los orígenes de la CNT*, Revista de Trabajo, Madrid, 1976.
- CULLA CLARA, Joan B., *El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923)*, Curial, Barcelona, 1986.
- DAGHINI, Gairo, «Movimento della “degradazione” e immobilità delle categorie», *Aut-Aut*, n.º 172, 1979, pp. 34-49.
- DEBORD, Guy, *La sociedad del espectáculo*, Castellet, Madrid, 1976.
- DELEUZE, Gilles, *La imagen-movimiento. Estudios sobre cine 1*, trad. Irene Agoff, Paidós, Barcelona, 1984.
- «Romper las cosas, romper las palabras», *La Vanguardia*, 16 de noviembre de 1986.
- DELEUZE, Gilles y Félix GUATTARI, *Rizoma. Introducción*, trad. José Vázquez Pérez, Pre-Textos, Valencia, 1977.
- DONZELOT, Jacques, *L'invention du social. Essai sur le déclin des passions politiques*, Fayard, París, 1984. [Hay trad. cast.: *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*, trad. Heber Cardoso, Nueva Visión, Buenos Aires, 2007].
- DORADO MONTERO, Pedro, *Del problema obrero*, Imprenta y Librería de F. Núñez, Salamanca, 1901, citado en Manuel Carlos Palomeque López, *Derecho del trabajo e ideología. Medio siglo de formación ideológica del derecho del trabajo en España (1873-1923)*, 2.ª ed. rev., Akal, Madrid, 1984.
- DREYFUS, Jacques, *La ville disciplinaire. Essai sur l'urbanisme*, Galilée, París, 1976.
- DUARTE MONTSERRAT, Àngel, *El republicanisme català a la fi del segle XIX*, Eumo, Vic, 1987.
- «Mayordomos y contra maestres. Jerarquía fabril en la industria algodonera catalana, 1879-1890», *Historia Social*, n.º 4, 1989, pp. 3-20.
- DUFRENNE, Mikel, *Subversión/perversión*, trad. E. R. Fondevila, Ruedo Ibérico, Barcelona, 1980.
- DUPUY, Jean-Pierre y Jean ROBERT, *La traición de la opulencia*, trad. Hugo Acevedo, Gedisa, Barcelona, 1979.
- DURAN SANPERE, Agustí, *Barcelona i la seva història. La formació d'una gran ciutat*, 3.ª ed., Curial, Barcelona, 1975.
- EL DILUVIO, 16 de febrero de 1902, edición vespertina.
- 24 de febrero de 1902, edición matutina.

BIBLIOGRAFÍA

- EL ÚLTIMO DE LA FILA, «Dulces sueños», *Cuando la pobreza entra por la puerta, el amor salta por la ventana* [audiovisual], PDI, Barcelona, 1985.
- ELEJABEITIA, Carmen, *La marginación social, sus causas, motivaciones y mecanismos*, vol. 1, mimeo, Madrid, 1984.
- ELORZA, Antonio y Michel RALLE, *La formación del PSOE*, Crítica, Barcelona, 1989.
- ESCARRA, Édouard, *El desarrollo industrial de Cataluña (1900-1908)*, trad. Enric Cu-bells, Grijalbo, Barcelona, 1970 [1908].
- EWALD, François, *L'Etat providence*, Grasset, París, 1986.
- FABRA RIBAS, Antonio, *La Semana Trágica. El caso Maura. El krausismo*, Seminarios y Ediciones, Madrid, 1975.
- FARFAN, Guillermo, «Capital, trabajo y estado del bienestar en el capitalismo avan-zado», en Esthela Gutiérrez Garza (coord.), *Testimonios de la crisis*, vol. 2, *La crisis del estado del bienestar*, UNAM-Siglo XXI, Ciudad de México, 1988.
- FERRAJOLI, Luigi y Danilo ZOLO, «Marxismo y cuestión criminal», en Luigi Ferra-joli y Danilo Zolo, *Democracia autoritaria y capitalismo maduro*, trad. Perfecto Andrés Ibáñez, Ediciones 2001, Barcelona, 1980.
- FERRER, Joaquim, *Simó Piera: perfil d'un sindicalista*, Pòrtic, Barcelona, 1975.
- FOLIN, Marino, *La ciudad del capital y otros escritos*, trad. Juan Díaz de Atauri, Gus-tavo Gili, Barcelona, 1977.
- FONTANA LÁZARO, Josep, *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*, Ariel, Esplugues de Llobregat, 1973.
- FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, trad. Aurelio Garzón del Camino, Siglo XXI, Madrid, 1978.
- «La gubernamentalidad», en Robert Castel, *Espacios de poder*, trad. Julia Va-rela y Fernando Álvarez-Uría, La Piqueta, Madrid, 1981.
- «El polvo y la nube», en Michel Foucault y Jacques Léonard, *La imposible pri-sión. Debate con Michel Foucault*, trad. Joaquín Jordá, Anagrama, Barcelona, 1982.
- «Por qué hay que estudiar el poder: la cuestión del sujeto», *Liberación*, dossier «Michel Foucault. Homenaje a un vago y un maleante», 30 de diciembre de 1984.
- «El sujeto y el poder», en Hubert L. Dreyfus y Paul Rabinow, *Michel Fou-cault. Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, trad. Corina de Iturbe, UNAM Instituto de Investigaciones Sociales, Ciudad de México, 1988.
- «*Omnes et singulatim*. Hacia una crítica de la "razón política"», en Michel Fou-cault, *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Paidós/ICE-UAB, Barcelona, 1990.
- GABRIEL SIRVENT, Pere, *Classe obrera i sindicats a Catalunya 1903-1920*, tesis docto-ral, Universitat de Barcelona, Barcelona, 1981.
- «Algunes notes sobre la implantació sindical de socialistes i anarquistes a Catalunya, abans dels anys de la primera guerra mundial», en VV. AA., *Indus-trialització y nacionalismo. Análisis comparativo*, Universitat Autònoma de Bar-celona, Bellaterra, 1985.
- «La població obrera catalana, ¿una població industrial?», *Estudios de historia Social*, n.ºs 32-33, 1985, pp. 191-232.

- GARCÍA CALVO, Agustín, «Contra la idea de hacer la historia del anarquismo», *Historia Libertaria*, n.º 1, 1978.
- GARCÍA OLIVER, Juan, *El eco de los pasos*, Ruedo Ibérico, Barcelona, 1978. [Existe edición actual: Virus Editorial, 2021].
- GARNIER, Jean-Pierre, «Planificación urbana y neocapitalismo», *Geocrítica*, n.º 6, 1976.
- GAUDEMAR, Jean-Paul de, *Movilidad del trabajo y acumulación del capital*, trad. Óscar Barahona y Uxoá Doyhamboure, Era, Ciudad de México, 1979.
- La movilización general*, trad. José Saavedra, La Piqueta, Madrid, 1981.
- L'ordre et la production. Naissance et formes de la discipline d'usine*, Dunod, París, 1982.
- «Le troisième âge de l'usine?» y «De la fabrique au site: naissance de l'usine mobile», en Benjamin Coriat, Raymond Galle, Jean-Paul de Gaudemar, Françoise Vatin, Silvia Belforte, Martino Ciatti, Alberto Magnaghi, Mariella Berra, Marco Revelli y Antonio Negri, *Usines et ouvriers. Figures du nouvel ordre productif*, Maspero, París, 1980.
- «Preliminares para una genealogía de las formas de disciplina en el proceso capitalista del trabajo», en Robert Castel, *Espacios de poder*, trad. Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, La Piqueta, Madrid, 1981.
- GAVIRA, Carmen, «P. Núñez Granés. Ingeniería y urbanismo en España (1900-1924)», *Ciudad y Territorio. Revista de ciencia urbana*, n.º 66, 1985.
- GIBELLI, Antonio, «Qualche riflessione in tema di storia sociale e storia del movimento operaio», en VV.AA., *Dieci interventi sulla storia sociale*, Rosenberg & Sellier, Turín, 1981.
- GIL NOVALES, Alberto, «La conflictividad social bajo la Restauración (1875-1917)», *Trienio*, n.º 7, 1986, pp. 73-217.
- GORDON, David M., Richard EDWARDS y Michael REICH, *Trabajo segmentado, trabajadores divididos. La transformación histórica del trabajo en Estados Unidos*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1986.
- GORI, Pedro, *La anarquía ante los tribunales. Seguido de Vuestro orden y nuestro desorden*, trad. José Prat, José J. de Olañeta, Barcelona/Palma de Mallorca, 1978 [ed. orig. El Productor, Barcelona, 1907].
- GOZZI, Gustavo, «La sociologia critica tra analisi dello stato e teoria dei sistemi», en Claus Offe y Gero Lenhardt, *Teoria dello stato e politica sociale*, Feltrinelli, Milán, 1979.
- GRAELL, Guillermo, *La cuestión catalana*, A. López Robert, Barcelona, 1902.
- Historia del Fomento del Trabajo Nacional*, Imprenta de la Viuda de Luis Tasso, Barcelona, 1911.
- GUATTARI, Félix y Antonio NEGRI, *Les nouvelles lignes d'alliance*, multicopiado, París, 1984.
- GUATTARI, Félix y Éric ALLIEZ, «Systèmes, structures et processus capitalistes», en Félix Guattari, *Les années d'hiver 1980-1985*, Bernard Barrault, París, 1985. [Texto recogido en la recopilación *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y*

BIBLIOGRAFÍA

- revoluciones moleculares*, trad. Raúl Sánchez Cedillo, Traficantes de Sueños, Madrid, 2004].
- HARVEY, David, «Acerca de la historia y la actual situación de la geografía: un manifiesto materialista histórico», en María Dolores García Ramón (ed.), *Teoría y método en la geografía humana anglosajona*, Ariel, Barcelona, 1985.
- HAUPT, Georges, *El historiador y el movimiento social*, trad. Flora Guzmán, Siglo XXI, Madrid, 1986.
- HÉRIN, Robert, «Herencias y perspectivas en la geografía social francesa», *Geocrítica*, año VI, n.º 41, 1982.
- HOBBSBAWM, Eric, *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, trad. Jordi Beltrán, Crítica, Barcelona, 1987.
- HURTADO, Amadeu, *Quaranta anys d'advocat. Història del meu temps [1894-1936]*, Ariel, Barcelona, 1968.
- IBÁÑEZ, Jesús, *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: Teoría y crítica*, Siglo XXI, Madrid, 1979.
- Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*, Siglo XXI, Madrid, 1985.
- INDOVINA, Francesco, «Città-merce e città-potere», en Maurizio Bolognini, *Spazio urbano e potere. Politica e ideologia della città: crisi urbana e decentramento infracomunale*, Franco Angeli, Milán, 1981.
- «Elogio della crisi urbana», en Paolo Ceccarelli (comp.), *La crisi del governo urbano. Istituzioni, strutture economiche e processi politici nelle città del capitalismo maturo*, Marsilio, Venecia, 1978.
- INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA, «Estado de nuestras clases obreras», en Santiago Castillo (ed.), *Reformas sociales. Información oral y escrita publicada de 1889 a 1893*, vol. 2, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985.
- IZARD LLORENS, Miquel, «Orígenes del movimiento obrero en España», *En Teoría*, n.ºs 8-9, 1981-1982.
- JARDÍ, Enric, *La ciutat de les bombes. El terrorisme anarquista a Barcelona*, Rafael Dalmau, Barcelona, 1964.
- LA VEU DE CATALUNYA, 17 de febrero de 1902.
- LARRAURI, Maite, «Potencia/poder», en Román Reyes (dir.), *Terminología científico-social. Aproximación crítica*, Anthropos, Barcelona, 1988.
- LEFEBVRE, Henri, *El derecho a la ciudad*, trad. J. González-Pueyo, Península, Barcelona, 1969.
- La revolución urbana*, trad. Mario Nolla, Alianza, Madrid, 1970.
- LEFORT, Claude, *¿Qué es la burocracia? y otros ensayos*, Ruedo Ibérico, París, 1970.
- LEHNING, Arthur, «La socialdemocracia y la guerra. El antimilitarismo revolucionario y el movimiento obrero», *La Puça i el General*, n.º 58, 1989, pp. 13-20.
- LIDA, Clara E., *Anarquismo y revolución en la España del XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1972.
- LIPETZ, Alain, «Lo nacional y lo regional. ¿Qué autonomía frente a la crisis capitalista mundial?», *Alfoz. Madrid, territorio, economía y sociedad*, n.ºs 54-55, 1988.

UN VERANO CON MIL JULIOS Y OTRAS ESTACIONES

- LLEIXÀ, Joaquim, *Cien años de militarismo en España. Funciones estatales confiadas al Ejército en la Restauración y el franquismo*, Anagrama, Barcelona, 1986.
- LOJKINE, Jean, *El marxismo, el Estado y la cuestión urbana*, trad. Félix Blanco, Siglo XXI, Ciudad de México, 1979.
- LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, María Victoria, «La Comuna de París vista desde España», en José María Jover Zamora (coord.), *El siglo XIX en España. Doce estudios*, Planeta, Barcelona, 1974.
- LÓPEZ PETIT, Santiago, *Entre el ser y el poder. La vida: una apuesta prevaricante*, tesis doctoral, Universitat de Barcelona, 1990. [Existe una versión de esta tesis publicada a posteriori: *Entre el ser y el poder. Una apuesta por el querer vivir*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2009].
- LORENZO, Anselmo, *Criterio libertario*, José J. de Olañeta, Barcelona/Palma de Mallorca, 1978 [ed. orig. Biblioteca de La Huelga General, Barcelona, 1903].
—«De la huelga general», *La Revista Blanca*, n.º VII, 15 de febrero de 1905, en ERA 80, *Els anarquistes educadors del poble. "La Revista Blanca" (1898-1905)*, Curial, Barcelona, 1977.
- LOZANO, Jorge, *El discurso histórico*, Alianza, Madrid, 1987.
- LYOTARD, Jean-François, *La diferencia*, trad. Alberto Bixio, Gedisa, Barcelona, 1988.
- MAGNAGHI, Alberto, *Il sistema di governo delle regioni metropolitane*, Franco Angeli, Milán, 1981.
—«Per una geografia politica dell'uso di classe del territorio», *Hérodote/Italia*, n.ºs 2-3, 1980, pp. 2-34.
- MAGNAGHI, Alberto, Augusto PERELLI, Riccardo SARFATTI y Cesare STEVAN, *La città fabbrica. Contributi per un'analisi di classe del territorio*, Cooperativa Libreria Universitaria del Politecnico, Milán, 1970.
- MAGRI, Susanna y Christian TOPALOV, «De la cité-jardin à la ville rationalisée. Un tournant du projet réformateur (1905-1925) dans quatre pays», *Revue Française de Sociologie*, XXVIII, 1987.
- MALUQUER DE MOTES, Jordi, «La historia económica de Cataluña», *Información Comercial Española*, pp. 268-280.
—«La revolució industrial a Catalunya», *L'Avenç*, n.º 73, 1984.
- MARAGALL, Joan, «La ciutat del somni», en Joan Lluís Marfany, *Articles polítics*, La Magrana, Barcelona, 1988.
- MARGLIN, Stephen A., «Cómo atrapar las moscas con la miel», en Michel Aglietta, Samir Amin, Jacques Attali, Jean-Marie Chevalier y Christian Palloix, *Rupturas de un sistema económico*, trad. Rafael Myro, H. Blume, Madrid, 1981.
—«Orígenes y funciones de la parcelación de tareas. ¿Para qué sirven los patrones?», en André Gorz (comp.), *Crítica de la división del trabajo*, trad. Pere Darnell, Laia, Barcelona, 1977.
- MARTIN, Jean-Baptiste, *La fin des mauvais pauvres. De l'assistance à l'assurance*, Champ Vallon, Seyssel, 1983.
- MARTÍN RAMOS, Josep Lluís, «Anàlisi del moviment vaguístic a Barcelona (1914-1923)», *Recerques: història, economia i cultura*, n.º 20, 1988, pp. 93-114.

BIBLIOGRAFÍA

- MARVAUD, Angel, *La cuestión social en España*, trad. José Juan Garín, Revista de Trabajo, Madrid, 1975.
- MASSANA, Carme, *Indústria, ciutat i propietat. Política econòmica i propietat urbana a l'àrea de Barcelona (1901-1939)*, Curial, Barcelona, 1985.
- MASSIAH, Gustave, «Histoire du mouvement ouvrier et pratiques professionnelles d'architecture», en Jean-Paul Flamand et al., *La question du logement et le mouvement ouvrier français*, La Villette, París, 1981.
- MAYER, Arno J., *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*, Alianza, Madrid, 1984.
- MCDONOGH, Gary W., *Las buenas familias de Barcelona. Historia social de poder en la era industrial*, trad. Mercedes Güell, Omega, Barcelona, 1989.
- MELOSSI, Dario, «Las estrategias del control social en el capitalismo», *Papers: revista de sociologia*, Universitat Autònoma de Barcelona, n.º 13, 1980.
- MICHAUD, Yves, *Violencia y política*, trad. José Martín Arancibia, Ruedo Ibérico, Barcelona, 1980.
- MONCLÚS FRAGA, Francisco Javier y José Luis OYÓN BAÑALES, «Espacio urbano y sociedad. Algunas cuestiones de método en la actual historia urbana», en Antonio Bonet Correa (coord.), *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano. Segundo simposio (1982)*, vol. 1, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1985.
- MORAL SANTÍN, José Antonio, Roberto CARBALLO y Antonio TEMPRANO GONZÁLEZ, «La formación del capitalismo industrial en España (1855-1959)», en VV. AA., *Crecimiento económico y crisis estructural en España (1959-1980)*, Akal, Madrid, 1980.
- MOREY, Miguel, *Psiquemáquinas*, Montesinos, Barcelona, 1990.
- «“Érase una vez...”: Michel Foucault y el problema del sentido de la historia», en Ramón Máiz (comp.), *Discurso, poder, sujeto. Lecturas sobre Michel Foucault*, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 1987.
- «Introducción. La cuestión del método», en Michel Foucault, *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Paidós/ICE-UAB, Barcelona, 1990.
- MURARD, Lion y Patrick ZYLBERMAN, *Le petit travailleur infatigable. Villes-usines, habitat et intimités au XIX^e siècle*, Recherches, París, 1976.
- «De l'hygiène comme introduction à la politique expérimentale (1875-1925)», *Revue de Synthèse*, n.º 115, 1984, pp. 313-341.
- NADAL, Francesc, «Burgueses contra el municipalismo. La configuración de la Gran Barcelona y las anexioniones de municipios (1874-1904)», *Geocrítica*, n.ºs 59-60, 1985.
- NADAL, Jordi y Carles SUDRIA, *Història de la Caixa de Pensions*, Edicions 62, Barcelona, 1981.
- NADAL, Jordi y Jordi MALUQUER DE MOTES, *Catalunya, la fàbrica d'Espanya*, Ayuntamiento de Barcelona, Barcelona, 1985.
- NADAL, Margarida, «Les agregacions municipals», en Ramón Grau (dir.), *Exposició Universal de Barcelona. Llibre del centenari 1888-1988*, L'Avenç, Barcelona, 1988.

- NARBONE, Luigi, «Governo militare e governo del sociale. Strategie militare e tattiche del disciplinamento nell'Italia liberale», *Aut-Aut*, n.º 205, 1985, pp. 43-66.
- NEGRI, Antonio, *La forma Stato. Per la critica dell'economia politica della Costituzione*, Feltrinelli, Milán, 1977. [Hay trad. cast.: *La forma-Estado*, trad. Raúl Sánchez Cedillo, Akal, Madrid, 2003].
- *Dominio y sabotaje*, trad. J. G. Grau, Viejo Topo, Barcelona, 1979.
- *Tesi sul potere costituyente*, mimeo, 1988.
- *La anomalía salvaje. Ensayo sobre poder y potencia en Baruch Spinoza*, trad. Gerardo de Pablo, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana, Barcelona/Iztapalapa, 1993.
- «John M. Keynes e la teoria capitalistica dello stato nel '29», en Sergio Bologna et al., *Operai e stato. Lotte operaie e riforma dello stato capitalistico tra rivoluzione d'Ottobre e New Deal*, Feltrinelli, Milán, 1972.
- «El comunismo: la diferencia», *Liberación*, 24 de noviembre de 1984.
- «Postmoderno», en Román Reyes (dir.), *Terminología científico-social. Aproximación crítica*, Anthropos, Barcelona, 1988.
- «Ocho tesis preliminares para una teoría del poder constituyente», *Contrarios*, n.º 1, 1989, pp. 68-81.
- NIEVA, Teobaldo, «El legado de la Commune», *La Federación*, 2 de julio de 1871, en José Álvarez Junco, *La Comuna en España*, Siglo XXI, Madrid, 1971.
- NUÑEZ FLORENCIO, Rafael, *El terrorismo anarquista (1888-1909)*, Siglo XXI, Madrid, 1983.
- O'CONNOR, James, *Crisis de acumulación*, trad. Marco-Aurélio Galmarini, Península, Barcelona, 1987.
- OFFE, Claus y Volker RONGE, «Tesi per una fondazione teórica della nozione di "Stato capitalistico" e per una metodologia materialistica della politologia», en VV.AA., *Stato e crisi delle istituzioni*, Gabriele Mazzotta, Milán, 1978.
- OLAYA MORALES, Francisco, *Historia de los movimientos sociales en España*, vol. 1, *De la Revolución Industrial al cooperativismo*, Queimada, Madrid, 1983.
- OLIVÉ, Enric, *Moviment anarquista català i l'obrerisme 1900-1909*, tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 1977.
- «El republicanisme lerrouxista a Catalunya. Joan B. Culla i Clarà», *L'Avenç*, n.º 110, 1987.
- ORTI, Alfonso, «Prólogo», en Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España. Urgencia y modo de cambiarla*, Revista de Trabajo, Madrid, 1975.
- OSSORIO GALLARDO, Ángel, *Barcelona, julio de 1909. Declaración de un testigo*, Imprenta de Ricardo Rojas, Madrid, 1910.
- PALACIO MORENA, Juan Ignacio, *La institucionalización de la reforma social en España (1883-1924). La Comisión y el Instituto de Reformas Sociales*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1988.
- PANZIERI, Rainiero, «Sobre el uso capitalista de las máquinas», en VV.AA., *La división capitalista del trabajo*, Pasado y Presente, Buenos Aires, 1972.

BIBLIOGRAFÍA

- PAUL-LÉVY, Françoise, *La ville en croix. De la Révolution de 1848 a la rénovation haussmannienne: éléments pour une problématique générale*, Klincksieck, París, 1985.
- PAVARINI, Massimo, «La città e il suo rovescio. Brevi note in tema di carcere e metropoli», *La Nuova Città*, n.º 1, IV serie, 1983.
- PEIRÓ GRASA, Xavier, *Agents materials, autors dels projectes i referències teòriques de la reforma urbana de Barcelona: 1879-1937. El cas de l'obertura de la «Gran Via Layetana»*, tesis doctoral, ETSAB-UPC, 1989.
- PÉREZ-AGOTE, Alfonso, «La identidad colectiva. Una reflexión abierta desde la sociología», *Revista de Occidente*, n.º 56, 1986.
- PERROT, Michelle, «Les ouvriers, l'habitat et la ville au XIX^e siècle», en Jean-Paul Flamand et al., *La question du logement et le mouvement ouvrier français*, La Villette, París, 1981.
- *Jeunesse de la grève. France 1871-1890*, Seuil, París, 1984.
- PIJOAN, Josep, «La reforma de Jauselly: la ciutat ideal», *La Veu de Catalunya*, 11 de octubre de 1905, en Josep Pijoan, *La lluita per la cultura*, Edicions 62, Barcelona, 1968.
- PRAT, José, *¿Competencia o solidaridad? Refutación del reformismo político patrocinado en el libro "El Instituto del Trabajo"*, Biblioteca Geopolítica, Barcelona, 1903.
- *Ser o no ser*, trabajo leído en la «Sociedad de Oficiales Albañiles» de Gràcia, Biblioteca El Productor, Barcelona, 1905.
- *La burguesía y el proletariado*, Biblioteca Editorial Salud y Fuerza, Barcelona, 1923 [1909].
- PRAT DE LA RIBA, José, «La prosperitat de Catalunya», *La Veu de Catalunya*, 10 de agosto de 1905, en Jordi Solé-Tura, *Catalanismo y revolución burguesa*, Edicusa, Madrid, 1974.
- «Nosaltres», *La Veu de Catalunya*, 24 de abril de 1909, en Francesc Roca, *Política econòmica i territori a Catalunya. 1901-1939*, Ketres, Barcelona, 1979.
- PUIG CADAFALCH, Josep, «Barcelona d'anys a venir», *La Veu de Catalunya*, diciembre de 1900 y enero de 1901, en *Inicis de la urbanística municipal de Barcelona. Mostra dels fons municipals de plans i projectes d'urbanisme, 1750-1930*, Ayuntamiento de Barcelona/Corporación Metropolitana de Barcelona, Barcelona, 1985.
- RAMOS, Gemma y Soledad BENGOCHEA, «La patronal catalana y la huelga de 1902», *Historia Social*, n.º 5, 1989, pp. 77-95.
- RANCIÈRE, Jacques, «La maladie des héliotropes. Notes sur la "pensée ouvrière"», *Ethnologie Française*, n.º XIV, 1984.
- «Recuerdo de la Huelga General de Barcelona-febrero 1902», *La Huelga General*, n.º 13, 20 de febrero de 1903.
- REMY, Jean y Liliane VOYÉ, *Ville, ordre et violence. Formes spatiales et transaction sociale*, PUF, París, 1981.
- RINGELHEIM, Foulek, «¿A qué llamamos castigar? Entrevista con Michel Foucault», *Archipiélago*, n.º 2, 1989, pp. 55-63.
- RIQUER, Borja de, *Lliga Regionalista. La burguesia catalana i el nacionalisme (1898-1904)*, Edicions 62, Barcelona, 1977.

- «Les eleccions de la Solidaritat Catalana a Barcelona», *Recerques: història, economia i cultura*, n.º 2, 1972, pp. 93-140.
- «La societat catalana dels anys vuitanta», en Pere Hereu Payet (ed.), *Arquitectura i ciutat a l'Exposició Universal de Barcelona de 1888*, Universitat Politècnica de Catalunya, Barcelona, 1988.
- ROGA, Francesc, *Política econòmica i territori a Catalunya. 1901-1939*, Ketres Editora, Barcelona, 1979.
- «La formació de l'economista: teoria i política», *Recerques: història, economia i cultura*, n.º 14, 1983.
- RODRÍGUEZ-VILLASANTE, Tomás, «Tiempo, apropiación, cosmologías», en Román Reyes (dir.), *Terminología científico-social. Aproximación crítica*, Anthropos, Barcelona, 1988.
- ROJO, Ángel, *Recuerdos históricos. La Semana Trágica de Barcelona 1909*, CNT, Toulouse.
- ROMERO MAURA, Joaquín, *La Rosa de Fuego. Republicanos y anarquistas: la política de los obreros barceloneses entre el desastre colonial y la Semana Trágica (1899-1909)*, Grijalbo, Barcelona, 1975.
- ROVIRA GIMENO, Josep Maria, *La arquitectura catalana de la modernidad*, Universitat Politècnica de Catalunya, Barcelona, 1987.
- SANTOS, Milton, «La geografía a fines del siglo xx: nuevas funciones de una disciplina amenazada», *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, vol. XXXV, n.º 4, 1984.
- «Espacio y método», *Geocrítica*, año XII, n.º 65, 1986.
- SASTRE SANNA, Miguel, *Las huelgas en Barcelona y sus resultados*, Acción Social Popular, 1903-1914.
- SENNETT, Richard, *Vida urbana e identidad personal*, trad. Josep Rovira, Península, Barcelona, 1975.
- SERNA, Justo, «La desocupació i el control social», *Batlia*, n.º 8, 1988, pp. 9-23.
- Presos y pobres en la España del XIX. La determinación social de la marginación*, Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1988.
- SERRANO, Carlos, *Final del imperio. España, 1895-1898*, Siglo XXI, Madrid, 1984.
- Le tour du peuple. Crise nationale, mouvements populaires et populisme en Espagne (1890-1910)*, Casa Velázquez, Madrid, 1987.
- SERRANO GONZÁLEZ, Antonio, «Poder *sub specie legis* y poder pastoral», en Ramón Máiz (comp.), *Discurso, poder, sujeto. Lecturas sobre Michel Foucault*, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 1987.
- SERRANO SANZ, José María, *El viraje proteccionista en la Restauración. La política comercial española (1875-1895)*, Siglo XXI, Madrid, 1987.
- SIERRA ÁLVAREZ, José, «De las utopías socialistas a las utopías patronales: para una genealogía de las disciplinas industriales paternalistas», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 26, 1984, pp. 29-44.
- «Política de viviendas y disciplinas industriales paternalistas en Asturias», *Ería*, n.º 8, 1985, pp. 61-72.

BIBLIOGRAFÍA

- «La producción del obrero. Disciplinas industriales en la minería asturiana de hace un siglo», *Sociología del Trabajo*, n.º 5, 1988-1989, pp. 117-134.
- SIRERA, M. J., *En realidad Barcelona tiene una especie de población flotante*, tesis doctoral, Universitat de Barcelona, 1959.
- SOLIDARIDAD OBRERA, «Manifiesto de Solidaridad Obrera a los trabajadores de Barcelona», *Tierra y Libertad*, n.º 30, 25 de julio de 1907, en Xavier Cuadrat, *Socialismo y anarquismo en Cataluña (1899-1911). Los orígenes de la CNT*, Revista de Trabajo, Madrid, 1976.
- SOTO CARMONA, Álvaro, *El trabajo industrial en la España contemporánea (1874-1976)*, Anthropos, Barcelona, 1989.
- STEDMAN JONES, Gareth, *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, trad. Blanca Tera, Siglo XXI, Madrid, 1989.
- TERMES, Josep, *Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional (1864-1881)*, Crítica, Barcelona, 1979.
- TEYSSOT, Georges, «Eterotopie e storia degli spazi», en VV.AA., *Il dispositivo Foucault*, Cluva, Venecia, 1977.
- TOMÁS, Josep y Jordi ESTIVILL, «Apuntes para una historia de la organización del trabajo en España, 1900-1936», *Sociología del Trabajo*, n.º 1, 1979.
- TOPALOV, Christian, «Para una historia “desde abajo” de las políticas sociales. Invitación a la investigación comparativa internacional», *Ciudad y Territorio. Revista de ciencia urbana*, n.º 61, 1984, pp. 41-52.
- «La politique de l'habitat dans les politiques sociales: 1900-1940. Notes pour un débat», *Cahiers de la Recherche Architecturale*, n.ºs 15-17, 1985, pp. 10-17.
- «Invention du chômage et politiques sociales au début du siècle», *Les Temps Modernes*, vol. 43, n.ºs 496-497, 1987, pp. 53-92.
- «Espacios, poderes, ciencias. Reformas de las clases trabajadoras en el entorno del cambio de siglo», *Alfoz. Madrid, territorio, economía y sociedad*, n.ºs 54-55, 1988, p. 33.
- TORRES CAPELL, Manuel de, *El planejament urbà i la crisi de 1917 a Barcelona*, tesi doctoral, Universitat Politècnica de Catalunya, Barcelona, 1987.
- TORRES CAPELL, Manuel de, Oriol BOHIGAS GUARDIOLA, Manuel SOLÀ MORALES y Joan BUSQUETS GRAU, *Inicis de la urbanística municipal de Barcelona. Mostra dels fons municipals de plans i projectes d'urbanisme, 1750-1930*, Ayuntamiento de Barcelona/Corporación Metropolitana de Barcelona, Barcelona, 1985.
- TRONTI, Mario, *Operai e capitale*, Giulio Einaudi, Turín, 1980 [reimp. 1971].
- TUÑÓN DE LARA, Manuel, «Estructuras sociales (1898-1931)», en VV.AA., *Historia de España*, t. XXXVII, *Los comienzos del siglo XX. La población, la economía, la sociedad (1898-1931)*, Espasa-Calpe, Madrid, 1984.
- TURCO, Angelo, *Verso una teoria geografica della complessità*, Edizioni Unicopli, Milán, 1988.
- UNWIN, Raymond, *Étude pratique des plans de ville. Introduction à l'art de dessiner les plans d'aménagement et d'extension*, Parenthèses, Marsella, 2012 [1922].

UN VERANO CON MIL JULIOS Y OTRAS ESTACIONES

- VANT, André, «A propos de l'impact du spatial sur le social», en Franck Auriac y Roger Brunet (coords.), *Espaces, jeux et enjeux*, Fayard, París, 1986.
- VARELA, Julia, «Técnicas de control social en "la Restauración"», en Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, *El cura Galeote. Asesino del obispo de Madrid-Alcalá*, La Piqueta, Madrid, 1979.
- «La escuela obligatoria, espacio de civilización del niño obrero (1900-1904)», en Julia Varela (ed.), *Perspectivas actuales en sociología de la educación*, Instituto Universitario de Ciencias de la Educación/Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1983.
- «Comentario», en Erasmo de Rotterdam, *De la urbanidad en las maneras de los niños (De civilitate morum puerilium)*, trad. Agustín García Calvo, ed. Julia Varela, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1985.
- VARELA, Julia y Fernando ÁLVAREZ-URÍA, *Sujetos frágiles. Ensayos de sociología de la desviación*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1989.
- VEYNE, Paul, *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, trad. Joaquina Aguilar, Alianza, Madrid, 1984.
- VICENS VIVES, Jaume, *Historia económica de España*, Vicens Vives, Barcelona, 1977.
- «El moviment obrerista català (1901-1939)», *Recerques: història, economia i cultura*, n.º 7, 1978, pp. 9-31.
- VILLAESCUSA, Modesto H., *La revolución de julio en Barcelona. Hechos, causas y remedios*, Herederos de Juan Gili, Barcelona, 1909.
- VIRILIO, Paul, *Vitesse et politique*, Galilée, París, 1977. [Hay trad. cast.: *Velocidad y política*, trad. Víctor Goldstein, La Marca, Buenos Aires, 2006].
- L'horizon négatif. Essai de dromoscopie*, Galilée, París, 1984.
- La machine de vision*, Galilée, París, 1988.
- «El residuo del tiempo», *El País*, suplemento *Temas de Nuestra Época*, n.º 17, 3 de marzo de 1988.
- VOGLIAZZO, Maurizio y Alberico ZEPPETELLA, «Clase operaia e territorio. Dalle valli tessili alla città metalmeccanica», *Classe. Quaderni sulla condizione e sulla lotta operaia*, año IX, n.º 14, 1977, pp. 17-57.
- VV. AA., *El reformismo social en España. La Comisión de Reformas Sociales. Actas de los IV Coloquios de Historia*, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, Córdoba, 1987.
- WOOLF, Stuart, *Los pobres en la Europa moderna*, trad. Teresa Camprodón, Crítica, Barcelona, 1989.



Impreso en marzo de 2025
en Tauro Gráfica (Madrid)

